NOCHE DE TORMENTA
CTAHERINE COULTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Carrick Grange, Northumberland, Inglaterra
Diciembre 1814

Alec besó suavemente la pálida frente de su esposa, aún húmeda de sudor. Se irguió frente a ella, teniendo en cuenta la distancia existente entre ellos, que ya nunca podría estrecharse. Era demasiado tarde ahora. Demasiado tarde para expresar aquellas palabras que se le atragantaban en esos momentos. Meneó la cabeza. Finalmente, le tomó los brazos y se los cruzó sobre el pecho. Ahora tenía la piel fresca.

Sin embargo, no habría de sorprenderse si Nesta de pronto abriera los ojos, lo mirase y, con una sonrisa, le pidiera ver al hijo de ambos. ¡Había deseado tanto un hijo! Se llamaría Harold. Por el rey de Saxton, quien había luchado y perdido contra William de Normandía.

Alec la miró fijamente y pensó: "Un hijo no era tan importante como para pagar con tu vida por él, Nesta. Oh, Dios. Jamás debí haberte ofrecido mi colaboración paternal. Abre los ojos, Nesta.

Pero ella permaneció inmóvil. No abrió los ojos. Aquella mujer que durante cinco años había sido su esposa, estaba muerta. Y en la habitación contigua, había un esbozo de humanidad que todavía tenía vida. Alec no soportaba pensar en eso.

-Milord.

Al principio, no escuchó la voz baja del doctor Richards. Después, lentamente, se volvió para contemplar al médico de su esposa, un hombre pequeño, elegante en el vestir, aunque en ese momento sudaba profusamente en la calurosa habitación. Tenía el intrincado nudo de la corbata tan laxo como el cabello.

-Lamento tanto todo esto que no puedo expresar lo con palabras, milord.

Alec rozó la mejilla de Nesta. Tenía la piel tan suave y ahora tan fría. Se levantó y giró. Sobrepasaba en gran medida la estatura del médico. Pensó que lo hacía a propósito. Quería intimidarlo, asustarlo, hacerlo temblar como una hoja ante su presencia. Él la había dejado morir. Alec miró la sangre seca en las manos del médico y también en las mangas de su chaqueta negra y tuvo deseos de matarlo.

-¿Y la criatura?

El doctor Richards se sorprendió por la aspereza en el tono de voz del barón Sherard, pero trató de responderle con la mayor calma posible:

-Aparentemente, es una niña muy saludable, milord.

-¿Aparentemente, señor?

El doctor Richards bajó la vista.

-Sí, milord. Francamente, lo siento muchísimo. No pude detener la hemorragia. Su esposa perdió demasiada sangre y estaba muy débil. No hubo nada que hacer. No hay nada que la ciencia médica pueda implementar cuando esto sucede. Yo...

El barón hizo un ademán con la mano, como descartando las palabras del médico. Tres días atrás, Nesta había reído de felicidad, disfrutando inmensamente de sus planes para la navidad venidera, a pesar de su enorme vientre, de sus tobillos hinchados y de sus persistentes dolores de espalda. Y ahora estaba muerta. Alec no estuvo con ella en el momento que falleció. El médico no lo había llamado, pues según él, todo fue muy rápido. Tan repentino, que no hubo tiempo para nada. Alec ya no tenía palabras. Abandonó la recámara de su esposa, sin volver la mirada atrás.

-Ni siquiera pudo tener su heredero -dijo la partera, la señora Raffer, mientras metódicamente cubría la cabeza de la baronesa con una sábana-. Bueno, un caballero puede

procurarse una esposa en cualquier parte. Especialmente, un personaje tan influyente y distinguido como el barón. Podrá tener su heredero. Ya lo veremos. Pero las pobres niñas también tienen derecho a nacer. Si no fuera de ese modo, ¿cómo nacerían entonces los herederos?

-¿Todavía no ha escogido el nombre para esa criatura?

La partera meneó la cabeza.

-No ha ido a visitarla. Ni siquiera la miró después que nació. Según me ha dicho su enfermera, la niñita come hasta el hartazgo. Y claro. Su pobre madre, enferma, se desangró hasta morir en una habitación, mientras la pequeña está tan saludable como una vigorosa comadreja, en la otra.

-Creo que el barón estaba muy orgulloso de su esposa.

La partera simplemente se limitó a asentir con la cabeza. Esperó entonces para comenzar su tarea luego de que el médico, ese pomposo e inútil idiota, se marchara. El hombre se sentía culpable. Y no era para menos. ¡Hemorragia! La baronesa siempre había sido fuerte como un roble, pero el doctor Richards le había insistido para que comiera mucho. En consecuencia, había engordado demasiado. Sus mejillas se veían muy coloradas y la sangre también tenía más nutrientes de los necesarios. Además, siendo la criatura tan grande, el parto se había extendido demasiado y el doctor Richards no había hecho otra cosa más que quedarse parado junto a su cama, estrujándose las manos. ¡Maldito viejo idiota!

Alec Carrick, quinto barón de Sherard, ordenó ensillar a Lucifer, su padrillo. Cabalgó desde los establos hasta la espesura de la nieve, donde el viento castigó su desprotegida cabeza. Sólo llevaba puesta una capa negra.

-Se va a morir -dijo Davie, el jefe de ayudantes de caballerizas de Carrick Grange.

-Está profundamente dolido -comentó Morton, otro subalterno cuya tarea principal era la de limpiar los establos-. La baronesa era una dama encantadora.

-Bueno, él tiene una hija -dijo Davie.

Como si eso arreglara todo, pensó Morton. Como si el barón no tuviera sentimientos, como si no le importara que su esposa hubiese fallecido. Morton se estremeció. Hacía un frío terrible. Volvió a estremecerse, pero al mismo tiempo se sintió agradecido. Después de todo, no estaba tan frío como la pobre baronesa.

Alec regresó a Grange tres horas después. Afortunadamente para él, estaba entumecido. No tenía sensibilidad en los dedos, ni podía fruncir el entrecejo y principalmente, tampoco podía sentir el dolor que lo agobiaba en su interior. Su viejo mayordomo, Smythe, le echó una mirada e inmediatamente despidió a los dos ayudantes de servicio y a las dos mucamas. Tomó al barón por un brazo, como si hubiera sido un niño y lo condujo hacia la oscura biblioteca, donde un acogedor fuego ardía en la chimenea.

Frotó las heladas manos del barón mientras le hablaba y le reprochaba como si hubiera sido un niño de siete años.

-Bien, ahora mismo iré a buscarle un brandy. Quédese sentado allí. Ese es mi buen much... Sólo siéntese. Sí, muy bien.

Smythe le entregó el brandy y no se movió hasta que el barón se lo tragó.

-Todo estará bien ahora, ya verá.

Alec miró el desgastado rostro de aquel hombre mayor, que denotaba amabilidad y preocupación.

-¿Cómo puede estar todo bien, Smythe? Nesta ha muerto.

-Lo sé, mi muchacho, lo sé. Pero el dolor pasará y ahora tiene una hija. No olvide a su pequeña niña.

-Me quedé allí sentado y escuché sus gritos. Hasta cuando estaba agotada, hasta cuando su voz estuvo ronca, áspera, aún seguía escuchándola. Ahora está tan callada.

-Lo sé, lo sé -dijo Smythe desconsolado-. Pero, milord, no olvide a su hijita. Ya la he escuchado llorar para que le dieran su cena como si hubiera sido un general. Vaya pulmones los de esa niña.

Alec clavó la mirada en los cortinados de la ventana.

-No me importa.

-Bueno, bueno...

-No corro el riesgo de convertirme en un posible candidato de Bedlam, Smythe. Ya puedes dejar de hostigarme. -Alec se levantó de la silla y caminó hacia la chimenea.- Siento un hormigueo en las manos. Supongo que es una buena señal. -Guardó silencio, con la mirada fija en las llamas.- Debo escribir a Arielle y a Burke para comunicarles el fallecimiento de Nesta.

-¿Desea que le traiga los materiales necesarios para escribir?

-No. Cuando me caliente un poco, yo mismo iré a la sala.

-¿Respecto de la cena, milord?

-No tengo ganas, Smythe. -Alec se quedó junto al fuego durante una hora. Ya podía flexionar las manos y fruncir el entrecejo, pero en su interior, todavía estaba entumecido.

La tierra era tan dura. No cedió ante las palas de los sepultureros. Sólo se rompió en grandes terrones. Los hombres se habían quejado por la ardua tarea.

No habría rosas en la tumba de Nesta. Sólo un blanco manto de copos de nieve la cubriría, fríos, suaves. Y después, la tierra borraría también ese manto.

Alec se quedó en silencio, de pie, observando a los hombres que tapaban con tierra el féretro. Las sepulturas de la familia Devenish-Carrick abarcaban la cumbre de una vasta loma que daba al valle de Spriddlestone. Las ornadas lápidas se entrelazaban con hiedras, rosas y delfinios. En primavera y en verano se veían hermosas, por el intenso contraste de los colores brillantes de las flores con el verde oscuro de las hiedras. Pero en invierno, las plantas cercenadas se veían muy tristes. Algunos podados castaños de las Indias, álamos blancos y varios sauces llorones rodeaban el perímetro del lugar. Los vientos de diciembre silbaban suave e intensamente entre los árboles. El reverendo McDermott había dado fin a su elocuente oración y él también, se quedó de pie, en silencio, aguardando. Todos los sirvientes de Grange, los granjeros de la zona con sus familiares, los comerciantes del pueblo de Devenish, así como los representantes de todas las familias del lugar estaban allí, de pie, en silencio, aguardando. A él, según concluyó el propio Alec. Todos aguardaban a que él hiciera algo. ¿Y qué? ¿Decirles a todos que aplaudieran? ¿O que ya podían irse a sus casas a calentarse un poco? ¿O que lo dejaran solo?

-Alec.

El reverendo McDermott se había acercado a él para hablarle en voz baja.

Alec miró los deslucidos ojos celestes del hombre mayor.

-Comienza a nevar fuerte, Alec. Es hora de que despida a la gente.

Que la despida. Qué forma extraña de expresarlo. Alec simplemente asintió con la cabeza y dio un paso hacia atrás, alejándose así de la tumba. Una señal. Uno por uno, todos los presentes se acercaron a él, para murmurarle sus condolencias y partir. Llevó mucho tiempo el proceso. Demasiado.

Todo era tan extraño, pensó Alec más tarde, mientras estaba en su biblioteca. Los últimos visitantes habían comido hasta hartarse, habían conversado en voces bajas y se marcharon, gracias a Dios. Era extraño, porque Alec, simplemente, no sentía nada. Esa

insensibilidad no lo había abandonado. Lo había invadido y permanecido en él. Continuaría en su interior durante los tres días sucesivos.

Al tercer día, la media hermana de Nesta, Arielle Drummond y su esposo, Burke Drummond, conde de Ravensworth, llegaron a Grange. Arielle estaba pálida, con los ojos muy irritados de tanto llorar. Burke estaba rígido y tan retraído como Alec, quien sinceramente les agradeció el haberse llegado hasta allí.

-Lamento muchísimo no haber podido presenciar el funeral -dijo Arielle, estrechando la mano de Alec en la suya-. Hubo una tormenta de nieve y no pudimos irnos de Elgin- Tyne. Lo siento tanto, Alec, tanto... -Arielle siempre había pensado en Alec como el Bello Barón, un nombre algo tonto, pero muy apropiado. Sólo ahora se lo veía cabizbajo, con la cara tan delgada que se le adhería la piel a los huesos. Sus brillantes ojos azules, del color del cielo estival cuando reía o con la profundidad del tono del Mar del Norte cuando se emocionaba, se veían ahora insulsos, casi opacos. Vacíos. Por cierto, su vestimenta era inmaculada, pero obviamente había perdido mucho peso. Y Arielle tuvo la impresión de que en realidad, Alec no estaba allí con ellos. Les hablaba, contestaba sus preguntas y aceptó sus condolencias, pero no estaba allí. Si Arielle hubiera tenido dudas respecto de cómo se habría sentido Alec con Nesta anteriormente, ya no le quedaban razones para poner en tela de juicio sus sentimientos. Quizá no había amado a Nesta con ardiente pasión, pero sí la había querido mucho. Arielle rompió en lágrimas por su propio dolor.

-¿La criatura se encuentra bien? -preguntó Burke, abrazando a Arielle.

Alec pareció inseguro y meneó la cabeza.

-Tu hija, Alec. ¿Está bien?

-Oh. Supongo. Nadie me ha dicho lo contrario. Permíteme llamar a la señora MacGraff. Ella se encargará de que estén cómodos. Por favor, quédense. Probablemente, esta tormenta se extenderá una semana más. Ahora, la tumba de Nesta está tapada de nieve. Los llevaré hasta allí. Mandé a construir una lápida de mármol. Todavía no está terminada. Ah, aquí está la señora MacGraff. Por favor, no llores Arielle. Burke, gracias otra vez por haber venido.

Arielle logró controlarse más tarde, cuando estaba en la recámara que les habían asignado.

-Alec está en estado de shock -le dijo a su esposo-. Y yo que me sumergí en un mar de lágrimas. Pobre Alec. Y la niña. Debemos verla. ¿Cómo se llama?

La niña todavía no tenía nombre. Alec pareció perplejo cuando Arielle se lo mencionó esa noche, durante la cena.

-Debes ponerle un nombre, Alec. También hay que bautizarla, y pronto.

-¿Está enferma?

-No, claro que no, pero hay que hacerlo. ¿Nesta había escogido algún nombre para ella?

-Harold.

-¿Y para niña?

Alec meneó la cabeza.

-¿Tienes alguna preferencia al respecto?

Alec no contestó una sola palabra al respecto. Parecía muy pensativo mientras bebía su vino. La niña estaba viva y bien cuidada. Sólo Dios sabía que la escuchaba gritar hasta perder la voz. Smythe tenía razón respecto de la potencia de sus pulmones. Y ahora todas esas preguntas. ¿A quién le importaba?

-Hallie -dijo él finalmente, encogiéndose de hombros-. Hallie será su nombre. Se parece bastante a Harold. Creo que a Nesta le habría gustado.

Aun así, Alec no visitó a su hija. La víspera al día en que Arielle y Burke debían partir, discutieron el tema con su anfitrión.

-Arielle y yo hemos conversado este tema profundamente, Alec. Si tú no tienes inconvenientes, nos llevaremos a Hallie a Ravensworth con nosotros.

Alec se quedó contemplándolo.

-¿Quieres llevarte a la niña a Ravensworth? ¿Para qué?

-Tú eres hombre, Alec. Por lo menos, yo soy su tía. La cuidaría y le brindaría el amor que necesita, al igual que Burke. Aquí no tiene nada, excepto una enfermera que la atiende. Un niño necesita afecto, Alec, además de cuidados.

Arielle pensó que Alec estaba muy confundido. Se quedó mirando a su cuñado. Aparentemente, no entendía.

Lentamente, Alec dijo:

-No puedo regalar a mi hija.

-No tienes razón para pensar que no te comportas con responsabilidad en esto -dijo Burke-. Eres un caballero que se ha quedado solo, viudo. Deseas regresar a tus barcos, ¿no? ¿Capitanear otra vez alguna de tus naves mercantes? ¿Cuál es tu preferida? Oh, sí, la *bailarina nocturna.*

-Sí, un bergantín. Un maravilloso buque. -Alec asintió y agregó: - Eso es lo que te dije, ¿no? No hay nada más que hacer aquí. Es tan silencioso, sabes. No quiero permanecer mucho tiempo en Grange. Mi servidor, Arnold Cruisk, es un hombre competente y podrá llevar adelante los negocios de Grange. Lo preparé para eso. Me enviará informes. Se puede confiar en él.

-No puedes llevar un bebé a bordo cuando ni siquiera tú sabes bien qué rumbo tomarás -dijo Arielle-. Ella necesita estabilidad, Alec, un hogar y gente que la quiera. Burke y yo podremos hacerlo.

-Ella es parte de Nesta, sabes.

-Sí, lo sabemos.

-Debo pensar detenidamente en esto. No me parece apropiado... abandonar a mi hija y... bueno. Iré a cabalgar ahora y pensaré en ello.

Arielle quiso decirle que estaba nevando, pero se contuvo.

-Necesita tiempo -comentó Burke en voz baja, después que Alec se fue-. Es difícil.

Esa noche, mientras Alec estaba vistiéndose para la cena, escuchó llorar a un bebé a viva voz. Los gritos eran tan agudos y penetrantes que se sobresaltó y malogró el nudo de su corbata. El llanto no cesó. Por el contrario, fue más audible todavía. Alec se miró en el espejo, se quitó abruptamente la corbata y la revoleó. Cerró los ojos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué esa beba lloraba como si su vida estuviera en peligro?

-Basta -susurró él-. ¡Por el amor de Dios, quédate callada!

La beba lloraba como para derribar Grange. Alec no pudo tolerarlo. Con pasos gigantescos, abandonó su recámara, tomó el ancho pasillo y se dirigió a las escaleras que conducían al tercer piso. Hacía frío allí, pensó, mientras subía rápidamente las escaleras. Los llantos de la beba se tornaban más crudos a medida que él se aproximaba.

Abrió la puerta violentamente. Allí estaba la señora MacGraff, su maldita ama de llaves, cargando a la niña y meciéndola, en un intento por hacerla callar.

-¿Dónde rayos está la nodriza?

La señora MacGraff se dio vuelta abruptamente.

-Oh, milord, Nan tuvo que regresar a su casa. Su hijo está enfermo y su familia... Bueno, es una historia complicada, pero no hay comida para Hallie y está muerta de hambre.

Alec la interrumpió sin ceremonias.

-Démela. Baje de inmediato y diga a Smythe que vaya a buscar a Nan enseguida. Que traiga a su hijo aquí, si es necesario. ¡Por amor de Dios, vaya!

Alec tomó a su hija. Por un instante, estuvo aterrado. Era tan pequeñita y aun así, gritaba tan fuerte que le producía dolor de oídos escucharla. Su cuerpecito se convulsionaba

con el llanto. Sabía que debía sostener le la cabeza. Aunque no quería, finalmente se obligó a mirarla. A mirarla de verdad. Tenía la carita muy colorada y una expresión sufrida. Su cabello era rubio y espeso, exactamente del mismo color de Alec cuando era pequeño, según su madre tan orgullosamente le había relatado en más de una ocasión.

Le dijo suavemente:

-Shhh, chiquitita, ya está bien. Pronto comerás.

Por un instante, la beba dejó de llorar al escuchar esa extraña voz grave. Abrió muy grandes sus ojos y miró en dirección al sonido de aquella voz. Tenía el mismo color de ojos del Mar del Norte durante una violenta tormenta. Azul profundo, muy oscuro. Exactamente como los de él.

-No -dijo Alec, alejando el cuerpecito que no paraba de moverse de sí-. No.

El pequeño cuerpo seguía moviéndose entre aquellas manos tan inexpertas. Alec la mantuvo alejada de él hasta que no aguantó más. Finalmente cedió y la estrechó contra su pecho, para susurrarle palabras y sonidos sin sentido, una y otra vez, suavemente, tratando de calmarla. Para asombro de Alec, la niña tuvo hipo, se metió el puñito en la boca y le apoyó la cabeza en el hombro. Su pequeño cuerpo se estremeció otra vez, y luego se calmó. Por un momento, Alec se sintió aterrado. Creyó que estaba muerta. Pero no. Se había quedado dormida. Él la cargaba y ella se había quedado dormida. Alec miró sin ver a ninguna parte. ¿Y ahora, qué iba a hacer?

Se sentó en una mecedora que estaba frente al fuego. La envolvió con una mantilla de lana y comenzó a hamacarse con ella.

También él se quedó dormido. Tanto Nan como la señora MacGraff se quedaron contemplándolo desde la puerta.

-No puedo creerlo -dijo la señora MacGraff-. Es la primera vez que milord sube aquí.

Nan estrechó a su hijo contra sus senos cargados de leche. Le dolían.

-Debo amamantar a Hallie -dijo.

Alec despertó al escuchar el murmullo de las mujeres. Se volvió para mirar a Nan.

-Duerme -le dijo-. La mecí y se durmió.

Nan estalló:

-¡Es su copia fiel! Me preguntaba, pero no... -se interrumpió, sorprendida por su propia actitud.

Alec se levantó y entonces, Hallie despertó. Se recostó sobre la mano de su padre, lo miró vagamente y bramó. Alec sonrió.

-Necesita de usted, Nan.

Observó que Nan bajaba a su hijo y tomaba a Hallie de sus brazos con manos expertas.

-Después que la beba se duerma, quiero hablar con usted. Pida a la señora MacGraff que la acompañe hasta la biblioteca.

Asintió con la cabeza en dirección a ambas mujeres y salió de la habitación. Su paso fue suave y tenía los hombros erguidos.

Por fin experimentaba una sensación totalmente ajena al dolor.

1

A bordo del bergantín Bailarina Nocturna
Cerca de la bahía de Chesapeake
Octubre, 1819

Carrick estaba parado en la cubierta, cerca del timón de la *Bailarina.* Su atención estaba dividida entre las velas en cruz que no dejaban de golpear en el palo de trinquete y su pequeña hija quien, sentada con las piernas cruzadas en el medio de un círculo de fibras de cáñamo enrolladas, practicaba sus nudos. Desde donde Carrick estaba, la pequeña parecía estar perfeccionando los ballestrinques. Jamás emprendía una nueva tarea, o en este caso, nunca pasaba al siguiente nudo hasta que el anterior le hubiera salido exactamente como deseaba. Carrick recordaba que la pequeña se había pasado más de dos días practicando su nudo de vuelta redonda y dos cotes, hasta que Ticknor, el segundo maestre de la *Bailarina Nocturna,* un joven de veintitrés años que había navegado desde Yorkshire y se ruborizaba como una adolescente ante la cosa más insignificante, finalmente le dijo: "Ya, ya, señorita Hallie. Suficiente. Ya está. Ya lo sacó. No queremos que se le llenen las manos de callos como si fuera un albañil, ¿no? Se lo mostraremos a su papá y vas a ver que le dice que está perfecto."

Y Alec elogió el nudo de vuelta redonda y dos cotes. ¡Dios no permitiera que la niña tuviera manos de albañil!

Hallie, al igual que los demás marineros de la tripulación, llevaba una camiseta larga de lanilla, con rayas rojas y blancas y un overol de algodón azul. Y al igual que a los demás marineros de la tripulación, la ropa le quedaba ajustada como un guante, a excepción de los tobillos, donde los pantalones se ensanchaban, para que, teóricamente, Hallie pudiera arremangárselos para lavar la cubierta o trepar la obencadura. Tenía un sombrero marinero de paja, cuya ala ancha la protegía decentemente de la lluvia y que también, por acción del aceite y del alquitrán, se había tornado negro e impermeable. Pero la función más importante que cumplía era la de protegerla contra el sol. Hallie era terriblemente blanca, y Alec se había preocupado mucho por su cutis hasta que finalmente logró convencerla de que no debía quitarse el sombrero durante las horas del día, mientras estuviera en cubierta. Le había dicho que no quería que fuera ella la primera niña de cuatro años que tuviera el rostro arrugado por las inclemencias del tiempo, como el viejo Punko, el fabricante de velas.

Hallie había alzado sus ojos azules para mirar lo y contestarle:

-Papá, de verdad ya tengo casi cinco.

-Lo lamento -le contestó él y le bajó el sombrero casi hasta las cejas-. Si tú tienes cinco, quiere decir que ya estoy bastante viejo, pues habré de cumplir los treinta y dos poco después de tu cumpleaños.

Hallie lo estudió con intenso escrutinio. Meneó la cabeza.

-No estás viejo, papá. Estoy de acuerdo con la señorita Blanchard. Eres hermoso. Yo no sé mucho de monedas griegas, como la señorita Blanchard, pero hasta la señora Swindel a veces te mira fijamente.

-La señorita Blanchard -repitió Alec con una voz apenas audible, desechando el resto de las confidencias de su hija.

-¿No recuerdas que ella estuvo aquí una vez? En mayo, cuando estuvimos en Londres. La trajiste aquí de visita. Ella se reía y te decía lo hermoso que eras y lo mucho que deseaba hacerte cosas. Y tú le decías que su trasero era igualmente hermoso, digno de acariciar y... .

-Está bien, basta ya -dijo Alec, apresurándose a tapar la boca de su hija con la mano. Vio que Ticknor le estaba mirando y también se tapaba la boca para sofocar las carcajadas-. Ya basta. -Alec experimentó una gran dosis de culpabilidad y un irrefrenable deseo de reírse. Recordó esa tarde, hacía ya unos cinco meses. Convencido de que Hallie estaba con la señora Swindel, su niñera, en su propiedad londinense, Alec accedió a las súplicas de Eileen

Blanchard para que la llevase de visita al barco. Oh, cómo se arrepintió. Por lo menos, no le había hecho el amor. Hallie, habría irrumpido en el cuarto y habría exigido una explicación con esa vocecita tan serena y curiosa que poseía.

Alec sonrió a la niña. Era preciosa, bastante precoz y muy, muy seria. Tan bella, que a veces a Alec se le llenaban los ojos de lágrimas con sólo mirarla. Era de él. Un regalo de un Dios que le había perdonado por su mal humor, su frialdad y su amargura del primer momento.

En ese instante, Hallie estaba descalza. Tenía los pies tan bronceados y curtidos como los de los marineros. Movía los dedos al compás de un cántico marinero de Pippin, que narraba la graciosa historia de un capitán que había perdido su barco y su botín en el infierno porque era demasiado estúpido para entender que una horquilla y una cola eran algo extraordinario. Pippin era el grumete de Alec cuando navegaban y su futuro valet, mientras estaban en tierra firme. Era un joven brillante, de quince años de edad, cuya madre le había abandonado en las escaleras de St. Paul. El muchacho veneraba a Alec y adoraba a su pequeña hijita.

Alec alzó la vista en dirección al palo de trinquete. El viento soplaba del noroeste. Iban de sotavento.

-Señor Pitts, tráigala un poquito -gritó a su primer maestre, Abel Pitts, quien había trabajado con él durante seis años y conocía perfectamente el barco así como también a su capitán.

-A la orden, capitán -contestó Abel también gritando-. Estaba mirando ese maldito albatros. ¡Nos hace perseguirlo, ciñendo el viento!

Alec sonrió y miró hacia el horizonte. El albatros, con sus alas extendidas unos cuatro metros, se sumergía y chillaba. Corría de regreso al bergantín para luego desviarse otra vez. Era un bello día a principios de octubre. El enorme sol brillaba en un límpido cielo azul, que presentaba algunas nubes muy blancas. El mar estaba sereno, con algunas olas que se mecían suavemente. Llegarían a la bahía de Chesapeake por la mañana si el viento se mantenía así. Visitaría al señor James Paxton en Baltimore, después que hubieran recorrido las ciento cincuenta millas de bahía para llegar a la cuenca interna. Vería al señor James Paxton, o a su hijo, Eugene Paxton, se corrigió Alec para sí.

El señor Pitts gritó:

-Allí está Clegg, capitán. Trae su almuerzo. Y el de la niña Hallie.

Alec asintió y saludó con la mano a Clegg, de contextura robusta, muy alto y con la naturaleza más brillante de toda la tripulación. Alec se dirigió hacia su hija. La niña estaba tan concentrada que al principio no advirtió su presencia. Alec, simplemente, se quedó esperando, feliz de maravillarse ante la espléndida criaturita que había producido. Era tan distinta de él y de Nesta. -Hallie -la llamó con voz muy calma, para no sobresaltarla.

Hallie levantó la mirada y le obsequió una maravillosa sonrisa.

-Papá, mira. -Le ubicó el nudo debajo de la nariz.-¿Qué te parece? Dame tu opinión sincera. Puedo afrontarla.

-Vaya, creo que es el mejor nudo llano que he visto en mi vida.

-¡Papá! No es un nudo llano. ¡Es un ballestrinque!

-Hmmm. Creo que tienes razón. Permíteme estudiarlo con más cuidado durante el almuerzo. ¿Tienes hambre, calabacita?

Hallie se puso de pie de un salto y se frotó las manos en los pantalones.

-Oh, podría comerme un dragón marino.

-Dios, ojalá que no. ¿Te imaginas todas esas escamas entre los dientes?

Hallie correteó, atravesó la escotilla y bajó las escaleras de cabina, para ingresar allí con su padre. A pesar de que el techo de esta era apenas cinco centímetros más alto que Alec, se trataba de un recinto bastante espacioso. Muy ventilado, con dos ventanas a popa y

bastante elegante, con la litera empotrada bajo la mesa y el escritorio de caoba finamente tallados. Contra la pared, había varios estantes con libros de navegación, historias navales, mapas, diarios londinenses y ejemplares de cada edición del *Almanaque británico náutico,* así como las lecturas y los libros de gramática de Hallie. Entre esta cabina y la de Hallie, existía una puerta de comunicación. La de Hallie era mucho más pequeña, aunque no importaba demasiado, pues la niña sólo dormía allí. Hasta jugaba en la cabina de Alec por las tardes. Era extraño verlo sin su hija.

-Siéntate, Hallie. ¿Qué tenemos, Clegg?

-Abadejos frescos, capitán. Ollie pescó más de una docena esta mañana. También hay patatas hervidas para mantener saludable a la niña Hallie. Y además, lo que quedó de las judías. Gracias a Dios, mañana llegaremos a puerto, porque de lo contrario, esta pobre damita se habría quedado sin dientes por esta comida.

Alec decía que la mesa del capitán se enaltecía siempre cuando Hallie estaba a bordo. Se dio cuenta de que la niña no se había lavado las manos, pero él tampoco... La observó comer, lentamente pero con ganas, como ejecutaba la: mayoría de las cosas.

Esperó, pues sabía que después de cinco o seis bocados, ella querría hablar o escuchar a su padre.

Justo antes del séptimo bocado, dijo:

-Cuéntame de los clípers de Baltimore, papá.

Ya habían hablado de eso en muchas oportunidades, pero Hallie nunca se cansaba de escucharlo hablar de los clípers. Alec tragó un bocado de abadejo y bebió un sorbo de vino.

-Bueno, es como te lo dije, calabacita. El clíper de Baltimore es una goleta de dos palos. Es angosta y muy rápida porque puede navegar muy cerca del viento. Los palos son unos cuatro o cinco metros más altos que los de nuestro bergantín. Y los clípers son pequeños, ¿recuerdas? No tienen más de treinta metros de largo, con cubiertas amplias. Y pueden estar muy cerca de la orilla del mar.

Hallie estaba entonces inclinada hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa y el mentón sobre las manos.

-Es cierto, papá. No es muy buena para el Atlántico norte, porque allí hay muchas tormentas. Las olas taparían completamente las cubiertas y derribarían los palos. Pero como es tan rápida, ninguna fragata, bergantín o barcaza podría alcanzarla.

-Cierto. Es tan liviano que puede bajar, esconderse, correr y girar más rápido que un albatros. Nuestra Marina Inglesa odia profundamente el clíper de Baltimore y con buenas razones. Los corsarios americanos, en especial, un tal capitán Boyle, humilló a los nuestros durante la guerra. Termina tu almuerzo, Hallie.

Hallie logró comer otro bocado.

-¿Ellos también nos odian, papá? Después de todo, somos ingleses.

-Ojalá que no. Pero no esperes que los habitantes de Baltimore nos reciban con los brazos abiertos, calabacita. Una vez te conté que lograron mantener a nuestras tropas fuera de la ciudad, pero los de Washington no pudieron. Tienen una gran rivalidad entre ellos.

-Te recibirán bien, papá. A los caballeros les agradas porque eres inteligente. Y las damas te siguen porque eres hermoso y encantador.

-Termina tu almuerzo, Hallie.

Alec insistió en que Hallie durmiera una siesta esa tarde. Después de soportar las quejas rituales de su hija, finalmente consiguió acostarla en su litera. La cobijó con su manta favorita y entonces regresó a su cabina. Se sentó a su escritorio de caoba y extrajo una carta del cajón de arriba:

"Estimado lord Sherard (leyó Alec):

Mi padre me ha comunicado que lo conoció hace unos tres años en Nueva York. Ha seguido de cerca su labor y está impresionado por su agudeza y habilidades. (Más impresionado por mis guineas, pensó Alec.)

A modo de recordatorio, le informo que mi padre y yo somos propietarios de un astillero en Baltimore y que hemos construido las más robustas goletas clípers que han navegado por todos los mares durante los últimos veinte años. No exagero, milord. Es cierto. No obstante, desde que terminó la guerra, ha habido un severo retroceso económico, no sólo en la construcción de barcos sino también en el grueso de nuestras exportaciones de tabaco, harina y hasta de algodón. Y todo esto tiene mucho que ver con los habitantes de Nueva Inglaterra y con sus malditas exigencias por tarifas más y más elevadas.

De todas maneras, mi padre está al tanto de su reputación y le agradaría conocerle personalmente para tener una entrevista con usted, respecto de una posible sociedad entre nosotros. Como será de su conocimiento, el clíper de Baltimore constituye una de las naves más eficientes para el tráfico comercial del Caribe y nuestras fragatas clípers son las mejores. Le solicito tenga a bien considerar una sociedad o una fusión empresarial entre nosotros. Lo esperamos pronto en Baltimore. En este momento, a mi padre le resulta imposible viajar a Inglaterra.

Sin otro particular, saluda a Ud. muy atentamente, Eugene Paxton Astillero Paxton Fells Point, Maryland."

La carta tenía fecha de agosto, de dos meses y medio atrás. Alec estaba interesado. De hecho, estaba más que interesado. La carta del hijo de Paxton había simplificado en gran medida los problemas económicos actuales que enfrentaba Estados Unidos. Ciertamente, el Astillero Paxton se encontraba en serios inconvenientes financieros. Quizá, podría hacer algo mejor que formar una sociedad con ellos; tal vez, podría adquirir la mayoría de las acciones del astillero. Ya hacía varios años que acariciaba la idea de construir sus propias embarcaciones. Siempre había deseado ser la principal fuerza del comercio del Caribe y con los clípers de Baltimore en su flota, se convertiría precisamente en eso. Su flota actual incluía el barco que él mismo comandaba: el bergantín *Bailarina Nocturna,* dos bergantines más, una fragata y un rompehielos. Ver maniobrar un clíper de Baltimore en las claras aguas del Caribe no sería menos que placentero. Con su velocidad y su habilidad de navegar ciñendo el viento, podía vencer a cualquier otra clase de embarcación. Alec sabía que era limitada en cuanto al clima inhóspito por la misma construcción que le hacía tan rápido. Probablemente, perdería algún palo en las tormentas del Atlántico norte. Pero no importaba. No necesitaba ningún buque más para desafiar los mares del norte, o al Cabo.

Si no se equivocaba, cosa que no creía cierta, en la carta de Paxton se leía cierta desesperación. Mucho mejor. Pues de este modo, él llevaría la voz cantante en las negociaciones.

Dobló la carta y la guardó en la gaveta. Se reclinó sobre el respaldo de la silla. En momentos como ese, Alec no pensaba en el imperio que deseaba construir sino en la vida que llevaba y en la vida que llevaba su hijita con él. Era algo irregular, para ser optimista. Pero jamás habría permitido que la criara otra persona. Ni siquiera sus tíos, Arielle y Burke, quienes ya tenían dos hijos propios. Si Hallie era diferente de las demás niñas de su edad, paciencia. No era importante. Y en las ocasiones en que Alec pensaba en la vida que su hija llevaba con él, también pensaba en Nesta, en lo que ella opinaría al respecto. Alec experimentó el dolor desteñido por el tiempo, por la memoria de Nesta. Ya no se trataba de un dolor profundo, sino de una serena tristeza por lo que había sido, por lo que había pasado. La última vez que Alec visitó su hogar de la infancia, Carrick Grange, había sido el pasado mes de febrero. Desde allí, con su hija, había viajado por Francia, España e Italia. Hasta la había llevado a Gibraltar, donde la pequeña cenó con el gobernador inglés, sir Nigel Darlington.

Con ellos había partido la señora Swindel, la almidonada niñera de Hallie, cuya lengua viperina intimidaba a todo el mundo, excepto al doctor Pruitt, médico de Alec. Si el olfato de Alec no fallaba, entre ellos había algún romance. Bueno, ni siquiera le importaba que la señora Swindel abandonara su empleo. Hallie ya no la necesitaba en realidad. Ya estaba bastante grande. Salvo cuando... se corrigió en silencio, Hallie se negaba a acostarse, o a bañarse en la gran tina de cobre, o a desenredar su espesa cabellera. Ella siempre se quejaba, chillaba y gemía como una huérfana abandonada.

Recordó los comentarios de Hallie respecto de Eileen Blanchard. ¡Por Dios, vaya experiencia! Eileen había metido la mano en la bragueta de sus pantalones, allí mismo, en la escalera que conducía a la cabina de Alec, que a pesar de que estaba en penumbras, en cualquier momento, cualquier miembro de la tripulación podía haberse presentado. Hacía varios meses que no estaba con ninguna mujer. Era más tranquilo sin las escenas inevitables, aunque mucho más solitario también. Y él era lujurioso. Siempre lujurioso. Supuso que debía volver a casarse, pero encontrar la mujer adecuada para ser madre de Hallie era una tarea que lo abrumaba. ¿Una dama capaz de sentirse madre de una niña-marinero de cinco años? ¿Una niñita que, como máximo, habría usado enaguas y faldas seis veces en toda su vida? ¿Una niña que no vacilaba en expresar a boca suelta su desdén por esas cosas tan frívolas? No, no podía imaginarse una mujer así. Tampoco quería. No quería volver a casarse. Nunca.

Alec levantó la vista y advirtió a Hallie, quien se refregaba los ojos, de pie junto a la puerta que separaba ambas cabinas. Él le sonrió y le abrió los brazos. Hallie caminó hacia su padre quien la sentó en su falda para que la pequeñita continuara allí su siesta.

Genny Paxton no lo toleró. Ni un céntimo y lo dijo abiertamente, sin vacilaciones.

-Su trabajo ha sido muy pobre, Minter. Y debe volver a hacerlo. Ya mismo.

Minter se quejó, pero Genny siguió muy firme. El nuevo clíper, de unos treinta y dos metros de longitud, con sus dos gavias bien equipadas, sería el orgullo del astillero Paxton. Pero no con un trabajo tan escueto en la driza de mesana.

Minter le lanzó una sucia mirada y resopló, aunque en silencio, como era su costumbre. Se quejaba de su forma de vestirse, muy masculino y de que anduviera por el buque caminando con pasos largos, trepándose a las obencaduras y exhibiendo sus piernas y caderas a quienes estuvieran dispuestos a mirar. Era vergonzoso. Si hubiera sido su esposa, jamás se lo habría permitido. Le habría dado su merecido. Hasta la habría golpeado, quizá, para que le obedeciera. ¡Dar órdenes a un hombre! ¡Pero hombre o no, tenía que comer, maldición! Comenzó a rehacer el trabajo de la driza.

Genny asintió y no agregó ni una palabra más. Tenía bastante idea de lo que elucubraba Minter en su mente, pero no lo atacaría por eso. Era bueno en su trabajo, siempre que tuviera detrás una mano firme que lo controlara.

Pensó una vez más, como tantas otras, en su precario futuro. Y también en la carta que había enviado a aquel caballero inglés, unos meses atrás y por la que había recibido una respuesta muy breve, informándole que iría a Baltimore en octubre. Bueno, ya había llegado el mes de octubre. ¿Y dónde cuernos estaba ese hombre?

Genny caminó muy lentamente por el clíper, hablando con algunos hombres, cabeceándole a otros, en síntesis, haciendo lo que su padre solía hacer. Finalmente, bajó a ver los trabajos de carpintería que estaban llevándose a cabo en la cabina del capitán. Mims, el trabajador encargado de interiores, estaba almorzando en cubierta, de modo que Genny estaba sola. Se sentó ante el magnífico escritorio, se apoyó en el respaldo de la silla y recostó la

cabeza sobre los brazos. Dios, por favor, rezó en silencio, haz que este inglés se interese en nosotros. Sabía que era bastante adinerado; su padre se lo había dicho.

Genny había conocido muy pocos ingleses, pero ninguno de la nobleza. Había escuchado por allí que, por lo general, eran personas que valían muy poco, mequetrefes, se los denominaba en Londres. Hombres que sólo se preocupaban por el corte de sus chaquetas, por los numerosos pliegues de los intrincados nudos de sus corbatas y por el número de mujeres que podían contar como sus amantes. Si este caballero inglés mostraba interés en su astillero, si de verdad compraba algunas acciones, Genny no dudaba que sería ella quien mantendría el control del capital. Su padre confiaba en ella, de modo que la apoyaría en cualquier resolución que estuviera dispuesta a tomar.

Suspiró y se enderezó. El barco estaría terminado en dos semanas. Todavía no tenía comprador. Si este no aparecía pronto, el astillero se vería obligado a cerrar. Tan simple y sencillo. El señor Trutman, del Banco de Estados Unidos, tendría que hacerse cargo de los acreedores. Genny no soportaba pensar en ello y tampoco al señor Jenks, un hombre de mirada sobradora, con una esposa vieja y modales prepotentes.

Y el clíper era una belleza. Ella misma podría navegar por el Caribe, comerciar algodón y harina por ron y melaza y sacar un buen provecho de ello. Simplemente, tendría que convencer a su padre para dedicarse al comercio, además de la construcción. Y después, tendría que conversar con el señor Trutman, para que le otorgara un crédito hasta que la señorita Genny, la Capitana, regresara del Caribe. Eso levantaría las sospechas de Trutman, pensó. Y también, las de todo Baltimore. No era justo que fuera Genny y no Eugene. Levantó la vista y vio a Mims en la puerta.

-Allí afuera hay un hombre que desea hablar con el señor Eugene Paxton, o con su padre, el señor James Paxton.

-¿Lo conoce, Mimms?

-El maldito es inglés -esputó Mimms.

¡Estaba allí! Le temblaron las manos por el entusiasmo.

-Subiré a verlo, Mimms.

-¿Quién es el tal Eugene?

-No importa. -Genny se metió la trenza debajo de una gorra tejida de lana y ablusó su falda para ocultar su figura. Caminó hacia el espejo angosto que estaba contra la pared. Vio entonces un rostro bronceado, bastante agradable, del que esperó una apariencia varonil. Tomó el espejo y logró estudiar el resto de su figura. Parecía un hombre, indudablemente. Volvió a apoyar el espejo, alzó la vista y vio a Mimms que la contemplaba desde la puerta de la cabina sin articular palabra. Sólo meneó la cabeza.

Genny tampoco habló. Sólo lo rozó al pasar junto a él, con la cabeza en alto.

2

Alec estaba en la cubierta del clíper de Baltimore, maravillándose por la proa inclinada, la popa alargada, los palos altos y delgados y el exquisito trabajo manual ejecutado. Las velas se habían confeccionado con una lona muy fina; la embocadura, con hebras de cáñamo bien resistentes y la carpintería, con el roble de mejor calidad que Alec hubiera visto en su vida. Fuera del agua, el pronunciado rasel parecía una "Y", a diferencia de otras embarcaciones contemporáneas cuyos lados apuntaban casi hacia abajo y la parte trasera era chata. El clíper de Baltimore podía cortar el agua de manera impecable, como una daga filosa, dejando atrás todo lo demás.

Los hombres estaban sentados en cubierta, almorzando, con un ojo en la comida y otro en él, un extraño. Su vestimenta, según su propio criterio, era informal. Llevaba botas negras de cuero, que Pippin había lustrado cuidadosamente, unos ajustados pantalones de piel de

ante, una camisa blanca de linón, abierta en el cuello, y una chaqueta holgada, color marrón claro. No llevaba sombrero. Y comenzaba a impacientarse por conocer al señor Eugene Paxton.

-Es un engreído -dijo Minter, mirando con desdén en dirección al elegante caballero.

-Y un maldito inglés -dijo otro-. Se cree dueño del mundo.

-¿No saben que les cortamos las alitas hace un par de años? Parece que tienen mala memoria.

Mimms mordió un gran bocado de su emparedado de sardina y protestó.

-Hará enfadar a la señorita Eugenia.

-¿Vestida de varón? -dijo Minter-. ¡Lo dudo!

Mimms, un gigantón fuerte como el roble, sólo le echó una de sus miradas, que Minter correctamente interpretó como: "Cierra la boca o te haré tragar los dientes."

Alec escuchó el murmullo de las conversaciones y acertadamente dedujo que él era el sujeto de muchas de sus oraciones. Demasiadas. Y también dedujo que no estarían elogiándolo ni mucho menos. ¿Dónde rayos estaba el famoso Paxton?

-¿Lord Sherard?

La voz fue baja, dulce y juvenil. Alec se volvió lentamente y tuvo frente a sí a un jovencito que... no podía tener más de dieciocho años. ¡Por Dios! Era delgado, con ropa muy holgada y una gorra de lana que casi le llegaba hasta las cejas.

-Sí, soy lord Sherard -contestó Alec y avanzó hacia el joven con la mano extendida.

Genny no podía creer lo que veía. Ciertamente, no había tenido en cuenta algo así. Estaba mirándolo fijamente, pero no podía evitarlo. En sus veintitrés años jamás había conocido a un hombre así. Una persona con ese físico no debía existir fuera de las páginas de las novelas de la señora Mallory. Era alto, con porte arrogante, hombros anchos, cabellos rubios como el trigo y unos ojos tan azules que hasta la lastimaban con sólo mirarlos. Estaba bronceado. Cada uno de sus rasgos era una escultura perfecta. Tanto los huesos como los planos y ángulos se complementaban entre sí armoniosamente, como por obra de la mano de un artista. Y su cuerpo, tan delicioso como cualquier mujer podía imaginar o soñar. Ni un gramo de grasa en su abdomen. Genny sabía que este hombre nunca sería como los demás caballeros con éxito, que complacían tanto su intelecto como su cuerpo. Había sido moldeado gloriosamente, magro al máximo en aquella figura maravillosa, aunque con sus buenas protuberancias también... Oh, estaba dándole un ataque de cólera tratando de hacerle justicia en silencio. Maldito sea. No debería existir. Indudablemente, constituía un verdadero peligro para toda mujer que estuviera entre los dieciséis y los ochenta años. Tampoco era un mequetrefe. No denotaba excesos en su vestir, por fina que fuera su indumentaria. Por cierto, era magnífico. Después le sonrió y Genny tragó saliva dolorosamente. Sus dientes brillaron, blancos y parejos. Esa sonrisa se habría cotizado con una tarifa mundial muy elevada. Se sintió aterrada ante él.

-¿Es usted Eugene Paxton?

Genny le estrechó la mano y sintió que aquella voz grave le llegaba hasta lo más profundo de su ser.

-Sí, soy yo. Y ya estamos en octubre. Me alegra que finalmente haya llegado.

Alec, aún estrechándole la mano, la miró. Al instante, se dio cuenta de que el tal Eugene era, en realidad, una Eugenia.

Alec conocía a las mujeres. Sabía de la fragilidad de los huesos de sus muñecas. Se preguntó a quién trataba de engañar esta muchacha. No a un hombre que estaba al tanto de todo respecto del sexo opuesto, por cierto. Pero, por cualquier razón, muy mal pensada, por supuesto, evidentemente, la joven trataba de engañarlo. Había que darle el gusto. Ocasionalmente, Alec tomaba decisiones rápidas, de las que rara vez se arrepentía. Ya vería

los resultados de esta. Por lo menos, esperaba divertirse bastante. Quizá, si todo jugaba en su favor, hasta podría fascinarse.

Le apartó la vista.

-Bien, señor Paxton, tiene razón. Estamos en octubre. Estaba admirando su astillero, así como su clíper. ¿Cuándo cree que estará terminado?

Alec la escuchó soltar un suspiro de alivio ante lo que creyó un perfecto engaño. Se guardó los comentarios irónicos para sí. Le habría gustado examinarla con tanto detenimiento como ella había hecho con él. Ya llegaría el momento.

-Dos semanas, milord.

-Por favor, llámeme Alec -le sugirió él y le obsequió otra de sus devastadoras sonrisas-. Yo le diré Eugene. Creo que llegaremos a conocernos muy bien.

No tan bien, pensó Genny, y tragó saliva.

-De acuerdo, mi... Alec. ¿Me permite enseñarle el astillero?

-Bueno, en realidad, ya lo he recorrido por mi cuenta. Como le dije, parece tener una operatividad muy eficiente y personal idóneo. Sin embargo, imagino que sería problemático tratar de continuar sin el capital suficiente.

-No es tan real, milord.

-Usted me escribió, señor Paxton. Usted está en dificultades financieras, no yo. Bien, ahora lo que me agradaría hacer es concluir con mi tour por este maravilloso clíper y después conocer a su estimado padre.

-Le aseguro, Alec, que tengo pleno conocimiento de todos los negocios de mi padre. Ambos haremos un trato comercial con usted.

-¿Sí? Hmmm. -Caminó hacia la baranda y recorrió suavemente la madera lustrada de esta con la yema de los dedos. Vio que la sombra de la joven se tornaba más pequeña y que finalmente, se encogía de hombros y avanzaba hacia él. Alec tenía deseos de arrancarle aquella gorra y ver qué color de cabello tenía. Sus cejas eran oscuras y finamente arqueadas, y sus ojos, un verde muy, muy oscuro.

Se volvió repentinamente y la tomó desprevenida.

-¿Qué edad tiene, Eugene?

-Eh... veintitrés.

-Qué raro. Pensé que era menor. Como no tiene barba... -agregó mirándola con una amplia sonrisa.

-Ah, bueno, los hombres de la familia Paxton no somos lo que se dice exactamente velludos.

-¿Quiere decir que pertenece a una larga generación de lampiños?

-Bueno, yo no sería tan crudo.

Alec rió y asintió con la cabeza. Veintitrés. Toda una solterona. ¿Sería la única hija de Paxton? Aparentemente, estaba a cargo de la construcción de ese clíper. La miró con mayor detenimiento y notó que sus ojos verde oscuro tenían unos destellos dorados más oscuros todavía alrededor del iris. Muy bellos ojos. Muy expresivos. Y muy entrecerrados en ese momento. Y en cuanto a su cabellera, Alec aún no había podido determinar nada en concreto, por esa absurda gorra que llevaba. Sus ropas de hombre no le permitían apreciar sus encantos femeninos, excepto por las caderas y las piernas. No podía esconder el hecho de que estas eran largas y según Alec, también delgadas y bien formadas. Tenía las caderas de un muchacho, pero firmes. Su paso grácil y largo, no denotaba ningún movimiento de balanceo.

Allí estaba. Una mujer dirigiendo un astillero.

-¿Qué nombre le pondría?

Genny cambió la dirección de su mirada y la expresión de orgullo en sus ojos fue casi palpable. -*Pegaso,* si mi padre está de acuerdo. Será el barco más rápido y más hermoso del mar. ¿Alguna vez navegó en una goleta clíper de Baltimore, Alec?

-Todavía no. El barco que traje hasta aquí es un bergantín, la *Bailarina Nocturna.* También tengo otros dos bergantines más, una goleta, con velas de cuchillo y tres palos, y un rompehielos. Todos son rápidos, pero no tanto como lo será esta belleza.

-Bueno, pero son barcos con muchas cualidades -dijo Genny, muy condescendiente pero con una sonrisa amplia de satisfacción.

A Alec le agradó esa sonrisa. Fue inesperada y muy contradictoria con el hombre rígido y severo que ella le había presentado.

-Gracias, Eugene. Seré completamente sincero contigo. Quiero tener la mayor parte del comercio del Caribe que me sea posible. Por consiguiente, los clípers de Baltimore son lo que quiero y necesito. Ahora, ¿cuándo tendré el placer de conocer a su padre?

Eso la enfureció, y Alec vio claramente que la muchacha tenía serias dificultades para contener sus palabras. Después de algunos minutos, le contestó con la mayor calma posible:

-Ya le dije que ambos negociaríamos con usted, no sólo él.

Me temo que no, pensó Alec. ¿Cuánto tiempo más le llevaría vencerla y obligarla a revelar su identidad femenina, con senos y demás? Sólo podía intentar.

-Usted es demasiado joven para hacer negocios tan importantes.

-Tengo veintitrés años y usted, milord, no tiene muchos más.

- Yo, Eugene, tengo treinta y uno. Una edad venerable, que exige respeto, particularmente de alguien como usted.

Otra vez resplandeció esa sonrisa pícara. Alec estaba cayendo en su propia trampa, en lugar de hacerla caer a ella para que revelara la verdad.

-No obstante, hay una gran diferencia -continuó después de un rato-. Yo tengo dinero y usted no tiene ni un centavo. Me niego a creer que su padre juega su destino poniéndolo en sus manos exclusivamente.

Alec creyó detectar cierta cólera que la joven iba acumulando.

-Mi padre confía en que nadie tomará ventaja de mí, señor. Tengo mucha experiencia y...

-¿Experiencia? ¿Usted? Realmente, mi querido muchacho, me imagino que hasta todavía es un púber virgen.

Con eso lo logró. La cara de Genny se puso muy colorada después de semejante comentario. En realidad, era un rojo tan brillante que ni Alec podía creerlo. Genny abrió la boca como para gritarle, pero él la tomó tan de sorpresa que no supo qué decir. Sólo se quedó mirándolo. El se rió.

Y eso, sin saber por qué, la hizo recuperar la calma y su semblante sereno.

-No me había dado cuenta de que el tema aquí eran mis proezas sexuales, lord Sherard.

-Mi querido jovencito, las proezas sexuales siempre son el tema. Apuesto a que aquí esas cosas deben de ser igual que en Inglaterra, o en España o en Brasil, ¿no?

¿Y cómo rayos iba ella a saber? ¿Se referiría a que los hombres siempre están ávidos de sexo en todo momento, en todo lugar?

-Muy bien -dijo ella, asintiendo ante lo que debía de ser cierto. Y si era cierto, entonces ella, que en realidad tenía que pasar por un él, debía aparentar ser como los demás.

-¿Muy bien, qué? ¿Tiene experiencia?

-¡Y vaya que sí! Pero no es asunto suyo. Los caballeros... los caballeros norteamericanos, por lo menos, no hablan de las mujeres con otros hombres, ni de sus conquistas.

-¿Conquistas? Qué anticuado. Me pregunto: ¿Qué es una dama? ¿Una hembra que no goza a los hombres? No, no lo expresé correctamente. Seguramente que una dama disfruta de las atenciones de un hombre, en especial, cuando se la colma de elogios, regalos y joyas. Pero, ¿Y su cuerpo? No sé. ¿Qué opina usted?

¿Cómo había sucedido todo aquello? Estaban a bordo de un clíper, por el amor de Dios, fuera del agua, con sus hombres sentados en cubierta, almorzando y ella aparecía ante un él a los ojos de este hombre. Alec sobrepasaba la experiencia de Genny y además, era arrogante, el más orgulloso que había conocido. Pero él pensaba que ella era un hombre también. Meneó la cabeza. Eso estaba llegando demasiado lejos. Se estaba metiendo demasiado.

Alzó el mentón.

-Una dama, milord, por lo menos, una dama norteamericana, es la que habla de cosas apropiadas y disfruta de las cosas que también lo son.

Alec se rió de la frase, pero no vio la intención de su pícara sonrisa.

-Ah, ¿Entonces se refiere a que una dama, una dama norteamericana, no habla de gozar a los hombres sino hasta que simplemente logra arrastrarlo hasta el altar al pobre desgraciado?

-¡No! No es así en absoluto. Está malinterpretando a propósito, milord. Una dama no es como un hombre.

Alec pensó que quiso minimizar las cosas.

-Muy cierto. Según mi experiencia, las damas son mucho más diestras que los hombres, mucho más hábiles y como pueden determinar cuándo el hombre puede obtener lo que quiere, ejercen un poder increíble. Por eso, mi querido jovencito, es que los hombres se permiten que los encadenen.

-¡Qué absurdo! Las mujeres no ejercen ningún poder... ellas... bueno, no sé. Basta de hablar de esto... Aquí. No es más que un extraño y el sexo no es un tema para andar ventilando como si fuéramos viejos conocidos... -Se detuvo. Estaba diciendo disparates, y todo porque él la había confundido tanto.

-Veo que volvemos con las formalidades.

Genny notó que Minter le dirigía otra de sus patentadas miradas despectivas, de soslayo. Rezó para que ningún hombre hubiera escuchado aquella extraña conversación.

-¿Le gustaría ver la cabina del capitán, señor? Ya está casi terminada y podríamos hablar más en privado.

-Si lo desea. -y pensó: ¿Una mujer norteamericana invitaría a un extraño a un sitio privado?- ¿Su padre está abajo?

-No, mi padre está en casa. Por favor, sígame, milord.

Alec obedeció, con los ojos fijos en las caderas de la muchacha. Veía sus manos sobre aquellas caderas, acariciándolas y sintió que su miembro se erectaba. ¿Cuánto tiempo más insistiría ella en esta charada?

La cabina era de un gusto exquisito. Era bastante espaciosa, aun para él, más todavía que la de la *Bailarina Nocturna.* Pero no presentaba ninguna puerta de comunicación.

-¿Hay otra cabina junto a esta?

-Claro, la que pertenecerá al primer maestre. O a su hija.

-Este es un escritorio para un hombre -comentó él, mientras recorría suavemente la madera de caoba con los dedos-. Sí, un hombre estaría muy cómodo aquí. Me gustaría conocer al individuo que lo diseñó.

-Yo lo diseñé.

-¿De verdad? Y eso que es tan joven. Apenas un hombre, diría yo. Bueno, a veces es difícil saber, ¿no? No debí pensar que usted... Bueno, ¿aún quiere hacer negocios conmigo, Eugene? -Alec tomó asiento y se reclinó cómodamente en el respaldo de la silla.

Genny lo estaba mirando. ¿Acaso sospechaba que no era tan hombre como ella decía? No, seguramente le habría dicho algo.

-Sí y con mi padre también. Este es su astillero.

-Cierto. No puede ser irrazonable y llevarse toda la gloria. Y como hijo suyo, también es su heredero y tiene derecho a opinar en el asunto.

-Correcto.

-¿Puedo venir a cenar con usted y su padre esta noche? ¿Tiene hermanas? ¿Madre?

Los ojos de Genny se encendieron. ¿Qué hacer? Oh, Dios, tendría que hablar con su padre. ¡Vaya! No podía representar a Eugene estando en su casa, con aquella cabellera cayéndole sobre el rostro. Con gran simpatía, accedió al pedido mientras su mente elucubraba alguna estrategia.

-Por supuesto. ¿A las siete en punto? Y sí, tengo una hermana, aunque mi madre murió hace mucho tiempo.

-Lo lamento -dijo Alec, poniéndose de pie-. A las siete en punto me parece bien. Estoy ansioso por conocer a su hermana. Ahora, señor Eugene, me gustaría ver el resto del barco.

El mayordomo de los Paxton, Moses, un negro de una inmensa dignidad, condujo a Alec a la sala de estar. Allí, un hombre mayor y una joven lo aguardaban. Moses simplemente dijo:

-Señor. -Hizo una reverencia y salió.

Genny se había preparado concienzudamente, aunque no lo suficiente. Una cosa era Alec Carrick vestido con indumentaria informal, pero otra muy distinta era Alec Carrick con ropa de noche. Su figura era capaz de hacer perder a cualquier mujer el poco juicio que le quedara. Debería recibir un castigo. Ningún hombre debería tener derecho a vestirse así con ese cuerpo. Aquel negro impecable sólo se interrumpía con el blanco inmaculado de su camisa de linón y el de su corbata de seda. Parecía el más real de los príncipes, el más proverbial de todos ellos. Era increíblemente apuesto, con su cabello rubio brillando con la luz de los candelabros y sus ojos azules tan resplandecientes que aparentaban tener vida propia. Genny sólo quería quedarse allí y mirarlo eternamente.

-No debería estar bien acompañado.

-¿Perdón?

-Discúlpeme, sólo recitaba declinaciones latinas. Mi nombre es Genny, milord, por Virginia, y este es mi padre, el señor James Paxton.

Alec ignoró a Genny -por Virginia- momentáneamente, y estrechó la mano del señor Paxton.

-Es un placer volver a verlo, señor. Aproximadamente tres años, ¿no?

-Aproximadamente. Nos conocimos en Nueva York, en Waddels. En un ruidoso baile, o algún evento igualmente molesto. Alguien mencionó que se ha casado. ¿Cómo se encuentra su esposa?

"¿Esposa?"

-Murió hace cinco años.

-Oh, lo lamento mucho. Bueno, según recuerdo, usted estaba ansioso por regresar a su casa de Inglaterra.

-Sí, tenía algunos negocios que atender. Sin embargo, cada vez paso menos tiempo en Inglaterra ahora. No más de cuatro o cinco meses por año.

-¿Prefiere dedicarse a navegar?

-Sí, y a conocer a gente diferente, visitar nuevos lugares. Oh, precisamente esta mañana, tuve el inmenso placer de conocer a su encantador hijo, Eugene y...

-Milord, aquí tiene su jerez y tú también, padre.

-Gracias señorita Paxton. ¿Por dónde estaba?

Alec escuchó unas risitas muy femeninas a sus espaldas. Y muy nerviosas también. Seguía con toda su atención fija en el señor Paxton, quien aún permanecía sentado, probable indicador de que su salud sería delicada. Parecía tener unos sesenta años y su cabellera, aunque muy tupida, estaba blanca en canas. Alec vio a la hija/hijo reflejada/o en su padre. Los ojos verdes, los pómulos altos, la mandíbula cuadrada. Un hombre apuesto y formidable. Y sus ojos tenían un destello muy particular. ¿Qué sucedía allí? Obviamente, padre e hija estaban juntos en esa charada. ¿Por qué los subterfugios con él? Lentamente, se volvió hacia Eugene/Virginia.

-¿Usted debe ser la famosa hermana de la que tanto me habló Eugene hoy?

-¿Mi hermano me ha hecho elogios? Me resulta difícil aceptar que Eugene pueda ser galante. -Le tendió la mano y él la tomó.- Me llamo Genny Paxton, lord Sherard. Eugene tuvo que ir a casa de mi tío, en las afueras de Baltimore. El hermano mayor de mi madre. Está enfermo y mi hermano es su heredero. No tuvo otro remedio que ir y me pidió que lo disculpara.

-Si usted ocupa su lugar, no me lamentaré.

-¿Que yo ocupe su lugar? Soy sólo una mujer tonta, milord. No sé nada de barcos, ni de astilleros, ni...

-¿Ni de ballestrinques?

-¿Es una receta?

-¿Ni de malecones de juanetes?

-¿Esa es alguna enfermedad de Inglaterra?

-Precisamente. Sabía que no tenía que ser tan ignorante.

-Pero yo soy sólo una...

-Ya sé. Una mujer. -Excepto que, pensó Alec, no puedes disimular esa sonrisita pícara que tienes. La examinó cuidadosamente. No estaba vestida como una dama tonta. Su vestido no tenía un escote pronunciado para mostrar sus senos y tampoco era el último grito de la moda. El color, crema claro, no le sentaba del todo bien, pero tampoco mal. Pero su experimentado ojo masculino le indicó que Genny había escotado más la prenda, pues el encaje estaba cortado y cosido más abajo. Obviamente, tampoco era una gran costurera. La costura del encaje estaba toda torcida y fruncida en partes. No obstante, no se detuvo en ese defecto de la muchacha. Estaba entretenido con la curvatura de sus blancos senos, y las esmirriadas líneas de su cintura. Pero era su cabello el que lo atraía. Abundante, grueso, renegrido, trenzado en una coronilla sobre la cabeza, con algunos rizos largos que le caían sobre la nuca. Su rostro no era hermoso. Había conocido mujeres de una belleza tan rotunda que lo habían dejado sin respiración. Pero aquel semblante tenía algo mucho más encantador: carácter. Y mucho. También determinación. Ese mentón, al igual que el de su padre, era tan obstinado como el del propio demonio. Sintió curiosidad respecto de su temperamento. ¿Cómo pelearía? ¿Se soltaría? ¿Gritaría e insultaría? Alec se obligó a detener su imaginación. Todo aquello era un absurdo. Él estaba allí para comprar, con suerte, un astillero dedicado a la fabricación de clípers en Baltimore, no para pensar en una mujer ridícula que de noche se bajaba los escotes de los vestidos y de día se hacía pasar por su hermano, sin conseguirlo, al menos con él.

Alec la miraba. Genny tuvo la sensación de que sus senos estaban expuestos. Qué tonta había sido al sucumbir ante la vanidad femenina y escotarse el vestido. Venció el loco impulso de cubrirse los pechos con las manos. No tenía un busto tan prominente como para enloquecer a un hombre, como Susan Varnet o la señora Laura Salmon. Había sido una tonta. No había manera de competir con él. Él era el hombre más hermoso del mundo y ella estaba lejos de ser una dama aceptable. Aun así, se preguntaba qué estaría pensando Alec mientras la miraba.

Moses apareció en la puerta de la sala de estar.

-Señor Paxton, señó', la cena 'tá servida.

James Paxton comenzó a incorporarse lentamente. De inmediato, Alec acudió a su lado.

-No es necesario, muchacho. Culpa de mi maldito corazón, ¿sabe? No puedo moverme como antes. Todo debe ser lento, tranquilo y me fastidia terriblemente. Pero hay que sobrevivir. Tome el brazo de Genny y acompáñela. ¡Moses, ven aquí!

-Qué maravilla -dijo Alec mirando a la muchacha mientras la conducía hasta el comedor de los Paxton.

-¿Qué es una maravilla, señor?

-Lo mucho que se parecen usted y su hermano. No, me retracto. El señor Eugene Paxton me resulta un individuo muy serio y muy ingenuo, a pesar de sus avanzados veintitrés años. A propósito, ¿qué edad tiene usted?

-No se pregunta la edad a una dama.

-¿No? Bueno, tal vez si la dama estuviera muy entrada en años, no sería muy... Bueno, basta ya de eso. Bien, con respecto a Eugene, además de ser muy serio, creo, también, que es un libertino en proyecto. La verdad, me hizo sentir bastante avergonzado con los temas sobre sexo que tocó. Me temo que es sólo porque no sabe cómo afrontar esas cosas. ¿Le parece que debería tomarlo bajo mi, eh, patrocinio para que aprenda de estos detalles mundanos?

Genny tuvo deseos de abofetear aquel rostro precioso. Ella, Eugene, ¿un libertino en proyecto? ¿Cómo se atrevía a deslizar esa idea cuando había sido él quien había dado todas esas referencias libertinas?

-Señor, creo que Eugene se lo agradecería mucho. Quizá realmente no tenga mucha experiencia al respecto, aunque jamás me admitiría semejante cosa. Me parece, sin embargo, que esas cosas deberían conversarse entre caballeros.

-¿No involucrar a las mujeres?

-Exactamente. ¿Desea sentarse allí, señor, a la derecha de mi padre? Bien, Moses, ¿qué ha preparado Lannie para nuestro invitado?

-Para comenzar, sopa de cabeza de becerro, señorita Genny.

-Qué extraño concepto.

-Es bastante sabrosa -dijo Genny, tratando de no sonreír.

-Chuletas de ternera con guarnición de judías francesas y luego nalga guisada con nabos y zanahorias.

-Eso suena más apetitoso.

-Es la especialidad de Lannie, nuestra cocinera. Por lo menos lo de las chuletas de ternera.

-Bueno, si no me muero con la sopa de becerro, mañana mismo comenzaré a educar al señor Eugene. ¿Cree que ya regresará de la casa de su tío?

-Es probable.

-Ah, ¿De modo que era una simple indisposición y no una enfermedad crónica?

-Simplemente está enfermo.

-Excelente. Entonces Eugene no estará fatigado. Tengo idea de que disfrutará lo que tengo en mente para él.

Genny quería saber desesperadamente de qué se trataba. Alec Carrick, barón de Sherard, se veía perverso.

3

La cena estuvo deliciosa. Alec, repleto, se reclinó sobre el respaldo de su silla, con una delicada copa de cristal, de vino, entre sus largos dedos.

-¿Puedo ofrecerle algún pastelillo de grosella, milord?

-Oh, no, señorita Paxton. -No agregó nada más. Sólo la miró expectante.

Genny estaba confundida. Quizás él quería un poco de bizcochuelo.

Finalmente, James Paxton carraspeó y dijo suavemente a su hija:

-Genny, cariño, ¿podrías dejarnos a solas a los caballeros?

Alec tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a reír a carcajadas. Al principio, la joven pareció no comprender. Luego denotó sorpresa y finalmente, apretó los labios de rabia. Obviamente, no era eso a lo que estaba acostumbrada.

-Pero yo...

-Pronto nos reuniremos con usted, señorita Paxton -dijo Alec, con un tono tan protector como si hubiera sido un cura aconsejando a un carterista-. Su padre y yo tenemos que hablar de negocios y alguien tan bonita como usted se aburriría de inmediato.

Alec pensó que si la muchacha hubiera tenido clavos en la boca, se los habría escupido en la cara. No hubo ningún contoneo de sus caderas cuando salió del comedor.

El señor James Paxton había estado estudiando a lord Sherard durante toda la cena. Y le agradó lo que vio. Recordaba al barón como un hombre pensativo, inteligente, y demasiado apuesto para su propio bien. Ahora estaba un tanto mayor, pero seguía tan pensativo e inteligente como antes. Además, si el brillo de los ojos de su sagaz niña no lo engañaba, Alec estaría mucho más apuesto que años atrás. Jamás había visto a su hija mirar a un hombre de ese modo. Se sintió alarmado y aliviado a la vez. Pero Alec Carrick la trataba con bienintencionada bondad, toda vez que no le gastaba alguna broma o la provocaba. Si James no se equivocaba, Alec no la veía como a una mujer. Bueno, era culpa de Genny. Esa tarde, cuando se le había presentado vestida de varón, blasfemando a viva voz contra el destino, él sólo se rió de ella.

-Has caído en tu propia trampa, Genny. Asúmelo de una vez y termina con todo. No trates de engañar a un hombre como el barón Sherard.

-No es un engaño -dijo ella, castañeteando los dedos-. De verdad, padre. Además, no queda alternativa. Eugene debe ser Virginia esta noche.

James Paxton simplemente ignoraba lo que el barón Sherard opinaría respecto de su astillero y de su hija/o. Hizo un gesto a Moses para que sirviera más oporto y luego lo hizo retirar.

-Yo no fumo, ¿pero desea usted un cigarro, milord?

Alec meneó la cabeza.

-Siempre consideré que fumar es un pésimo hábito. Tan desagradable como el tabaco en polvo.

-Ah, pero un buen tabaco en polvo... -dijo James-. Bueno, muchacho, ya que nos hemos quedado solos, es hora de hablar de negocios.

Alec asintió.

-Seré completamente franco con usted, señor. Estoy realmente impresionado, no sólo con sus operaciones, sino con *el Pegaso.* Su hijo me lo mostró completamente. Muchas veces he visto goletas clípers norteamericanas. También sé la reputación que se ganaron durante la guerra. Me gustaría adquirir el astillero Paxton y construir el mío propio. Quiero controlar gran parte del comercio del Caribe.

James Paxton miró pensativo su copa de oporto.

-¿Adquirir? No creo que sea eso lo que yo quiero. Incidentalmente, existe otro... se llama Porter Jenks. También él tiene interés en comprar el astillero. Viene desde Nueva York. Sin embargo, el único problema es que quiere construir barcos negreros.

Alec dijo:

-¿Cuál es su opinión al respecto?

-Además del hecho de que es ilegal traer esclavos para vender, por supuesto, hay una gran posibilidad de hacer una fortuna a propósito de esa operación. La mayor parte de los hombres que se dedican a esto convienen en que los beneficios sobrepasan en gran medida los riesgos que hay que correr. Además, si uno es propietario del barco, los beneficios son mayores aun. Por consiguiente, ya es una práctica corriente. Más y más barcos que se construyen en la actualidad tratan de adaptarse a este tipo de comercio. No obstante, personalmente, prefiero vender mercaderías más inofensivas, tales como ron, melaza, harina y algodón, en lugar de preocuparme por los negros y las negras que mueren en la bodega de mi barco. Pero tampoco puedo negarme a los hechos. Es un gran negocio que crece cada día más.

- Vuestros estados del sur garantizan eso.

-Cierto. Otra cosa. Porter Jenks quiere casarse con Genny. Ella lo ha rechazado, pero es un hombre muy insistente. No dudo que vuelva a visitarnos muy pronto.

Interesante, pensó Alec.

-Por su tono, deduzco que el hombre debe de ser bastante vulgar. ¿Es también peligroso?

James estuvo a punto de confesarle que el deseo de Jenks de casarse con Genny sólo se motivaba en su intención de echarle manos al astillero, pero se detuvo justo a tiempo. Momentáneamente, se había olvidado de su supuesto hijo, Eugene. Maldijo a su hija en secreto. No le gustaba tener las manos atadas de ese modo, todo por la obstinación sin límites de la muchacha. Tampoco favorecía la mentira.

-¿Vulgar? Sí, lo es. Y peligroso... también. Si usted y yo llegamos a un acuerdo, ¿Se quedaría a vivir en Baltimore?

-No estoy muy seguro. No conozco su ciudad, pero me temo que los ingleses no somos bienvenidos aquí.

-Como barón Sherard, un caballero acaudalado y con un título, obtendrá la llave de la ciudad. -James meneó la cabeza por las extravagancias de la gente.- No lo dude, muchacho.

-Su hijo, Eugene, me dijo que los dos desean negociar conmigo. -Alec sonrió y James se quedó dudando. ¿Se habría dado cuenta? No, seguramente, no. Le habría hecho algún comentario. Y Genny estaba tan segura de que había logrado engañarlo.

-Cierto. Es una pena que el muchacho haya tenido que irse. -Mientras hablaba, estudiaba minuciosamente al barón.

-Sí, por cierto. Es lo que pensaba yo exactamente. -Alec levantó su copa de oporto.- Propongo un brindis, señor, por que logremos llegar a un acuerdo. Y por su muy interesante hija.

-Bien -comentó James, aunque un tanto sorprendido por el comentario que el barón hizo respecto de Genny.

Una hora después, Genny estaba sentada en el borde de la cama de su padre, con una mano apoyada en la de él. Pero había una vela encendida junto a la cama. Parecía pálido, pensó ella, un tanto angustiada. Sintió temor.

-Te ves terriblemente cansado. ¿Listo para dormir?

-Casi, cariño. Pero antes de que me quede dormido, dime qué opinas del barón Sherard.

Genny se quedó inmóvil. Finalmente, dijo serena:

-Es tan apuesto y encantador, que me resulta muy difícil ver al hombre que está detrás de esa pantalla. Diría que aparentemente es una persona de honor, pero es demasiado pronto para estar seguros.

-Es honesto, eso lo sé. Estuve averiguando, desde que mandaste esa carta durante el verano.

-¿Y a quién le preguntaste?

-No te hagas la sorprendida, Genny. A conocidos míos de Boston y Nueva York. El y su esposa vivieron en Nueva York varios años. Me sorprendí bastante cuando me enteré de que se había casado. No me parecía un hombre fácil de domesticar, especialmente, a esa edad. Y no porque las mujeres no lo persiguieran. Por supuesto que sí. Pero al barón le gusta la aventura, explorar, conocer lugares nuevos, gente nueva, hacer cosas distintas. De todos modos, era la opinión generalizada que la gente tenía de él en Boston. También se decía de él que era confiable, tanto en su palabra como en sus opiniones. Un "gran pensador", según Thomas Adams escribió sobre él. De todos modos, quiero conocerlo un poco más para poder llegar a una decisión propia.

-¿Por qué no me dijiste todo esto antes?

James palmeó la mano de su hija. Una mano de mujer, pensó, levantando sus delgados dedos. Sintió un callo en su dedo mayor.

-No quise. Preferí que te formaras tu propia opinión de él.

-¿Cómo habrá muerto su esposa?

-Quizá puedas preguntárselo tú.

De repente, Genny estrelló su puño contra el muslo de su pierna y después se lamentó.

-Esto es horrible, padre, y lo sabes. Genny Paxton no puede saber lo que hace Eugene Paxton y viceversa. Estoy en inminente peligro de hundimiento. ¿Sabías que me mintió con respecto a Eugene? Dijo de él cosas atroces, que era demasiado serio, inexperto y un libertino en proyecto. ¿Puedes creerlo?

-No creo que vayas a negarme que te divertiste, mi amor. Me complace.

Genny arqueó una ceja.

-El barón Sherard no es un aburrido. Es todo lo que puedo decir de él. ¿Cuándo continuarás con las negociaciones?

James bajó los ojos hacia el terciopelo azul del cubrecama. Estaba cansado, muy cansado. En silencio, maldijo su cuerpo por traicionarlo. Todavía había tanto por hacer.

-Pronto comenzaremos con las negociaciones serias. Él desea visitar Baltimore, concurrir a funciones sociales, esas cosas... Ver si le agradaría vivir aquí.

-Oh.

-Eugene tiene que desaparecer, Genny.

-Todavía no, padre, por favor. La trata a Eugene de un modo distinto. Ya sabes lo que opinan los hombres de las mujeres que quieren hacer cosas, que quieren saber cosas. Me imagino cómo habría reaccionado si se hubiera enterado de que yo, como mujer, administro el astillero.

Volvió a apretar los labios de rabia cuando recordó cuán delicadamente la había despedido del comedor, para dejar que los caballeros hablasen de cosas importantes. Aun así, tenía la impresión de que la provocaba a propósito. Genny no sabía cómo analizar esa situación, de modo que ni lo intentó.

-Pronto se dará cuenta, Genny. ¿No te parece mejor que se lo digas tú misma?

-Está bien. Pero todavía no. -Alec iba a empezar con la educación de Eugenia al día siguiente. Genny estaba entusiasmada con la perspectiva.

Ella se le acercó y le besó la mejilla.

-Buenas noches, padre. Por favor, duerme bien.

-Piensa en lo que te he dicho, cariño.

En la *Bailarina Nocturna,* Alec estaba inclinándose para besar la frente de su hija.

-¿Papá?

-Sigue durmiendo, calabacita. Ya es tarde.

La niña obedeció. Se hizo un bollito y Alec la cubrió aun más con las mantas. Se levantó y caminó sin hacer ruido hacia la puerta que lo conduciría a su propia cabina. Tenía por costumbre dejarla entreabierta por si Hallie despertaba en la noche.

Se desvistió, doblando cada una de las prendas cuidadosamente para colocarlas sobre el baúl de marinero. Sabía que Pippin en la mañana se haría cargo de ellas. La *Bailarina Nocturna,* amarrada, se mecía suavemente. Las aguas de la bahía estaban calmas. La noche era clara. Se acostó y se tapó con una sábana. Tenía lujuria, tanta, que le producía dolor y odio a la vez. Lo distraía y no le gustaba distraerse. Claro que no tenía nada que ver con esa tontuela de Genny Paxton. La muchacha, casi una solterona, sólo era pasablemente bonita. Además, para su gusto, era demasiado alta, con piernas demasiado largas. Pero sus senos, hermosos y voluptuosos, exhibiéndose a través de la torcida costura del encaje... Meneó la cabeza, reprobándose. Deseó poder llamar a Ticknor, su segundo maestre, para pedirle que encendiera la bomba de cubierta y lo mangueara con agua fría de la bahía.

Necesitaba una mujer. Se encargaría de ello al día siguiente, por la noche. También debía encontrar una casa para instalar en ella a Hallie y a la señora Swindel. No llevaría a ninguna mujer a bordo si Hallie estaba allí. Muchas cosas que hacer rápidamente sólo para satisfacer sus necesidades viriles. No le agradaba llevar a su casa a una vagabunda. Muchos hombres se sentían liberados de ese modo. Tampoco quería pescarse ninguna venérea. Quería algo más formal. Una amante. Podría hallar una mujer que le conviniera e instalarla en una casa adecuada en Baltimore. Esa sería la solución a sus problemas.

Comenzaría con la educación de Eugene Paxton en ocho horas. Sonrió en la oscuridad, consciente de que era la primera vez en muchos meses que deseaba la compañía de otra persona, una mujer, que no podía ser su amante porque se hacía pasar por varón.

Se sorprendió pensando en aquellas piernas largas. Quizá, después de todo, no eran tan largas.

Las piernas largas de Genny se cubrieron una vez más con pantalones de montar, muy holgados. Se había trenzado apretadamente el cabello, para enroscarlo alrededor de la cabeza y cubrirlo con su gorra de lana. Cuando se paró frente a su espejo de cuerpo entero, se sintió complacida. Se veía muy masculino. Rudo y agresivo. Sí, completamente masculina. El barón jamás se enteraría. Desgraciadamente, todos los demás sabían que ella era Eugenia, y muy excéntrica. Pero nada podía hacer al respecto, salvo rezar para que nadie abriera la boca frente al barón antes de que ella le contase todo. Se saludó con la cabeza, con aire arrogante, se volvió y se miró el trasero -varonil también, sin duda- y luego salió de la recámara.

Su padre estaba desayunando en el comedor pequeño, situado junto a la cocina. Parecía descansado, había recuperado el color de sus mejillas y Genny suspiró aliviada. Su salud constituía una constante preocupación para ella desde el año anterior, cuando sufriera aquel ataque al corazón. Ella había tratado de remplazarlo, de hacerse cargo de las tareas diarias del astillero. Casi todos los hombres la aceptaban ya. Y podía manejar a las excepciones, como Minter.

-Buenos días, padre.

-Genny... ¡Eugene! Bueno, qué bien se te ve. Igual que tu madre.

Siempre le decía eso cada vez que la veía vestida con ropa de hombre. Y toda vez que tenía puesto algún vestido, era la viva imagen de él. Ella sonrió, se le acercó y le besó la mejilla.

-Tendrás un mal fin, padre. Bueno... no tengo tiempo de desayunar. Espero al barón en el astillero.

Tenía rubor en las mejillas, notó James. Qué interesante.

-Lannie te ha preparado sus pastelillos especiales de salchicha y algunas galletas.

-No, hoy no. Quizá, regresaré a casa para el almuerzo. O quizá no. No lo sé.

Y con esa indecisión, salió corriendo del comedor. Una forma de correr muy poco masculina. James se quedó mirando a su hija. Ningún hombre que se preciara por su hombría caminaría así. La muchacha era la imagen de la feminidad, de una mujer que se sentía tocada por una varita mágica, vivaz y alegre. Todo porque se encontraría con Alec Carrick. Su hija, quien al principio había despreciado a los muchachos, luego a los hombres, sin vacilaciones y siempre con ingenio.

-No tengo tiempo para esas cosas -solía decirles muchas más veces de las que James deseaba recordar-. Son tontos o jactanciosos. Y además, quieren besarme o llevarme entre los arbustos.

Bueno, para ser honestos, pensó James, es una descripción muy apropiada de los hombres en general. Al menos, aquella última parte. Pero la técnica variaba en gran medida. Se preguntó qué técnica habría de utilizar el barón. Mordió una tostada seca, masticó lentamente y luego se quedó perplejo. Contempló el retrato de su abuelo que estaba colgado en la pared. El viejo se veía radiante, con su espesa peluca de rizos y una expresión vivaz, para ser amables.

-Ni en sueños... -dijo suavemente y volvió a morder su tostada-. Me gustaría saber... realmente me gustaría saber.

Por supuesto que había un inconveniente. James sabía que no bien las damas de Baltimore vieran a Alec Carrick, comenzarían a perseguirlo, a tratar de conquistarlo sin piedad y a acosarlo por todos los medios hasta que... Bueno, ya hacía cinco años que Alec Carrick era viudo y aún no había sucumbido. Y James no creía que fuera porque a las mujeres inglesas les gustara menos que a las norteamericanas. El barón debió de haberse aprendido todas las tácticas del hombre que logra escapar de las garras femeninas. Tendría que ser muy evasivo y también sagaz, para eludir las maquinaciones del sexo opuesto y salirse con la suya.

Necesitaría pensar profundamente en ello. James gritó:

-¡Moses!

-Sí, señó'.

-Ah, aquí estás. Dile a Andrews que traiga el carruaje. Tengo que hacer algunas visitas.

-Sí, señó'.

La mañana de octubre se presentaba radiante aunque fresca, con una ligera brisa en el aire. Genny miró en dirección al Fuerte McHenry, aún inmerso en la niebla matinal, un triste recuerdo para todos los ingleses, incluido Alec Carrick, de que a los norteamericanos, especialmente a los habitantes de Baltimore, no podía tratar de avasallarlos. Genny inhaló profundamente aquel aire frío y empezó a tararear. Caminaba hacia el astillero, como era su costumbre. Se detuvo y miró el enorme cartel pintado que decía: ASTILLERO PAXTON. Pensó que ojalá dijera: "PAXTON E HIJA." Y luego se rió por la idea. Si su hermano Vincent hubiera estado aún con vida, seguramente se habría llamado "PAXTON E HIJO", sin duda. El mundo era injusto. Los demás propietarios de astilleros apenas la soportaban y todo porque respetaban y querían mucho a su padre. La consideraban una solterona excéntrica, que se vestía como un hombre, pero que, a pesar de ello, no actuaba por voluntad propia. No, hasta

obedecía las órdenes de su padre. Este mundo estaba hecho para los hombres y eso la enfurecía.

Claro que era un día demasiado hermoso para estar furiosa. Y ella, Eugene Paxton, estaba a punto de empezar su educación de mujeriego, bajo las órdenes de lord Sherard. Aceleró la marcha.

Llegó al Astillero Paxton, en Falls Point, temprano. Los hombres todavía no habían empezado a trabajar. Sólo Mimms estaba sentado en cubierta, con un trozo de madera de cerezo, particularmente fino, en sus enormes manos.

Genny lo saludó y señaló el trozo de madera.

-Será para fabricar la tapa del inodoro de la cabina del capitán.

-Oh -dijo Genny-. Estoy segura de que el capitán, quienquiera que sea, se sentirá muy agradecido.

-Más le vale -dijo Mimms y escupió-. No podrá quejarse de que el trasero se le llene de astillas.

Genny jugueteó nerviosamente por un momento con un puñado de tornillos destinados a ajustar el entarimado del casco que quedaba bajo el agua.

-¿Y qué hay de este lord inglés? -dijo Mimms, sin sacar la mirada de la madera de cerezo.

-¿Qué inglés? Ah, él. Teóricamente tiene que venir hoy, Mimms. Bueno, creo que iré abajo. Tengo que hacer algunos trabajos administrativos.

Genny había trasladado muchos de los libros contables de la empresa al *Pegaso,* precisamente, a la cabina del capitán. De ese modo, podía supervisar el trabajo que se llevaba a cabo allí y al mismo tiempo cumplir con sus tareas contables. Se ahorraba bastante tiempo.

No bien atravesó la escotilla abierta, con el pie aún levantado, escuchó las palabras:

-Buenos días. ¿Eugene?

Esa voz grave la sobresaltó tanto que casi tropieza. Se enredó el pie en la traba de la escotilla.

-¡Cuidado!

Sintió que la tomaban del brazo y la ayudaban a recuperar el equilibrio, liberándole el pie. No estaba lastimada, sino excesivamente humillada.

-Gracias -dijo, aunque no levantó la vista para comprobar que seguramente aquel rostro bellísimo denotaría una expresión de sorna.

-No hay de qué. -La soltó.

-Buenos días, Alec. Lamento no haber podido estar con usted anoche. -Entonces sí levantó la vista. Él le sonreía, pero sin ánimo de provocación.

-Su hermana fue el reemplazo perfecto. Debe enfrentar la realidad, Eugene. No lo eché de menos.

-Oh, Virginia. Supongo que es bastante agradable.

-Bueno... sí, no está mal. Pero ahora, vayamos a los temas importantes. Me gustaría ver los libros contables del astillero.

¡Temas más importantes! Genny terminó de atravesar la escotilla y bajó la escalerilla. Dijo por encima del hombro, como tanteando la actitud del hombre:

-¿No le cayó bien mi hermana? Puede hablarme con toda franqueza, ¿sabe? Genny a veces es un poco bobalicona.

-Francamente, sí. Es divertida. Particularmente, me causaron gracia sus puntadas.

-¿Sus qué?

-Sus puntadas. ¿No sabía que cortó el escote de su vestido y cosió el encaje más abajo? No muy bien cosido, debo agregar. Cualquiera pensaría que toda mujer es hábil con

aguja e hilo en mano, ¿pero su hermana? Creo que no. Quise decirle que un vestido nuevo, más moderno, habría sido lo ideal, pero como soy un caballero, me callé la boca.

-Sí, empiezo a verlo tal como es.

Con esas palabras, Genny se volvió e ingresó a la cabina del capitán. ¡Se había dado cuenta de la costura! Sintió que una nueva ola de humillación, mucho mayor esta vez, la envolvía. Claro que si debía ser totalmente franca, ella se lo había buscado. ¡Maldito hombre! Alec estaba casi pegado a ella, sonriendo por la gorra de lana que llevaba.

Genny continuó, sin volverse para mirarlo.

-Ah, ella es famosa por sus encantos. ¿Le pareció así?

-¿Encantos? Más bien me pareció muy impertinente, Eugene. Probablemente será porque, como es una solterona, no tiene un marido que la controle. Definitivamente, necesita un hombre fuerte, para que la guíe y le compre vestidos nuevos. ¿Acaso ustedes, los caballeros norteamericanos, no tienen interés?

-Por supuesto que sí. ¡Durante años, la han perseguido muchos caballeros!

-Años... sí, deben de haber sido muchos, muchos años, ¿no?

-Bueno, sí. De todas maneras, ella es una persona muy particular, pues ninguno de ellos le agradó lo suficiente.

-Sin embargo, no me caben dudas de que los caballeros habrán estado más que entusiasmados con el astillero.

Genny sintió deseos de partirle un palo en la cabeza. Quería darle una patada entre las piernas, para doblarlo en dos, tal como su padre le había enseñado unos cinco años atrás, para que aprendiera a protegerse.

-¿Quiere tomar asiento junto al escritorio? Bien. Aquí tiene todos los libros más importantes. Ella no es una de esas frívolas mujeres suyas que sólo piensan en coquetear, comprarse ropa nueva y demás. No, Genny es seria.

Alec se sentó.

-¿Seria? ¿Su hermana? Mi querido muchacho, lamento tener que disentir. Me aseguró que es bastante tonta y debo decir que le doy la razón. ¡Seria!

Genny había olvidado que le había dicho eso. Tenía la misma memoria de retención que su tía abuela, Millicent, quien jamás olvidaba ni el más mínimo pecado que Genny hubiera cometido desde los tres meses de edad.

-Sólo trataba de caerle en gracia, Alec. Una broma, nada más.

-¿Sí? Hmmm, Pero sí voy a decir que tiene un cabello hermoso. ¿Usted tiene el mismo color, Eugene?

Qué tierno le pareció el elogio. Pero realmente era una tontería sentirse tan alabada después de todo lo demás que le había dicho antes. Comentó rápidamente:

-Oh, no. Mi cabello no es tan brillante y de un color tan puro como el de ella. Bueno, Alec, aquí tiene los libros. Le mostraré cómo ingreso cada operación, para que tenga una idea de cómo administramos todo. En este libro -lo abrió y alisó las páginas- reflejo el dinero en dólares que pago por los materiales de construcción, a quién le hago esos pagos y todos los demás detalles si el negocio se realiza en un período que sobrepasa los treinta días. ¿De verdad le pareció una muchacha tonta?

-A su edad, Eugene, yo no diría que es precisamente una muchacha. A pesar de que sin duda usted como hermano ofrecerá una buena dote, creo que ya debe de estar acariciando las últimas, esperanzas. A propósito, ¿qué edad tiene ella?

-Sólo veintidós. -Fue sólo una pequeña mentirilla. Un añito piadoso.

-Me pareció mayor. Oh, bueno... ¿Quién es el señor Mickelson? Ah, sí, entiendo. Él lo provee de la mayor parte de la madera. Por el precio, calculo que tiene que ser de una excelente calidad. No... yo le daba unos veinticinco años, más o menos. Pero nunca se sabe

con las mujeres, ¿no? Supongo que será por la forma en que estaba vestida. Su, eh... estilo anticuado la hacía mayor, pienso.

-No estoy de acuerdo. Sus vestidos me parecen apropiados. Sí, la madera es excelente y Mickelson es de fiar. Como se dará cuenta, es uno de nuestros principales acreedores, razón por la cual tendremos que llegar a un mutuo acuerdo y muy pronto. La otra posibilidad, es que aparezca lo antes posible un comprador para el *Pegaso.* ¿Cree que le resultaría bonita si se vistiera de otra forma?

-Es una posibilidad. Uno no puede estar completamente seguro hasta que no ve el resultado final. Ahora, considere esto, Eugene. Usted está pagando a Mickelson el trece por ciento de interés sobre el saldo de la deuda después de... ¿cuánto? Sí, después de veinte días de terminado. Se está echando la soga al cuello. En otras palabras, se ha dado muy poco tiempo para vender el barco antes de la fecha de vencimiento. Cualquier cosa sería un progreso. En especial, un vestido que no le llegara hasta las orejas y que, por consiguiente, tuviera que cortarle el escote y coserlo de mala manera.

-Por supuesto. Por más que mi hermana se comprase un vestido nuevo, aún seguiría teniendo la misma cara y los mismos modales.

Alec se volvió y le sonrió.

-Lo siento, mi muchacho, pero así es. Ha dado en el clavo. Acertó en el blanco, justo en su centro. Dio en la tecla...

-¡Ya fue suficientemente claro! ¡Claro, clarísimo como el agua!

-Cierto. Ahora... ¿Estos pagos a sus marineros son semanales?

-Los salarios que pago a mis hombres son tales porque se los merecen. ¡Entonces no me diga que están aprovechándose de mí porque soy demasiado joven! Yo... eh... mi hermana tiene una cara muy bonita y sus modales son encantadores.

-Cierto. Excelente.

-¿De verdad? ¿Lo dijo en serio?

-Sí. Los salarios que paga son excelentes. Estuve analizando el trabajo artesanal de la gavia en el palo inferior de la mesana, ayer. Debo decir que me pareció maravilloso.

Genny prácticamente le arrancó el libro de las manos y lo cerró.

Alec arqueó una de sus cejas perfectas.

-No comprendo, estimado muchacho.

-No soy su estimado muchacho. Sólo me lleva ocho años, de modo que no actúe como si fuera mi abuelo.

-Es verdad. Es sólo que me parece tan... bueno, tan poco mundano. Creo que es por su personalidad tan virginal, por su cuerpo tan lampiño. Pero prometí educarlo, ¿no? ¿Le gustaría, Eugene?

Genny lo miró. Le gustaría más que nada en el mundo. Pero no como Eugene. Definitivamente, quería ser Eugenia. Asintió Y recorrió rápidamente su labio inferior con la lengua.

-Sí, me gustaría.

-Muy bien, entonces. Devuélvame los libros. Comprendo su sistema. Siga atendiendo sus cosas mientras yo estudio esto. Hoy mismo empezaré su educación. Pasaré por usted a las ocho.

4

-Es usted una fina figura de hombre.

Genny simplemente lo miró. Alec Carrick, barón de Sherard, era la fina figura, no ella. Y por cierto lo era, con su traje negro, sus botas lustrosas al tono y la capa de satén, también negra, que giraba en torno a sus tobillos cada vez que caminaba.

-Bueno, yo... Gracias. ¿Luzco bien a pesar de que soy lampiño?

-Ya está oscuro. Nadie puede notarlo. Cualquier mujer le otorgaría el beneficio de la duda. Por supuesto que tendrá que quitarse ese sombrero. ¿Quiere que lo haga yo por usted ahora? -Alec se acercó, con la mano extendida, pero el miedo a que la descubriera hizo que sus reflejos fueran tan rápidos como los de una serpiente. Lo eludió, riendo, presionando la copa del sombrero contra su cabeza.

-No, mi sombrero es una parte muy importante de mí. ¡Me lo dejaré puesto, gracias!

-¿Lleva ese maldito sombrero puesto en presencia de las mujeres? ¿Y cuando se acuesta con ellas, también?

-¡Por supuesto que no!

Eso, pensó Alec, tendría que ser muy cierto. ¿Cuándo daría fin a esa absurda charada? Estaba decidido a que terminase esa misma noche. Si tenía que presionarla hasta las últimas consecuencias, lo haría.

La noche estaba clara y fresca, con una media luna brillando en Baltimore. Por primera vez, el tiempo que allí siempre era impredecible, estaba bastante agradable.

-El Fuerte McHenry está allí -dijo Genny, señalándolo.

-Lo sé.

-Ustedes, los ingleses, no tuvieron éxito en su intento de tomar Baltimore hace cinco años. Los mandamos de vuelta a su maldita islita.

-Cierto. Ustedes, los de Baltimore, fueron mucho más resistentes que sus compatriotas de Washington.

Qué hombre frustrante.

-¿Nunca quiere pelear aunque sea un poco por ese tema?

-Si no le importa, me interesaría más pensar qué haremos esta noche.

-Pero por supuesto que no me lo dirá.

-Todavía no.

Alec y Eugene habían abandonado Charles Street, rumbo a North West Street, que se transformaba en Saratoga. A medida que se acercaban a Howard Street, las casas prolijas iban desapareciendo para dar paso a las más impactantes estructuras. Pasaron por la taberna *The Golden Horse,* con su impecable fachada pintada de blanco y luego por *The Black Bear.* Los habitantes también eran más impactantes, más ruidosos, más ásperos. Cuando pasaron por *The Maypole,* Genny asomó la cabeza para ver un poco el interior. Estaba muy iluminado y bullicioso. Había varias mujeres, apenas vestidas, persiguiendo a los caballeros que estaban sentados a las mesas, con sus respectivas copas, jugando a los naipes.

-¿Le gustan las tabernas, Eugene?

-No siempre, pero sí en ocasiones. ¿Y a usted?

-No mucho. Me resultan muy, eh, vulgares, para mi gusto.

-Ofenden su sensibilidad aristocrática, ¿no?

-No sea impertinente, mi muchacho.

-¿Adónde vamos? No creí que conociera Baltimore, pero se desenvuelve como si hubiera nacido aquí.

Alec miró a Genny con expresión divertida y dobló la esquina hacia Dutch Alley.

-¿No confía en que empiece su educación en forma adecuada?

Genny lo miró pensativa.

-No lo sé. ¿Adónde vamos?

"A algún sitio que te obligue a poner fin a esta tontería, mi querida Eugenia. A algún sitio que te haga palidecer hasta los pantalones y te haga salir corriendo despavorida."

-Mi estimado muchacho -dijo él, muy condescendiente, recitando sus cánones- cuando un hombre se encuentra en una ciudad nueva, de inmediato descubre dónde puede encontrar las mejores mujeres.

-¡Encontrar las mejores mujeres! ¡Habla como si estuviera por comprar pescado en el mercado! ¡La mejor tienda que venda artículos para caballeros! Una... conveniencia, nada más.

-Por supuesto que las mujeres son una conveniencia. Habla como si no supiera el uso que uno les da. ¿Qué otra utilidad tienen además de criarnos los hijos y darnos el heredero que necesitamos? Hay que ser práctico, Eugene. Llévese una buena mujer a la cama y verá cómo le cambia el humor al día siguiente.

-Eso está completamente... bueno, fuera del culto cristiano.

Alec se echó a reír a carcajadas. No pudo evitarlo.

-En absoluto. Quienes más odian a las mujeres pertenecen a la iglesia. ¿Sabía que durante años, nuestros ancestros eclesiásticos han debatido para llegar a determinar si las mujeres tenían o no alma?

-Es una invención suya.

-No, no lo es. Sólo le informo algo que aprendí en Oxford.

-Oxford -repitió Genny, con un tono nostálgico, aunque ella no se dio cuenta-. Cómo me habría gustado asistir a un sitio como Oxford o Cambridge.

-¿Y por qué no lo hace? Debo admitir que está un poco grande ya, pero de todas maneras, su padre podría inscribirlo en Oxford. Tiene el dinero suficiente.

Eso la obligó a guardar silencio. Esa mirada nostálgica se desvaneció y Alec se dio cuenta de que quería gritarle: "¡Una mujer no puede asistir a sus machistas universidades!"

Alec continuó:

-A menos que el hombre sea pederasta, no tiene otra opción más que buscarse una mujer para aliviarse.

-¿Qué es un pederasta?

-Un hombre que prefiere a otros hombres, o a muchachos, más que a las mujeres.

Ella lo miró de una manera tan asqueada, que Alec estuvo a punto de echar todo a perder. Pero finalmente consiguió tragarse su risa, mientras ella meneaba la cabeza y miraba para otra parte. Después, ella se detuvo.

-No iremos a un burdel, ¿no? No, no, claro que no. No consideraría llevar...

Aparentemente, Genny estaba por confesar, de modo que él decidió presionar un poquito más. -Sólo al mejor que Baltimore puede ofrecernos. Al burdel de madame Lorraine. Se ha puesto un poco verde, Eugene. ¿Estoy equivocado? ¿No es el mejor? ¿Me informaron mal? El señor Gwenn me dijo que no iría a otro...

-¿El señor Gwenn? ¿El señor David Gwenn?

Genny deseó que hubiera alguna calle aledaña para que se abriera bajo sus pies y se la tragara. David Gwenn había sido amigo de su padre toda la vida. Ella se había sentado en su falda infinidad de veces. Su esposa era la dulzura personificada, quien siempre había tenido una palabra de afecto para ella. La idea le repugnaba.

-Es el mejor -dijo entre dientes. Pero en realidad, no tenía ni la menor idea de quién era madame Lorraine.

-Bien -dijo Alec y reasumió su paso ligero-. Creo que será mejor tutearnos para hablar de esto con mayor confianza. Tu educación comenzará con madame Lorraine. Estuve pensando cómo haría las cosas para que te resultaran más sencillas, Eugene. Y este es el sitio donde debemos empezar. Si lo deseas, yo puedo observarte... eh, actuar, para que pueda criticarte detalles de tus técnicas... ¿Qué pasa? No, no lo digas. ¡Oh, rayos! Eres un maldito virgen, ¿verdad, Eugene? Todavía no tienes ninguna técnica. Genny supo que tenía que terminar. En ese mismo instante.

Antes de que fuera demasiado tarde. Antes que quedara totalmente ridiculizada en aquel maldito burdel. Más aun, era factible que alguno de los caballeros presentes pudiera reconocerla, a pesar de su atuendo, dado que muchas veces ella se había vestido así en el

astillero Paxton. Entonces, su reputación, cualquiera fuera en ese momento, se iría al infierno. Abrió la boca. Tenia que terminar... ya. Se volvió para enfrentar a Alec. Pero se dio cuenta de que la sangre le hervía, bajo aquella mirada de él, provocadora. Quiso vociferar algunos improperios a la luna y dar a Alec un buen puntapié, de modo que el burdel de madame Lorraine fuera sólo un ejercicio académico.

Pero las palabras que se le ocurrieron fueron:

-¡Por supuesto que tengo una técnica! No soy virgen. Sólo porque sea lampiño no significa que no tenga experiencia.

Con que todavía no era suficiente. Dios, pensó Alec, que obstinada es. Meneó la cabeza y le sonrió.

-Qué extraño. Habría jurado que nunca besaste a una muchacha. Bueno, supongo que ustedes, los norteamericanos, manejan las cosas de una manera diferente de la de los ingleses.

-Sí, es cierto. -En realidad, Genny estaba pensando en lo apuesto que era Alec, en su cuerpo tan bien formado y que por esas cualidades, seguramente no necesitaría ninguna técnica, fuera cual fuere. Probablemente con sólo decir a una mujer que deseaba besarla, sin duda ella accedería poniéndose en puntillas de pie para ofrecerle sus labios.- ¿Qué hacen ustedes?

Alec saludó con la cabeza a dos hombres que pasaban y disminuyó la marcha.

-Mi padre, mi santo padre, me regaló un maravilloso presente cuando cumplí catorce años. Me llevó con su amante de Londres y ella, mi querido Eugene, me enseñó todo lo que se refiere al hombre y a la mujer y todo lo que tienen que hacer para gozarse mutuamente. Se llamaba Lolly, según recuerdo. Una mujer estupenda, más joven que tú, querido muchacho, pero entonces, por supuesto, me parecía una mujer decididamente madura para mis tiernos catorce años.

-¿Y qué pasó? .

-¿Realmente quieres saberlo?

-Por supuesto. -No bien escuchó esas palabras, Genny se dio cuenta de que se había horrorizado otra vez. Alec la miró asombrado, pero ella pensaba en su educación y en lo que esperaba de él.

Pero, ¿Hasta dónde llegaría con todo aquello?, se preguntó Alec una vez más. ¿Por qué esa traviesa muchacha no terminaba ya? ¿Le permitiría que la llevara al interior del burdel? ¿Estaría dispuesta a arriesgarse a que la reconocieran? Tenía la sensación de que aquellas ropas de hombre serían cosa de todos los días y que la mayoría de los habitantes de Baltimore estarían ya familiarizados con las excentricidades de la señorita Paxton. Pero si la descubrían en el burdel, sería la ruina. Demonios. Alec no sabía qué hacer. Había estado convencido de que ella tendría que haber terminado con la farsa diez minutos atrás. Entonces él podría haberla regañado, ponerla en su lugar y mandarla de regreso a casa, a su cama virginal. ¿Debería contarle todo lo de Lolly y la noche que pasó con ella? ¿Una mujer bastante joven que remedaba a los hombres? Decidió que tendría que ser ella quien pusiera punto final a todo. Bien...

-Bueno -dijo él, recordando vagamente- primero me enseñó todo lo relativo a mi cuerpo. Yo, que era un jovencito muy sensual, no pude contenerme. Pero a ella no le importó. Me dejó estallar sin recriminaciones... tres veces, según recuerdo. Y entonces empezó con mi educación. ¿Quieres que sea más específico, Eugene?

-Creo que es suficiente. Gracias. ¿Tenía catorce años entonces? -¿Qué habría querido decir con eso de que "estalló tres veces"?

El horror en su tono de voz le hizo reír.

-Sí. Mi padre se disculpó conmigo por haber esperado tanto. Él era diplomático y viajaba bastante, sabes. No se había dado cuenta de que su hijo estaba sexualmente tan, eh,

avanzado. Pero funcionó todo muy bien. Todavía veo a Lolly en ocasiones. Una mujer maravillosa. Ah, ya hemos llegado. Aquí está el burdel de madame Lorraine.

Genny se detuvo y se quedó mirando el deslucido edificio de tres pisos, construido con ladrillos a la vista y adornos modestos, en la tonalidad del marrón. Era bastante ancho, además de alto y en la parte superior había una buhardilla con ventanas de gablete, desde la que se veía una pálida iluminación, discreta. No se escuchaban risotadas ni música demasiado fuerte. Parecía más bien la casa de algún párroco. Muchas veces Genny había pasado por allí y jamás le había llamado la atención quién vivía allí, ni ninguna otra cosa. Cerró los ojos por un momento. Sabía que debía hablar y terminar con todo ya. Debía decirle que Eugene era Eugenia para que él la mirase de otra manera. Pero esa nueva mirada encerraría una profunda ira, como mínimo, y un rotundo espanto. O peor todavía, podría llegar a pensar que estaba más perdida que las mujeres que trabajaban en el burdel.

¿Qué hacer? Le sacaron la decisión de las manos. Se abrió una especie de mirilla en la puerta de entrada.

-¿Sí?

Una voz masculina, baja y serena.

-Alec Carrick y un amigo.

-Ah, el barón de Sherard. Bienvenido, señor. Pase. Pase.

Alec se volvió hacia ella. Le dijo muy seriamente.

-¿Quieres, Eugene? ¿Quieres entrar?

Genny no prestó atención a la preocupación que apareció en su voz. Ni a la seriedad de su pregunta. Sólo al desafío.

¿Y si la reconocían? ¿Qué se suponía que tenía que hacer si una de las muchachas de madame Lorraine se le acercaba? Cerró los ojos. Sabía que había llegado demasiado lejos, que era la mayor imbécil de Baltimore, que el mismo hombre arrogante que estaba junto a ella había visto demasiadas cosas, aunque no las suficientes y que sabía muchas otras, aunque tampoco lo suficiente. ¿Qué hacer?

-Sabes, mi muchacho -dijo Alec, después de presenciar las maniobras faciales de la joven durante varios minutos-. Según tengo entendido, madame tiene esta sala de observación.

Genny lo miró sin entender. Él continuó pacientemente.

-Sabes, un hombre no tiene que participar, necesariamente. Por ejemplo, existen quienes prefieren observar a los demás. Disfrutan así. O, en tu caso, podría ser un paso preliminar, eh... una introducción. Podrías aprender algunos trucos.

-No lo sé.

Alec nunca había escuchado una vocecita más finita. Maldición. Quería que la muchacha terminara con eso de una vez por todas. Entrecerró los ojos. ¿De verdad quería eso? ¿De veras quería ver una relación sexual entre un hombre y una prostituta? ¿Estaría cansada de ser una solterona con todas las restricciones que ello implica? ¿Lo estaría usando?

La puerta se abrió y apareció un musculoso e inmenso gigante rubio, que les llevaba varios centímetros de estatura a ambos, con sus robustos brazos cruzados sobre el pecho.

-Un momento -dijo Alec. Puso la mano sobre el brazo de Genny y la condujo hacia las sombras que corrían paralelas a la acera-. ¿Y bien? ¿Qué prefieres?

Genny estaba perpleja. Alec la presionaba, maldito sea. Bueno, ella también podría presionar.

-Quiero ver su técnica. -¡Esa es para ti, patán! Sabía que no se atrevería a desnudarse si ella lo observaba. No, siendo tan orgulloso y arrogante.

Alec se quedó mirándola.

-¿Qué quieres?

-Quiero verlo a usted y a su tan mentada técnica. Lo observaré desde esa sala que usted mencionó.

Por una razón que no pudo identificar, Alec se sintió invadido por el deseo. Tuvo ganas de arrancarle la gorra y atraerla contra sí, apoyarla contra su ya erecto miembro.

-Tú ganas.

-¿Gano qué?

-Ven y lo verás.

Oh, Dios, pensó ella. Alec no se echó atrás. Habría jurado que... No resultó. Cayó en la trampa. En su propia trampa.

Alec la dejó sola para ir a hablar con el gigante. El hombre asintió, para nada sorprendido por las palabras de Alec. ¿Qué le habría dicho?, se preguntaba Genny. Tenía las palmas de las manos sudadas. El corazón le latía a toda velocidad. Estaba más aterrada y excitada de lo que había estado en toda su vida. La idea de verlo desnudo por completo, besarlo... No, él besaría a otra mujer, a una golfa. Primero mataría a esa otra.

-Eugene, ven.

Genny lo miró. Lentamente, caminó hacia él. Ninguno de los dos dijo una palabra. No ingresaron en el salón principal sino que tomaron por un corredor angosto. Al final de este había unas escaleras que giraban hacia el frente de la casa. Siguieron al gigante rubio hacia arriba. Genny oyó música y también risas masculinas y femeninas. No miró las puertas cerradas.

El gigante se detuvo. Genny vio que el dinero cambiaba de dueño y que el grandullón asentía con la cabeza. La miró durante un largo momento y luego se fue. Alec dijo:

-Tú, mi querido muchachito, entra allí. Esta es la sala de observación. Yo estaré al otro lado del vidrio, tratando de mostrarte la mejor de mis técnicas.

Alec parecía determinado, frío y enfadado. Ella lo miró y notó que sus azules ojos ardían, aunque sorprendentemente, seguían gélidos. Ella se estremeció.

-No quieres hacerlo, ¿no?

-¿Por qué no? Hace más de un mes que no estoy con ninguna mujer. Podría tomarla dos veces, para darte una idea de cómo se la debe tratar. -Hablaba con rapidez, haciendo gestos abruptos, cortantes con las manos. El enfado le salía por los poros y ella quería echarse atrás. ¿Estaría enojado con Eugene? No tenía sentido. El burdel fue idea de él, no de ella. Bueno, era demasiado tarde. Genny abrió la puerta y entró.

Alec se quedó parado allí, en aquel maldito corredor en penumbras. Eso era absurdo. No tenía intenciones de desnudarse, desfilar como Dios lo había traído al mundo frente al vidrio y luego fornicar a una prostituta para dar una lección a la señorita Eugenia. Vio a otro hombre, mayor, de cabellos canos y más delgado que él, conduciendo a una de las muchachas de madame Lorraine, una rubia diminuta, con senos prominentes y caderas voluptuosas. Alec retrocedió. Que fuera ese hombre quien se encargara de educar a Eugenia. Él sería el comentarista. Sí, una excelente idea. Eso haría. Con una perversa sonrisa a flor de labios, Alec entró sin hacer ruido al "observatorio". Sólo estaba iluminado con unas pocas velas. Había un cómodo diván y tres sillas, todos frente a una pared cubierta con una cortina. Sobre un aparador que estaba a un costado, estaban los comestibles y algunas bebidas. Eugenia, rígida como una estatua, estaba sentada en el sofá, con ambas piernas juntas, el sombrero firmemente en su lugar, mirando con la vista perdida el cortinado.

Alec no dijo ni una palabra. Simplemente esperó. Pasaron varios minutos. Ya era hora, pensó, para que el hombre empezara a actuar.

Caminó hacia la cortina y jaló del cordel. Oyó un gemido a sus espaldas, pero lo ignoró. Una vez que la cortina estuvo abierta, se volvió y caminó hacia el diván. Se sentó junto a Eugenia.

-Cambié de opinión -le dijo sin mirarla-. Ahora observa y aprende.

La amplia ventana daba a otra habitación, amueblada con una inmensa cama tapizada en rojo, un sillón de terciopelo rojo también una cómoda que tenía un jarrón y una palangana sobre su superficie. Hasta la alfombra era colorada. Ante Genny, aquel era un mundo extraño, casi hilarante.

Genny miró al hombre. Estaba de pie. Una muchacha, muy joven, también de pie frente a él. Lentamente, le masajeaba los senos, jalándole del vestido hacia abajo hasta que los pechos quedaron expuestos. Se le acercó para tomarle un pezón con los labios.

Genny miraba.

-Tiene los senos demasiado grandes por ser tan diminuta. Exageradamente grandes, creo. Sin embargo, los tiene bien formados, ¿no crees? Es una pena que dentro de unos años le cuelguen hasta la cintura. Esta clase de trabajo hace estragos en el cuerpo de una mujer. Bueno, son los pezones más grandes que he visto en mi vida. ¿Te agradan los pezones grandes?

-Yo... yo no sé.

-El color es bonito. Un rosa muy oscuro.

Genny contemplaba los senos, muda.

-Ah, ahora nuestro caballero clama atención. Después de todo, él es quien paga. Ella lo desvestirá. Lo hace bastante bien, ¿no crees? Notarás cómo lo toca constantemente. ¿Quieres un trago?

Genny meneó la cabeza. Seguía inmóvil. No podía creer todavía que estaba sentada allí, junto a un hombre, mirando lo que otras dos personas compartían tan íntimamente. Vio que la rubia acariciaba el abdomen del hombre y luego, que sus manos descendían para asirle el miembro, el cual aumentaba de tamaño bajo los pantalones, contra la mano de la muchacha.

-Prometí ser el comentarista, ¿no? Bien. A los hombres nos gusta que las mujeres nos tomen con sus manos, que nos acaricien, no sólo con estas, sino con la boca también. Seguramente nuestra dama en cuestión nos mostrará todos los trucos que tiene para producir placer. Ah, ahora él quiere verla a ella. Personalmente, prefiero que la mujer se desvista antes que yo. ¿Y tú?

-Yo... yo no sé.

Alec la miró pero no dijo nada.

El hombre sólo conservaba puestos sus pantalones. Tenía la piel muy blanca y era delgado, con el esternón bastante sobresalido. No tenía aspecto enfermizo, pero sí la edad suficiente como para ser el padre de Genny. Y la muchacha rubia era más joven que Genny.

El hombre se sentó en la cama e hizo un ademán para que la muchacha se desvistiera.

Genny se escuchó como si la voz hubiera sido de otra persona:

-¿Cómo pueden hacer eso frente a nosotros? No saben que los miramos, ¿no?

-Por supuesto. Algunos hombres disfrutan exhibiéndose. Yo no soy así. Ahora observa. Ella desnudó completamente sus senos. Ah, sí, tiene unos pezones espectaculares. Creo que cambié de opinión. Sus pezones son demasiado oscuros. Realmente prefiero el rosado más claro, ese rosa...

-¡Sí! ¡Entiendo!

Por Dios, aquello tenía que terminar. Pero ella seguía sentada allí, pasmada, atada por su propia curiosidad.

-Ah, no es rubia natural. Ya me parecía, pero el vello de la pelvis está bien formado. Es un triángulo perfecto. Tiene buenas piernas, aunque un poco cortas para mi gusto.

Genny observó a la muchacha pavonearse frente al hombre, con las manos en las caderas y la mirada provocativa. Se detuvo a unos cincuenta centímetros de él. Arqueó la espalda, metió ambas manos entre sus piernas y se mostró frente a él, moviendo las caderas, como una experta.

Genny inhaló. Alec sonrió. La miraba de perfil. De modo que estás impresionada, ¿verdad, Eugenia? Todo lo que tienes que hacer es decirme que pare y lo haré. De pronto, el hombre extendió la mano, tomó a la muchacha del brazo y la atrajo hacia sí.

-¡Oh, no!

Alec la tomó del brazo y la mantuvo quieta.

-¡Shhh!

-¡Le está haciendo daño!

-No. ¡Cierra la boca!

Genny observó, horrorizada, mientras el hombre deslizaba las manos entre las piernas de la muchacha. La masajeaba intensamente, pero aparentemente, a ella no le dolía. Por cierto, se balanceaba y se retorcía, meciendo el torso, jugueteando con sus senos, con los ojos cerrados y su blonda cabellera cayéndole como una cascada dorada.

-Eso es para nosotros. No está haciéndole daño. Es sólo un acto, nada más.

Luego el hombre la echó hacia atrás. La muchacha, grácilmente, cayó sobre sus rodillas, entre las piernas separadas de él. Le desabrochó la bragueta y él se elevó para que pudiera bajarle la prenda hasta la altura de los tobillos.

Genny vio que la carne del hombre se levantaba, delgada y roja, subiendo y bajando. Fue horrible. La muchacha le masajeaba los muslos y luego la entrepierna. El hombre se acostó, con los, ojos cerrados. Apoyó la mano en la cabeza de la joven para atraerla contra su cuerpo. Ella bajó la cabeza e introdujo el miembro del hombre en su boca, profundamente.

Genny hizo arcadas y se puso de pie, repentinamente, con los ojos fijos en la escena.

-No -murmuró, tan horrorizada y asqueada, que sentía el estómago revuelto-. Oh, no... es... ¡No! -Se apretaba la garganta y Alec sabía que se estaba imaginando el miembro de aquel hombre en su boca. Pero antes que atinara a reaccionar, antes que pudiera poner punto final a aquella descabellada comedia, Genny llegó al otro lado de la pequeña habitación. Alec se dio vuelta de inmediato y la vio abrir la puerta violentamente y salir corriendo. Escuchó el ruido de sus botas por la escalera.

-¡Genny! -gritó tras ella. Miró una vez más la escena de sexo melodramática. El hombre abrió la boca, apretó los puños a los costados de su cuerpo y estalló en el interior de la boca de la muchacha-. Oh, rayos -dijo Alec, y fue tras ella. Aún vestida como hombre, podía meterse en problemas. Qué tonta. ¿Por qué había querido llegar a eso?

¿Y él, por qué? Tampoco había estado bien en su proceder. Era un caballero y había llevado a una dama nada menos que a un burdel para presenciar una lujuriosa escena... Qué mal había estado. ¿Por qué había llevado las cosas a ese extremo?

No lo sabía. Tampoco estaba seguro de querer averiguarlo. ¿Acaso nunca antes Genny habría visto la pistola de un hombre? Evidentemente, no. Bueno, había obtenido lo que quería. Había recibido su lección y probablemente más de lo deseado como educación. Quizá tampoco había querido eso, pero Alec estaba seguro de que ya no le quedarían ganas de andar por allí haciéndose pasar por un hombre, con el mayor desparpajo. Una vez más, vio la boca de ella moviéndose en silencio y su mano apretada en la garganta.

Salió corriendo por Howard Street. La vio más adelante y se detuvo. La vio apoyarse contra una columna de ladrillos. Le pesaban los hombros. La vio inclinarse y vomitar. Se hincó y Alec, suspirando, fue hacia ella.

Genny sintió sus manos sobre los hombros, reconfortándola. Ya no había nada más que descubrir. Sollozaba. Quería morirse. Más que eso, quería matar. A él.

Alec lamentó no haber traído una petaca de brandy en su capa. Le ofreció un pañuelo y le dijo: -Límpiate la boca.

Ella obedeció y se puso de pie. Se quedó donde estaba, mirando los arbustos. Ojalá Moses apareciera y el arbusto se quemara, con ella y todo.

Alec miró a ambos lados de la calle y notó que se acercaban algunos hombres. La tomó de un brazo y la llevó hacia las sombras.

-Prefiero que nadie me vea con un muchachito haciendo pucheros en medio de Baltimore.

-No hago pucheros. No más.

-Gracias a Dios.

La apoyó contra la esquina más próxima.

-Quédate aquí. No te muevas. No consideres hacer otra cosa que no sea respirar.

Dada la orden, Alec fue al The *Golden Horse* y volvió con una botella de whisky.

-Aquí tienes. Bebe un sorbo, que te hará bien.

Genny miró la botella. Jamás había bebido whisky en toda su vida. Pero tenía un sabor horrible en la boca. Empinó la botella y bebió bastante. Se quitó la botella de la boca y trató de respirar. -Me arde el estómago -murmuró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Alec le tomó la botella y la miró. Estaba inclinada hacia adelante, con la mano en el estómago, tratando de respirar. Le dio pena por un momento.

Esta maldita traviesa era la responsable de todo. No él. Bueno, en cierto modo, él también, pero...

Dos hombres pasaron junto a ellos, ebrios como una cuba y sin prestar les atención.

-¿Mejor?

-Hmmm -dijo ella con voz quebrada-. ¿Cómo puedes beber esa cosa? ¡Es mortífera!

-¿Te sientes mejor?

-¿Quieres saber si volveré a vomitar? No, no lo haré. -Lo miró con profundo disgusto.- Creo que debo darte las gracias.

-No has aprendido demasiado en esta clase.

Ella tuvo un escalofrío y él sonrió.

-¿No te agradó la técnica masculina? ¿El modo en que le tocaba los pechos, la manera en que metía primero un dedo, después el otro, luego todo el puño en...?

-¡Basta! ¡Fue asqueroso y degradante! ¿Cómo habría reaccionado ese hombre si hubiera sido ella la que le hacía eso?

Él rió y ella lo miró boquiabierta.

-Se ha hecho, mi querido muchacho, de verdad.

-Pero es imposible. Los hombres no... -Se calló la boca.

-A los hombres les gusta mucho que las mujeres los chupen. ¿Tuviste oportunidad de ver cómo ella iba trabajándolo con la boca antes que perdieras el control y salieras corriendo?

Ya era demasiado. Genny se volvió y empezó a caminar por Howard Street. No quería volver a ver a Alec Carrick. Tenía que admitir que había caído en su propia trampa, pero si él no la hubiera provocado tanto...

-Creo que ya ha sido más que suficiente -le escuchó decir Genny a sus espaldas, con un tono de voz más iracundo del que jamás le había escuchado. ¿Suficiente qué?, se preguntó, y aceleró la marcha. Sintió que la tomaba de un brazo y la jalaba hacia atrás.

-¡De verdad ya es suficiente! -le dijo entre dientes-. ¡Ahora, señorita Eugenia Paxton, me gustaría mucho saber cómo hizo para convencer a su padre para que le permitiera hacerse pasar por hombre!

Y le arrancó el sombrero.

5

Genny no se movió. Se sentía llamativamente tranquila, como si la marea del destino la hubiera alcanzado, dejándola medio limpia y medio ahogada. Era extraño ver cómo las demás cosas le flotaban en la mente en ese momento, cosas insólitas. Sintió que su gruesa

trenza se desenrollaba lentamente sobre su espalda, como una serpiente. El aire fresco de la noche le pareció una bofetada sobre la sudada frente. Fue maravilloso poder liberarse de aquel maldito y caluroso sombrero.

-¿Bien?

-Qué tal -dijo ella, aún con la vista fija en aquel arbusto, deseando que se le prendiera fuego con ella y todo. No estaba dispuesta a mirarlo, para ver su desazón, su odio, la ira en sus ojos.

-Estimo que es usted la señorita Eugenia Paxton, ¿no?

-Sí, estima usted muy bien. Qué perceptivo. -Se dio vuelta pero siguió sin mirarlo y caminó por la calle con pasos gigantescos.

-¡Detente, Genny! ¡Maldita seas, vuelve aquí!

Pero la muchacha se apresuró más todavía y empezó a correr. No obstante, sintió que la tomaban fuertemente por el brazo y la jalaban hacia atrás.

-¡Suélteme, cretino! -Su ira estalló de repente, en todo su esplendor, decidida a avasallar al enemigo. Estaba enojada consigo misma por haber sido descubierta en lugar de ser ella quien revelara el gran secreto. Como él no la soltó de inmediato, Genny levantó la rodilla y la elevó directamente hacia sus órganos genitales. Alec, que era un peleador sucio desde sus jóvenes años en Eton, logró girar justo a tiempo. No obstante, el dolor que sintió en el muslo lo hizo caer en la cuenta de que si la rodilla hubiera dado en el blanco, le habría producido un severo daño.

-Maldita...

Genny le dio un puñetazo en el abdomen. El se quejó y se quedó sin aire.

-¡Suélteme!

Alec la empujó violentamente contra sí y cuando pudo hablar, le dijo:

-Eso dolió.

-¡Y le produciré mucho más dolor si no me suelta ya mismo!

Alec siguió apretándola firmemente con una mano, mientras que con la otra, elevaba la botella de whisky sobre la cabeza de Genny para vaciarle completamente su contenido en ella. Entre alaridos, Genny luchaba con toda ferocidad.

-¡Quédate quieta, maldita seas! No estoy dispuesto a permitir que una mujer camine sola por las calles de noche. Todavía soy un caballero, aunque tú ya hayas dejado de serlo. Ahora, cálmate.

Genny estaba allí, de pie, chorreando whisky por la nariz. Olía igual que los ebrios vagabundos que caminaban errantes cerca de los muelles, en la otra punta de Frederich Street.

-Lo odio. -Su voz sonó suave, serena, como la del mismo demonio. Alec sintió que su ira crecía cada vez más.

-Y ahora escúchame bien, hembra absurda. No irás a ninguna parte hasta que me des algunas respuestas. Esto no fue idea mía, bueno, sí lo del burdel, pero sólo para forzarte a decirme la verdad. No tengo ni la más remota idea de por qué pensaste que yo era tan ciego o tan idiota, como para creer que eras un hombre. Ni por un instante. ¿Por qué empezaste toda esta charada?

Genny miró los largos dedos de Alec, aún rodeando firmemente su brazo. Sabía que un par de horas más tarde, tendría allí unos encantadores hematomas verdes.

-¿Enseguida supo que yo no era Eugene?

La mano que sostenía la botella de whisky, ahora vacía, hizo un movimiento similar al de un látigo en el aire.

-No seas estúpida. Por supuesto que me di cuenta enseguida. Tienes manos de mujer, rostro de mujer, senos de mujer y...

-¡Suficiente!

-Bueno, ante mis ojos, no quedaban dudas. Tuviste suerte que ninguno de tus hombres te delatara, aunque, de todas maneras, no importaba. Simplemente, no entendía por qué lo hiciste. Al principio me resultó divertido; hasta el hecho de conocer a tu hermana me llenó de entusiasmo. Pero cuando insististe en el engaño, me molestó. Entonces decidí poner punto final esta noche. Por eso el burdel.

-Y ha tenido un éxito admirable.

-Sí. Yo prefiero las cosas de frente. No me gustan los jueguitos tontos.

-¿No? Entonces, ¿qué nombre le pondría a lo de esta noche?

-De acuerdo, entonces esta noche no he sido frontal contigo. Sí recibiste tu educación, ¿no?

-Váyase al infierno.

-Una mujer, aunque ya no sea tan jovencita, no debe hablar así.

-Váyase al infierno, usted y sus malditos ojos.

Alec se echó a reír.

-Pareces un perro spaniel ebrio, allí parada, chorreando whisky por la nariz y con el cabello todo enredado, insultándome a más no poder. Si fuera tu esposo, mi querida muchacha, te daría unos cuantos golpes en el trasero por hablarme de ese modo.

-¡Esposo! ¡Vaya pesadilla! Usted es un cerdo, un imbécil, un bastardo engreído, un...

-Sigamos con el tema, ¿eh? Quiero saber por qué decidiste menear tu trasero en mis narices usando pantalones.

Con mucha frialdad y los ojos fijos en los botones plateados del chaleco de Alec, Genny dijo:

-Se habría reído y burlado ante una carta comercial enviada por una tal "Señorita Eugenia Paxton". Los hombres sólo se toman en serio entre sí. Si una mujer decide hacer algo que sus orgullosos especímenes consideran propio de su sexo, de su dominio, se mofan de ella, la tratan de lo peor, la insultan. Como usted mismo lo dijo, las mujeres no servimos para otra cosa más que para el sexo y para criarles los hijos cuando finalmente se ven obligados a casarse. No estaba dispuesta a que se me ignorase, o peor aun, a que se riesen de mí.

-¿Y por qué no me escribió tu padre?

-Porque no quería.

-Ah. Entonces hiciste las cosas a sus espaldas.

-Se lo dije después que envié la carta a Inglaterra. No se había dado cuenta de lo grave que era nuestra situación. Le expliqué que necesitábamos capital y que usted era la persona indicada para aportarlo. También le aseguré que lo más probable era que usted fuera uno de esos ingleses mequetrefes que sólo se preocupa por los intrincados nudos de su corbata o por el fijador para el cabello. De ese modo, podríamos mantener el control de la empresa y continuar con los negocios como quisiéramos.

-Y realmente te equivocaste.

-No me equivoqué cuando lo creí un cerdo.

-Tu conversación es tan aburrida como verte vomitar hasta los pies.

Genny inhaló profundamente.

-Déjeme ir. Quiero volver a mi casa. Usted ya obtuvo lo que quería.

-Apestas como una destilería de Edimburgo. No me imagino lo que pensará tu padre. O la mentira que le contarás.

-Con suerte, estará dormido. Y puede quedarse bien tranquilo que no le contaré ni media palabra.

-Entonces lo haré yo.

-¡No! -Lo miró fijamente.- No sería capaz.

-Quizá no le diría lo del burdel, pues ahí tengo parte de culpa. Pero sí le contaría que fuimos a dar un paseíto nocturno y que finalmente terminaste con toda esta charada y que yo,

para evitar que arruinaras mi virilidad, tuve que defenderme vaciándote una botella de whisky entera encima.

-¿Me dejará ir ahora?

-Te soltaré, pero no te muevas.

Genny se volvió, muy lentamente, para que él no la tomara otra vez.

-¿Podemos empezar a caminar?

Alec asintió y trató de hacer pasos cortos para caminar a la par de ella.

-¿Qué hará ahora?

-¿Con respecto a qué?

-¡No sea obtuso! No es ningún estúpido.

-No, y todavía no lo decidí. Realmente, creo que exageré con el whisky.

Ignoró la última parte.

-¿Por lo menos hablará con mi padre? ¿Tratará de considerar la idea de hacer negocios con nosotros?

-¿Hacer negocios con una jovenzuela que se viste como un hombre?

Se quedó tiesa, pero para sorpresa de Alec, contuvo su temperamento.

-Cuando estoy en el astillero, tengo que vestirme así. Es muy difícil trepar con faldas. Además, cuando llevo vestidos, los hombres me miran de otra manera. Yo quiero que me vean como a su jefe, no como a una muñequita, como a una... conveniencia, según usted mismo nos describió a las mujeres. Creo que hace tanto que lo hago que ya ni reparo en ello.

-¿Tienes fama de excéntrica?

-No sé lo que la gente dice de mí. Los amigos de mi padre ya están acostumbrados a mi manera y no prestan atención a eso. Yo no salgo mucho tampoco.

-¿Tienes veintitrés años?

-Sí, una solterona, que está acariciando las últimas esperanzas, que está perdiendo el tren, que está quedándose para vestir santos...

-Qué lista impresionante. No me había dado cuenta de que se las castigaba tan duramente a las jóvenes que no lograban conseguirse un esposo enseguida. ¿Tú no lo conseguiste?

-¿Que no lo conseguí? ¿Un esposo? -Había tanto desprecio en la voz de la muchacha, que Alec sintió que la sangre le hervía otra vez.- Jamás permitiría que un hombre, que tuviera en su estrecha mente la idea de cortejarme, se me acercara. Todos ustedes son unos tiranos, que pretenden convertirnos a las mujeres en sus esclavas y que temblemos de miedo ante su insano juicio, o que los llenemos de alabanzas cada vez que logran concluir un negocio con éxito, que...

-Vaya catálogo. Más que extenso.

-... que les hagamos reverencias y caigamos a sus pies. Todo lo que quieren es, por supuesto, una jugosa dote, para derrocharla en los más insignificantes y egoístas placeres. ¡No, gracias!

Alec sonrió.

-La mayor parte de tu concepto me resultó bastante agradable, pero disiento en lo de la "tiranía".

-¡Usted ha estado casado! Seguramente su esposa habría coincidido plenamente conmigo.

-En realidad, no creo que Nesta hubiera coincidido en nada contigo.

El tono de voz de Alec fue muy suave, pero Genny, que en cuanto a él concernía estaba más que susceptible, notó aspereza en sus palabras.

-Lo siento, no debí haberla mencionado.

-No. Bueno, haremos un trato, Eugenia.

-Todos me llaman Genny.

-¿Igual que tu hermana, Genny?

La muchacha no dijo ni una palabra. Frunció el entrecejo y clavó la mirada en el profundo hoyo que había en el sendero que estaba delante de ellos, frente al Banco Unión.

-De acuerdo, Genny. Tú puedes seguir llamándome Alec y tutearme si quieres. Entonces, ¿Nunca habías visto a un hombre desnudo antes?

-¡Eres un descarado! ¿Cómo se te ocurre sacar ese tema ahora?

-Para hacerte enfadar. Eres casi divertida cuando protestas y te pones colorada.

-Ese hombre era repugnante y tenía la edad suficiente como para ser mi padre...

-La verdad que fue una pena. La primera vez que ves a un hombre y te ha tocado la desgracia de que fuera viejo en lugar de ser joven y viril.

-Como tú, supongo. Si mal no recuerdo, yo te pedí a ti que hicieras la demostración, pero parece que tu cobardía no te lo permitió.

-Para ser franco, tienes razón. Pero además, quería verte la cara cuando te relatara cada uno de mis comentarios respecto del espectáculo que teníamos ante nuestra mirada... Realmente, no podía imaginarme tomando a una prostituta mientras tú me observabas. Él fue tu primer hombre desnudo, ¿no?, y con una muchacha muy joven, probablemente, más joven que tú. Así es el mundo, Genny -agregó, para provocarla más todavía.

-Tal como lo dije antes. Todos ustedes son unos cerdos, tiranos y bastardos egoístas.

-No dije que estuviera de acuerdo con ello.

-¡Tampoco dijiste que estuvieras en desacuerdo!

Alec desechó esas palabras y dijo, masajeándose la mandíbula con sus delgados dedos:

-Bien, ¿Qué rayos haremos ahora?

Mary Abercrombie, de Hanover Street, era una de las modistas de más renombre en Baltimore; más bien, la famosa era su hermana, Abigail Abercrombie, y Mary sólo colaboraba con ella, aunque le encantaba alardear con sus talentos frente a todos los que estuvieran dispuestos a escucharla. Claro que Mary conocía el negocio de la costura como la palma de su mano, desde que tenía nueve años. Sabía cómo zalamear a las mujeres adineradas y también reconocía a quien era candidata segura, no sólo porque su ropa estaba pasada de moda en más de cinco años, sino porque también le apretaba demasiado en el busto o le quedaba extremadamente corta.

Genny estaba de pie en la mitad del salón Abercrombie, mirando los distintos maniquíes sin cabeza que la rodeaban, cubiertos con hermosos géneros. Hacía muchos años que no iba a una modista, desde sus dieciocho, aproximadamente. Se sintió aliviada al comprobar que, al menos por el momento, no hubiera otros clientes en la tienda.

La señorita Mary también estaba feliz, ya que su hermana Abigail estaba arriba, en cama, con otro de sus dolores de cabeza. Mary le sonrió y de pronto todo le volvió claramente a la memoria.

-¡Vaya, si es la señorita Eugenia Paxton! ¡Qué edificante es volver a verla! ¿Cómo se encuentra su encantador padre?

A Genny le resultó muy llamativo que la mujer la recordase. Por el contrario, ella no se acordaba de haberla visto en otra oportunidad anterior.

-¿Señorita Abercrombie? Sí, bueno, mi padre se encuentra muy bien. He venido a comprar varios vestidos. Uno de noche y uno o dos más para usar durante el día. Y, bueno, creo que necesito su consejo.

Mary Abercrombie tenía deseos de bailar, de cantar. Por lo menos, podría demostrar a su hermana que ella también era capaz de elegir los materiales y diseñar los modelos

adecuados para cada cliente. Gracias a Dios, la mujer era bonita, con una figura esmirriada. A decir verdad, prodigiosamente bien proporcionada.

Mary extrajo varios rollos de hermosos géneros: satenes, sedas y muy suaves muselinas, confiando a Genny que sólo porque algunos de ellos provenían de Francia y tenían nombres muy largos y extravagantes, no significaba que eran de mejor calidad que otros similares, provenientes de Italia. Y a Genny le agradó la confianza de Mary. En breve, se vio inmersa en una montaña de información. También, con la misma rapidez, se sintió intimidada. Finalmente, alzó ambas manos y dijo:

-Señorita Abercrombie, quedo enteramente en sus idóneas manos. Las mías no son buenas para estas cosas. Hágame el favor de elegir por mí los materiales y los modelos.

La felicidad de Mary superaba todo límite. Tenía ganas de abrazar a la señorita Paxton. Pero pudo contenerse, puesto que otras dos clientas ingresaron al salón. Rápidamente, condujo a Genny a la salida, asegurándole que la llamaría en tres días. Respiró aliviada cuando una de las mujeres preguntó por la señorita Abigail. Bueno, pensó Mary, ya les mostraría a todas, incluso a su hermana. Sería ella la encargada de seleccionar los materiales y los modelos adecuados para la señorita Paxton. Muy pronto su nombre estaría en boca de todas las damas. Se frotó las manos, sonrió a las mujeres y subió a buscar a su hermana.

Genny salió del salón con un fuerte dolor de cabeza y una gran sensación de frustración puesto que ella, como mujer, era incapaz de seleccionar las telas y los modelos adecuados para su vestuario. Aun cuando sí tuvo que decidir si quería seguir las exigencias de la moda, concluyó en que no valía la pena. Ser mujer no valía la pena. Era una molestia, algo agotador y doloroso. Distraída, se frotó una de las caderas, donde uno de los alfileres de la señorita Mary había dejado su rastro.

Por lo menos, tendría algunos vestidos nuevos. Y como la señorita Abercrombie era una de las mejores modistas de Baltimore, podría estar tranquila de que su vestuario sería espléndido.

Alec venía a cenar esa noche. Genny dobló por Charles Street y aceleró la marcha. Afortunadamente, tenía otro vestido decente para ponerse esa noche. Era de crep, con una falda vaporosa, en verde claro, cuyos adornos consistían en dos hileras anchas de flores blancas con hojas verdes alrededor del ruedo y otra, treinta centímetros más arriba. En realidad, era un vestido para una adolescente de dieciocho años, no para una mujer de veintitrés. Pero por lo menos, no tenía encajes en el escote que pudieran llamar la atención. Ese escote se mantenía bajo por un prendedor negro, que lo sujetaba en la parte central. Tenía sólo un par de guantes, que estaban manchados, y también un solo par de zapatos de tacón bajo, que si bien aún estaban presentables, eran negros.

No tenía ninguna importancia. No había razón alguna para que su apariencia fuera impecable esa noche.

Alec Carrick, barón de Sherard, era sólo un hombre. E inglés, para colmo. Era muy apuesto y Genny imaginaba que él lo sabría, aunque hasta el momento, no había dado señales de jactarse por su condición. ¿Cómo habría sido su esposa? ¿Tan hermosa como él? ¿Habrían competido en belleza? Imaginó a Alec y a una mujer sin rostro, sentados ante el espejo y discutiendo sobre polvos faciales y peinados. Se echó a reír.

Un repentino trueno le hizo alzar la vista. El perverso clima de Baltimore, estaba en esos momentos dispuesto a descargar litros y litros de agua sobre su cabeza. Para rebajar lo que hubiera podido quedar allí del whisky, pensó Genny, frunciendo el entrecejo ante el cielo que se había tornado oscuro y amenazante. Sólo tres horas antes, había estado muy claro. ¡Baltimore! Apretó los dientes y siguió caminando a toda prisa. Cuando llegó a su casa, empapada hasta los huesos, tenía la cofia caída, el cabello mojado, pegado a la espalda y las botas llenas de agua.

Moses le abrió la puerta y muy sorprendido, no dejó de regañarla ni por un instante mientras subía detrás de ella las escaleras.

-Moses, por favor, es sólo agua, nada más. Ya me secaré de inmediato.

-El inglés está con su pa...

-Buenas tardes o buenas noches, como prefieras. ¿Nunca piensas en tomar un carruaje?

Sólo eso faltaba. Genny se volvió lentamente al escuchar aquella voz masculina, tan increíblemente maravillosa. Allí estaba el barón de Sherard, impecablemente vestido. Era el epítome de la moda, aunque para nada vanidoso. Llevaba una chaqueta muy fina, en beige claro, con unos pantalones de excelente corte, en una tonalidad más subida del marrón. La corbata tenía un nudo sencillo y era tan blanca... Interrumpió sus pensamientos. ¿Y a quién rayos le importaba qué apariencia tenía Alec?

-Por Dios, pero si es una mujer. Por lo menos, eso creo. Quizá se ahogó, pero no me parece, porque la veo caminar. Y por cierto, lo que lleva es una falda. ¿Y una cofia en la cabeza? Sorprendente. Nada de gorras para ocultar esa carita empapada.

Genny aún seguía callada. No debía mostrarse avergonzada ni incómoda. Ella estaba en su casa y todavía era temprano. Le importaba un rábano lo que Alec pensara de ella. Que se divirtiera burlándose de su persona. Alzó el mentón.

-Voy a cambiarme ahora -dijo, y se encaminó hacia las escaleras.

Alec rió a sus espaldas.

-Dejas una corriente de agua tan grande a tu paso que una canoa podría navegar en ella.

-¡Por lo menos tú no tendrás que navegar allí! -No bien pronunció esas palabras, los ojos casi se le cruzaron. Alec reía a más no poder, y ella aceleró la marcha. Se tomó las faldas y salió corriendo hacia arriba.

Alec siguió mirándola hasta que la vio desaparecer. Meneó la cabeza y se volvió.

-Señó'.

Alec levantó la vista y vio al mayordomo de los Paxton con una expresión que parecía de dolor en sus ojos.

-¿Le parece que fui demasiado riguroso con ella, Moses?¿Sabe? Esa muchacha, necesita reírse, divertirse. Es muy seria.

-Lo sé, señó'. La señorita Genny estuvo así desde que su padre se cayó enfermo l’año pasado, vio.

-¿Antes era distinta?

-Sí, señó'. La señorita Genny siempre estaba contenta, como un cascabel. Nos hacía chistes a mí y a Gracie y a Lannie.

-¿Quién es Gracie?

-Yo digo que es nuestra mucama comodín, le digo. Ah, es una muchachita linda, que también anduvo un poco enfermita. Algo en el pecho. Se encarga de la señorita Genny y nos dice qué tenemos que hacer. Pronto la va a conocer. -Moses pareció restarle importancia al asunto, pues se puso a reír. Agregó rápidamente: - Pero ahora, señó', siempre hay problemas, tantos problemas. -Meneó la cabeza apesadumbrado y se dirigió hacia la cocina.

Alec experimentó una sensación de culpabilidad. No le gustó. El sólo había estado bromeándola, nada más. Su intención no había sido perversa ni dañina. Nada como para hacer que Moses aparentara estar a punto de concurrir a un funeral. Regresó a la sala de estar.

Le agradaba la casa de los Paxton, especialmente, la sala de estar, o "de recibo", como le decían los habitantes de Baltimore. Se trataba de una habitación grande y cuadrada, con altos cielos rasos moldeados, pintados en color crema, que le daban un aspecto ventilado y luminoso. Las paredes estaban empapeladas en celeste y los pisos eran de roble, cubiertos sólo con dos pequeñas alfombras redondas, también en color celeste. Los muebles eran

clásicos, la mayor parte de ellos en estilo chipendale, en caoba y satén. Se hallaban dispuestos en pequeños grupos, alrededor del perímetro de la sala. El centro de esta estaba despejado, de modo que uno se sentía libre para desplazarse. A cada lado de la chimenea, había dos espacios aserrados, cada uno de los cuales contenía un gran jarrón de flores secas. El efecto resultante era encantador. Alec pensó cómo se vería su sala de estar de Carrick Grange con aquel estilo de muebles y sus confines del siglo XVIII.

Supuso que sus ancestros lo insultarían si intentaba introducir un solo mueble moderno.

-¿Esa era Genny? -preguntó James Paxton.

-Sí, señor, y empapada hasta las orejas. ¿Es que nunca toma un carruaje?

-No, la muchacha siempre va caminando a todas partes. Es fuerte como un roble. Pero, por otro lado, el tiempo aquí en Baltimore es tan impredecible que uno no sabe qué hacer. -James Paxton hizo una pausa y recorrió con los dedos el satén rayado en celeste y crema del sillón.- Me alegra que Genny le haya contado que es una muchacha y no un muchacho.

-No me lo dijo ella, precisamente, señor.

-Ah, entonces usted le arrancó la gorra, ¿no?

Alec se asombró.

-¿Cómo lo supo?

-Porque eso es lo que yo habría hecho. Ese ridículo sombrero que se había puesto es mío. Pero hace como diez años que no lo uso. Me picaban las manos cuando se lo saqué anoche. -Suspiró.- Supongo que no debí haberle permitido algo así. Pero estaba tan decidida, tan ansiosa de que usted la tratase con respeto por su trayectoria comercial. Bueno, ¿Qué habría hecho usted como padre? Alec también era padre y pensó qué haría si Hallie, dentro de unos quince años, deseara vestirse como un hombre. No tenía idea. ¿Se reiría? ¿La amenazaría? ¿La golpearía? A decir verdad, no haría nada de eso.

-Probablemente, le llevaría la corriente.

-Exactamente. Ahora, antes que llegue Genny, le haré una pregunta: ¿Todavía tiene interés en formar parte del Astillero Paxton, sabiendo que ella es la encargada porque mi maldito cuerpo me impide hacerme cargo personalmente?

Alec se quedó callado durante varios minutos, con la vista fija sobre la jaula dorada y vacía que estaba sobre una mesa de naipes; ¿Negociar, en el presente, con una mujer?

-He estado pensando -continuó James-. Mi salud sigue atormentándome. No, no me interrumpa, sólo escuche. No sé cuánto tiempo más me queda. Mi médico, que parece una vieja quejumbrosa, sólo menea su cabeza calva, se rasca el mentón y me aconseja que me tome las cosas con calma. ¿Pensará que quiero treparme a las obencaduras de los barcos? Creo firmemente que voy a asesinarlo antes de reunirme con el Creador. Pero sigamos con lo nuestro. Genny es mi heredera. Su hermano, Vincent, murió hace unos diez años. Es una verdadera picardía y no porque no ame a Genny. Es una luchadora y una gran trabajadora, radiante como el sol. Pero si yo tuviera que morirme mañana, se quedaría sola, sin más familia. Usted ya sabe que cualquier caballero que se respete como tal, nunca haría negocios con ella.

-Seguramente que todos los hombres que han hecho negocios con usted durante estos años...

-No, no lo harían. Los hombres son raros. Una cosa es el hogar y el afecto y otra muy distinta los negocios. Son dos mundos diferentes. Si usted saca a una mujer de uno de esos mundos, al que supuestamente debe pertenecer, y la introduce en el otro, los hombres se sentirán amenazados y actuarán en su contra. Rayos, hasta yo creo que lo haría. -Hizo una pausa por un momento y miró a Alec que seguía observando fijamente aquella absurda jaula que había pertenecido a su esposa.

-Tengo una propuesta que hacerle, Alec.

Ante aquellas palabras, Alec miró a James a los ojos. Notó preocupación, esperanza, y algo más... súplica. No le gustó. No sabía qué le propondría James Paxton, pero seguramente, no sería de su agrado. No había manera de mantenerlo callado, de modo que Alec sólo inclinó la cabeza y esperó.

Y el hachazo cayó rápidamente.

-El Astillero Paxton será suyo. Todo suyo. Todo lo que tiene que hacer es... casarse con Genny.

Alec se quedó duro como una piedra.

-Es una jovencita linda... no, ya es toda una mujer. Es cierto que no es muy femenina. No presta atención a esos detalles que tanto agradan a las otras mujeres. Pero es de buen corazón, inteligente y tiene un gran sentido del humor.

El barón de Sherard quedó inmerso en un profundo silencio.

James siguió adelante.

-Usted es un barón, milord. Puede tener un heredero. Debe tenerlo. Genny podría darle todos los hijos que desee.

-¿Qué lo hace pensar que no tengo heredero?

James se sorprendió.

-Lo siento, pero sólo supuse que no lo tenía.

Alec suspiró.

-No tengo heredero, verdad. Y supongo que algún día tendré que tenerlo para que me suceda en el título. Pero quiero que sepa algo, señor. No tengo intenciones de volver a casarme pronto. Amé mucho a mi primera esposa, pero... -Meneó la cabeza.- No, no quiero estar atado a una esposa. Escuche, señor, yo no conozco a su hija. No dudo que tenga todas esas cualidades tan dignas que mencionó. Pero ella tampoco me conoce a mí. Es más, me arriesgaría a decir que no le caigo en gracia.

-Eso, señor, es bastante cierto.

Entonces fue Alec quien se dio vuelta y vio a Genny parada en la puerta, perpleja, como un vicario presenciando una orgía.

Alec se levantó de la silla.

-Genny -dijo.

Ignoró a Alec y casi gritó a su padre:

-¡Cómo te atreves! ¿Quieres comprar este hombre para mí? ¿El se queda con el astillero y yo con él? No puedo creer que seas capaz de eso. ¡Mi propio padre! Ni siquiera lo conoces. Yo quiero el astillero, padre. ¡Por derecho, me corresponde a mí, no a él! ¡Este hombre no es más que un arrogante mequetrefe! ¿Crees que un hombre norteamericano sería como él?

-Es el hombre más apuesto que he visto en mi vida -dijo James Paxton con toda franqueza, aturdido por ese ataque tan poco propio de ella-. No puede evitar ser inglés, Genny.

Qué extraño, pensó Alec. Estaba allí, en medio de los dos y era como si no estuviera.

-¡Aunque fuera ruso! ¡No lo quiero! ¡Tampoco quiero casarme! ¡Nunca!

Con una profunda ira, Genny se tomó las faldas y salió corriendo de la sala. Pero su escapatoria no fue triunfal. Estaba tan acostumbrada a los pantalones que se enredó en el dobladillo del vestido y perdió el equilibrio. Cayó contra una mesa y logró estabilizarse sólo a último momento, derribando un jarrón. Este hizo tanto ruido que, a los oídos de Genny, hasta sonó obsceno. Ella sólo se quedó allí parada, mirando el jarrón y las flores desparramadas por el piso, así como el charco de agua que corría en dirección al pie de las escaleras.

Alec se apresuró hasta la puerta.

-¿Estás bien?

-Sí, claro. -Genny se hincó y empezó a juntar las rosas y los claveles que se habían caído. Sin mirar lo, le preguntó: - ¿Te quedarás a cenar?

-¿Aún estoy invitado?

-Esta casa es de mi padre. Obviamente, él hace lo que se le antoja. A mí no me interesa lo que cualquiera de ustedes dos haga. -Se puso de pie abruptamente, dejó caer las flores que acababa de juntar y se encaminó hacia la puerta principal.

-¿Dónde diablos vas? Todavía está lloviendo.

Genny se detuvo. Era cierto. ¿Dónde podía ir uno después de soportar toda esa humillación y vergüenza?

Se volvió y le sonrió.

-Voy a la cocina a revisar su comida, milord. Quizás hasta haga una de esas sonrisitas tontas al ver su guisado. ¿Qué otra cosa se espera de una buena anfitriona?

-¿Quieres que te lo diga? ¡Necesitas más educación!

Sus ojos ardieron como el fuego.

-¡Vete al infierno!

Alec notó que Genny luchaba con todas sus fuerzas para no arrojarle algo. Se volvió sobre sus talones y abrió de un empujón la puerta que conducía a la cocina. Mientras escuchaba el portazo, decidió que le quedaba bien el vestido, a pesar de que era un poco viejo y algo corto.

6

-¿Papá?

Alec se volvió en dirección a la puerta que comunicaba ambas cabinas y regresó a la litera de su hija.

-¿Estás despierta, calabacita? Pensé que hasta te había escuchado roncar hace un momento.

Hallie rió, se frotó los ojos con los puños y se movió rápidamente sobre la litera.

Alec se mecía al ritmo de la *Bailarina Nocturna.* A pesar de que la embarcación se hallaba seguramente amarrada, no dejaba de moverse, para atrás y para adelante, por la tormenta. Alec se sentó junto a Hallie y le tomó la mano. Tan pequeña, pero tan perfecta y muy competente para sus cinco añitos, pensó, mientras contemplaba los dedos derechos. Tenía callos en los pulgares.

-Hallie, ¿te gustaría vivir en una casa por un tiempo? En una de verdad, que no se mueva debajo de tus pies...

Su hija lo miró.

-¿Por qué?

-Vaya. Me gustaría saber por qué las niñas pequeñas no hacen más que preguntar cosas a sus padres. Bueno. Creo que nos quedaremos en Baltimore por un tiempo. Sería tonto quedarnos en el barco cuando podríamos buscarnos una casa bonita para los dos. Mañana mismo.

-¿Me dejarías escogerla?

-No creo que te dejaría tan grande privilegio, calabacita, Me gustaría conseguir una casa cerca del agua. Ahora que lo pienso, nos podría llevar bastante tiempo encontrarla. Por lo menos, nos mudaremos a tierra firme mañana.

-De acuerdo. Es cierto que la señora Swindel quiere *terra firma.*

-¿Qué?

-Es en latín, papá. La señora Swindel siempre habla de eso con el doctor Pruitt.

-Ah, gracias.

-¿Estuviste con una dama esta noche?

-En cierto modo, sí. Pero esa dama estaba tan furiosa conmigo que casi ni me habló. En cambio su padre, él sí se mostró muy cordial conmigo.

-¿Cómo se llama?

-Genny. Dirige todo el trabajo en el astillero de su padre.

-¿Por qué estaba tan enojada contigo?

Alec sonrió ante la pregunta.

-Supongo que yo la provoqué. La saqué de las casillas. La molesté demasiadas veces.

-¿Es bonita?

-Bonita -repitió Alec, contemplando los pequeños pantalones de su hija que estaban doblados sobre el respaldo de una silla. Tendría que comprarle ropa de niña a la pequeña, si es que pensaba quedarse allí, en Baltimore. Regresó su atención a otros pensamientos-. Yo diría que sí lo es, aunque ella no lo crea. Se viste como un varón, sabes...

-¿Como yo?

-Sí, pero con una diferencia. A ella no le interesan los hombres. Ni siquiera quiere casarse.

-¿Y tú no le gustas? -Obviamente, aquel era un concepto que no cabía en la cabeza de la mayor admiradora de Alec.

Él sonrió.

-Qué estupidez, papá. Tú le gustas a todas las mujeres. -Alec no dijo nada ante semejante revelación. Y eso que la pequeña sólo tenía cinco años. ¡Qué podría esperar más adelante!

-Yo creo que ella tampoco me gusta. Bueno, probablemente ni la conocerás siquiera, de modo que no importa.

-¿Por qué la hiciste enfadar? No pensé que te gustaban las mujeres furiosas.

Qué buena pregunta, pensó Alec.

-No estoy seguro. A lo mejor, porque me interesa saber qué hará ella. Nunca te aburres con ella, por cierto y rara vez te paga con la misma moneda. Ahora sigue durmiendo, calabacita.

-Está bien, papá. -Jaló de las solapas de la chaqueta de su padre, quien se inclinó para besarle la nariz y la frente. Luego la cobijó con las mantas hasta el mentón.

-Que duermas bien, cariño. Hasta mañana.

-¿Iremos a comprar la casa?

-Quizá, primero debo pensar mucho. -Recordó lo que se había prometido respecto de conseguirse una amante fija, que estuviera a su disposición cuando él quisiera y que no hiciera mucho que se dedicara a la vieja profesión. Apagó la vela y abandonó la cabina de Hallie para ingresar en la de él.

La *Bailarina Nocturna* estaba en silencio. Alec, bastante aburrido en aquel reducido confín, decidió subir a cubierta. La lluvia había parado, pero el aire estaba muy pesado por la humedad. La cubierta aún se mecía suavemente bajo sus pies. No había estrellas; ni siquiera rastros de la luna entre las nubes negras. Estaban atracados en el muelle O'Donnell y la proa de la *Bailarina Nocturna* asomaba por la concurrida Pratt Street. Una fragata estaba amarrada de estribor, mientras que un bergantín clíper daba al puerto. Todo aquel dique interno, que era lo máximo que la mayoría de los residentes de Baltimore veían de su puerto, estaba ocupado por navíos comerciales: bergantines, goletas, fragatas, rompehielos, todos con sus palos desnudos, moviéndose al compás de las olas. También había otra embarcación que Alec consideró de una apariencia extraña y fascinante. Una nave que había sido diseñada exclusivamente para la bahía de Chesapeake. Todas se hallaban reunidas a lo largo del muelle Smith.

Baltimore era decididamente un puerto interno, pensó Alec, contemplando Fells Point, aquel brazo de tierra que se proyectaba hacia Federal Hill, frente a este, formando así la entrada al dique interno. Si Alec recordaba bien, Baltimore no había anexado Fells Point sino hasta 1773, una gran ventaja dado que Fells Point se hallaba muy próximo a la desembocadura del río Patapsco. Además, proveía de aguas profundas a la zona y ostentaba más de media docena de astilleros, entre los cuales estaba también el de Paxton. Después de la guerra que permitió a los norteamericanos forjarse su propia patria, Baltimore surgió como ciudad preponderante en materia comercial con respecto a Annapolis y así se mantuvo.

Había aproximadamente unos trescientos kilómetros de bahía entre los cabos de Virginia y la desembocadura del río Susquehanna. A pesar de su longitud, la bahía de Chesapeake dibujaba una suave curvatura, sólo dos puntos de compás. Además, muchos otros ríos convergían en ella, como el Potomac, sobre el cual se había erigido la capital de los Estados Unidos. El hermoso Patapsco era el río de Baltimore y Alec deseaba explorarlo antes de irse. Cualquier hombre podría amasar una fortuna allí: en algodón, tabaco, harina, con todas las vías fluviales para transportar sus mercaderías y el poder energético de las aguas para poner en funcionamiento las plantas fabriles.

Alec retrotrajo sus pensamientos al presente, a sus necesidades de hombre. Primero debía procurarse una mujer, decidió. Necesitaba aliviarse y ya no podía seguir posponiéndolo.

¿Y qué haría con los Paxton? Una casa. Vería a su asesor legal, o abogado, como le decían en América, en la mañana. El señor Daniel Raymond, de Chatham Street, le daría la información necesaria al respecto y también acerca de la situación financiera de los Paxton. Apoyó los codos sobre la suave baranda.

¿Y qué haría con Genny? ¡Matrimonio!, se quejó. Qué idea tan loca. Como si él deseara volver a casarse. "Ella estaba tan horrorizada como tú." Eso provocó una reacción extraña y perversa. Alec no era ningún bebé de pecho, ni una criatura horrible, por el amor de Dios. Siempre había sido bien parecido... lo sabía. Siempre lo supo, aunque lo ignoró. Las mujeres lo habían deseado desde sus más jóvenes años y por lo general, Alec siempre había tomado lo que ellas le ofrecían, correspondiéndoles con tanto placer como pudo. De pronto, recordó el día que conoció a Nesta, más de diez años atrás. Fue en Londres, cuando se presentó en sociedad. Por alguna razón, inexplicable para él, la deseó desde un principio. Más de lo que había deseado a otra muchacha o mujer. Desconcertante, pero cierto. Y no porque fuera la muchacha más bonita de aquella temporada. No lo era. Simplemente, había algo en ella que lo excitó a tal punto, que no podía caminar y, mucho menos, pensar con raciocinio.

Y no podía tomarla porque era una dama de calidad. Un caballero no podía seducir a una virgen, una virgen que pertenecía a la nobleza.

Entonces Alec era demasiado joven, tampoco se había detenido a pensar en el futuro que tenía por delante ni en lo que quería hacer con su vida. En consecuencia, sin demoras, le propuso matrimonio y Nesta lo aceptó de inmediato. Claro que él no esperaba otra cosa, porque él era un buen partido. Y se casaron. La llevó a Carrick Grange y la retuvo en su recámara durante varias semanas, para hacerla gozar, para enseñarle cómo complacerlo a él también.

Pero el deseo y la pasión por ella terminaron al cabo de tres meses de matrimonio. Lo que quedó fue una buena amistad, que probó ser auténtica.

Y después Alec heredó los barcos de su tío norteamericano, el señor Rupert Nevil, de Boston. Empacó sus cosas y las de Nesta y partieron. Ella jamás se quejó, nunca discutió con él y en la cama, se brindaba completamente y con gran dulzura.

Nesta había sido una gran mujer y él la había querido mucho. Cuando murió en el parto de Hallie, Alec experimentó un profundo dolor y sensación de culpa. Sobre todo, porque la niña jamás llegaría a conocer a su madre.

Alec meneó la cabeza. No le agradaba mucho pensar en aquellas cosas. Nadie podía alterar el pasado y él tampoco podía cambiar lo que pensaba respecto de su pasado. Siempre era un inútil ejercicio.

¿Qué haría con Genny Paxton? ¿Por qué ella no quería casarse? No podía entender ese cinismo. Después de todo, Nesta no había deseado otra cosa más que convertirse en su esposa, ir a donde él la llevara y ser y hacer todo lo que él quisiera.

Genny Paxton era demasiado independiente y demasiado segura de sí. A Alec no le gustaban ni ella ni su actitud. Para nada.

Alec saludó de mala gana a Graf Pruitt, su médico de a bordo. Graf el Agrio, como Alec lo había bautizado íntimamente, tenía un pésimo humor. Era delgadísimo y su cabellera rizada era canosa. No obstante, había despertado el interés romántico de la señora Swindel. Alec se preguntaba cuándo se decidirían a visitar al vicario.

-Qué noche asquerosa -dijo Graf.

-Por lo menos, no llueve. ¿Qué le parece Baltimore, Graf?

-Una ciudad asquerosa.

-¿Y qué piensa la señora Swindel de Baltimore?

-Eleanor, esa mujer sin cerebro, quiere quedarse aquí.

-Estoy seguro de que aquí hay muchos enfermos, como a bordo de la *Bailarina Nocturna* y en Inglaterra.

-¿Y a quién le importan los norteamericanos? Por mí, podrían pudrirse todos. ¿No recuerda lo que hicieron hace cinco años? Por Dios, el mes pasado se cumplieron los cinco años, el trece de septiembre, creo que fue.

Alec rió. Ni se molestó en contestar la típica ira británica de Graf ante la pérdida de algo material. Francamente, no podía imaginarse a la señora Swindel con Graf. Eran demasiado parecidos. Pensó que cuando estaban juntos, indudablemente criticando a todo cuanto los rodeaba, habría una nube negra sobre sus cabezas.

Finalmente, Alec comentó:

-En ocasiones, me pregunto qué habríamos hecho si hubiéramos vencido a los norteamericanos. ¿Humillarlos tal vez por un año más, hasta que se decidieran a aplastarnos otra vez?

-Matarlos a todos -dijo Graf-. Alinearlos contra el paredón y fusilarlos.

-Bueno, sin duda, eso nos habría llevado un largo, largo tiempo. Voy a la costa. Que termine bien la noche, Graf.

-Escuché que hoy ya estuvo en tierra.

Alec arqueó una ceja y luego sólo meneó la cabeza. Graf Pruitt era un excelente médico. En cuanto a ser un hombre razonable en las demás cosas, bueno, no podía esperarse demasiado. Alec no agregó nada más y se fue del barco.

Fue al burdel de madame Lorraine. Escogió una joven de ojos verdes, aunque no del mismo verde radiante de los ojos de Genny Paxton, de cabellos gruesos y oscuros, aunque no tan brillosos y renegridos como los de Genny. La llevó arriba. Se llamaba Oleah y su acento sureño era tan pronunciado que Alec apenas le entendía. Claro que tampoco importaba. Era de Virginia, según le dijo, de Morresville, Virginia. Sabía cómo usar la boca y se deleitaba cada vez que lo escuchaba gemir. Tenía un cuerpo suave y de piel muy blanca. Cuando Alec penetró en ella, la joven subió las caderas y gritó. Se quedó con ella casi hasta el amanecer. Oleah estaba profundamente dormida y un poco más rica por sus esfuerzos. Alec estaba satisfecho. Un trato justo.

Alec resopló. ¿Por cuánto tiempo más estaría satisfecho? ¿Tres días? ¿Una semana, tal vez? Y después, todo sería tan malo como antes.

¿Qué haría con Genny Paxton? Al día siguiente, Alec, su hija y la señora Swindel se mudaron a Fountain Inn, una hostería en German Street. Era de construcción antigua, anterior

a la guerra, aproximadamente del año 1773 y se hallaba erigida alrededor de una plazoleta abierta. Gozaba de la sombra de árboles, ahora con sus ramas desnudas y de álamos a los que daban las habitaciones. La administraba un tal John Barney, quien detestaba tanto a los ingleses como amaba a los niños. Hallie era la única razón por la que el hombre los trataba con gentileza, tanto a Alec como a la señora Swindel. Pippin no había recibido para nada bien la noticia de la mudanza sino hasta que Alec le juró que le enviaría toda la ropa sucia para que él se hiciera cargo personalmente.

Eleanor Swindel, fiel a los formulismos, consideró que los armarios de su habitación y de la de Hallie eran demasiado pequeños y que olían mal. Alec, pensando que podría haber alguna rata muerta, salió corriendo al cuarto de su hija. Sí, olía mal, le aseguró la señora Swindel. Por ridículo que pareciera, olía a nuez moscada. Toda su ropa olería a comida... como un pastel. Hallie reía mientras que Alec, con una expresión consternada, salió de la habitación. Fue caminando hasta Chatham Street, a la oficina del señor Daniel Raymond. Este le aseguró que, por el momento, no había ninguna casa apropiada que estuviera disponible, pero que había escuchado que después de la muerte del general Henry, a quien los habitantes de Baltimore le decían Henry, el caballo ligero, ocurrida hacía algunos meses, su casa estaría lista para su venta en poco tiempo más, ya que sólo había quedado en ella su viuda. El señor Raymond se encargaría de determinar si todo eso era cierto. También asesoró, con aburridos detalles a Alec, respecto del Astillero Paxton.

-Como usted sabe, milord, después de la guerra con, eh, ustedes... eh... con Inglaterra, quienes se dedican a la construcción naval han estado deprimidos. Demasiados barcos dando vueltas, pirateando por allí y no hay navíos de otra nación para atacar ni hundir. Eso se incrementará otra vez, puede estar seguro. Algunos de nuestros constructores navales están yéndose a Cuba, por ejemplo, a construir barcos para el comercio de esclavos. De esa manera, evitan toda clase de, eh... problemas, con los miserables federales que interfieren en todo. Yo... ¿a usted le interesa la venta de esclavos, señor?

Después que Alec le aseguró que no, el señor Raymond siguió hablando del precio que consideraba justo para comprar el astillero, los términos posibles del contrato y otros aspectos a considerar respecto de la sociedad.

Cuando el señor Raymond terminó con su soliloquio sobre los Paxton, los astilleros en general y los medios específicos para evadir las leyes vigentes, giró la conversación en torno a lo que indudablemente fue su tema favorito. El señor Raymond era un hombre bastante puntilloso, medianamente maduro, fastidiosamente prolijo y coleccionaba plumas de todo el mundo. Realmente se puso rozagante cuando levantó una para mostrársela a Alec.

-Esta, milord -le dijo al asombrado barón de Sherard- proviene de Francia. Es una pluma de pavo, pero con estos colores tan poco comunes no parece. Y vea esta punta tan novedosa, en dorado. Encantadora, ¿cierto? ¡Todo un hallazgo para mí!

Alec convino en que la pluma era una maravilla. Quiso preguntarle si además funcionaba, pero se contuvo y luego dirigió nuevamente a Raymond al tema de los Paxton, en especial, con referencia a James Paxton.

-Ah, sí, el señor James Paxton. Un hombre muy íntegro, con una excelente mentalidad para los negocios. Es una lástima su estado de salud. Tengo entendido que su médico no ha sido muy optimista. Y en cuanto al astillero, creo que hay otro clíper casi terminado y necesitan imperiosamente que aparezca un comprador.

-¿Sabía usted, señor Raymond, que es la señorita Paxton la encargada de administrarlo? ¿Que es ella quien imparte las órdenes a los hombres?

El señor Raymond lo miró como si de repente hubiera estado hablándole en chino. Luego le sonrió y agitó su pluma de punta dorada en el aire.

-Oh, no, milord. No se mofe así. Si el rumor se corre, ningún hombre consideraría... aunque la construcción naval no estuviera en crisis... vaya...

-Parece que ya ha corrido. Si no, ¿por qué todavía no apareció el comprador para el clíper? Depresión o no, el navío se ha construido con un gusto exquisito, tiene la estructura hecha con el mejor roble que existe, hay cobre por todas partes y hasta la parte inferior está laminada con cobre rojo importado. El trabajo de los interiores también es artesanal... caoba española, sabe.

-Sí, la noticia debe de haber corrido por allí -lo interrumpió el señor Raymond, demasiado perturbado con la noticia para recordar sus buenos modales-. Realmente, no puedo creer lo que me dice, milord. ¿Una mujer dirigiendo todo el trabajo de un astillero? Seguramente usted habrá cometido algún error. El señor James Paxton no mostraría tanta falta de juicio para permitir que una jovencita...

Alec escuchó al señor Raymond que continuaba con su monólogo. Estaba pensando en la conversación que había mantenido con James Paxton la noche anterior. Había disentido con él en cuanto a que los hombres harían a un lado a Genny por considerar que estaba trabajando en un campo que no le correspondía, por hallarse este reservado al dominio masculino. Se había equivocado. ¡Y cómo!

-...maldición. ¡Esa muchacha tendría que casarse y quedar embarazada! Es totalmente descabellado que ella...

Genny había incursionado en otra esfera. No era justo; por lo menos Genny no lo consideraba así. Alec no estaba seguro de lo que pasaba por su mente, pero sabía que haría algo al respecto. Compraría el astillero y convertiría a Genny en una socia en silencio, quizá. Genny tendría que comprender que a los hombres de negocios no les gustaría asociarla con la construcción naval. Quizá no era justo, pero el mundo era así.

-...bueno, señor, no sé qué aconsejarle. Seguramente, James Paxton no puede pretender que los habitantes de Baltimore apoyen este comportamiento y mucho menos, que traten con una joven...

-Entiendo, señor Raymond -dijo Alec abruptamente, interrumpiendo al abogado. Se puso de pie-. Pronto finalizaré mi acuerdo con el señor Paxton. Entonces, necesitaré nuevamente de sus servicios. -Alec estrechó la mano del letrado y se marchó.- Por Dios -farfulló para sí, mientras caminaba por Chatham Street- ¡Una pluma de pavo con punta de oro!

De inmediato se dirigió a casa de los Paxton. Como Genny, caminó desde Chatham Street hasta la casa de los Paxton por Charles Street. Se detuvo momentáneamente en la puerta de la casa y se remarcó a sí mismo que le gustaba la arquitectura georgiana que predominaba en todas las construcciones de Baltimore. Los ladrillos rojos se habían gastado con el transcurso del tiempo, pero el pórtico de columnas blancas, según dedujo, se había pintado varias veces. Las ventanas tenían postigos verdes. Toda la mansión de dos pisos se encontraba a la sombra de álamos y hayas. Era una casa muy pintoresca, cómoda, con un jardín al frente que denotaba una leve pendiente y se encontraba rodeado por una cerca blanca.

Moses lo saludó y lo llevó arriba para que viera al señor Paxton.

-¿La señorita Paxton está en el astillero, Moses?

-Sí, señó'. Ella siempre se va temprano, se va. Lannie se 'noja porque ella nunca tiene tiempo para desayunar. Ah, ya llegamos, señó'.

El cuarto principal era grande, casi un cuadrado perfecto, con dos juegos de miradores en la pared que comunicaban al exterior. Tenía algunas sillas antiguas, de respaldo alto, y una imponente cama endoselada en madera de nogal, dispuesta sobre una tarima. En medio del cuarto había una alfombra circular, gruesa, de Axminster. El señor James Paxton estaba cómodamente sentado en una silla antigua de caoba lustrada, cuyos apoyabrazos y respaldo estaban tapizados en un brocado singularmente bello, celeste. Las patas eran garras de águila.

-Milord, pase, pase. Debo decir que lo esperaba, aunque no tan temprano. Moses, traiga un poco de té para Su Alteza y algunos pasteles dulces de Lannie.

Alec tomó un sillón de respaldo rígido y lo acercó al señor Paxton.

-He venido por el astillero -comenzó, sin preámbulo alguno-. Debo confesarle que escogí a propósito el momento en que Genny no estuviera aquí. No disentiré con usted, señor. Quedará en la ruina si Genny continúa dirigiendo todas las operaciones aquí. Tenía razón, señor. Los hombres de esta ciudad jamás se permitirían adquirir un clíper, por excelente que sea su manufactura, en un astillero administrado por una "jovencita", como le decía el señor Raymond.

-Lo sé -dijo James Paxton, analizando sus uñas recién manicuradas-. El problema radica en qué puede hacerse al respecto. -Cerró los ojos un momento y apoyó la cabeza en el respaldo.

-Yo compraré el astillero. Por sesenta mil dólares estadounidenses.

James Paxton no se movió ni cambió de expresión. Dijo muy tranquilamente:

-Eso rompería el corazón de Genny. Es una trabajadora excelente. Mucho mejor de lo que fue su hermano Vincent. Esa muchacha tiene cerebro. Entiende el manejo de un astillero y sabe navegar. No con la experiencia de un corsario, capitán de un barco durante la guerra, pero aun así, capitanea bien. No, le rompería el corazón. Yo sería incapaz de hacerle algo así.

-Sin embargo, si ella continúa dirigiendo el trabajo, con su corazón intacto, ambos perderían todo. Debe hacerla entrar en razones.

-Y la razón indica que debe ser un hombre el que dirija todo -suspiró James Paxton-. Maldito cuerpo el mío... Yo era tan saludable, a pesar de mis cincuenta y cinco años, Alec, siempre en movimiento, siempre dispuesto para hacer cualquier cosa. Y después, un día, tuve un fuerte dolor en el pecho, que me inmovilizó un brazo, me lo entumeció... Bueno, no voy a quejarme. Después de todo, morir es tan parte de la vida como nacer. Pero herir a Genny... ¿Qué puedo hacer?

-Señó', el té y los pastelillos.

-Gracias. Sólo apoya todo sobre aquella mesa y acércala aquí. Su Alteza servirá el té.

Moses se retiró, aunque no sin antes dirigir a su amo una prolongada mirada de preocupación que no pasó inadvertida para Alec. Entonces James continuó.

-Lo siento, Alec, pero la única solución viable que se me ocurre es hacer pensar a todo el mundo que un hombre está a cargo del astillero. Y de la única manera que puedo conseguir eso es casando a Genny. Sólo un poco de limón, por favor. Si ese hombre no es usted, entonces tendrá que ser otro.

-¿Como Porter Jenks?

-No, no es un hombre agradable. El ahora es propietario de tres barcos negreros, según mi última información. Remodeló tres fragatas después de la guerra. Pero las goletas clíper son mucho más rápidas... Y la velocidad es primordial, particularmente, cuando el barco negrero trata de eludir su captor. Como ya le dije antes, se trata de un ramo muy lucrativo. No puedo darle este beneficio y aunque pudiera, Genny no tendría nada que hacer a su lado.

-Tampoco tendrá nada que hacer a mi lado, señor.

James dirigió al barón una lenta y larga mirada.

-Tendría si usted quisiera.

Alec, impaciente y sintiéndose extrañamente culpable, miró su pastelillo y luego lo apoyó. Se levantó y comenzó a caminar de aquí para allá por la habitación.

-¡No lo haré! -estalló abruptamente, girando de repente sobre sus talones para mirar a su anfitrión-. Ya le dije que no quería volver a casarme. Y lo dije en serio. No soy un hombre dócil. Tampoco un tonto sentimental. No quiero tener hogar, esposa y... -Se interrumpió de

golpe, pues recordó el sonriente rostro de Hallie cuando aquella misma mañana le había dado un beso de despedida.

El corazón se le hinchaba cada vez que miraba a su hija, aunque estuviera cansada y lloriqueara o se quejara por cualquier tontería. Ella era una parte de él, de Nesta. En resumen, era única y Alec la amaba más que a nada y a nadie en el mundo. Y Hallie provenía de un hogar, con esposa y todo. A Alec no le importaba si tenía media docena de Hallies, todas de él. -Maldición -dijo y caminó hacia una de las ventanas del mirador. Contempló desde allí una arboleda de perales y manzanos.

-Hay un baile el viernes por la noche, en Assembly Room. Es el gran edificio de ladrillos a la vista, ubicado en la intersección de Fayette y Holliday. He conseguido que Genny vaya. Yo la acompañaré.

-¡No puede ir vestida como estaba ayer!

-No, es cierto. Me dijo que había ido a una de las mejores costureras de Baltimore, según ella. Garantizo que tendrá un vestido apropiado. Le pido que usted vaya también. Después de todo, Alec, tiene que conocer los pilares de nuestra sociedad y no hay mejor oportunidad que esta para hacerlo. Quizás, así podrá ver a Genny con otros ojos, por así decirlo, y ella a usted. ¿Qué dice?

Finalmente, Alec accedió, pero no hizo más que insultarse en silencio durante todo el trayecto de vuelta a Fountain Inn.

Una gota de lluvia cayó sobre su nariz en la esquina de Charles y Market. Maldito tiempo el de Baltimore.

El viernes por la noche hizo un frío terrible. Las abultadas nubes que poblaban el cielo renegrido amenazaban con soltar una fuerte tormenta en cualquier momento. La intensa calma reinante sólo prometía la llegada de violentos vientos. Los Paxton se dirigieron a Assembly Room en un carruaje cerrado. Genny no le había mostrado a su padre el nuevo vestido que había comprado en la tienda de Mary Abercrombie. Todavía no estaba muy segura de que fuera de su agrado, pero la señorita Mary le había asegurado que era el último grito de la moda, que todos la admirarían, que las damas la envidiarían porque ella, la señorita Mary, lo había diseñado exclusivamente para ella.

Que así sea, pensó Genny, tironeándose un poco del extremadamente escotado vestido de satén azul oscuro. No le agradaba demasiado el color, puesto que cuando se miró en el espejo, pensó que le daba a su rostro una tonalidad cetrina. Pero la señorita Mary le aseguró que parecía un ángel. Y todos los volados, la hilera tras hilera de moños en terciopelo blanco le resultaron exagerados, a pesar de que la señorita Mary insistió en que los vestidos insulsos eran una clara muestra de mal gusto. Y era el último grito de la moda, se repetía una y otra vez. De todas maneras, fue el único vestido que la señorita Mary había terminado, así que no tuvo mucha opción.

Sobre el vestido llevaba una vieja capa de terciopelo negro, que estaba un poco brillante por los innumerables usos que le había dado a lo largo de los años. Pero era de noche. ¿Quién habría de fijarse en eso?

Hacía tres años que Genny no iba al Assembly Room. Lo había ignorado, tanto al salón como a las invitaciones que había recibido de las familias conocidas. Hasta que un día dejaron de llegar. El Assembly Room era la única oportunidad que le quedaba para probar sus nuevas alas y volver a presentarse en sociedad. Así permitiría también que todos los hombres de negocios de Baltimore se dieran cuenta de que era competente y no una tontita. Enderezó los hombros y rezó, una vez más, como persona competente, que sus senos no estuvieran a punto de estallar para zafarse del vestido.

No había reñido con su padre. Genny sabía que para ser un éxito tanto ella como su padre, debían mezclarse con los comerciantes ricos de la ciudad. Debían convencer a todos de que una goleta clíper fabricada en el Astillero Paxton era digna de desearse con devoción.

Prácticamente se imaginaba explicando todos los detalles del *Pegaso,* detallando los lustrosos metros de caoba española empleados... Durante el año anterior, ni ella ni su padre habían visto a nadie. Era hora de subir a superficie y decir al mundo que estaba viva, más que lista para llevar a cabo sus negocios. Acudía a ese baile sólo porque era una buena mujer de negocios.

Nada más.

-¿Crees que el barón de Sherard estará aquí esta noche?

El carruaje estaba muy oscuro. James Paxton se permitió una sonrisa, consciente de que su hija no podría verlo. Genny no era inmune a Alec Carrick. Para nada.

-Creo que es probable que se presente. Necesita conocer a los ciudadanos de Baltimore, después de todo. ¿Qué mejor oportunidad que esta?

-Cierto -convino Genny y se quedó nuevamente en silencio. El carruaje que habían rentado los dejó en el extremo nordeste de la calle y Genny ayudó a su padre a descender. El señor McElhaney, maestro de ceremonias, los recibió en la entrada del Assembly Room. Hizo alusión al mal tiempo, al aparente buen estado de salud del señor Paxton, al rosado de las mejillas de Genny y luego los invitó a pasar cuando vio que llegaba otro grupo.

-Vaya -murmuró Genny por detrás de su mano-. Siempre dice las mismas cosas, ¿no? Recuerdo que hace tres años nos hizo exactamente la misma conversación.

Se quitó la capa de terciopelo y la entregó al sirviente. Se volvió para hacer una piruetita frente a su padre. James Paxton por poco se queda bizco. Tragó saliva. Cerró los ojos pero aquella imagen seguía estampada en su mente.

Oh, Dios, ¿pero quién le había hecho eso a su hija? Tuvo el impulso de llevársela de allí inmediatamente, a casa, arrancarle ese espantoso vestido y prenderle fuego. Pero... ¡Oh, Dios, moños de terciopelo blancos! Demasiados para contar sin volverse loco.

Era demasiado tarde.

-Vaya, buenas noches, señor Paxton. ¡Y Eugenia! ¡Qué encanto! Y qué... eh, interesante estás. Tantos moñitos de terciopelo que no terminan nunca. Discúlpenme, por favor.

La señora Lavinia Warfield había dicho todas esas cosas. Era esposa del acaudalado e influyente Paul Warfield. James la vio alejarse de ellos a toda prisa, con entusiasmada malicia en sus pequeños ojos y supo que ya era demasiado tarde.

Oh, Dios. ¿Qué haría?

-Qué extraño comportamiento, padre -dijo Genny, mientras se tocaba uno de los moños.

-Sí -dijo James, tratando de sofocar todos los insultos que se le venían a la boca. Suspiró otra vez. Por lo menos, Genny tenía la cabellera más hermosa que alguien pudiera imaginar. Se la había trenzado para formar con ella una coronilla sobre la cabeza, desde donde partían mechones sueltos que le caían a ambos lados del rostro y sobre la nuca. Hermoso cabello. Igual que el de su madre. Ojalá tuviera el mismo estilo de su madre, el mismo gusto para vestir. Si la gente sólo la mirase del cuello para arriba...

James no tuvo tiempo de correr. No tuvo tiempo de adaptar su pensamiento a una buena estrategia. No tuvo tiempo de decirle a su hija que estaba horrible. Al instante, estuvieron acompañados por los Murray, los Pringles, los Winchester y los Gaither. Los hombres estaban francamente complacidos de verlo; desgraciadamente, las mujeres estaban complacidas de ver a Genny y no precisamente porque ansiaran su amistad. Se había corrido el rumor que Genny no conservaba su lugar de mujer, de modo que las damas de Baltimore estaban más que dispuestas a vengarse de la situación.

Y Genny, con aquel vestido espantoso, les acababa de dar una magnífica oportunidad, imposible de desperdiciar.

7

-¿Milord? ¿Barón de Sherard?

Alec se volvió para sonreír a la bella mujer que estaba a su izquierda.

-Sí, soy el barón de Sherard -dijo. Le tomó la mano y se la besó.

-¡Oh, qué galantería! El señor Daniel Raymond ha hablado con todo el mundo de usted. Yo soy guardia de avanzada. Puede llamarme así, si lo desea.

-A decir verdad, me gustaría llamarla de otro modo. ¿Cuál es su nombre, señora?

-Laura, Laura Salmon. Soy una pobre viuda. Mi amado esposo exportaba mercancías al Caribe, principalmente harina. Tengo entendido que su intención es la de permanecer aquí en Baltimore, y comprar el Astillero Paxton. Una excelente idea. Usted podría transportar mi harina. Soy propietaria del molino que está en el Patapsco, sabe, sólo a tres kilómetros al sudeste de la ciudad.

-Ya veo. Puede llamarme Alec. ¿Quiere bailar este vals?

Alec en ningún momento esperó que le rechazaran la invitación. Y aquella exquisita pieza de femineidad, que flirteaba con él enloquecidamente, no se negó a bailar. La hermosa Laura rió y rápidamente le colocó la mano en el brazo. Tenía los ojos brillantes y los labios humedecidos. Alec tuvo la sensación de que deseaba humedecer los de él también con la lengua.

-Oh, sí, me encantaría.

Formaban una pareja impactante. El barón inglés parecía un príncipe extraído de un cuento de hadas y Laura estaba divina como una princesa, con su vestido blanco como la nieve y el radiante arreglo de diamantes. Cuando el vals terminó, Laura lo presentó a varios caballeros y luego, con inteligencia, se apartó de él para que pudiera fascinarlos con su conversación. Muy pronto otros caballeros se unieron al grupo. Dios, es hermoso, pensó Laura, mientras lo observaba reír, o prestar atención mientras los demás hablaban. Le encantó el modo en que gesticulaba al hablar. Y su cuerpo... Ningún otro hombre, ni inglés ni de ninguna otra nacionalidad, que ella hubiese conocido, había llegado a semejante perfección física. No había huesos poco gráciles, ni grasa que le sobrara en ninguna parte. Claro que no podía estar completamente segura todavía. Prácticamente, imaginó su cálida piel bajo los ansiosos dedos femeninos, la lengua de Alec contra la de ella. Se estremeció con delicadeza y decidió, allí, en ese momento, que lo invitaría a convertirse en su amante. Aquel físico bronceado y maravilloso luciría estupendamente extendido sobre su cuerpo blanco y aquellos cabellos dorados contrastarían a la perfección con su cabellera de azabache. Ambos tenían ojos azules, aunque los de ella eran oscuros como la medianoche, mientras que los de él eran claros como el cielo de una mañana de verano. Y aparentemente no era hombre de jactarse de sus virtudes físicas. Laura deseó que no lo fuese. Por la experiencia que ella había vivido, todos los hombres apuestos esperaban que las mujeres hicieran cualquier cosa por ellos, sólo por dignarse a estar con ellas.

Todos ellos eran amantes egoístas. ¿Alec Carrick lo sería? Laura estaba ansiosa por descubrirlo. Gracias al piadoso Señor, su viejo y miserable esposo había pasado a mejor vida la primavera anterior, dejando a Laura para que disfrutara de la suya.

La orquesta dio comienzo a un nuevo vals. Laura vio que los caballeros se dispersaban en busca de sus respectivas parejas para bailar. Para su desazón, vio que Alec se encaminaba hacia James Paxton, quien estaba sentado junto a otros hombres.

Laura miró en dirección a la pequeña pista de baile, mientras con el pie marcaba el ritmo de la música. Oh, Dios, allí estaba ese esperpento de Genny Paxton y Oliver Gwenn, ¡Oh!, la había sacado a bailar.

Laura se estremeció de sólo mirarla. La muchacha era un espanto. ¿Quién le habría hecho ese vestido? ¿Y por qué Oliver la habría invitado a bailar? ¿Sería así? Oliver Gwenn

era el actual amante de Laura y ella no permitiría que otra mujer ultrajara sus reservas, aunque en ese aspecto, Oliver no tuviera inconvenientes.

Finalmente, la música terminó. Las parejas despejaban la pista, Genny y Oliver incluidos. Laura esperó a que Oliver, gentil pero firmemente, se desprendiera de aquella espantosa criatura. Pero no fue así. Se demoraba.

El Assembly Room de Baltimore trajo el Almack's de Londres, a la memoria de Alec, salvo por el detalle de que no había patrocinadores poderosos que gobernaran a las masas con mano de hierro, desde el inmenso y frío edificio de King Street. Este salón de reuniones también era grande, con cielos rasos altos y cuadrados, aunque muy poco ventilado, pues todas las ventanas estaban cerradas. La orquesta se había montado sobre una tarima, en el sector este del salón. Había una sala contigua con una larga mesa, sobre la que se habían dispuesto recipientes de ponches y varios platos con pasteles y caramelos. El ponche le resultó similar a la horchata que bebía en Almack's. Por lo menos, a diferencia de este lugar, los pasteles eran frescos y sabrosos, no como el pan con mantequilla de siempre que se servía en Londres.

Alec notó que no podía apartar la mirada de Genny. Le llamaba tanto la atención que no lograba mirar a otro lado. El primer momento en que la vio, por poco se atraganta con el ponche. No se daba cuenta de que el vestido le sentaba realmente mal. Dios bendijera sus inocentes ojos, carentes de todo sentido del estilo. Pero las demás damas sí se habían percatado de ello, jóvenes y viejas, y también algunos caballeros. Para las mujeres, Genny Paxton se convirtió en el tema central de la noche.

Según Alec notó, los caballeros la miraban y murmuraban entre ellos, como diciendo:

-¿Y qué puede esperarse? No sabe cómo ser una dama. -La veía entonces conversando con un joven, quien según recordaba, se llamaba Oliver Gwenn. Él había bailado el último vals con ella. Se lo veía joven. Quizás era amigo de la infancia de Genny. Mejor que fuera así. Alec todavía no había podido hablar con ella. Se encaminó hacia los dos.

-Buenas noches, Genny.

-¡Oh, Alec! Hola. Qué sorpresa.

-Por cierto -contestó él, irónicamente. ¿Lo tomaba por estúpido?

Genny se quedó atrás, para que Alec y Oliver pudieran conversar tranquilos. Le pareció de buen gusto hacerlo.

-Genny me ha comentado que usted está considerando el permanecer en Baltimore y negociar con ella y su padre.

-Es una posibilidad más que remota. ¿Hace mucho que se conocen ustedes?

-Desde que caminábamos con andadores -dijo Oliver, sonriendo a Genny.

Ella tocó uno de sus moños de terciopelo. Tenía calor en aquel salón tan cerrado. Y también estaba muy tensa. No comprendía por qué las mujeres la trataban como si hubiera sido una paria. No tenía sentido para ella. No imaginaba por qué. Y allí estaba Alec, magnífico como un dios, haciendo que todas las mujeres salivaran de lujuria. Cuando él finalmente la invitó a bailar, ella no estaba prestándole ninguna atención, pues estaba concentrada en Laura Salmon, quien le agitaba imperiosamente la mano a Oliver Gwenn.

-Oliver -le dijo Genny, inclinando la cabeza a un lado-. ¿Laura quiere hablar contigo?

Para incrementar aun más su confusión, Oliver se puso colorado. Qué poco atractivo se lo veía con ese rubor en las mejillas. Murmuró algo por lo bajo y se encaminó hacia Laura.

-Pero, ¿qué le pasa?

-Dios, tú sí que eres inocente -rió Alec-. Ven, Genny. Vamos a lucirnos en la pista de baile.

-Está bien, Alec. Pero hace tres años que no bailo. Temo que a Oliver le trituré los dedos de los pies y que a ti también te pisaré.

-Si lo haces, seré estoico, o al menos, gritaré muy poquito.

La rodeó con el brazo, colocando apropiadamente la mano en el centro de su espalda. Genny sintió un inmenso placer con la calidez de aquella mano. Ese placer se profundizó e hizo presa de todo su cuerpo. Alzó la vista para mirar ese rostro tan imposiblemente bello y frunció el entrecejo.

-¿Qué sucede?

-Nada -dijo ella, con voz cortante-. Oh, Dios, lo siento.

-No lo habrás hecho a propósito, ¿no?

Le sonrió con picardía y meneó la cabeza.

-¿Yo? No, estimado señor. Bueno, ¿Qué opinas del baile? ¿Ya has conocido a los más importantes ciudadanos? ¿Escuchaste todas las pavadas del señor Raymond? ¿Has hablado empalagosamente con la mayoría de las esposas? ¿Dejaste que ellas hicieran lo mismo contigo? ¿Aceptaste más de una docena de asignaciones?

-Tus impertinencias no tienen fin, Genny. Sí, conocí tanta gente que mi débil cabeza masculina no para de dar vueltas. -Con esas palabras, la hizo dar una vuelta tan grande en la pista que la hizo reír de excitación.

-¡Oh, eres excelente!

-Gracias. Pero... mira, yo no quiero herir tus sentimientos, pero...

-Siempre desconfío de las personas que empiezan a hablar así. Siempre hay un pero.

-Genny. -Tomó aire.- ¿Dónde conseguiste ese vestido?

-Bueno, me lo confeccionó una de las mejores costureras de Baltimore.

-No puede ser. Mira a tu alrededor. ¿Ves alguna otra mujer que tenga un vestido con ese azul tan eléctrico? ¿Ves alguna otra que tenga tantos moños blancos de terciopelo y tantos metros de volados?

Genny sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Tuvo un momento de incertidumbre.

-Sé que el vestido tiene bastantes moños. Yo también lo pensé, pero la señorita Mary Abercrombie me juró y perjuró que era el último grito de la moda y que yo era una tonta si no me lo ponía.

-¿Mary Abercrombie?

-Sí, hay dos señoritas Abercrombie. Y ella es una de las mejores, Alec. El vestido... ¿De verdad se ve tan feo?

La expresión de sus ojos casi lo detuvo. Nunca había detectado tanta vulnerabilidad en ella y no le agradó el efecto que eso le produjo. Pero aquello no podía continuar.

-Lo lamento, Genny, pero es abominable. ¿Te está haciendo otras cosas?

La expresión de vulnerabilidad desapareció entonces, dando lugar a una opaca indiferencia.

-Sí, varios vestidos más. ¿Sabes? Yo tenía pocos y los que tenía estaban viejos y pasados de moda.

¿Cómo proceder? Decidió no decir nada más por el momento. No quería herirla más, ni tampoco que se enojara con él. Volvió a hacerla girar por la pista una y otra vez, hasta que la hizo reír nuevamente.

-¿La gente te ha tratado bien?

Genny alzó la cabeza hacia él.

-Con bastante gentileza, creo. La mayoría de ellos son amigos o conocidos de mi padre.

-¿Cómo están tratándote las mujeres?

Bajó la cabeza.

-Son gentiles, pero frías. No sé si me entiendes. Pero yo no encuentro la razón. Es cierto que mi padre y yo nos hemos ausentado de los grupos sociales durante casi un año. Pero aparentemente están contentos de volver a verlo a él.

-¿Quieres que te diga por qué?

Genny lo miró con dureza.

-¿Tú, un forastero? ¿Un inglés? Tú quieres decirme a mí...

-Sí. Escúchame, Genny. Yo no te mentiré. Estás haciendo el trabajo de un hombre en el astillero. Has ofendido al resto de las mujeres, extralimitando los definidos confines a los que debe sujetarse una dama. Ofendiste y amenazaste a los hombres, imitándolos en el vestir y metiéndote en sus negocios. Y ahora estás vestida como una... -se estremeció y la miró directamente a los ojos- como un espantapájaros, sin gusto, sin estilo. Simplemente, ellas se quieren vengar de ti y tú les has facilitado el camino.

Genny le dijo con bastante tranquilidad.

-¿Terminaste de decirme tus verdades? ¿Eh, barón?

-Sí, y lamento haberte hecho sentir así, Genny, pero... ¡Aaay! ¡Eso fue a propósito!

Lo pisó otra vez, se privó del placer de darle un puñetazo en el estómago, y salió a toda marcha de la pista de baile. Dejó a Alec allí parado, solo, como un tonto. Pensó que si hubieran estado solos, le habría arrancado ese ridículo vestido y le habría dado unos cuantos golpes en el trasero. Cerró el puño con sólo pensarlo. Genny debería de tener nalgas muy blancas, delgadas, suaves y redondeadas. Alec meneó la cabeza. Lentamente, como si no le hubiera importado nada, como si hubiera sido algo común que lo dejaran plantado frente a todos, Alec se marchó de la pista para hallarse atrapado, una vez más, en las redes de Laura Salmon.

Cuando estaba a solas con él era encantadora. Alec decidió que la quería para él y aceptó la invitación que ella le hizo para cenar juntos la noche siguiente. Entonces, otras personas se les acercaron.

No fue Laura la que sacó el tema, pero se unió a los demás cuando surgió.

-¡Pero miren a Genny Paxton! Jamás vi esperpento mayor en toda mi vida. -El comentario vino de una joven bizca, quien no sólo estaba bastante excedida de peso sino que también tenía una tez amarillenta.

-Sí, ¿cómo le habrá permitido su estimado padre exhibirse así?

-Los caballeros no entienden de modas -dijo Laura, sonriendo a la señora Walters, esposa de un riquísimo ferretero.

Alec sonrió.

-Tengo entendido que la señorita Paxton compró el vestido en una de las tiendas más prestigiosas de Baltimore.

-¡Imposible!

-¡Absurdo!

-No a la señorita Abercrombie, porque ella misma me lo dijo.

Laura meneaba la cabeza, pero a la vez fruncía el entrecejo.

-Pero Abigail Abercrombie confecciona todos mis vestidos. Jamás haría una prenda así.

Algo no estaba bien allí. ¿Abigail? No, Genny la había nombrado como Mary.

-¡Es obvio que la señorita Paxton se hizo el vestido y está inventando todas esas historias!

-Entiendo que está desesperada por conseguirse un marido -dijo Laura- ahora que el astillero no está muy bien. Nuestro caballero inglés probablemente salve a ella y a su padre. -Sonrió seductoramente a Alec, gesto que no escapó al ojo de ninguna de las damas presentes.

-Bueno -resopló la señorita Poerson-. No lo conseguirá con ese aspecto. Es insufrible esa tonta, creyéndose mejor que todas nosotras.

-La señorita Abercrombie le hizo el vestido -dijo Alec-. Mary Abercrombie.

Eso atrajo la atención de todas.

-¡Mary! ¡Oh, Dios, qué horror!

-¿La señorita Paxton ha sido tan ignorante para permitir que Mary la tocara? ¿Que se le acercara? -La señorita Poerson no podía parar de reírse.

-Patético -dijo Laura-. Qué par: Genny y la señorita Abercrombie. Tengan un poco de piedad por la señorita Paxton. ¿Les gustaría estar en el lugar de ella, con ese aspecto? ¿Y ni siquiera darse cuenta de que fue a dar con la Abercrombie equivocada y que parece una... una...? -Se tapó la boca pues no pudo hallar la palabra justa.

-La he visto bailar con Oliver -dijo la señora Mayer, con un brillo de maldad en los ojos, mientras miraba de reojo a Laura-. Aparentemente, no le importaban sus... carencias.

-Sólo estaba siendo amable con ella. Después de todo, se conocen de toda la vida.

-Casi toda la vida -agregó una mujer muy delgadita y ligero bozo-. ¿Cómo hará para encontrar esposo? Vaya, debe de tener como veinticinco años.

-Veintitrés -dijo Alec.

-No parece -dijo Laura y al ver que Alec estaba tenso, se retiró del grupo inmediatamente. Ese caballero no se prestaba a chismes-. ¿Bailaría otra vez conmigo, barón?

Alec asintió y la condujo a la pista de baile. Más tarde, aceptó la invitación de James Paxton para ir a su casa por unos refrescos después de la fiesta.

Una vez en el interior de la casa, Genny se quitó la capa y se la entregó a Moses.

-Oh, Dios -dijo Moses mirando a su joven ama-. Usté's la mujé' más linda del mundo.

Genny sospechó que el elogio era una ironía, pero los oscuros ojos del criado expresaron autenticidad. Su único aliado y no había estado junto a ella en el momento adecuado. Una vez en el recibidor, Alec preguntó a Genny, sin preámbulos:

-¿Dijiste que tu costurera era la señorita Mary Abercrombie?

-¡Ya has dicho lo suficiente, Alec!

-No -dijo James, sentándose en su silla-. No lo suficiente. Contéstale.

-¡Sí!

-Bueno, mi querida señorita Paxton, evidentemente, te dirigiste a la Abercrombie equivocada. Según la señora Salmon...

Genny resopló al escuchar el nombre, pero él la ignoró.

-Ella dice que la competente es Abigail. Cometiste un error.

Genny se sentó. Entonces recordó que era Abigail.

-Oh, no -comentó y se quejó.

-Arroja ese vestido a la chimenea -le aconsejó su padre.

-¿Ahora?

-No seas impertinente, Genny -dijo Alec-. Mira, es una pena que no tengas... eh... buen gusto para la ropa. Pero tienes otras cosas.

-Estoy esperando, barón.

-Tienes un cabello hermoso.

-Estoy de acuerdo -convino James-. Y hasta se lo arregla ella misma. Tiene talento para eso.

-Muy bien -dijo Alec, decidiendo enterrar el fantasma-. Te acompañaré a ver a la señorita Abercrombie, a la correcta. Cancelaremos la orden de los demás vestidos y haremos que ella te los confeccione.

-Yo sería incapaz de ofender a la señorita Mary de ese modo. ¡Estaría más humillada que ofendida!

-Bien. Entonces, iremos a ver a otra costurera.

-Yo no iría ni a la iglesia contigo y el Señor sabe cuánto necesitas ir.

-Deja de actuar como una boba -dijo James y luego cerró la boca hasta que Moses, que hasta entonces había tenido las orejas paradas, salió de la sala.

-¡No fui yo la que flirteó descaradamente, frente a todos, con Laura Salmon!

-¿Flirtear? ¿Llamas flirtear a bailar un par de piezas? Mi querida muchacha, no te darías cuenta de lo que es flirtear aunque alguien te lo hiciera en tu propia nariz.

-Bueno, pero sí lo estabas haciendo, y ella contigo. Apuesto a que ya has concertado un nuevo encuentro con ella. ¿Me equivoco?

Alec no movió ni un pelo.

-Eso no es asunto tuyo.

Genny resopló. Alec volvería a ver a Laura y eso, inexplicablemente, la ponía furiosa, De pronto, apretó uno de los moños del vestido, lo arrancó y lo arrojó violentamente al fuego.

-¡Bravo! Sólo te quedan unos doscientos más para quemar.

-¡Oh, cierra la boca, barón!

Alec frotó pensativamente su mentón,

-¿Sabes? Quizás el vestido no sea tan horrible si eliminas todos los accesorios, -Se acercó a ella y le arrancó otro moño. Luego otro y otro más.- No, creo que no. Ese tono de azul te hace muy pálida, está fuera de toda descripción.

Genny se puso de pie como pudo,

-No creo que tenga ganas de hacer negocios contigo. ¿Por qué no compras el *Pegaso* y listo? Yo seguiría construyendo barcos para ti.

-Yo sería tu único cliente, Puedes estar segura de ello. Ningún comerciante respetable de Baltimore haría negocios contigo.

-¡Eso es mentira! No tenemos clientela porque nuestro ramo, en general, está un poco deprimido y también, porque nos negamos a hacer barcos negreros.

James se reclinó en su asiento, muy satisfecho por la riña.

-Mi querida Eugenia, eso es verdad sólo en parte, pues la razón principal de la falla comercial es que tú eres una mujer haciendo el trabajo de un hombre. Cuando yo haga negocios con Paxton, si los hago, tú saldrás diplomáticamente O de otra manera, pero te saldrás de la empresa. No permitiré que destruyas todas las operaciones paseándote en pantalones delante de todos y dando órdenes a los hombres,

-¡Padre! ¡Ordénale que se vaya... ahora mismo! -En medio de la agitación, Genny se arrancó dos moños más y se cayeron al piso, junto al ruedo de volados del vestido. Alec los recogió, los miró con disgusto y los arrojó al fuego.

-Genny, desgraciadamente, lo que Alec dice es cierto. Cuando Alec dice que tienes que salir, no es estrictamente así.

-¿Ah, no? -exclamó Alec-. ¿ Y cómo es entonces?

-Bueno -comenzó James sumisamente-. Genny tendría que contenerse un poquito, ser un poco más discreta, más reservada y bueno... dejar las apariencias y las ventas a los caballeros.

Alec pensó que eso estaba bien, aunque el rostro de Genny, por el contrario, no dio señales de expresar complacencia. Entonces, dijo con voz terriblemente fría.

-Nos estábamos arreglando bastante bien antes de que tú llegaras, barón de Sherard. Estás interfiriendo, pasándote de la raya y opinando donde no te llaman, cuando lo único que te sirve de puntal para tus pretensiones es tu belleza.

-¿Mi qué?

-Tu devastadora belleza, barón. Tu presencia física debe de ser la envidia de todas las mujeres que conoces.

-Basta de actuar como una tonta: -Se le acercó y le arrancó otro moño.- Si mal no recuerdo, señor Eugene, cuando yo llegué estabas a punto de hundirte, tú y el maldito astillero. La única razón que impide que te hundas del todo es que el mundo entero sabe que yo puedo rescatarte del río Styx. Tu memoria es bastante pobre. Fuiste tú quien me escribió.

-Me equivoqué, lo admito.

-Simplemente, no tenías los pies sobre la tierra; pensabas como una maldita mujer. Ningún hombre que tenga dos dedos de frente permitiría que lo manipulara una bobalicona como tú, ni siquiera el más disoluto de los pares ingleses. ¿Le dijo, señor? Genny esperaba que yo fuera un mequetrefe, un dandy, ansioso y dispuesto a que ella llevara las riendas, que detentara el poder.

-Sí, me lo dijo. Y yo le dije que estaba equivocada. Genny es muy cabeza dura, Alec.

-Eso puede ser cierto -dijo Genny con más tranquilidad a su padre- pero sé cómo construir barcos, mejor que muchos hombres, y apuesto a que navego mucho mejor que tú, barón.

-¿Una carrera, Genny? ¿Quieres correrme una carrera a mí?

Genny rió por la confusión de su voz.

-No se requieren músculos para timonear un barco, Alec. Sólo cerebro y experiencia. Probablemente empatemos en experiencia, pero en cerebro, creo que ni puedes compararte a mí.

-¿Cabeza dura, señor? Yo diría que es cabeza hueca, completamente engreída, demasiado arrogante y violenta. Imagínelo. Ella correrme a mí. -Alec echó la cabeza atrás y se rió.

Genny se arrancó otro moño y se lo arrojó a la cara. Alec lo tomó y lo miró con indiferencia, con una pícara expresión.

-Tu vestido está quedando cada vez mejor, Genny -dijo James, contemplando la pila de moños que había entre ella y Alec. Los que estaban en la chimenea, emanaban un humo terrible, pues el terciopelo se resistía a consumirse.

-Si es que verse blanca como un papel se considera mejorar -comentó Alec entre carcajadas.

-¿Cuándo te verás con Laura Salmon?

-Mañana en la noche -contestó Alec. Pero inmediatamente se dio cuenta de que acababa de contestar una pregunta que no era de incumbencia de la joven. Tuvo ganas de estrangularla y a sí mismo también, por ser un tonto. Genny era rápida. Sabía cómo tomar a un hombre por sorpresa.

-Sí -agregó Alec, haciéndose el interesante- esa encantadora dama me ha invitado a cenar con ella.

-¡Seguro que es todo lo que harás con ella!

-¡Genny!

-Lo siento, padre. Estoy cansada. Buenas noches a los dos. -Rápidamente se fue hacia la puerta.- Vaya, él y todos los ingleses -agregó por lo bajo, pero no lo suficientemente bajo. De reojo, vio que Alec le sonreía, con tanta condescendencia que la enfureció.

-¿Genny?

Ella se volvió de mala gana en dirección a su padre.

-Mañana Alec te acompañará a otra costurera. Querida hija, no seas obstinada. El se ofreció y tienes que admitir que es un hombre de estilo y con buen gusto para vestirse. No te empecines con tus tonterías.

-¿Mañana a las diez de la mañana? -sugirió Alec.

-A diferencia de usted, yo tengo trabajo que hacer, barón -le dijo ella.

-No, no tienes nada que hacer. Sólo quieres ir al astillero a regocijarte paseándote delante de todos esos hombres. Puedes ir a tu cuarto ahora. Mañana, Genny. Y no me hagas esperar.

La mañana siguiente, Genny no estaba en su casa a la hora indicada. Sonreía triunfante sentada ante el intrincado tallado del escritorio que estaba en la cabina del capitán del *Pegaso.* Mimms daba los toques finales a la estructura de caoba española de la espaciosa litera. La encantadora cubierta de cerezo ya estaba terminada y amurada contra la pared.

Eran casi las diez de la mañana. Alec estaría por llegar a su casa, complacido consigo mismo, convencido de que la gobernaba. Oh, ojalá pudiera verle la cara. Suspiró. Bueno, no importaba. Ella tenía buena imaginación. Cerró los ojos y vio la imagen de Moses abriendo la puerta al barón.

-Buen día.

Esa era la voz de Alec.

-Buenos días, señor;

-Excelente trabajo, Mimms. Tiene un gran arte para esto.

-Gracias, señor, pero esta madera es suave como la colita de un bebé y tan fina.

Algo andaba mal. Alec estaba allí, con ese cuerpo hermoso que tenía, en la cabina del capitán, mirando el trabajo de Mimms.

-Estás aquí -dijo ella-. Se supone que no tendría que ser así. Se supone que...

-Yo sé dónde se supone que debo estar -le dijo espontáneamente y se volvió para mirarla-. De todas maneras, no soy tan imbécil como tú crees. ¿Está lista, señorita Paxton?

Genny estaba vestida con su atuendo de costumbre aunque sin la gorra.

-No. No voy a ir a ninguna costurera vestida así.

-¿Por qué no? Aparentemente, no tienes problemas de ir vestida así a los demás lugares de Baltimore.

Mimms era todo oídos y Genny se levantó inmediatamente de la silla.

El barón tenía razón. ¿Por qué tendría que preocuparse? El carruaje que Alec había rentado los esperaba bajo el enorme cartel que anunciaba el astillero, cerca de los palos desnudos del clíper. Los trabajadores se detuvieron, para mirar a Genny y al barón. Ella se dio cuenta y en consecuencia, alzó el mentón. Subió al vehículo sin permitir a Alec que la ayudara. Esperó, enojada y tensa, mientras él le indicaba al cochero que se dirigiera a la tienda de madame Solange, en la esquina de Pratt y Smith.

-Pregunté -dijo Alec antes que ella le hiciera la pregunta-. Así me enteré.

-¿Por qué?

-Dios sabe que no quiero ser responsable de esas compras espantosas que tú haces. Madame Solange tiene una excelente respetabilidad y reputación, tanto por sus diseños como por la selección de los materiales. Yo sólo tengo sentido del estilo, como dijo tu padre. Todo lo que te pido a ti es un poquito de cooperación. Y dinero, por supuesto.

-Jamás antes he estado con un hombre...

-¿Todavía eres virgen? ¿A los veintitrés? Dios, ¿nunca te zambulliste, eh? A la aventura, digo.

Genny lo miró fríamente.

-Sólo para ir a la costurera.

-Primera vez para todo. Incluso para estar con un hombre.

-Ojalá que se te pudra la lengua, barón.

-No desees eso, Genny. Con mi lengua podría hacerte cosas maravillosas.

-¿Debo entender que esta es la noción que tiene un inglés de lo que es cortejar a una dama?

Alec pareció considerar lo por un momento.

-No, supongo que es demasiado ultrajante para ser un cortejo formal, como debe ser, según nuestro estilo inglés.

-¿Serás así de ultrajante con Laura Salmon?

-¡Qué nombre extraño es ese! Tengo entendido que su esposo era un comerciante muy viejo y muy rico.

-No me contestaste.

-Estoy entrenándome para ser abogado defensor. ¿Qué te parece?

Genny quiso darle un puntapié.

-Probablemente, Laura me desnudará antes de darme oportunidad de hablar.

-Engreído, ¿eh?

-¿Por qué no vienes a observar?

-Oh, Dios, estás pidiéndome que te liquide, ¿no? ¿Con una pistola? ¿Con un espadín?

-Ah, por fin ha llegado usted, señor Eugene. Venga. Vamos a cambiar esos pantalones que usa por una linda blusa con enaguas. ¿Le gustaría que yo los escoja por usted?

Si las miradas hubieran podido asesinar, Alec habría caído muerto a sus pies en ese preciso instante. Genny bajó la vista y advirtió que tenía botas puestas. Alec también observó lo mismo, meneó la cabeza y se echó a reír.

-Una blusa muy coqueta, llena de encajes, que armonizarían perfectamente con esas botas. ¡Qué interesante te verías!

-¡Me quitaré estas malditas botas!

-¿Y la blusa?

-¡Vete al infierno, barón!

8

La expedición de compras fue bastante bien cuando Genny logró recuperarse de su enojo. Permaneció entonces distante y a la defensiva, aunque Alec tampoco se mantuvo imperturbable. Se la imaginó con aquella seda amarilla clarita que él había escogido para ella y sonrió. Pensó en su broma y sonrió aun más todavía.

-Considéralo como un camisón, Genny. Piensa. Tus cabellos renegridos, sueltos, envolviendo una blanca almohada de seda, con tus senos y caderas enmarcados en la suavidad de esta seda. Qué imagen tan agradable, ¿no crees? -y Genny, avergonzada y furiosa, le murmuró entre dientes.

-¡Yo sólo uso camisones negros y de algodón! ¡Por otra parte, me cubren desde el cuello hasta la punta de los pies!

Y él le contestó:

-¿Eres una bruja virgen? No, no lo creo. Eres una norteamericanita virgen y en consecuencia, mi querida, usas prendas sólo blancas, de cuello alto, sí, pero blancas y hasta los pies, sí, pero blancas.

Alec sonrió otra vez y Laura Salmon, que no era de sorprenderse, pensó que la sonrisa estaba destinada a ella.

-¿En qué estás pensando, Alec?

-Ah, soy un hombre simple, de pensamientos simples -dijo, y aunque sabía que eso era cierto, ignoraba por qué Genny, el señor Eugene, era el motivo principal de sus pensamientos. Luego agregó-: La cena estuvo magnífica. La verdad es que las chuletas de ternera, con esa salsa tan liviana, me resultaron muy sabrosas.

-Se lo comunicaré a mi *chef* -dijo Laura, feliz de haber recordado la palabra "chef' y no "cocinero". Después de todo, Alec era un aristócrata inglés, indudablemente habituado a los *chefs* franceses más que a los cocineros-. Jamás estuve en Inglaterra -dijo ella después de un momento.

-La sociedad londinense le daría una calurosa bienvenida.

-¿De verdad lo cree así? ¿Yo, una provinciana, con un acento llamativo? Sabe, es muy sureño.

Alec pensó brevemente en Oleah y sonrió.

-¿Acaso se olvida que los provincianos, como usted dice, derrotaron a los británicos hace menos de cinco años?

-Sí, pero la guerra nada tiene que ver con la sociedad.

-Quizá no.

-¿Gusta algunos pastelillos de ostra?

Un afrodisíaco, pensó Alec, si su memoria no le fallaba. Debió haberle dicho que él no necesitaba nada para excitarse como un padrillo. Bueno, sólo tendría que demostrárselo.

-No, gracias, Laura.

-¿Algunas tarteletas de ciruela damascena? ¿Sabe? Son inglesas.

-Sí, lo sé y no, gracias. Estoy más que satisfecho.

-¿Desea que me retire para poder beber una copita de oporto o fumar tal vez un habano?

Alec le sonrió vagamente, consciente del devastador efecto que produciría en ella su gesto y dejó que sus ojos recorrieran el prominente busto de Laura. Realmente era hermosa. Alec se preguntaba si sería buena como amante. Por su experiencia, sabía que las mujeres bellas eran egoístas, realmente egoístas. Para nada buenas en la cama; de hecho, muy frías. Bueno, ya se enteraría muy pronto.

-Lo que sí me gustaría -dijo él con toda franqueza y mirando fijamente cómo latía el pulso de la mujer en el cuello- es arrancarte ese vestido hasta la cintura y besarte los pechos.

Laura tragó saliva. Sentía que una ola de placer la invadía.

-¿Sí?

Alec se levantó de su silla.

-¿Qué tal si te lo demuestro?

Le tomó la mano y la condujo hacia las estrechas escaleras. A Laura le temblaba la mano y eso lo satisfizo. Alec se detuvo y la besó. Ella tenía una boca muy suave, que se abrió de inmediato para recibirlo. Era experimentada. Excelente.

Alec la miró por un momento y luego le tomó el seno izquierdo. Sintió que el ritmo cardíaco se le aceleraba. Volvió a besarla al tiempo que le acariciaba el pezón a través del género del vestido.

Después, Alec se echó hacia atrás, le tomó la mano otra vez y siguieron subiendo las escaleras.

El cuarto de Laura era amplio, con cielos rasos anchos y ventanas muy grandes en la pared que daba al este. En la chimenea ardía un fuego indolente. Los muebles, eran clásicos, con una cama alta, rodeada por un tul blanco con volados. El cubrecama era de fondo blanco, floreado en rosa y verde con diseños circulares. Las paredes estaban empapeladas con los mismos colores y los mismos diseños. Era un cuarto muy femenino, de muy buen gusto. Alec pensó cómo sería la habitación de Genny. Probablemente, una celda de monja pensó, y resopló.

-Alec.

Regresó sus pensamientos a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Se le acercó y la besó nuevamente, sintiendo que ella también se recostaba contra él. Cuánto haría que no estaba con un hombre, pensó Alec. Y cuando recordó al pobre Oliver Gwenn, concluyó que aunque hubiera estado con él sólo la noche anterior, no podría haberla satisfecho. El sí lo haría.

Mientras la besaba, sus dedos se afanaban en desabrochar los ganchos que tenía en la parte posterior del vestido. Terminada la tarea, bajó la prenda hasta la cintura y se echó hacia atrás para contemplarla.

-Un encanto -comentó él, con los ojos fijos en los senos-. Generosos, blancos y con los pezones oscuros, tal como esperaba. -Alec ahuecó las manos.- Perfectos para mis manos.

La estrechó en sus brazos y mordisqueó el lóbulo de su oreja.

Fue la sombra inesperada, el intercambio de luz y penumbras, lo que atrajo la atención del caballero. Siguió besándola, pero tenía la vista fija en los paneles de la ventana. Otro movimiento. La sombra se agitaba. Era un rostro. Una nariz apretada contra el vidrio de la ventana.

Era Genny Paxton.

Al principio, Alec no podía comprender lo que estaba viendo. Una vez que lo entendió, se puso furioso, pero al instante, se sintió invadido por un irrefrenable deseo de reír hasta que le doliera el estómago. El se lo había dicho, la había desafiado a ir allí para observar.

Y bueno, ella había ido.

Pero, ¿Cómo se sostenía allí afuera?

Maldita pilluela. Le daría una lección que no olvidaría tan pronto. Virgencita insistente. Suavemente, condujo a Laura hacia la ventana. La estrechó con todas sus fuerzas y giró de manera tal que el perfil de ambos quedara frente a la ventana. Luego la inclinó hacia atrás y empezó a acariciarle los senos.

Genny miró y tragó saliva. Se sintió terriblemente avergonzada y a la vez, ardiente y tensa, muy, muy extraña. Alec tenía manos grandes, con dedos finos y bronceados, bien formados, como el resto de su cuerpo. Ella quería que le tocara los senos. Quería que se agachara para succionar el pezón de Laura. Oyó gemir a la mujer. El imaginarlo acariciándola, llevándosela a la boca... Su propia respiración se tornó más rápida.

Qué horrible. Nunca debió haber ido allí. Miró el suelo que tenía a unos seis metros debajo suyo. Tenía una posición bastante precaria. Había subido allí trepando por las ramas de un delgado arce y en ese momento, su vida pendía de una saliente de unos escasos diez centímetros. Volvió a mirar a la pareja.

Vio la mano de Laura, blanca y pequeña, acariciar el pecho de Alec, para descender luego, más y más, hasta llegar al miembro que Genny veía abultarse debajo de los pantalones.

Otra vez tragó saliva. Oh, Dios. ¿Qué estaba haciendo allí? Parecía una mirona. ¡Qué asco! Sí, era una lasciva mirona observando a una pareja haciendo el amor.

Alec acariciaba los pechos de Laura, haciéndola gritar de placer. Después le quitó el vestido y Genny vio los muslos de Laura, cubiertos con medias.

Era demasiado. Se había convertido en un despojo de ser humano, en una mujer débil, celosa y tonta, que acababa de recibir su merecido. De repente, se tiró hacia atrás cuando Alec la miró. Estaba evidentemente furioso.

Para esquivar esa mirada, supo que la caída era inminente. Y se cayó. Se aferró de una ramita del arce debilucho, que se dobló hacia abajo al no poder soportar el peso de su cuerpo. Después, se cortó, a unos dos metros del suelo. Genny aterrizó justo sobre un lecho de flores y se golpeó la cabeza con un borde de ladrillos. Pensó que, de no haber sido por aquella ramita, se habría quebrado una pierna. En cambio, se rompió la cabeza. Se echó hacia atrás y todo a su alrededor se puso negro.

Abrió los ojos y no se movió por unos minutos. Luego, lenta, muy lentamente, alzó la mano para llevársela a la cabeza. Le dolía mucho, pero no era tan grave. Miró hacia arriba. Desde las ventanas se veía luz. Quizá se había equivocado. A lo mejor, sólo imaginó que Alec la había visto. ¿Cuánto tiempo habría estado inconsciente? ¿Cinco minutos? ¿Una hora? Cualquiera hubiese sido ese lapso, fue demasiado prolongado. Tenía que salir de allí sin pérdida de tiempo, antes de que Alec saliera y la viera tendida allí, como una tonta, en el jardín de prímulas de Laura Salmon.

Sentía que detrás de la rodilla, se le clavaban las espinas de un rosal solitario que estaba allí. Se quedó acostada ahí un momento más, preguntándose si estaría muerta. Se enfadó consigo: por no estar lo en realidad. Cuando trató de levantarse, se volvió a caer.

Rodó sobre un costado y se hincó. Un agudo dolor afectó su tobillo y se cayó otra vez hacia un lado. Tenía suciedad y hojas secas adheridas a su ropa de hombre. Quiso llorar, pero de inmediato recordó que no debía ser una mujer idiota. Por voluntad propia había ido a esa casa. También por voluntad propia se había trepado a ese estúpido árbol para observar a Alec besando a Laura y sus espantosos senos de mujer. Era demasiado. Genny trató de pararse otra vez. Desgraciadamente, no había nada que pudiera hacer para enderezarse y cayó ignominiosamente otra vez.

Genny no supo cuánto tiempo pasó. Tiempo suficiente para que los americanos derrotaran otra vez a los ingleses.

Quizá más. Por favor, Dios, imploró, no permitas que Alec salga. Siguió rezando, prometiendo una vida de rectitud y buenos comportamientos. Hasta dijo que no le importaba tener el tobillo roto con tal que Alec no saliera y la encontrara allí.

-Vaya... ¿Qué tenemos aquí? ¿Una vagabunda? Una tonta, por lo menos.

No hubo respuestas a tan ferviente súplica. Tampoco tenía sentido su vida de rectitud.

-Es asombroso ver, mientras estás besando los exquisitos senos de una mujer, a otra, que te mira desde una ventana, con la nariz aplastada contra el vidrio. Más que asombroso, es increíble, diría yo.

Genny no lo miró. Sólo estudió sus botas, sin decir ni media palabra. Aparentemente, no parecía muy enojado. Más bien, divertido. Genny no supo qué era peor.

-Bueno, ¿Por qué no dices algo? ¿Por qué no te levantas?¿Te caíste de tu ilícito mirador?

-Sí, me caí. Me golpeé la cabeza y me disloqué un tobillo.

-Bueno, te lo tienes merecido, aunque dudo que nada inteligente o sensato pueda ocurrirle a esa loca cabecita tuya. Créeme que me encantaría dejarte aquí, pero como mañana tengo que hacer negocios con tu padre, no me gustaría que él tuviera que interrumpirlos por que lo llamen para ir a buscar a su molesta hija al jardín de Laura Salmon.

-¡Vete! Me preguntaba si me habrías visto en la ventana... ¡Y me viste! Sabías que me había caído y aun así seguiste... bueno, besándola... y te tomaste un buen rato. Yo podría estar muerta si fuera por ti.

-¿Crees que con otros cinco minutos te hubiera bastado para lograr tus objetivos?

-Vete. -Genny trató de pararse. Cayó contra un costado de la casa de Laura. Alec sólo la miró, frotándose el mentón con los dedos.

-Es un comienzo. A este paso, llegarás a tu casa mañana por la mañana. -De modo que ella creía que él se había quedado allí arriba, haciéndole el amor a Laura antes de bajar a comprobar si estaba o no muerta.

-¡Oh, sólo cállate!

-Ah, de modo que ahora el culpable soy yo. El hombre miserable, que no ha hecho otra cosa más que...

-¡Yo estaba tendida aquí en el suelo, probablemente muerta, y tú estabas allí arriba, muy entretenido, haciéndole el amor a esa mujer!

-Baja la voz, o esa mujer podría dispararnos por invadir su propiedad privada, o arrojarnos un balde de agua.

Genny se mordió el labio. Le dolía el tobillo y también la cabeza. Estaba tan avergonzada que no se olvidaría de ello en diez años. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para ir allí a espiarlo?

-Está bien. Digámoslo como a ti te guste. Soy un miserable ser humano. Y tengo frío.

Alec escuchó el murmullo de Genny pero no pudo averiguar qué era lo que decía. Entonces preguntó:

-¿Cuánto tiempo estuviste inconsciente?

-No lo sé. El suficiente como para permitirte que hicieras lo que querías allí arriba.

Alec pudo haber corregido su insultante mala interpretación de los hechos, pero no lo hizo. Optó por dejarla creer que le había hecho el amor a Laura Salmon. Y diez veces, antes de bajar a como probar si estaba viva o muerta. Había abandonado a Laura casi de inmediato, aterrado por la probable muerte de Genny, aunque sus dedos se morían de ganas por llegar a su cuello. Tanto él como Laura se habían quedado muy frustrados y esta última, terriblemente desconcertada, por no saber qué le habría sucedido a su nuevo amante. Simplemente, le dijo que debía regresar con urgencia a su barco, pues había olvidado algo extremadamente importante.

-Me produciría un gran placer dejarte aquí para que te recoja el demonio, pero supongo que es de caballero aguardar a que tengas la posibilidad de estar en condiciones para pelear.

Genny no dijo nada.

La luz del cuarto de Laura se apagó.

-Pero hablando seriamente, Genny, en este momento no me siento para nada caballero. En realidad, nunca me siento un caballero cuando de ti se trata. Cuando estés bien, te azotaré tanto el trasero que te quedará tan colorado como los tomates de Baltimore.

-Inténtalo y te patearé las...

Alec levantó la mano para callarla.

-Basta, señor Eugene. Ahora, larguémonos de aquí antes de que Laura nos oiga o que alguien pase.

-Si sólo me ayudas a llegar a casa, yo...

-No seas más tonta de lo que eres.

Alec la levantó en brazos. Genny se tensó, pues nunca antes la había levantado ningún otro hombre. Pero al instante se relajó. Era alarmante, pero a la vez, muy interesante. Alec era fuerte, muy fuerte, y ella, como sin quererlo, le rodeó el cuello con los brazos. Tenía una fragancia maravillosa. Sándalo, pensó Genny, pero no estaba segura.

-¿Me llevas a casa, Alec?

-No.

-¿Adónde, entonces?

-A la *Bailarina Nocturna.* Está en el amarradero O'Donnell.

-¿Por qué?

-Porque antes de depositarte en el umbral de tu casa quiero asegurarme que no te has roto ni el tobillo ni la cabeza.

-Pues no me he roto nada.

-Shh, Genny.

Y se había roto algo.

El tiempo de Baltimore también cooperaba. Estaba oscuro y las nubes cubrían parte de la media luna. Pero, al menos, no llovía. Pasaron marineros, algunos de ellos ebrios, otros a punto de pelearse y el resto, simplemente paseando.

Genny alzó la vista para ver que Alec tomaba en dirección al amarradero O'Donnell. La proa de un bergantín se extendía a lo alto de Pratt Street. Caminó por la pasarela de desembarco y habló en voz baja al hombre que estaba de guardia. Genny ni se movió. Miró hacia adelante, pero sin ver nada.

Aunque no por mucho tiempo. Quería ver el barco de Alec y lo hizo. Levantó la cabeza y miró los sorprendidos ojos de un jovencito que no podía tener más de quince años.

-Pippin -dijo Alec a su ayudante-. Buenas noches. Como verás, tengo una huésped. Asegúrate de que nadie nos moleste.

-Sí, capitán.

Era difícil pasar por la escotilla, pero Alec lo logró, golpeándose la cabeza sólo una vez, y el codo de Genny, dos.

-Por tus palabras, yo bien podría haber sido una vagabunda que tú habías traído para... bueno, para hacer cosas.

Alec se echó a reír.

-Ni remotamente pareces una vagabunda. Si Pippin no me conociera tan bien como me conoce, habría creído que soy un pederasta, pues estás vestida como un hombre, Genny, desde los pies hasta tu espantoso gorro de lana.

-Oh.

-Que el buen Señor me salve de las mujeres ilógicas. -Hizo una pausa y luego agregó.- Por Dios, no había estado tan redundante en meses.

Genny castañeteó los dientes.

Al inhalar profundamente, Genny pensó que el barco olía muy bien. Cuando Alec abrió de un puntapié la puerta de la cabina, la intensa fragancia a sándalo se hizo más perceptible. Él entró al recinto y cerró la puerta.

-Es hermoso.

-Sí, gracias, señora. -La tendió sobre su ancha litera. Inmediatamente, Genny trató de sentarse pero él la empujó hacia atrás. -Quédate acostada y quieta. Quiero ver tu tobillo. En realidad, no quiero, pero no me queda alternativa.

-Podrías ser amable.

-Te equivocas, pues estoy siendo tan amable que hasta a mí mismo me llama la atención. Quédate quieta.

Genny cerró la boca y luego los ojos. Alec le levantó la pierna derecha. Ella se retorció y gritó.

-Lo siento. Tengo que sacarte la bota. Aguanta.

Genny cerró los puños con fuerza a los lados de su cuerpo, pero no dijo ni una palabra. Alec le quitó la bota y la arrojó al piso. La miró y se dio cuenta de que estaba muy pálida. Se ablandó. No quería, pero aparentemente, no había alternativa. Se sentó a su lado y le dijo con dulzura:

-Lamento lastimarte, Genny. Ya está.

-Está bien.

-Mentirosa. -Sintió que Alec le acariciaba la mejilla. Luego el colchón se movió cuando Alec lo hizo. Le quitó el calcetín de lana.- Como estás usando botas de hombre, no me sorprende que tu pie tenga el mismo olor que el de un hombre.

-¿Qué significa eso? -Genny abrió los ojos y lo vio sonriente.

-Dame un momento para encontrar algo que sea bien repugnante. -Lo oyó inhalar profundamente.- Vaya trabajo el que hiciste con tu tobillo. Está tan hinchado como un melón maduro. -Alec apenas lo tocó, pero Genny exhaló sonoramente entre dientes.

-Lo siento. -Se puso de pie.

-Quédate quieta. Voy a buscar un poco de agua fría. Necesitamos hacerte unos baños y luego te vendaré para que te puedas ir a tu casa.

Cuando Alec se fue, Genny se incorporó sobre los codos. Aquel ambiente era muy masculino, para su agrado, con libros e instrumentos náuticos, una pila de papeles sobre el escritorio, todo ordenado. Vio una puerta que debería conducir a la cabina contigua y se preguntó qué habría allí. Se miró el tobillo e hizo una mueca.

-Soy un desastre -dijo en voz alta.

-Es cierto, pero, ¿qué puedes esperar? Decides aprender una lección y entonces te trepas por un costado de la casa de Laura Salmon para poder espiar su habitación. Me observas a mí, Genny, y eso no me gusta. ¿Cómo te sentirías si alguien, varón o mujer, nos observara a nosotros haciendo el amor?

-¡Qué absurdo!

-¿Qué?

-Tú y yo... haciendo... Es una locura.

-¿De veras lo crees? No, no me lo contestes. -Escurrió una toalla y le envolvió el tobillo con ella. Genny no pudo distinguir qué la hacía sufrir más, si su tobillo hinchado o el frío de la toalla. Cuando se le entumeció la zona afectada, fue maravilloso.

-Quédate quieta. Haremos estos baños durante quince minutos aproximadamente. Después te vendaré y te llevaré a tu casa. Desgraciadamente, mi médico de a bordo ha salido. Graf Pruitt estará escoltando a una muy malhumorada dama por las calles de Baltimore.

-¿Dónde conoció a esa malhumorada dama?

-Hace mucho que se conocen. Al igual que Laura Salmon, ha recibido la bendición de un nombre que llama la atención: Swindel. ¿Quieres un poco de brandy? No importa. No contestes. Te serviré de todos modos.

Genny bebió el brandy. Le pareció suave, con un gusto muy francés. Se sintió abrigada por dentro. Bebió tres largos sorbos y Alec le sonrió.

-¿Por qué me miras con esa sonrisita sobradora?

-Por ti. Te has tragado ese brandy con tantas ganas que apuesto a que ya no te duele nada.

-No, ya no -confesó ella, y era cierto.

-Aguanta -le dijo. Le quitó la toalla y le puso otra, más fría y más mojada. Ella suspiró pero no dijo nada.

Genny lo observó acercar la silla del escritorio al lado de la litera. Alec se sentó y cruzó sus tobillos. También los brazos sobre el pecho, y observó a Genny beber más brandy, mucho más brandy. Ella lo miró y le sonrió.

-¿De verdad le hiciste el amor?

-Ya te dije que sí. Me agotó. Es bastante buena y muy, pero muy cariñosa.

-Yo también soy cariñosa.

Alec no podía creer que aquellas palabras hubieran salido de la boca de la señorita Eugenia. No de la Eugenia que tanto odiaba a los hombres. Qué interesante. Alec sabía que era natural en él presionar más allá de los límites, tanto de la gente como de la naturaleza. Después de todo, lo peor que podía hacerle era arrojar una toalla mojada por la cabeza.

-¿A qué te refieres con eso de que también eres cariñosa?

-Quiero decir que vivo para amar y ser amada. ¿Y tú?

-Sí, particularmente, por una mujer hermosa.

-No es eso exactamente lo que quise decir, pero por ahora nos conformaremos con eso porque...

-Ya lo sé. Porque yo soy un hombre y no puedo entender realmente estas gradaciones sentimentales difusas que ustedes, las mujeres, experimentan.

-Correcto. Además, eres odioso y arrogante...

-Bueno, suficiente para ti. Estuve sentado aquí, preguntándome qué haría para castigarte. Y se me acaba de ocurrir una idea.

-¿Qué se te ocurrió?

-Eres una virgen de veintitrés años. Una virgen bastante... añosa.

Genny entrecerró los ojos, pero mantuvo la boca cerrada, pues se negó a inmiscuirse en una riña que sabía que perdería antes de empezar.

-¿Alguna vez tuviste un clímax, Genny?

Se quedó boquiabierta. Una respuesta maravillosa y muy honesta, aun sin pronunciar una palabra.

-Un clímax, mi querida muchacha, es probablemente una serie de los sentimientos más fenomenales que un ser humano puede experimentar. Entonces, ¿nunca tuviste la oportunidad de gozar de un orgasmo?

-Quiero irme a mi casa ahora.

-Oh, no, Genny. Ya he decidido cuál será tu castigo. Y también te encantará. Puedes decirme mago, magnífico, u hombre con el corazón de oro.

-Quiero irme a casa. -Se sentó y se arrancó la toalla. Alec, con la misma rapidez, cogió la toalla y la arrojó dentro del balde con agua fría. Se sentó a su lado y le puso las manos sobre los hombros para mantenerla allí.

-¿Te gustaría saber qué voy a hacerte, Eugenia Paxton?

-No, no serías capaz de hacerlo.

-¿De hacer qué?

-Lo que estás pensando. Todo este asunto del clímax. No serías capaz.

-Genny, ¿por qué fuiste a casa de Laura? ¿Por qué te trepaste al árbol del costado para aplastar la nariz contra la ventana y espiar me?

Silencio.

-¿Querías recibir una lección?

Ni siquiera un esbozo de sonido.

-Querías saber qué le haría yo a una mujer, ¿verdad? Bueno, tengo intenciones de educarte un poco, ya mismo.

Los hermosísimos ojos verdes de Genny se quedaron sin expresión.

-No -dijo.

-Lo disfrutarás, te lo prometo. ¿No estás cansada de ser una virgen de veintitrés años?

-¡No quiero que me toque ningún hombre!

-Pero yo no soy un hombre cualquiera. Soy el hombre a quien tú seguiste, el primero que te hará sentir el placer femenino.

-No puedes.

-¿Que no puedo?

-No existe. Nada así puede existir. ¡Es algo que ustedes, los asquerosos hombres, inventaron para que las mujeres nos arrastremos a sus camas!

Alec rió.

-Eres perversa, Genny. Más tarde veré cómo tendrás que tragarte esas tontas palabras. Ah, como ya le hice el amor a Laura, no necesitas preocuparte por el hecho de que vaya a atacarte de la misma forma. Al menos técnicamente, seguirás siendo una virgen de veintitrés años. -Qué pena, pensó él al decirlo. Pues, de verdad, quería poner punto final a esa virginidad. Quería penetrarla, sentirla a su alrededor, observarla cuando abriera desmesuradamente los ojos cada vez que incursionara más y más profundamente. Quería sentirla estremecerse, escucharla gritar cuando la tocara con los dedos, con la boca...

-¿De qué forma?

-¿De qué forma, qué? Ah... no tienes que preocuparte porque penetre en ti. Un hombre necesita un tiempo de recuperación, para adaptar a su cuerpo para que esté tan virtuoso como su espíritu, tiempo para...

-No quiero hacer eso.

-¿Hacer qué? No tiene sentido.

-Que me toques. Me quiero ir.

-Estás tan achispada, que probablemente te caerías en el Patapsco. No, te quedarás precisamente aquí y disfrutarás. Pero también recuerda, Genny, que este es tu castigo por tu desfachatez.

-¡Lo que estás planeando es todavía mucho más desfachatado y yo no lo soportaré, Alec! ¡No lo haré!

Él le apretó aun más los hombros, inclinó la cabeza y la besó. Suave, delicadamente, saboreando los apretados labios de la muchacha. Ella luchó por liberarse, pero fue en vano, simplemente, porque él era demasiado fuerte. La besó y la besó. Francamente, ni él podía creerlo. Al principio estuvo a punto de echarse atrás, pero no pudo. Había besado a muchas

mujeres en su vida y en ese momento, estaba besando a Genny. Le encantaba y quería seguir haciéndolo indefinidamente. Ese deseo lo atemorizó. Pero no se detuvo. No estaba dispuesto a detenerse.

Cuando finalmente levantó la cabeza y la miró a los ojos, descubrió que, obviamente, estaba tan emocionada como él. Tenía la mirada perdida, algo sorprendida y emitió un sonido apenas perceptible con su voz. No obstante, Alec lo interpretó y volvió a besarla.

Al minuto siguiente, Genny le golpeó los hombros con los puños. Si bien no le produjo dolor, lo trajo a la realidad.

-¡Quiero irme a casa!

-No irás a ninguna parte, de modo, que cállate. Si estabas disfrutando de los besos tanto como yo, ¿Qué te ha sucedido? Sólo te haré gozar más.

-No seré tu puta de turno.

-Claro que no. No tienes ni el talento ni la habilidad para serlo. Ni siquiera podrías fingir serlo en un escenario. Cuando termine con usted, señor Eugene, te preguntarás por qué se te habrá ocurrido imitar a los hombres y adorarás tu condición de mujer. Probablemente, quemarás todos tus pantalones...

-¿Y te suplicaré que me conviertas en tu amante? ¿Te rogaré que me hagas el amor? Te odio, Alec Carrick. Eres arrogante y cruel...

-¡Por lo menos no ando persiguiendo a la gente por allí, para espiarla en la actividad más privada y personal de la naturaleza! ¡Basta!

Ahora Alec estaba enfadado, por cuanto, al besarla, se puso rudo, exigente, la obligó a abrir la boca. Le dijo en el interior de la de ella:

-Trata de morderme y verás qué te sucederá, mi querida.

En realidad, la sensación que produjo en todo el cuerpo de Genny el contacto de la lengua de Alec con la suya fue tal, que a la joven ni remotamente se le habría ocurrido morderlo. Pero ya que él lo había sugerido, en nombre de su honor, Genny lo mordió. Y con ganas.

Alec se echó hacia atrás violentamente, con el rostro colorado por el deseo y la ira. Era una combinación que jamás había experimentado antes.

-Oh, Genny, haré que lamentes terriblemente lo que acabas de hacerme.

-Quiero irme a mi casa ahora, Alec.

-Te sugiero que te quedes quieta o terminarás llegando a tu casa con toda la ropa rasgada. -Con toda tranquilidad, Alec comenzó a desabrocharle la camisa.

-¡No!

-Si me obligas, te ataré, Genny. Y te haré tomar más brandy.

-No, no lo harás. No te lo permitiré. Te arrancaré la cara...

Alec se quitó abruptamente la corbata y la utilizó para atarle las manos. Luego se las pasó por encima de la cabeza.

-¡No!

Ató el otro extremo de la corbata a la cabecera de la litera.

-Bueno, ya es suficiente. Castigo y educación. Pierdes y ganas, Genny. Piénsalo de ese modo. También piensa que el hombre domina a la mujer, como debe ser. Piensa en mí como la persona que te hará subordinarte, que te hará desear sentir pasión a mi merced. Piensa en eso todo el tiempo, cuando te deje tan desnuda como el día en que llegaste a Baltimore.

-¡No nací en Baltimore!

Alec rió. Genny seguía forcejeando mientras él buscaba la bragueta de sus pantalones. Quiso apartarse de él, pero en vano.

-¿Y dónde naciste? ¿En el infierno? ¿Satanás se puso pálido no bien te vio?

Le bajó los pantalones hasta las rodillas.

9

-No -dijo él lentamente, contemplándola-. Satanás no te habría echado a patadas. Eres una verdadera sorpresa, Eugenia Paxton. Sí, inesperada.

Alec le sostenía ambas piernas con el brazo derecho mientras observaba su blanquísimo abdomen y el suave vello color avellana que delineaba su pubis de mujer. Alec levantó su mano izquierda y la dejó suspendida en el aire. Sabía que Genny estaba mirando esa mano, por lo que comenzó a bajarla lentamente, muy lentamente. La muchacha no había emitido ni medio sonido desde que Alec le bajara los pantalones.

Alec no la miraba a los ojos, pues estaba concentrado en su hermoso cuerpo femenino. La tocó suavemente con los dedos y luego acarició el chato vientre.

-Muy bello, Genny. Realmente, muy bello. -y esas palabras no describían fielmente la imagen que tenía ante sí, pensó Alec. Sin agregar ni una sola palabra más, terminó de bajarle los pantalones y las bragas hasta los pies, para extraerlos y arrojarlos al piso.

-Ahora el resto. Hmmm. Tendré que prestarte una de mis camisas.

Prolijamente, le quitó la camisa e hizo lo propio con la camiseta de linón que llevaba debajo de esta. Terminada la tarea, se echó hacia atrás para poder analizar la figura enteramente, desde la cabeza a los pies.

Alec se sentía extraño. No recordaba haber experimentado semejante respuesta en su vida sexual de adulto. Genny sólo era una mujer y no extremadamente hermosa. Pero ese cuerpo tan blanco, sus senos voluptuosos y las piernas largas, delgadas pero fibrosas... Se estremeció. Deseaba tocarla, saborear cada centímetro de su piel. Tuvo el impulso de quitarse la ropa y penetrar en ella profundamente, para decirle que... ¿Decirle qué, por el amor de Dios?

En ese preciso instante, Genny entró en acción. Elevó las caderas y, clavando los talones en la litera, jaló con todas sus fuerzas de la corbata que mantenía atadas sus muñecas. Tironeaba con alma y vida.

Pero no le sirvió para nada. Vociferó unos cuantos improperios, con gran fluidez y después siguió forcejeando.

-Soy marinero, Genny. Sé hacer buenos nudos.

-¡Suéltame, Alec Carrick! No voy a quedarme aquí acostada mientras tú me miras y te ríes de mí y...!

-¿Me escuchaste reír?

-Pero lo harás, porque me parezco a un hombre y soy flaca, horrible y...

-¿Que pareces qué? Genny, si tú te pareces a un hombre, desde ahora mismo me declaro homosexual. -Alec levantó la mano que tenía apoyada en el abdomen de la muchacha para tomarle con ella un seno.- ¿Te consideras flaca? Tus pechos... bueno, yo tengo manos bastante grandes y no... Genny, no eres flaca.

Genny tenía una piel increíblemente blanca y suave. Los pezones de un rosa muy pálido, tenían la tersura del terciopelo y... Alec experimentó un momento de culpabilidad y algo más. Era eso. No estaba terriblemente conforme consigo mismo y sorprendentemente, su disconformidad no obedecía a que había maniatado a una mujer y la había desnudado para hacerla gozar con sus caricias. Era porque en su momento había deseado a Laura, había querido tocarla, acariciarle los pechos y amarla ferozmente, hasta que vio a Genny en la ventana. Entonces, su deseo por Laura murió instantáneamente. No comprendió ese sentimiento y tampoco le agradó.

-¡Tampoco eres horrible! ¿Cómo se te ocurrió eso? ¿No tienes un espejo? Hasta los hombres usan espejos, sabes, de modo que no está mal que tú los uses para tus propósitos.

Genny tironeó nuevamente de los nudos que tenía en las muñecas.

-¡Sabes muy bien que si me comparas con las damas que frecuentas, parezco una pordiosera!

-Una pordiosera -repitió él con una sonrisa-. ¿Eso? Escucha las palabras de un viejo expedicionario, Genny: eres la mujer menos horrible que ataqué en mi vida.

Genny se tragó su vocabulario militar y después estalló:

-Te vi besando a Laura, tocándole los senos y acariciándola allí.

-Cierto. -¿Qué otra cosa podía decir? Genny no le creería si él le confesaba que no era lo mismo que tocarla a ella. No le creería. ¡Por Dios! Pero si ni él mismo lo creía a pesar de ser muy cierto.

Genny no sabía qué hacer. El brandy la había mareado un poco. No le permitía razonar con demasiada claridad aunque no al punto de no poder tomar conciencia de cada expresión de Alec, de cada caricia que le prodigaba con aquellos maravillosos dedos y... Tenía que detener eso. No podía aceptar con tanta tranquilidad que un hombre la tuviera atada, para mirarla y tocarla.

-Alec, por favor, déjame ir a mi casa ahora. Me arrepiento de haberlos espiado a ti y a Laura. De verdad. Te prometo que no volverá a ocurrir.

-Es demasiado tarde, Genny -dijo él, con una voz mucho más grave y ronca de lo habitual-. Es demasiado tarde para eso ahora. Te dije que no tomaría tu virginidad. Ese es un don que una mujer entrega a un hombre; no que el hombre toma de una mujer. Pero tengo toda la intención de que sientas el máximo placer que se puede experimentar.

-¡No! No quiero. ¡Es ridículo! No existe.

-Estúpida. Te haré salvaje, Genny y serás completamente mía, quedarás a mi merced.

-¡No quiero que me gobiernes ni con un maldito pulgar!

-Qué pena. -Le sonrió y, repentinamente, le quitó la gorra de lana, que lanzó por el aire y fue a dar con el resto de la ropa, que estaba en el piso. Extrajo las hebillas, una por una y luego le soltó el cabello, peinándolo con los dedos, hasta que cayó suavemente sobre la almohada.- Mucho mejor. Ahora nadie podría confundirte con un hombre.

-Por favor, desátame, Alec.

-Ni lo sueñe, señor Eugene. Hiciste lo imposible por degradarme. No, quiero que permanezcas así, para poder dispensarte todas mis atenciones sin temor a que destruyas mi masculinidad. -Mientras hablaba, deslizaba sus manos sobre los blancos pechos, acariciando los pezones hasta erectarlos y luego descendió por las costillas, deteniéndose para tomar le la cintura con ambas manos.

-No eres para nada flaca, mi querida -dijo él-. Ahora, déjame cambiar de posición un poquito. Quiero verte entera, Genny y la mejor postura es entre tus muslos.

Genny trató de luchar cuando escuchó esas palabras tan insolentes, pero no consiguió nada. Alec le abrió las piernas y se ubicó entre ellas.

-Ábrelas más -le ordenó él, mientras utilizaba sus propias piernas para abrir las de ella como quería. Genny flexionó las rodillas sobre las piernas de Alec.

Cerró los ojos. Qué experiencia desagradable. Nadie le había hecho antes semejante cosa. ¡Por supuesto que no, tonta! No podía evitar reprocharse. Levantó la mirada brevemente y vio que Alec la contemplaba detenidamente y ella estaba totalmente expuesta, cada centímetro de su piel. Alec era un salvaje, un bárbaro. Deberían expulsarlo de la sociedad aristocrática inglesa.

-Eres encantadora -le dijo y Genny sintió que sus dedos, cálidos y fuertes, la acariciaban con toda delicadeza, separándole las piernas lentamente. Sabía que la miraba-. Muy encantadora.

-Basta de hacer eso... ¡Deja de mirarme!

Alec levantó la cabeza.

-¿Por qué? Quería que abrieras las piernas para poder examinarte, por así decirlo. A todo hombre le gusta ver dónde va a meterse. Eventualmente, no esta noche. Quiero que eso quede perfectamente claro.

Genny soltó un alarido, no había otro modo de describir ese sonido y Alec sonrió al escucharlo. Estaba furiosa... excitada, si a Alec no le fallaba su experimentado ojo. Se sentía ambivalente por estar a su merced, circunstancia que Alec disfrutaba a más no poder. Con mucha suavidad, deslizó el dedo en el interior de la muchacha. La escuchó inhalar audiblemente y tensar los músculos alrededor de su dedo.

-Eres muy estrecha, Genny. Maravillosamente estrecha y ardiente y... -Sus palabras murieron.

Hundió más aun el dedo, pero con suma lentitud. No le dolía. Le resultaba tan increíblemente excitante que a Genny no se le ocurría ninguna otra cosa con la que comparar esa experiencia. Esperó, tensa, furiosa, excitada, con las caderas rígidas y su cuerpo ansioso... ansioso.

Alec cerró los ojos y su dedo finalmente chocó contra el himen de Genny. Apenas presionó, pero la delgada membrana opuso resistencia.

-Genny -dijo. Extrajo el dedo lentamente. Luego volvió a introducirlo, y ella gritó, alzando las caderas. Él sonrió y le miró el rostro. Sabía que estaba asombrada y eso lo excitó más de lo que imaginó. Asombrada y ahora decepcionada también, porque él se había detenido.

-Tu clase -dijo él. Bajó la cabeza. La buscó con los dedos entre la suavidad de sus vellos y cuando Genny sintió que la tocaba con la boca, casi se muere de sorpresa.

-¡No!

-Shhh -dijo él y su tibio aliento la hizo estremecer, agitarse ante aquellas increíbles sensaciones que antes le había provocado con el dedo. Pero eso era algo que ella jamás imaginó que un hombre y una mujer podían hacer juntos. Era personal. No: algo más que personal. Alec la besaba y la acariciaba en una parte de su cuerpo del que ella ni siquiera había tomado conciencia. Hasta el momento.

Oh, Dios, qué increíble. Genny sentía que las caderas se le elevaban para recibir la boca de Alec, quien deslizó ambas manos debajo de ellas para sostenerla mejor.

-Muy bello, Genny -dijo él y una vez más, la tibieza de su aliento le produjo un placer inconmensurable-. Sabes tan dulce, como toda tú, como una mujer debe saber.

Genny no sabía qué hacer. Sentía que estaba cediendo. Si debía ser enteramente honesta consigo misma, tenía que admitir que había cedido mucho antes, días atrás; el primer día en que puso los ojos en él. Experimentaba un placer latente, que la apresaba con todas las fuerzas del mundo, exactamente en el sitio donde él la besaba, donde la acariciaba, donde la succionaba. Sabía que estaba húmeda y ardiente. Si no hubiera estado tan ansiosa por gozar de algo que todavía no alcanzaba a imaginar, pero por lo que estaba dispuesta a matar con tal de obtenerlo, le habría ordenado que se detuviera en ese preciso instante. En cambio, gimió. Una y otra vez. Arqueó la espalda. Le temblaron las piernas y luego se tensaron.

-Bien, Genny -murmuró él, acariciándola ahora con los dedos-. Relájate, déjate llevar. Sólo presiónate contra mi boca. Sí, eso es. Sabes maravillosamente. Siento que tus piernas se tensan. Sólo un momento... ah, allí. ¿Te gusta eso?

Alec deslizó el dedo en el interior de la vagina otra vez y empujó hasta donde pudo.

Fue más que suficiente. La cabeza de Genny se desplomó sobre la almohada. Gritó, pues no pudo controlarse. Eran gritos desgarradores. Sus muslos se pusieron muy rígidos y experimentó un espasmo de tan inesperada magnitud que dudó de su capacidad para

sobrevivir a él. Sin embargo, no le importaba mucho. Sólo quería que esas increíbles sensaciones siguieran latiendo en su interior. Gritó una y otra vez.

Alec trató de permanecer indiferente a la situación. Ahora la tenía. Genny era de él, hacía lo que a él se le antojaba, estaba sometida a su voluntad. Sabía que hasta el día en que Genny muriera, recordaría que había sido él quien le había dado la oportunidad de gozar de semejante placer. Tampoco había dudas de que él también lo recordaría hasta el día de su juicio final. Pero eso no importaba. Genny era suya y él deseaba más que nada en el mundo, penetrar en ella, ya, en ese preciso instante, sentirla atraerlo hacia sí con todas sus fuerzas. Quería esparcir sus semillas en las profundidades de su ser.

La respiración de Alec iba irregularizándose cada vez más, a medida que los espasmos de Genny se aquietaban gradualmente. Extrajo lentamente el dedo y disminuyó la intensidad de sus besos. Finalmente, cuando advirtió que había vuelto a la calma, levantó la cabeza y la miró.

Ella lo miraba fijamente. En silencio, pero lo miraba. Parecía mareada y Alec le sonrió, aunque le dolía tener que sonreír cuando en realidad deseaba comportarse como un reverendo violador y penetrar en la mujer que acababa de complacer.

"Señor Eugene, me temo que acabo de ganarme una nueva esclava sexual." Le habría encantado ser así de pedante, tan arrogantemente indiferente, pero las palabras sólo quedaron en su mente.

-¿Estás bien, cariño? -le preguntó, en cambio.

Genny seguía clavándole la mirada, hasta que finalmente, casi en un murmullo, le dijo:

-No lo sé. Nada es como debería ser ahora o como lo fue. No lo sé.

-Sólo respira lenta, muy lentamente. Eso es. Tus senos no se elevan y descienden tan agitados ahora. Sí, el ritmo cardíaco disminuye. Lo siento. -Levantó la mano que tenía apoyada en su pecho.- ¿Mejor?

-No entiendo -dijo ella y sus ojos se veían muy grandes, llenos de confusión.

-Goce femenino, Genny. Acabas de tener tu primer orgasmo. Sexo, eso es todo. Has recibido una buena lección esta noche.

-No entiendo lo que pasa contigo. Tú no... Yo vi que Laura te tocaba debajo del vientre y que te crecía el... bueno y...

Oh, el dolor que esas palabras le produjeron en su virilidad. Meneó la cabeza, con la esperanza de sacudirse así el dolor.

-Todavía eres virgen. No te preocupes. Ese hombre místico con quien probablemente te casarás algún día, no se desilusionará contigo. Desgarrará tu himen con gratitud, no lo dudo.

-No.

-¿No, qué?

-Ningún hombre me hará eso jamás.

Alec suspiró.

-Tienes la costumbre de negarte tan positivamente a las cosas y con eso sólo me das más ganas de hacerlas. Te recomiendo, señorita Eugene, que no des respuestas tan definitivas respecto de tu himen.

-Has hecho lo que quisiste. Ahora, desátame.

Pero en cambio, Alec se le acercó y la besó otra vez. Genny saboreó el gusto de sí misma en los labios de aquel hombre.

-Abre la boca -le dijo él y ella obedeció. No se le ocurrió morderlo. Alec tenía un sabor estupendo. La hacía sentir de maravillas. Y otra vez, aquel deseo en su vientre.

-Oh -exclamó.

-¿Hmmm?

-Empieza otra vez.

Alec levantó la cabeza, le sonrió y le acarició el mentón.

-Una mujer insaciable. ¿Quieres que te complazca otra vez?

La respuesta fue una rápida negativa.

-Por supuesto que no. Sólo quiero que me desates.

-¿Sabes? Podríamos pasarnos el resto de la noche sólo experimentando. Podríamos averiguar cuántas veces tu cuerpo es capaz de estallar de placer. Hay tantas maneras de llegar al mismo destino, por así decirlo. ¿Quieres convertirte en científica conmigo, Genny? ¿Te gustaría ser mi propio experimento personal?

-No soy ninguna hembra depravada.

-No totalmente depravada, pero tienes mucha pasión, señorita Paxton y creo que me gustaría conocerla en todas sus facetas. La expresión de tu rostro en el momento del clímax... una bella mezcla de inocencia virginal y profunda lujuria. Debo decirte que calentó mi sangre cínica y experimentada.

-Déjame ir, Alec.

Alec suspiró.

-Quizás es lo que deba hacer. Pero la próxima vez quiero verte gozar reiteradamente.

-No habrá una próxima vez.

De pronto, Alec pareció implacable, duro, y ella se estremeció. Sin embargo, cuando habló su voz fue suave, casi divertida.

-¿Crees que no? Otra vez estás tan absolutamente segura. Necesitas conocerme, Genny, realmente tienes que llegar a conocerme bien. La próxima vez que te tome así, probablemente ni siquiera tenga necesidad de atarte. ¿Cómo tienes el tobillo? Menos hinchado, creo. -Apenas se lo rozó con el dedo y ella gimió.- Todavía sensible. Bueno, no es de sorprenderse, teniendo en cuenta que te caíste desde unos seis metros de altura. Si existiera la justicia divina en este mundo, te habrías roto en tres partes. Considérate afortunada, mi querida muchacha. Y más afortunada aun por el hecho de que no comenté tu insolencia con Laura. ¿Puedes imaginarte la historia que, desde ahora mismo, estaría desparramando por todo Baltimore? Por Dios, se escapa a todo cálculo.

Aquella fue una dificultad inesperada y Genny supo que Alec tenía mucha razón.

-¿Harás algún comentario?

Alec le obsequió una de esas sonrisas tan *sexyes* y típicas en él, que le garantizaban la conquista de la mujer que se le antojara.

-Haré un trato contigo, señorita Paxton. Mantendré la boca cerrada totalmente, no contaré ni una sola palabra, ni a Laura, si aceptas convertirte en mi doncella. Inmediatamente. ¿Qué dices?

De haber tenido las muñecas libres, Genny le habría demostrado exactamente y con creces lo que opinaba al respecto. Tironeó sólo una vez de su atadura, aunque tan fuerte como pudo. Entre dientes, le dijo:

-Dijiste que no tenía la habilidad suficiente como para ser una de esas mujeres.

-Cierto. Debo admitir que estoy revaluando mi conclusión inicial. Pones tanta pasión, tanto entusiasmo. Es delicioso, sabes.

-Algún día, te haré lo mismo a ti.

Alec abrió más los ojos y su voz sonó sorprendida cuando le dijo:

-¿Lo prometes?

Genny tragó saliva. En ese momento se lo imaginó a él, acostado, con las manos atadas sobre la cabeza y ella encima de él, sacándole la ropa, mirándolo del mismo modo que él la había mirado a ella, estudiándolo, tocándolo. Sería algo extraordinario. Le habría gustado hacerlo precisamente ahora. Pero, Alec era un hombre y a ningún hombre le agradaba estar bajo el control de nadie, especialmente, bajo el de una mujer.

-¿No te importaría? ¿Te gustaría estar totalmente indefenso, atado, sabiendo que yo podría hacerte lo que se me antojara? ¡No digas que te agradaría, porque no te creo!

-Si te tuviera confianza, si supiera que te acercarías a mí con el mismo entusiasmo y eh... reverencia y respeto, como lo hice yo, entonces no me importaría en absoluto. Lo disfrutaría. Y ya sabes, por supuesto, que la única manera de ser muy habilidoso para hacer algo es practicarlo una y mil veces.

-Los hombres no confían en las mujeres.

-¿Un axioma? Por Dios, Genny. ¿Desde cuándo te dedicas a pintar a todos, al menos, a todos los hombres, con tu pincel viciado por tus veintitrés años?

-¡Ja! Hasta estás convencido de que cualquier hombre que se precie de tal, no haría negocios conmigo, aunque soy capaz de construir barcos excelentes, sólo porque soy una mujer, ¡lo que no tiene nada que ver con nada! Mi pincel no está para nada viciado. Ahora, ¿Tendrías la amabilidad de soltarme? Tengo frío.

Alec le dirigió una última y prolongada mirada, que comenzó en los dedos de los pies y terminó, una eternidad después, en las cejas de la joven.

-Está bien. -La desató, le bajó los brazos y le masajeó las muñecas. Luego la cubrió con una manta hasta la cintura. -Tus senos no tienen frío.

-¡No puedes saber eso! Sí tienen.

-Tus pezones están suaves y blandos. Si tuvieras frío en los pechos, se pondrían duros y... bueno, ya entiendes ahora. Tienes unos senos hermosos. Realzan mi conversación.

-Tu conversación es lasciva. -Violentamente tiró de la manta hasta que se tapó hasta el mentón. Alec pareció agraviado pero tolerante.

-Discúlpame, pero tus senos me resultan cualquier cosa menos lascivos. No puedes insultarte de ese modo, Genny.

- Ya me ha castigado lo suficiente, barón. Ahora quiero irme a mI casa.

Alec revoleó los ojos hacia el cielo.

-Le brindo placer a una mujer y ella lo califica de castigo. Elogio sus senos y me considera lascivo. Por mucho que un hombre trate, las mujeres siempre se quejan.

- Yo no estoy quejándome.

-No -dijo él lentamente y la miró cavilante-. Claro que no, ¿verdad?

Moses miró al barón y luego a la niñita que estaba a su lado, sosteniéndolo de la mano, quien parecía una réplica en miniatura de él.

-¡Señó'! Lord Sherard, pase, pase, señó', ah, sí y también la niñita que viene con usté', señó'.

-Buenos días, Moses.

-¿Y quién es esta señorita que trae aquí? ¿L 'encontró en un repollo, señó'? Mi Dió', qué preciosura que es.

-Esta es mi hija Hallie. Hallie, cariño, él es Moses. Se encarga de mantener la residencia Paxton y lo hace muy bien.

Hallie miró a aquel hombre negro, alto y delgado.

-Qué cabello raro que tiene. Lleno de resortitos, duro y moteado. ¿Puedo tocarlo?

-Sí, señorita, claro que puede. -Alec asintió y Moses levantó a la niña en sus brazos. Ella lo observaba con toda seriedad. Le tocó el cabello, tímidamente primero, y luego con más firmeza. Le tiró de él, pero sólo un poquito. Luego sonrió.

-Qué fantástico, señor Moses. Ojalá mi pelo fuera así.

-Eres un caramelito -le dijo Moses- pero apuesto a que a tu padre le debe de encantar el cabello tal como lo tienes.

-¿Qué tenemos aquí?

Alec se volvió en dirección a James Paxton.

-Buenos días, señor. He traído a mi hija para que conozca a todos. Hallie, cariño, él es el señor Paxton.

Hallie no expresó ningún interés en querer bajarse de los brazos de Moses.

-Hola, señor. Qué casa linda tiene. Papá dice que es de arquitectura George. Es muy distinta de nuestras casas de Inglaterra.

-¿Cuántas casas tienes, jovencita? -preguntó James.

-No sé. Tiene que preguntarle a mi papá.

-Tenemos cuatro -dijo Alec.

-El señor Moses tiene un pelo muy lindo.

-No me había dado cuenta -dijo James. Luego pareció muy sorprendido-. Realmente, creo que tienes razón, Hallie. Moses tiene un cabello muy tupido. Sí, la verdad que sí.

Moses estrechó a Hallie y luego se la entregó a su padre.

-Iré a buscar un poco de los deliciosos pasteles de Lannie. ¿Te gustaría eso, caramelito?

-Oh, sí, señor Moses. Mucho.

James sonrió a Alec por encima de la cabeza de Hallie.

-¿Ha considerado enviarla a algún cuerpo diplomático?

Alec sonrió.

-Papá, ¿pasteles de qué?

-Los que prepara Lannie, hijita. Confía en el señor Moses. Si él cree que van a gustarte, te prometo que será así.

Alec notó que James Paxton se desplazaba con mucha lentitud esa mañana. Se dio cuenta de que no le agradaba ese cuadro, pues, por primera vez, tomaba conciencia de que el estado de salud del hombre no era para nada bueno. Lo siguió hasta la sala de recepción, le mostró a Hallie la jaula dorada y después tomó asiento junto a James.

-¿Cómo se siente, señor?

James sonrió.

-Ah, la edad, muchacho. Es una desgracia. Pero estar muerto debe de ser mucho peor. Viviré.

-¿Genny está aquí?

-Sí, raro, pero sí -dijo James-. Por lo general se va tan temprano. Pero Moses mencionó algo de que se dislocó un tobillo. No creo que eso sea cierto, pero ya veremos. Su hija es hermosa. Un calco suyo. ¿No se parece en nada a su madre?

Alec miró a su hija. Hallie, en ese momento, tocaba cuidadosamente el palito tallado del interior de la jaula.

-¿Ve esa mirada absorta? Todo su ser está concentrado en lo que está haciendo. Ocasionalmente su madre era así. Hallie es lo único importante para mí -agregó Alec.

-¿Su madre murió al darla a luz?

-Sí.

-También mi esposa. Malditos médicos. Cualquiera se imagina que ellos saben cuándo una cosa anda mal, y cómo solucionarla. Me pone tan mal que me dan ganas de vomitar. Pobre Mary. Todos esos años que pudo vivir, que pudimos disfrutar... -James guardó silencio y entonces Alec sintió dolor. Vago y tenue ya, pero siempre presente en él. Miró otra vez a Hallie. Gracias a Dios, ella había sobrevivido. -Lamento ponerme como un viejo tonto y melancólico. ¿Ha tomado alguna decisión, Alec?

-Buenos días, padre. Barón.

Alec tomó plena conciencia de la sensación que le produjo escuchar la voz de Genny. Parecía tensa, excesivamente formal. Sonrió para sí, mientras lentamente volvía el rostro hacia ella. Admitió libremente y en silencio que había llevado a Hallie allí para aliviar tensiones. Después de todo, no era un completo tonto.

-Hola, Genny. ¿Cómo es esto de que tienes un tobillo luxado? -Aunque cualquiera que no hubiera estado enterado de la situación, habría pensado que Alec se mostraba preocupado, Genny se dio perfecta cuenta de que se burlaba. Notó al diablo en sus ojos hermosos. Quería escupirle, gritarle, arrojarlo al piso y besarlo hasta que... ¿Hasta que qué? Era una tonta, una reverenda tonta y Alec estaba allí, riéndose de ella, disfrutando su incomodidad, mirándola, a través de la ropa que llevaba, viéndola desnuda otra vez, conociéndola y acariciándola. Genny se estremeció. Tenía que componerse.

-Oh, no es nada serio. Simplemente me lo torcí anoche cuando subí las escaleras.

-Debiste habérmelo dicho. Yo te habría hecho algunos baños.

-Ah, los baños son una excelente cura para esos casos -dijo Alec-. ¿Cómo hiciste para torcerte así, en la escalera? ¿No es más factible luxarse cuando uno se cae, más bien?

-¡No! No me caí. Ah, aquí viene Moses con té y comida. ¿Qué? ¿Quién es ella?

En ese momento, Genny advirtió la presencia de Hallie y la miró fijamente. La niñita hizo lo mismo con ella. Genny siguió mirando. No podía evitarlo. Hallie era la niña más hermosa que había visto en su vida. No conocía a los niños y tampoco los entendía. Para el caso, tampoco le interesaba. Pero esa carita solemne, vaya, era una réplica de la de Alec... Él era el padre de la niña. Genny tragó saliva, contenta de estar eximida de toda conversación, por cuanto Moses se encontraba sirviendo té y café.

-Gracias, señor Moses -dijo Hallie, al tiempo que extendía con exquisita gentileza su pequeña manecita para recibir una taza de té.

-¿Te gusta la leche, caramelito?

-Oh, sí, por favor, señor Moses. ¿Estos son los pasteles especiales de Lannie?

-Claro. Tú come todo lo que quieras.

-Gracias.

Genny seguía mirando. Alec tenía una hija, una niña, que estaba vestida como ella, con ropa de hombre.

-¿Quién eres tú?

Hallie sonrió a lo que le pareció un joven apuesto, que en realidad no lo era.

-Tú no eres un hombre como papá -dijo ella-. Yo no me pongo gorras de lana, a menos que haga mucho frío.

-Empiezo a creer que soy la única que alguna vez pensó que parecía un hombre -dijo Genny y se sacó la gorra.

-Me llamo Hallie Carrick. Él es mi papá. Me trenza el cabello como lo tienes tú cuando quiere que me ponga la gorra de lana. Si no, el pelo se me enreda todo y él dice un montón de palabrotas que a mí no me deja repetir, porque si las digo, me hace chas chas.

¿Ese hombre hermoso hacía trenzas con el cabello de una pequeñita?

-Se supone que tú sólo debes repetir mis oraciones, Hallie y comentar únicamente mis cosas buenas.

-Eres el mejor papá del mundo.

-Eso está mejor -dijo Alec- y por supuesto, es la pura verdad. Ahora siéntate, calabacita y bebe tu té. Ah, los pasteles de Lannie son de semillas de sésamo y de limón. Y este es el señor Eugene, quien, cuando se quita la gorra de lana, se convierte en Eugenia o Genny. Genny, esta es mi hija.

-Un placer, Hallie. ¿Puedo tomar café, Moses?

Llevaba en el bolsillo una lista confeccionada por Eleanor Swindel, quien le había manifestado abiertamente que los pantalones para una niña de cinco años estaban ya fuera de lugar. Cuando le entregó la lista, le dijo:

-Todo le queda chico. Hasta esos tontos pantalones ya le quedan cortos. -Por supuesto que no sabía qué hacer con ese armario que había en el cuarto de Hallie en Fountain Inn. Tenía olor a nuez moscada y alcanfor. Eso era. Un olor asqueroso para una niñita de cinco años. Esos colonos no tenían ni la menor idea de cómo mantener un armario o cómo tratar a una niña. Bueno, pero Alec no era tan tonto como para sacar el tema otra vez frente a la señora Swindel. Ya había soportado lo suficiente toda aquella controversia de la nuez moscada.

Mientras Moses, sonriente, le entregaba una fina taza de porcelana con café a Genny, Alec, con la picardía aún presente en sus ojos, comentó:

-En realidad, me di cuenta de que Hallie está en la misma situación que tú, Genny. Necesita un par de vestiditos, ropa interior, zapatos, calcetines. Todas esas cosas de las que ya has oído hablar, seguramente. En consecuencia, he venido a pedirte que nos acompañes a tu modista. Me imagino que ya tendrás algo listo, Genny. ¿Te agradaría ponerte algo más, eh... socialmente aceptable?

-La verdad es que el tobillo me duele demasiado para ir caminando por todas esas tiendas.

-Qué extraño. Parecías estar bien. Estaba impresionado por tu recuperación. Una caída... ¿Dijiste subiendo las escaleras? ... no es algo para tomar a la ligera. ¿Puedo ver? Tengo fama de ser un experto en tobillos.

Genny sintió deseos de proferir una serie de ingeniosos improperios. En ese preciso instante, lo miró y se vio reflejada en aquellos ojos, acostada, desnuda, con las manos atadas y la espalda atada para recibir las caricias que él le prodigaba con las manos y la boca.

Tragó saliva.

-¿Genny?

10

-Voy al astillero.

Hallie miró por encima de su pastel.

-¿Astillero? ¿Tú eres la Genny que trabaja en el astillero?

Genny dirigió una mirada a Alec.

-Sí, mi padre y yo somos los dueños del Astillero Paxton, en Fells Point.

Genny no tuvo que esperar mucho para enterarse lo que Alec le había contado a su hija acerca de ella.

-Ah, entonces tú eres la mujer a la que papá hace enojar.

-Es cierto. Lo hace bien y muy rápido.

-Hallie -dijo Alec de inmediato- ¿Te agradaría... eh... tocar otra vez el cabello del señor Moses?

-No, ahora no, papá -dijo ella, muy paciente y luego viró toda su atención a Genny-. Le pregunté por qué hacía eso y me contestó que no sabía. Dijo que quería ver qué hacías. También dijo que no te gustaban los hombres y que no querías casarte nunca. Yo le dije que eso era imposible porque él le gusta a todas las mujeres.

-¿Eso es lo que él te dice?

Hallie la miró con curiosidad.

-Por supuesto que no. Yo observo y veo cómo actúa la gente, sabes.

Genny se sintió como una estúpida. Una niñita le ganó la partida. Sonrió y ofreció a Hallie otra porción de pastel.

-Me puse contenta cuando papá me contó que te vistes como yo. Y ahora quiere que me compre esos vestiditos coquetos. ¿Te haría caso a ti, Genny?

-No, ni en todo un siglo.

-Bueno, está bien. Por lo general, papá nunca se equivoca. ¿Puedo ver el astillero? ¿Me dejas, papá? Todavía no quiero ningún vestido tonto. Por favor, papá.

-¿Después de haberme humillado frente a Genny todavía pretendes una recompensa? -Alec extendió los brazos.

Hallie volvió a concentrar su atención en Genny.

-Pippin, el grumete de papá, me contó muchas cosas de los astilleros. Era aprendiz de calafateador.

-¿Calafateador?

-Sí, de eso. De calafateador. Hace mucho él estaba en Liverpool. Yo quiero ser una calafateadora y voy a tapar cada espacio libre que quede entre las tarimas para que mi barco no gotee.

¿Puedo observar a los calafateadores de tu astillero? ¿Usan cáñamo retorcido? Pippin me dijo que lo llaman malacuenda.

Genny sonrió. No pudo evitarlo.

-Sí, por supuesto que puedes observar a nuestros calafateadores. Comenzarán la semana que viene. Es un sonido maravilloso para escuchar; que sólo puede oírse en los astilleros.

-Ah, sí -dijo James-. Echo de menos el ruido de la porra de los calafateadores. Aquí, en Baltimore, Hallie, usamos un hierro de calafateo con una maza de madera de mezquite. Recubrimos los extremos de las mazas con acero. ¿Te crees lo suficientemente fuerte como para formar parte de la hermandad de los calafateadores?

-Tendrá que ser una hermandad femenina -dijo Alec.

-Está bien. Veamos tus músculos.

Hallie mostró a James sus músculos, quien se mostró muy pensativo.

-Oh, tan impresionantes como los de Billie de Baltimore -comentó, apretando suavemente el brazo de la niñita-. Es un sujeto que no me gustaría ver enfadado conmigo.

-Y también me puedo llenar de brea -dijo Hallie con tanto placer, que Alec soltó una carcajada, por lo que obtuvo una ofendida mirada de su hija.

-Oh, dame respiro, calabacita. Por tus palabras, cualquiera diría que es el mejor de los regalos navideños.

Genny se sorprendió nuevamente contemplando a la niñita.

-¿Dónde está tu mamá? -No bien lo dijo, se arrepintió.

-Oh, no importa. Lo siento. Me olvidé. Oh, querida. ¿Otra porción de pastel, Hallie?

Hallie contestó con un tono de voz totalmente inexpresivo.

-Mi mamá se murió hace mucho. Justo cuando yo nací. Yo no la recuerdo. Pero papá tiene un retrato de ella. Era muy bonita. Papá me dijo que era muy dulce y que no le gustaba viajar, pero lo hacía siempre y sin quejarse.

-¿Tú viajas con tu papá? -preguntó Genny.

-Oh, sí. Papá y yo vamos a todas partes juntos. Hasta cenamos con el gobernador de Gibraltar. Fue en febrero pasado. La señora Swindel odia Gibraltar. Dijo que los españoles querían meterse y matar a todos los ingleses. Dijo que estaba lleno de monos horribles, que saltaban encima de la gente y los asustaban, dejándolos con el pelo gris y que también los mataban con la "Muerte Negra".

James Paxton se echó a reír y se acercó a la pequeña. Le palmeó el hombro y le preguntó:

-¿Has visto ya algún mono horrible?

-Oh, sí. Quise que papá me regalara uno, pero él me dijo que no estaría contento a bordo de nuestro barco. Dijo que prefería traer la Muerte Negra a bordo antes que traer un mono.

-Creo que tiene razón en eso -dijo Genny. Le resultaba difícil adaptar ese nuevo hombre al Alec premoldeado que ya tenía. Pero la noche anterior aquello había pasado. Alec la había atado, la había desnudado y la había tocado... Genny se sobresaltó-. Basta -dijo en voz alta. Se incorporó de un salto y gritó de dolor por el tobillo. De inmediato volvió a sentarse. Dijo a Alec-: Basta, ¿escuchaste?

Alec la miró y Genny supo exactamente dónde Hallie posó su mirada. Luego él se encogió de hombros y pareció perverso:

-¿En qué estás pensando? ¿Algo que te pasó anoche, quizá, Genny? ¿En tu tobillo dislocado? Realmente tendrías que ser más cuidadosa. ¿Dijiste que te habías caído de la cornisa de una casa?

-¡No! Me caí... subiendo las escaleras.

-Quizá podrías hacernos una demostración. Así todos nosotros podríamos evitar la misma caída en el futuro. Qué lástima que no tengas ninguna hiedra a los costados de la escalera para poder sujetarte.

-Tengo que cambiarme. Pronto te veré, Hallie.

-Pensé que irías al astillero, Genny -dijo James.

-Más tarde, papá. Primero iremos a comprar algo de ropa para Hallie. Después del almuerzo iremos al astillero. La llevaré a conocer a John Furring. Él enrolla malacuendas para el calafateo -agregó, dirigiéndose a Hallie-. Es un hombre mayor que tiene anécdotas maravillosas.

Hallie le obsequió una sonrisa tal que a Genny se le detuvo el corazón.

-Me encantará, Genny. Gracias.

-Qué interesante es esto -dijo James, mientras observaba a su hija abandonar la sala renqueando.

-Hallie, toma tu tercera porción de pastel y examina un poco más la jaula.

-Sí, papá, quieres hablar de negocios con el señor Paxton.

-Acertaste.

-Es una niñita maravillosa, Alec.

-Sí, lo es. Y nunca deja de sorprenderme. No tenía idea de que sabía detalles de la construcción naval. De modo que mi grumete era aprendiz de calafateador. Y ahora a los negocios, señor. De modo que usted administraba el astillero personalmente antes de enfermarse, ¿verdad? ¿Era el maestro de obras?

-Sí. Genny colaboraba conmigo, especialmente en la tenencia de los libros contables. Pero debo agregar que conoce muy bien cada una de las etapas previas a la construcción, desde que tenía trece años. Bosquejé los planos del *Pegaso* el invierno pasado. Cuando tuve el ataque al corazón, ella se hizo cargo y lo terminó. ¿Genny no le ha mostrado nuestro depósito? ¿No? Bueno, todo lo que queda es el medio modelo que construí y las líneas que diseñé. Pero de todos modos, es propiedad de los Paxton y debe verlo. También está nuestro taller de velas, en Pratt Street. Probablemente debe de haber unos ocho hombres terminando de coser las velas del *Pegaso.* Fue idea de Genny montar las velas en secciones. Me ha informado que estamos muy bien de tiempo, de modo que las últimas velas se terminarán para fines de octubre.

-¿Todavía no hay compradores?

-No. Como le dije, el señor Donald Boynton lo encargó, pagó los materiales iniciales y después se declaró en quiebra. Nos enteramos de que perdió dos barcos en la misma tormenta, ambos cargados con esclavos negros. Me había asegurado que no quería otro barco negrero, pero... -James se encogió de hombros.- Era un ciudadano destacado. Ya conoce esa clase de

persona, Alec: por fuera muy brillante y voluntarioso y por dentro, tan indiferente como una serpiente. Ya estábamos gastándonos nuestro patrimonio. A principios del mes de septiembre tuvimos que pedir un crédito en el Banco Unión, para pagar los salarios de los trabajadores y comprar el resto de los materiales. De lo contrario, habríamos tenido que desguazarlo. No podíamos hacer eso, pues era lo mismo que perder todo. La goleta clíper será una maravilla. Tiene que terminarse. Dará muchas ganancias en los próximos cinco años.

Alec miró sus apretadas manos.

-Al igual que mi hija, me gustaría ver los trabajos que están llevándose a cabo.

-¿También el taller de velas? Ah, es digno de verse. La camaradería existente ablanda el corazón de cualquiera. Estimo que los hombres coserán alrededor de unos trescientos metros cuadrados de lona, usarán miles de metros de hilo y unos veinte kilogramos de cera de abejas en el barco antes de terminarlo.

Alec silbó. Su silbido cambió al instante. Genny había reaparecido en la sala, con su cojera. Llevaba un vestido de muselina muy sencillo, que le quedaba demasiado corto y tenía un escote cerrado hasta las orejas, pero no importaba. Alec ya sabía qué había debajo de ese vestido. Quería volver a verla. Muy pronto. Completamente. No creía que ella aceptase, pero eso tampoco importaba. Decidió que su pasatiempo favorito era enfurecer a Genny y después seducirla.

-Entonces, ¿Ya estamos listos? -preguntó, poniéndose de pie. Y luego agregó en dirección a James-: Las cosas resultarán satisfactorias. Por favor, no se preocupe más.

-Bueno, usted ya sabe lo que quiero.

Alec lo sabía y se estremeció. No se casaría con Genny Paxton sólo para manejar el astillero.

-¡No te dejaré morir como Nesta! Ahora sé qué hacer y nada te sucederá. Nada. ¡Te lo juro!

-¿Papá?

Alec despertó sobresaltado. El corazón le latía a toda velocidad. Rodó sobre la litera al escuchar la asustada voz de su hija que provenía de la puerta abierta de la cabina contigua.

-¿Calabacita? ¿Te sientes bien? ¿No estás enferma?

-No, papá. Te escuché hablando con alguien y tuve miedo de que alguna persona estuviera allí, contigo, tratando de lastimarte. Estabas gritando, pero aquí no hay nadie.

Sí, es cierto, pensó Alec, contemplando la silueta de su hija apenas iluminada por la pálida luz del amanecer. Le había estado gritando a Genny, que tenía el vientre enorme, pues llevaba en sus entrañas un hijo de él.

-Fue un sueño, Hallie. Una pesadilla, con Genny.

-Tengo frío, papá.

Alec trató de liberarse de los extraños sentimientos que ese sueño le había provocado y levantó las mantas de su litera.

-Ven aquí, conmigo, calabacita.

Hallie se acurrucó a su lado y Alec tuvo cuidado de hacerla acostar sobre la sábana superior pues era su costumbre dormir desnudo. La atrajo hacia su pecho y le besó la oreja. Cubrió bien ambos cuerpos con las mantas y trató de seguir durmiendo. Pero sin éxito.

-¿Qué es lo que no dejarás que le pase a Genny, papá?

-Soñé que me había casado con ella y que iba a tener un bebé, tu hermanito o hermanita, supongo. Tenía miedo de darlo a luz y yo le decía que no debía temer porque yo no dejaría que algo malo le pasara.

-¿No se moriría como mamá?

-No, yo le aseguraba que sabía qué hacer, que no la dejaría morir.

-¿Yo maté a mamá?

-No, por supuesto que no. ¿De dónde sacaste esa idea, Hallie?

-Bueno, yo vine y ella se fue. La señora Swindel estaba hablando de eso con el doctor Pruitt. Decía que algunos bebés son demasiado grandes para sus mamás.

-Es cierto. Pero ni siquiera pensó en echarte la culpa. Tú también pudiste haber muerto, Hallie. Yo no lo habría soportado. Por lo menos, ahora te tengo a ti.

-¿Por qué no salvaste a mamá?

-Entonces era estúpido e ignorante, calabacita. No sabía nada de bebés, y el doctor Richards, el médico de tu madre, creo que sabía tanto como yo. El año pasado, conocí a un hombre muy inteligente cuando estuvimos en el norte de África. ¿Recuerdas a Oran? -Al sentir el somnoliento asentimiento de la cabecita de su hija, siguió: - Era un médico árabe y yo terminé contándole lo que le había pasado a tú mamá. Él me dijo qué debía hacer si alguna vez tenía que estar junto a una mujer que estuviera dando a luz.

-¿Genny tiene miedo de tener bebés?

-Eso es lo extraño de mi sueño. No tengo ni idea si Genny tiene miedo de tener hijos o no. Creo que soy yo quien tiene miedo de que ella muera. Tu madre fue muy especial, Hallie y me dolió mucho cuando se nos fue. Y me siento culpable porque si en ese momento hubiera sabido lo que sé ahora, quizás ella todavía estaría con nosotros. Pero las cosas no sucedieron así, sabes. Es cierto. Tu mamá era muy, muy dulce. Nunca lo olvides.

-Pero a ella no le gustaba navegar como a nosotros.

-No, no en realidad. -Alec sospechaba que con la plena luz del día se arrepentiría de haber hablado con tanta franqueza con su hija, pero siempre fue su costumbre no minimizar las cosas frente a ella.

-Me divertí mucho con Genny. No tiene ni idea de qué se trata la ropa de mujeres, papá. No es como la señora Swindel. La señora Swindel siempre tiene opiniones para todo y a veces, esas opiniones son horribles. Qué raro que Genny no supiera nada de esas cosas.

-Ninguna de las dos sabían. Me sentí como un diseñador de modas.

-Me gusta Genny...

-¿Pero?

-No sabe quién es, papá.

Bueno, pensó Alec, eso sí que era una sorpresa.

-¿Sabes qué quieres decir con eso, calabacita?

-Es como que te tiene miedo, papá, me parece... Y tú la molestas mucho... ¿Ella será mi mamá?

Otra sorpresa inesperada, Alec pensó, aún confundido por la primera.

-No -contestó-. No lo será.

-Pero tú soñaste con un bebé y tenías miedo.

- Ya lo sé. Ni yo lo entiendo. Pero, ¿Qué quisiste decir con eso de que Genny no sabe quién es?

-Que tiene miedo, eso es todo.

-¿De mí?

Sintió que Hallie asentía con la cabeza contra su hombro. Bueno, por lo menos, Genny tendría que tomar conciencia de él. Alec había hecho con ella exactamente todo lo que quiso... bueno, no todo. Sólo deseaba penetrar en ella, convertir a los dos en uno, mostrarle cómo se

podrían llegar a sentir un hombre y una mujer juntos, cómo se sentirían ellos. Alec resopló por su propia estupidez.

-Ella está realmente enojada contigo, también. Creo que le encantaría darte un coscorrón en la cabeza.

-Cierto. Tiendo a irritarla.

-¿Cómo se lastimó el tobillo, papá?

-Dijo que se lastimó subiendo las escaleras.

Hallie resopló. Sonó igual que él y Alec sonrió.

-¿Le hiciste algo?

-No... por lo menos no le hice torcer el tobillo.

Hallie se quedó en silencio. Finalmente, con una voz temblorosa por el sueño, dijo:

-Me gustaría tener hermanos, papá. Genny no es ninguna tonta y tampoco querría que yo lo fuera. Me enseñaría a construir barcos, ¿no? Y le gustaría viajar a cualquier parte. Creo que le gusta más que a ti.

-Supongo que eso podría ser cierto.

-Quizá no quiera ser mamá. Quizá sólo quiere viajar y ser como tú y no tener un esposo.

Pero toda mujer debería desear tener un esposo, hijos, un hogar, pensó Alec y luego se detuvo, asombrado de sus propios pensamientos. Jamás se había puesto a considerar que cuando él y Nesta estuvieron juntos, Alec siempre había hecho lo que se le había antojado, sin pensar siquiera si Nesta estaba o no conforme con esos planes. Y siempre lo había estado, sin quejas. Alec se había comportado como un bastardo, egoísta y arrogante. No era agradable descubrirse bajo esa perspectiva tan negativa, pero era la pura verdad. Y ahora estaba Genny. Pero Genny era una mujer muy obstinada e irritante, no como Nesta y necesitaba que le dijeran qué tenía que hacer, preferentemente, recibir instrucciones de alguien como él. Comenzaba a decirle a su hija que Genny haría exactamente lo que él le indicara cuando se dio cuenta de que habría sido una tremenda estupidez. Por otro lado, la niña estaba profundamente dormida y tenía la respiración regular... Se quedó escuchándola unos momentos y luego también él se durmió.

Alec y Hallie se hallaban sentados a la mesa del comedor de los Paxton. La niña llevaba un vestido de muselina bordado con una suerte de ramitas, con unas florecitas muy pequeñas en blanco y azul. Genny llevaba un vestido de seda, color durazno, tonalidad que resaltaba el brillo natural de su piel y el de su cabello, que presentaba reflejos dorados y rojizos. Y sus ojos, se veían tan verdes que... Alec dejó de enumerar el idiota catálogo con los atributos de Eugenia Paxton. Parecía estar bien, aunque nada realmente extraordinario. Alec se sorprendió mirando el vientre de Genny y lo vio prominente, por llevar el hijo de él, tal como lo había visto en su sueño.

Genny estaba riéndose en ese momento, ignorando por completo que a los ojos de él, estaba embarazada. Estaba acomodando sus cubiertos para explicar lo que quería contar.

-Miren, papá, Hallie. Alec estaba de pie, justo junto a la brazola de escotilla de popa. - Agregó para Hallie con una sonrisa: - La brazola de la escotilla es una caja que cubre el agujero que está en cubierta y conduce a la bodega. Se usa para que no entre el agua de lluvia. Bueno, de todas maneras, la caja no estaba bien ajustada y cuando Alec se dio vuelta para hacer una pregunta al señor Knowles, a uno de los hombres que estaba trepado ajustando la obencadura se le cayó un martillo, que casi golpea el pie de Alec. Jamás se vio a un hombre

pegar semejantes saltos en un pie, tan altos y tan veloces, insultando con toda fluidez a la vez, mientras estaba en el aire.

-Su hija, señor, es una sádica.

-¿Qué es eso, papá?

James dijo:

-Un sádico es una persona que disfruta del sufrimiento de los demás, como mi hija.

Hallie rió.

-Me habría gustado ver eso, pero el señor Furring fue tan bueno. ¿Fue realmente tan gracioso? Papá nunca salta en un pie ni hace ninguna cosa graciosa para que los demás se rían de él. No me contó lo de la caída del martillo.

Alec arqueó considerablemente la ceja.

-¿De dónde demonios sacaste eso, calabacita? Por supuesto que, a veces, hago cosas tontas o estúpidas.

-No, papá, tú siempre eres perfecto -dijo Hallie y comió un bocado de su cena.

Genny no daba más de reírse.

-Hallie, tu padre chilló como un chancho. Tenía los pelos de punta y los ojos amarillos. Estaba boquiabierto y el mentón casi le tocaba la barriga. -Genny se detuvo. Rió un poquito más y luego agregó: - Con razón eres tan arrogante, Alec. ¡Le has enseñado a tu inocente hija a alabarte más allá de todo límite!

-No -dijo Hallie muy seria-. Papá nunca haría eso, Genny. Simplemente, cae bien a todo el mundo. Lo admiran. Los hombres, porque papá es inteligente, por supuesto y las mujeres, bueno... Ellas lo miran y lo miran y después hablan de él, escondiéndose tras sus abanicos, claro.

-Come, Hallie -dijo Alec-. Basta de charlas o traeré a la señora Swindel para que haga llover en este vecindario.

-¿Y eso qué es? -preguntó James, llevándose su copa de vino a los labios.

-La señora Swindel no es lo que llamaríamos comúnmente una persona optimista. Si existe una nube cita gris, ella no duda en transformarla en un negro nubarrón, que dominará su conversación al punto tal que todos los presentes se quedan dormidos o comienzan a hablar con el mismo desgano que ella.

-Es la única mujer que no persigue a papá por todas partes.

-¡Hallie, come! Y cállate la boca porque me enojaré muy seriamente contigo. Y lo digo de verdad.

-Sí, papá. Genny tampoco, pero podría equivocarme.

-¡Hallie! -dijo Genny, casi chillando también-. ¡Hazle caso a tu padre! ¡Come!

-He estado pensando -comenzó James, una vez que todos los presentes en la cena se habían calmado-. Sé que la hostería Fountain Inn es un sitio encantador y también me enteré de que está buscando una casa, Alec. Sin embargo, esta casa es enorme y está prácticamente vacía. Tanto Genny como yo estaríamos muy complacidos de que usted y la niña, y también la señora Swindel, por supuesto, vinieran a vivir aquí con nosotros hasta que encuentre la casa que sea de su agrado.

-¡Podría ver al señor Moses todos los días! Hasta Gracie es amorosa. Me regala manzanas y grosellas cuando Lannie no se da cuenta. ¡Sería maravilloso, papá!

Alec rápidamente metió un trozo de pan en la boca abierta de su hija.

-Mantén la boca cerrada y mastica hasta que yo te indique que puedes tragar.

Genny contemplaba a su padre. Era lo primero que escuchaba de aquella propuesta. No sabía cómo se sentía al respecto. Sólo sabía que todos sus pensamientos conscientes se centraban en él, en él tocándola y mirándola. Sólo pensar en ello la hacía ruborizar y experimentar una tibieza en todo el cuerpo. Pero convivir bajo el mismo techo, sabiendo que

su habitación estaría separada de la de ella sólo por un pasillo, bueno, era suficiente como para...

-Ahora puedes tragar. Pero después come otro trozo, buena niña.

-¿No estás de acuerdo, querida? -preguntó James a su hija-. Tenemos tanto lugar ahora. Y podrías contratar otra criada para que colabore con Gracie.

-Sí, es verdad.

Alec encontró la mirada de Genny al otro lado de la mesa. Parecía asombrada, apenas aterrada y definitivamente entusiasmada. En ese preciso instante, Alec cambió de parecer y descubrió que era, por cierto, una criatura perversa.

-Si está seguro de que no le causaremos demasiados inconvenientes, señor, Hallie y yo estaremos encantados de venir aquí. En cuanto a la señora Swindel, no dudo que encontrará peros en todas las habitaciones, pero es buena con mi hija y yo me las ingeniaré para que esta pequeña no ataque el cabello de sus sirvientes.

-Excelente. Entonces, está decidido. ¡Moses! Trae oporto para los hombres de la casa. Genny, lleva a Hallie a la sala de recepción y cuéntale todas aquellas historias de cuando tú quisiste empezar a calafatear. ¡Por Dios, Hallie, no sabes el desastre que hizo!

James se reclinó sobre su silla y rió. No había dudas de que era agradable conseguir exactamente lo que uno quería. Genny parecía haberse tragado una ciruela, pero ya se repondría. James se preguntaba cómo habría hecho para luxarse el famoso tobillo.

Alec vio a Genny tomar la mano de su hija. Experimentó nuevamente aquella extraña sensación, una necesidad que se negaba a reconocer. Necesitaba ver a Oleah otra vez. Esa noche, más tarde. Era lujuria lo que sentía, nada más importante que eso. Simplemente, tendría que esforzarse para recordarlo, pero cerró los puños y sintió la calidez de los recuerdos. Llegó a sentir el cuerpo de Genny contrayéndose alrededor de su dedo, cada vez que lo introducía. Alec tragó saliva.

Treinta minutos después, Alec se detuvo frente a la puerta de la sala de recepción. Ya era hora que llevara a Hallie de vuelta a Fountain Inn antes de que la pequeña se quedara dormida sobre la alfombra de la sala de los Paxton. Moses había ayudado a James a subir las escaleras para que se retirara a su cuarto, de modo que Alec se quedó a solas para cavilar... Se detuvo cuando escuchó hablar a Genny. En ese instante estaba diciendo:

-Te llevaré a pescar gobios, pero no hasta abril. Es entonces cuando hay pique... ¿Gobios? Bueno, son de la familia de las carpas. Miden como doce centímetros de largo y tienen el lomo azul iridiscente, con la panza plateada. Corren por el río Patapsco hasta Relay. Queda a unos cuantos kilómetros al sur de Baltimore... ¿Qué? Oh, sí, los limpiamos, los pasamos por harina de maíz y los freímos en grasa de tocino. Mmm. Son deliciosos, ya verás.

-¿Gobio? -preguntó Alec mientras entraba a la sala.

-Sí, papá. Genny me llevará. ¿También lo llevarías a él, Genny? -preguntó Hallie.

-Iré -dijo él- pero sólo con la condición de que no limpiaré esos bichos de nombre tan raro.

-A papá le gusta el pescado, pero dice que limpiarlos es asqueroso.

Alec sonrió. No había secretos en lo que a su hija respectaba. Ninguno.

-¿Vas a contarle a Genny todos mis defectos?

-No, papá, te prometo que no. ¡Oh, un piano! -Se dirigió hacia un rincón de la sala para observar el instrumento.

-¿Sabes tocar, Hallie? -preguntó Genny.

Hallie meneó la cabeza. Muy suavemente, tocó el Do.

-Lo hizo John Geib, en Nueva York. Mi padre me lo regaló para mi último cumpleaños.

-En el barco no hay lugar para un piano -aclaró Alec, preguntándose por qué tendría que dar explicaciones de todo a la señora Eugenia Paxton, solterona de Baltimore,

extraordinariamente tosca y una mujer muy apasionada, quien, si los sueños se convertían en realidad, podría dar a luz un hijo suyo. Alec meneó la cabeza. Empezaba a pensar pavadas.

-No, no habría lugar para un piano. Por otra parte, se resbalaría de aquí para allá durante una tormenta. Tocaré un poquito. Me encantará enseñarle a Hallie.

-Es una gentileza de tu parte, Genny. ¿Te desagradaría terriblemente si Hallie y yo nos mudásemos a esta casa?

-No olvides a la inestimada señora Swindel.

-Contéstame, Genny.

Genny miró el bello rostro del hombre y dijo con toda sinceridad:

-Yo no te quiero aquí. Quiero que compres el astillero y que te vayas. Si además compraras el *Pegaso* sería una gran ayuda.

Genny logró enfadarlo y él le contestó con toda frialdad.

-No me iré de aquí hasta que no me acueste contigo.

-¡Ya he estado en tu cama!

Hallie, gracias a Dios, estaba entretenida estudiando el teclado.

-Sí, estuviste, pero yo no dentro de ti.

Genny se incorporó de un salto y sintió que el tobillo volvía a doblarse, por lo que se sentó otra vez.

-¡Basta, Alec! ¡Yo no seré tu amante!

-Probablemente no, pero seré el primer hombre que te posea, Genny. -"Y con suerte, el último." ¿De dónde había venido esa loca esperanza?- ¿Te gustaría venir al barco conmigo esta noche?

Genny preparó el brazo y el puño para asestarle un buen golpe en la mandíbula. Pero Alec fue más rápido. Le tomó el brazo y se lo sostuvo con firmeza. La estrechó contra sí y Genny sintió su cálido aliento contra su rostro.

-Penetraré en ti, Genny y tú te abrazarás a mí con las piernas. Te encantará. Estarás tensa, húmeda y muy, pero muy ardiente para mí. Luego te acariciaré con los dedos y tú gritarás, dentro de mi boca, Genny y luego te...

-¿Papá?

-Una hija es una maravillosa chaperona -dijo Alec-. ¿Sí, calabacita? -No soltó la muñeca de Genny.

-Genny parece enojada.

-Sí, pero ya se le pasará. Bien, Hallie, ¿Estás lista para irnos? La señora Swindel salía esta noche con el doctor Pruitt de manera que yo seré tu niñera. ¿Estás de acuerdo? Hallie asintió, pero se la veía preocupada.

-No hay cuidado, Hallie -dijo Genny. Jaló y Alec la soltó-. A tu papá le encanta hacerme bromas. Te veré mañana por la mañana. En cuanto a ti, barón, te desafío a una carrera. El *Pegaso* contra tu *Bailarina Nocturna.* Hasta Nassau. Ida y vuelta.

-Estás loca. Y yo acepto.

11

A Genny le encantaba el sutil movimiento del *Pegaso* bajo sus pies. Como siempre, disfrutaba del barco una vez en el agua, fuera del astillero. Parecía más real, aunque la nave se hallaba firmemente amarrada a la dársena.

Tal como su padre siempre había dicho de cada barco que había construido desde que Genny tenía uso de razón:

-Bueno, está listo para la botadura. No para la bahía de Chesapeake, ¡Pero sí para el río Patapsco! -Habían botado al *Pegaso* dos días antes que Alec llegara. Ojalá lo hubiera visto. Siempre era un evento excitante, que erizaba la piel. Su padre había estrellado una botella de

ron contra el palo del barco, indicando a los hombres que rompieran las abrazaderas de madera y el *Pegaso* se introdujo en el agua. Todos habían festejado con mucha alegría.

Después, Moses había traído a James de regreso a la casa, pues se había cansado tanto que apenas podía caminar.

Genny suspiró mientras veía a uno de los hombres del jefe Lamb saltar como un mono en la selva, mientras elevaba las velas de la riza del palo principal.

A Genny le pareció que sólo había pasado un momento desde que retara a Alec a ese feroz desafío, pero en realidad, habían transcurrido casi dos días. No le había visto el pelo en ese lapso. Sabía que había ido con su padre a registrar todos los archivos del Astillero Paxton y también a conocer el taller de velas en el depósito Paxton, con el señor Furring. Se preguntó dónde estaría esa mañana. Pero no tuvo mucho tiempo para hacer hipótesis pues cuando alzó la mirada, vio mucho más que un pelo del barón. Lo vio de cuerpo entero, mientras abordaba al *Pegaso,* conversando con todos los hombres que encontró a su paso. Supuso que sus charlas se referirían a los avances en la construcción de la nave. Era como si perteneciera allí e inexplicablemente, esa actitud la enfureció.

Alec la vio rabiosa, bajo aquella ridícula gorra de lana y en cambio, le respondió a su enfado con una encantadora sonrisa. Caminó hacia ella con pasos grandes y, sin preámbulos, le preguntó:

-¿En qué consiste la apuesta?

Genny alzó el mentón y sin vacilaciones, contestó:

-Sabes muy bien en qué consiste.

-¿Sí? Bueno, es un hecho ya que yo te venceré a pesar de la posible superioridad en velocidad del *Pegaso...*

-¡Shhh! Sabes perfectamente bien que el *Pegaso* es mucho más veloz que cualquier otra embarcación. También sabes que es el hom... digo, la mujer que timonea quien determinará la ganadora.

-Lo sé. Genny, lo sé. De acuerdo. Si yo pierdo, tú lograrás que yo compre el astillero, el cuarenta y nueve por ciento, supongo, pero que deje todos los asuntos comerciales en tus manos. ¿Correcto?

-Correcto.

-Muy bien. Acepto eso, así como también el precio que me propuso tu padre ayer. Te sorprendí, ¿eh? Ahora te diré qué pasará si soy yo el que gana. -Mientras hablaba, tenía la mirada fija en los senos de Genny. Sabía que eso la ponía furiosa, de modo que fabricó la mirada más lasciva de la que fue capaz. Luego hizo una pausa, casi a propósito, consciente de que ella esperaba lo peor. De todas maneras, permaneció en silencio, aparentemente cautivado mientras observaba al jefe Lamb y a su tripulación de ataviadores, quienes a modo de enjambre, jalaban de líneas y líneas de cáñamo hasta que los delgados palos de la nave quedaron rígidamente afirmados en su lugar. El jefe Lamb se mascaba el bigote, meciéndose de adelante hacia atrás, desde su punto de observación en la proa, junto al palo, corroborando la tensión de las cuerdas. Era hombre de pocas palabras, quien aparentemente no tenía problemas en tratar directamente con una mujer. Llamaba a Genny "muchacha", aunque ni él era remotamente escocés ni ella remotamente se comportaba como una muchacha. El jefe Lamb había estudiado a Alec especulativamente, pero no había dicho ni una sola palabra. Por un comentario que Genny hizo después, resultó que el jefe Lamb había conocido a James Paxton desde que ambos eran niños. Por consiguiente, dedujo Alec, allí estaba la razón para tanta lealtad.

-¿Y bien?

Alec la miró.

-Es sorprendente cómo logras que la palabra más insignificante se transforme en una auténtica muestra de mal genio. Ah, mira, ya han colocado la obencadura pesada en el

bauprés. Mi tío solía decir que a un barco había que afinarlo igual que a una guitarra... un poquito más de tensión en los obenques del mastelero de estribor, aflojar otro poquito la cuerda de retén mayor y así sucesivamente.

-¡Alec, voy a darte un coscorrón si no dejas de jugar conmigo!

-Pero es tan placentero. Jugar contigo, digo. Vaya, si mis manos ya se curvan a la forma de tus senos con sólo pensar...

Genny gruñó. Alec tuvo la sospecha de que Genny deseaba tener una maza en la mano para revoleársela por la cabeza.

-Pero, aguarda... Eso no es posible, ¿no? Tú estabas acostada boca arriba, con las manos atadas por encima de la cabeza. Los senos de una mujer no se aprecian en su total capacidad en esa posición y entonces...

Genny le dio un codazo entre las costillas con el mayor disimulo que pudo. Alec rió.

Levantó una mano como para calmar los ánimos.

-Está bien. Me quedaré callado. Seré un hombre serio. -Se asomó por la muy lustrosa baranda de la cubierta de proa.- Si yo gano, quiero dos cosas: la primera, a ti, por voluntad propia, en mi cama. La segunda, el cincuenta y uno por ciento del astillero, lo que implica, mi querido señor Eugene, el control de la empresa.

Alec se complació con las expresiones de absoluto descreimiento y furia que ensombrecieron el rostro de Genny. ¿Serían por la primera o la segunda de sus demandas? Dios, en ese momento, sólo deseaba arrancarle esa ridícula gorra de lana y besarla hasta atontarla y debilitarla; quería... Pensó en las relaciones que había mantenido con Oleah la noche anterior. Cualquiera habría estado convencido de que la jovencita lo habría dejado exhausto. Indudablemente, la mujer había estado muy bien con él, pero allí estaba, erecto a más no poder, por una mujer que se vestía de hombre, con su rostro delgaducho y brilloso bajo el tímido sol de Baltimore, sus pantalones holgados y sin mostrar un solo pelo de su bellísima cabellera, ahora totalmente cubierta por una detestable gorra de lana.

Rápidamente, Alec interrumpió sus pensamientos, diciendo:

-Después que me haga cargo de todo, haré lo imposible por conseguirte un esposo, para que ocupes tu tiempo en cosas que hace toda mujer. Quedarás fuera de los negocios del astillero. Y lejos de todos estos hombres.

.-¡No! ¡Nunca! ¡Y otra cosa, Alec, no quiero un marido! Nunca. ¿Me escuchas? Y deja ya de aconsejarme. Nunca jamás permitiré que un hombre idiota me arruine la vida y me diga lo que tengo que hacer.

-¡Por Dios! ¿Todo eso? Vaya, eres muy definitiva en ciertos aspectos, ¿verdad? Escúchame, señor Eugene. Tu interferencia en el astillero terminará de una manera u otra.

-¡Interferencia! -Fue un alarido, tan apasionado que hasta Alec se sobresaltó.- Este es mi astillero, Alec Carrick, y yo voy a administrarlo. Y tú no dirás ni una palabra...

-Si sigue siendo tu astillero, desaparecerá. ¿Cómo puedes ser tan ciega, Genny? Puedes respetar poco o nada a los hombres, pero ellos son los que administran los negocios y será mejor que lo aceptes. No tienes que estar de acuerdo, pero debes entender que así son las cosas. Puedes merodear detrás de la escena, pero seguir imitando a los hombres, no. ¿Me comprendes?

Genny tenía los puños apretados a los costados de su cuerpo. Se sentía tan frustrada, tan furiosa por la obstinación de Alec, que tenía ganas de llorar. Pero logró hablar con bastante calma, como para despedirlo.

-Correremos esa carrera no bien el *Pegaso* esté terminado. Dentro de una semana y media.

-¿Aceptas la apuesta?

Genny le dirigió una larga mirada, acompañada de un tono de voz excesivamente frío cuando le dijo:

-¿Meterme en tu cama? Sabe, barón, creo que podría hacerlo. Parece que ustedes, los hombres, creen que el sexo es algo tan maravilloso...

-Tú deberías recordar. Tu memoria no es tan pobre ni tan selectiva. Hice que gozaras como cualquier mujer. Cada vez que estés en la cama conmigo, Genny, te ofreceré eso y mucho, mucho más.

Eso le brindó una pausa momentánea.

-Vaya, vaya, barón. Usted sí que cree que es el mejor amante de la civilización...

-Y del mundo incivilizado también, me atrevería a decir.

Genny se encogió de hombros con sorprendente indiferencia.

-Bueno, ¿Por qué no? Soy una mujer, no una jovencita tonta, de modo que puedo hacer lo que se me venga en gana. Si quieres proclamarte como amante maravilloso, ¿quién soy yo para no creerte y renunciar a semejante experiencia? Después de todo, no tendré que someterme al experimento más de una vez...

Alec la interrumpió.

-Genny, mira, soy yo quien deberá ejecutar. De mí, como hombre, es de quien se espera todo. Una mujer, por su... eh... naturaleza, lo máximo que tiene que hacer es acostarse boca arriba, o de costado, o arrodillarse... bueno, ya sabes a qué me refiero.

-Realmente no quiero saber a qué te refieres. Tal como te estaba diciendo antes de que me interrumpieras con tan poca delicadeza, no estoy dispuesta a hacerlo más de una vez. Me resulta tan repelente como antinatural.

Alec rió.

-¿Sabes? No querrás.

-¿Que no querré qué?

-No querrás que te haga el amor sólo una vez. Querrás que te lo haga una y otra vez, Genny y si lo deseas, podemos apostar a eso también. ¿Qué te parece?

-Me parece, odioso patán, ¡que el infierno es un paraíso para ti!

-Haces eso tan bien que te mereces un aplauso, señor Eugene. Ya que tanto me relegas a mi inferior puesto de hombre, debo decir que, en realidad, he cambiado de opinión...

-¡No puedes!

-Todavía no nos estrechamos las manos, señor Eugene. Como imitadora de hombres, debes saber que un trato no es un trato sino hasta que se estrechan debidamente las manos.

-¿En qué cambiaste de opinión?

-En que quiero que te acuestes conmigo ya. ¡Esta misma noche! No quiero esperar hasta que volvamos de Nassau.

-Ah, allí viene Jake... ya lo conociste, creo. Es uno de los hombres que trabaja para el señor Furrings en el taller de velas. Trae a Hallie con él. No quiero que la pequeña esté en medio de todos los aparejadores pululando a bordo. La llevaré a la bodega para que vea la cabina del capitán.

-Será mejor que sepa dónde vivirán los marineros.

-Le mostraré toda la bodega. Yo necesito hablar con Jake, de todas maneras. Hallie puede investigar por allí, mientras yo converso.

-Cuando vuelvas a subir, Genny, quiero una respuesta.

-Morirás joven, barón. Es tu destino. Y en manos de una mujer furiosa, no lo dudo.

-Pero no en las tuyas, mi muchacha. Oh, no, no en las tuyas.

Alec no lo consideró una coincidencia en absoluto. No bien Genny se metió en la bodega con Hallie, el jefe Lamb se bajó desde su aterrador puesto altísimo. Era como si hubiera estado esperando encontrarlo a solas.

-Los palos son lo mejor -dijo el jefe Lamb y escupió tabaco masticado al agua-. América tiene la mejor producción de abetos del mundo. Se hacen los mejores palos y vergas, ¿sabía?

-Leí que guardan los mástiles en agua estancada sucia para que no se críen gusanos en ellos.

-Cierto. Esos gusanos son nuestra ruina. Ya sabe, por supuesto, que cubrimos el roble con una resina, después una capa de fieltro y luego una delgada lámina de pino blanco. El casco que queda bajo la línea del agua se reviste en cobre. Con todo eso protegemos la madera de los gusanos, gracias al buen Señor.

-Por cierto.

-No crea que me meto en cosas que no me importan, pero me preocupo, señor, por lo que pasará con el astillero. James Paxton es mi amigo y su hija también.

-Sí, Genny me comentó que usted siempre había sido un buen amigo de la familia. Uno de los pocos hombres bien dispuestos a trabajar con ella y para ella.

El jefe Lamb, un individuo enjuto, de unos cincuenta años, pareció masticar el concepto junto con su tabaco.

-Sí, la muchacha es inteligente, realmente inteligente en ciertas cosas. Si le presenta algún problema con una cañería de la bomba, o con el ancla, o con la driza, ella sIempre encuentra una solución. Pero no puede fanfarronear, o ser cruda y... bueno, como todos los hombres, ya sabe. Aunque pudiera actuar así, ellos no lo aceptarían. Y si tiene que hacer reproches o insultar, no se queda atrás, pero también los recibe, puede apostar una de sus libras esterlinas a que es lo que más recibe. No sólo de los más prominentes ciudadanos de Baltimore, sino también de muchos de sus propios hombres. La miran como si Genny tuviera que estar tendida de espaldas con las piernas abiertas. Es como que les irrita tener que hacer lo que ella les ordena. No veo la diferencia. Ahora, si no tuviera cerebro, sería diferente.

-Tal como lo dice, parece bastante justo, ¿no? -Alec, sorprendido por el comentario, cerró la boca de inmediato.

-No, no es para nada justo, pero así es el mundo, ¿no? Pobre niña. ¿Usted va a comprar aquí? ¿Se encargará de la supervisión diaria?

-Se hará una especie de trato. El Astillero Paxton no se hundirá. Estamos en medio de las negociaciones.

-La muchacha me da mucha lástima. -El jefe Lamb escupió más tabaco hacia un costado.- No está hecha para andar coqueteando en la casa de ningún hombre. Tampoco me la imagino sentada en la sala de recepción, sirviendo té a unas cuantas mujeres con sus bocas llenas de comida.

-Su padre no la crió como debía -dijo Alec. El jefe Lamb dejó pasar la observación, de modo que Alec pudo continuar-. ¿Realmente cree que nadie compraría el *Pegaso* sólo porque Genny lo construyó?

-Es cierto, señor. Una vez que ese bribón de Boynton fracasó, se corrió la voz de que James Paxton ya no estaba más a cargo de los negocios, sino que era la pequeña Genny. Eso encendió la mecha. En este momento, todos esos caballeros deben de estar sentados en los clubes, fumando sus cigarros y divirtiéndose a costillas de ella, de la machona con pantalones, como seguramente deben de decirle. Y las esposas echan más leña al fuego. Matronas celosas, la mayoría. Para lo único que sirven es para tener bebés y hablar de sus infernales vestidos.

Alec, pensando en Hallie, comentó:

-Me alegra que tengan bebés. El mundo pronto estaría vacío si no nacieran más niños.

-Oh, claro, pero ya sabe a qué me refiero.

-Yo creo que se trata más bien de una cuestión de vengarse a costa propia. El clíper se ha diseñado y construido perfectamente, después de todo. Entonces, ¿a quién le importa si lo hizo una mujer?

-Cierto, pero así son las cosas. Todos buscan a alguien para tomar dé punto por algo. Y en este caso, los pomposos caballeros han escogido a la pobre muchacha para ensañarse con ella.

-Sí, supongo que tiene razón. No se preocupe, jefe. Nada sucederá. Lo juro.

Alec ni se permitió cuestionar su promesa. Se encargaría de que el Astillero Paxton siguiera adelante y con éxito. Simplemente, todavía no sabía cómo lo lograría, ni qué haría con Genny Paxton.

No era justo que la miraran mal o que se rieran de ella. Alec frunció el entrecejo. Muchas cosas no eran justas en esta vida, como el jefe Lamb lo había mencionado. ¿Qué le importaba entonces si esta era otro eslabón en la larga cadena de injusticias? No era ningún héroe para luchar contra el mal, especialmente; cuando no estaba seguro dónde radicaba ese mal.

Aguardó en cubierta, examinando de cerca todo el trabajo de la obencadura. Los palos eran altos y delgados, para nada impecablemente derechos como los de la mayoría de las embarcaciones. De hecho, los mástiles de Genny estaban mucho más inclinados que los de los otros clípers que Alec había visto. También, tenía un rasel muy marcado, a diferencia de su bergantín, cuyo fondo era casi chato para elevarse suavemente con laterales casi rectos.

El clíper de Baltimore era una embarcación que Alec admiraba mucho. Cada vez más con el paso de cada día.

Pensó en los metros y metros de lona que aún estaban cosiendo en aquel taller de velas y en los metros y metros que ya estaban colocados en la obencadura. El *Pegaso* tendría velas mucho más pesadas que su bergantín, una nave un tercio más grande que el clíper y al mismo tiempo, con un estay muy liviano. Tomaría el viento de frente y no habría peso que la trajera hacia atrás ni que redujera su velocidad.

A diferencia de su bergantín, el *Pegaso* no tenía desórdenes en cubierta. Se las veía libres, vastas, apenas por encima de la superficie del agua. Alec imaginó que durante las tormentas, las olas la bañarían sin dificultad, con el franco bordo tan bajo. Pero de nuevo, el punto resaltante era su velocidad, nada más. Un diseño perfecto, sin lugar a dudas.

Alec salió de su sopor apreciativo al escuchar a su hija que lo llamaba:

-¡Papá! ¡Papá! ¡Es maravilloso y muy fresco el taller de velas! ¡Y todos los hombres se sientan a contar historias mientras cosen las lonas! Usan tring... trang...

-Agujas triangulares -colaboró Genny entre risas.

-Sí, agujas triangulares y guantes palmares.

-¿Palmeras? ¿Me has traído algún coco, calabacita?

-¡Oh, papá, no son árboles! Son pedacitos de cuero que te pones en las palmas, de la mano, papá... y bueno, te protegen de los pinchazos.

-Ah, una excelente idea. -Alec acarició el cabello de Hallie y agradeció a Jake por haber cuidado de su hija.

-Es una pequeñita muy inteligente -dijo Jake-. Terriblemente inteligente. Tanto, que me asusta.

-No se parece a su padre -dijo Genny por lo bajo, aunque no tanto, pues Alec alcanzó a escucharla.

Alec no dijo ni una palabra. Miró a Genny y ella a él. Finalmente se encogió de hombros, saludó a todos y levantó a Hallie en sus brazos.

-¿Dónde vamos, papá?

-A Fountain Inn, a saborear un delicioso almuerzo con la señora Swindel. Creo que el dueño, el señor Barney, está enamorado de ti. De ser por él, yo podría desaparecer pues le daría igual.

-Oh, papá, la señora Swindel odia toda la comida que sirven allí. Dice que la carpa tiene gusto a nabo pasado y...

-Dios, ¿entonces qué te parece comer pez espada?

-Quiero conocer a la señora Swindel -dijo Genny.

-¿A una mujer del mismo temperamento que tú?

-¿Podemos cenar contigo? -preguntó la ingeniosa hijita de Alec.

-Bueno, por supuesto. Tú ve a sufrir con tus nabos pasados mientras yo le pido a Lannie que te prepare unas espinacas frescas.

-¡Puaj! -Hallie gritaba y reía y reía mientras su padre se la llevaba del *Pegaso.*

Una vez que Alec estuvo en el muelle, se volvió y dijo en voz baja:

-Quiero mi respuesta esta noche, señor Eugene. De lo contrario, no habrá apuesta. Tu tiempo se acaba.

Genny no dijo ni una palabra. Sabía perfectamente que el jefe Lamb estaba mirándola, que Jake estaba presente y que el repulsivo Minter hacía una de sus sonrisitas socarronas.

"Soy tu jefa -quiso decirle-. ¡No una golfa para que tú mires embobado!"

-Oh, rayos -exclamó y salió corriendo hacia la bodega, rumbo a la cabina del capitán, adonde pertenecía.

Esa tarde, cuando Genny regresó del astillero, Alec, Hallie y la inestimable señora Swindel ya se habían mudado a la casa.

-Hola -dijo Genny, estrechándole la mano a la mujer mayor, quien estaba de pie junto a las escaleras-. Usted es la señora Swindel.

-Sí, soy yo. Y usted es, bueno, por lo que aparenta, una joven mujer. Su Alteza dijo que usted está bastante fuera de lo común y creo que en este caso no se equivocó.

Y para el asombro de Genny, la mujer le aceptó la mano extendida y se la sacudió calurosamente.

-Gracias -dijo ella-. ¿Cenará con nosotros?

-Por supuesto que no. Yo soy la niñera de Hallie. No sería apropiado. Por otra parte, saldré a cenar con el doctor Pruitt.

-Oh, entiendo. Bueno, espero que todo esté bien, señora Swindel y no dude en pedir a Moses cualquier cosa que precise.

-Ya le he pedido a Gracie, quien, si no se ofende, señorita que yo le diga esto, me parece una sombra que no sabe desenvolverse por sí sola. Es indecisa y me dijo que Moses sabe todo.

-Gracie no ha estado muy bien -saltó Genny automáticamente a la defensiva. Gracie había trabajado para su familia desde que ella tenía siete años-. Tiene pensado marcharse pronto para irse a vivir con su hermana, en Annapolis.

-Ah, es lo que corresponde -dijo Eleanor Swindel con voz apagada.

Pobre Gracie, pensó Genny, mientras observaba a la señora Swindel alejarse. Allí se marchaba una mujer de firmes decisiones. Levantó la vista y vio a Gracie Limmer que ingresaba al comedor. Genny le sonrió.

-¿Te sientes mejor?

-Mucho mejor -dijo Gracie-. Su compañía es muy agradable, señorita Genny. Esa señora Swindel sí que sabe lo que quiere y se hará cargo de todo. -Inspiró profundamente y dijo: - ¡Le avisé a su padre que mañana me marcharé!

Genny la miró fijamente, la abrazó y finalmente le deseó todo lo mejor. Realmente no fue una sorpresa la partida de la muchacha. En los últimos meses no había sido más que un cero a la izquierda. Había llegado la hora de hacer un cambio. Y ese cambio estaba llamando a su puerta.

-Bien hecho, milord -escuchó Genny más tarde a la señora Swindel que hablaba con un Alec ausente, mientras bajaba las escaleras de la entrada. Sonrió. Sin duda, la excéntrica señora Swindel resultaría un personaje divertido. Y contrariamente a su experiencia personal, la señora Swindel aprobaba la apariencia masculina de su anfitriona.

Genny estaba sonriendo cuando entró a su recámara. ¿De modo que salgo de lo común, Alec? ¿Qué significaría eso?

Genny se detestó cada minuto que utilizó para acicalarse, pero cuando salió de su cuarto, estaba bellísima. Llevaba un vestido de noche, de seda marfil y amarillo pálido, con un escote bajo y redondeado y una cinta angosta de satén, también en amarillo, debajo del busto. Se había trenzado el cabello, formando una coronilla sobre la cabeza y de allí caían innumerables ricitos sobre la nuca y el rostro. Hasta llevaba el collar de amatista de su madre, en un tono púrpura opaco, que por alguna razón, tornaba sus ojos color verde oscuros.

La puerta de la sala de recepción estaba abierta. Genny se detuvo al ver a Alec. No era justo, pensó, no deseando entrar. Alec era tan hermoso, que ella al lado de él parecía una harapienta. Tenía ropa formal, todo de blanco y negro, con su piel muy bronceada y su cabellera tan rubia. Se lo veía mucho más apuesto que el príncipe azul de las historias que Genny tantas veces había leído cuando niña. Pasaron varios minutos antes de que pudiera quitarle los ojos de encima para mirar a la pequeña Hallie. Llevaba otro de los vestiditos de muselina bordados y estaba sentada junto a James Paxton, mientras charlaba sin parar de todo lo que había visto. El cabello de Hallie, tan rubio y brillante como el de su padre, también estaba cuidadosamente cepillado y sus ojos azules, idénticos a los de Alec, brillaban resplandecientes. La niña no sólo era hermosa físicamente hablando sino también, asombrosamente precoz. Genny suponía que aquello se debía a que siempre había estado rodeada por adultos, en sus cortos cinco añitos de vida.

Por eso, o porque heredaba el cerebro de su madre. Y la belleza de su padre.

Genny se obligó a saludar con la mayor alegría que pudo, mientras ingresaba a la sala.

-Buenas noches. Bienvenidos a nuestra casa, Hallie, barón.

Alec silbó despacito.

-Por Dios, señor Eugene -le dijo, mientras tomaba su mano en la de él-. Creo que estás tan hermosa con ropa como sin ella.

-¡Shhh!

-¿Qué, papá?

-Genny sólo está dándome la bienvenida, calabacita. Sé cómo vestirte, Genny, indudablemente. Y cómo desvestirte -agregó, bajando la voz considerablemente. Sin pausa, Alec dijo a James: - ¿Qué opina usted, señor? ¿No parece una nueva Venus, una verdadera diosa de Baltimore?

James estaba llamativamente callado, sólo mirando a su hija. Dijo con una voz casi asombrada:

-No me había dado cuenta de cómo te pareces a tu querida madre. Hermosa, Genny, simplemente hermosa.

-Bueno, papá, una de las más altas autoridades me ha calificado como que salgo de lo común.

-¿Y eso qué quiere decir? -preguntó Hallie.

-Quiere decir -respondió Alec, sin quitar sus ojos de Genny- que la señorita Paxton no es una copia de todas las mujeres de Baltimore. Ella es original.

¿Por qué tenía que hablar como si la admirara? Bueno, mentía. Eso era todo. Sólo quería que se acostara con él para despojarla de su virtud.

Desgraciadamente, ella también quería que él la despojara de su virtud. Genny se quedó perpleja ante su innegable anhelo. Nunca había pensado en el sexo con tanta vehemencia sino hasta la llegada de Alec. Con sólo mirarlo, había aprendido a tomar

conciencia de su cuerpo, de cada centímetro de su piel, de sus senos, de aquel lugar tan secreto entre sus piernas. Alec la miraba en ese momento y no había expresiones serias en sus ojos azules. Sólo picardía y una endiablada dosis de perversidad. Alec sabía en qué pensaba Genny.

Genny luchó por esbozar una sonrisa que toda anfitriona educada debe obsequiar hasta a los invitados más desagradables.

-Creo que la cena ya está lista.

-Señor Moses -exclamó Hallie corriendo en dirección a él con los brazos abiertos.

Moses la levantó en sus brazos.

-Qué pequeñita bonita que es usté', señorita Hallie. Qué lindo vestido, sí... ¿Su papá se lo eligió?

-Oh, sí, y el de Genny también.

Alec supuso que tendría que advertirle a su hija que no debía echarse en los brazos de un mayordomo, pero notó el placer en los ojos del hombre mayor y la evidente alegría en el rostro de Hallie. La escuchó hablar con Moses de las cosas que le habían sucedido ese día.

-Oh, sí, Moses. La señora Swindel dijo nabos pasados. Y Genny dijo que nos serviría espinacas frescas. ¿Qué dijo Lannie de eso?

Moses, un hombre de gran corazón, rió con Hallie. Alec se volvió hacia James, ignorando completamente a Genny.

-¿Señor? -Le ofreció el brazo, que James aceptó de muy buen grado. Genny rápidamente corrió a tomarle el otro brazo.

-Demonios, estoy tan cansado -dijo James y rápidamente agregó a su hija-. Un día muy largo y agitado, Genny. Es todo.

James no debió haber bajado a cenar, pensó Alec, pero no hizo comentarios al respecto.

Era medianoche. La casa estaba en silencio y Alec estaba sentado en su cama, leyendo un aburrido tratado de Edmund Burke. Era una noche fría y un débil fuego aún ardía en la chimenea.

Dejó el libro, suspiró y se reclinó contra el respaldo de la cama. La vida se le había complicado. Repentina e irrevocablemente, lo sabía, por una mujer soltera que ni siquiera era inglesa.

Nunca debió haber ido a Baltimore para responder a la carta del señor Eugene Paxton. Había sido un tonto y ahora tenía la vida atrapada en la de ellos y ellos en la de él. No veía escapatoria. Aunque tampoco la quería.

Lo que quería era a Genny. La deseaba mucho más de lo que había deseado a cualquier otra mujer en toda su vida. Esperaba que sólo fuera un sentimiento físico. Podría haberlo solucionado fácilmente de haber sido así. Pero no lo era. Lo aceptó. No tenía ningún sentido, pero era cierto. No hacía otra cosa más que imaginarla embarazada con un hijo de él. Rayos. No quería eso. No después de la muerte de Nesta. No quería una familia, un hogar, que lo domesticaran y lo obligaran a quedarse sentado en la sala de estar por las noches, envejeciendo día a día y atado por las obligaciones.

Meneó la cabeza contra las almohadas de la cama. Antes no quería todo eso, pero ahora sí. Esos malditos ojos verdes... Y ahora, entre todas las locuras, estaba Genny, aquella mujer perversa, que odiaba el concepto de hogar, de un esposo que la dominara y le dijera qué tenía que hacer. No, ella quería ser libre... pero aquella tontita no era para nada libre;

cualquier hombre que tuviera dos dedos de frente podría darse cuenta de ello. Quería crear, construir, lograr, viajar y ver las cosas que cualquiera podría soñar ver.

Eso no era correcto, simplemente. No obedecía al orden natural de las cosas. No era la costumbre de una mujer dominar al hombre y tampoco lo contrario. Pero al mismo tiempo, desgraciadamente, Alec se imaginó en la misma sala de estar con Genny, hablando, discutiendo, oh, sí, discutiendo de muchas cosas y después... haciendo el amor. Imaginó a los hijos de ambos y una vida forjada alrededor de una casa y esa casa tendría un significado muy importante para ambos. Tanto, que ninguno se atrevería a quebrantarla.

No volvió la cabeza cuando escuchó que la puerta de su cuarto se abría silenciosamente. Simplemente se quedó con la vista fija hacia adelante, el corazón a toda velocidad y todo su cuerpo tenso anticipándose a lo que vendría.

-Alec.

-Hola, Genny. Viniste. Esperaba que vinieras.

-Sí. Vi... ¿No puedes mirarme?

Giró la cabeza y le sonrió. Tenía puesto un camisón. Parecía una carpa. La tela era de algodón blanco y le cubría desde el mentón hasta la punta de los pies.

-Pareces una virgen vestal. Una virgen vestal bastante añosa. ¿Pero quién soy yo para juzgar?

Genny lo escuchó burlarse, pero estaba demasiado nerviosa como para notarlo. Se había convencido de que Bedlam era el sitio para ella. Pero también estaba decidida. Muy dispuesta. Alec no se quedaría en Baltimore, no un hombre como el barón. Muy pronto habría de partir y así ella se perdería la oportunidad de conocer todas las cosas que pueden suceder entre un hombre y una mujer. No podía imaginarse mirando siquiera a otro hombre, después de haber conocido a Alec.

-Esta noche te escapaste sin comunicarme al menos tu decisión. Me alegra que hayas venido a comunicármela personalmente.

-Quiero que me hagas el amor.

-¡Ah! Pensé que a lo mejor querías que te sirviera una taza de té. -Vio los dilatados ojos de la joven y rápidamente, levantó apenas las mantas de su cama.- Ven aquí, Genny.

Estaba desnudo, con el miembro erecto, hinchado y latiendo.

Genny caminó lentamente hacia la cama y se detuvo. Recorrió el reseco labio inferior con la punta de la lengua.

-Alec, ¿puedo verte?

-¿Mi cuerpo, quieres decir?

-Sí, nunca antes he visto a ningún hombre.

-¿Quieres que me levante y desfile frente a ti o simplemente podemos hacer las cosas naturalmente?

-¿Qué quieres decir con eso de naturalmente?

-Ven aquí y hablemos de ello.

Genny miró las mantas levantadas. Sabía que si se metía en la cama con él todo terminaría.

-¿Quieres que me quite el camisón?

Genny parecía aterrorizada.

-Todavía no. Quiero que lo hagas naturalmente, cuando llegue el momento. Ven aquí, Genny.

12

Genny levantó las manos y mantuvo la vista fija en aquella sábana levantada.

-¿Te gustaría sentarte aquí? -Alec bajó la sábana y palmeó la cama junto a él.- Podríamos charlar, si lo prefieres, de cómo las musulmanas se cubren el cuerpo y la cara cada vez que se exhiben en público.

Alec parecía muy divertido, en extremo divertido, pues dominaba la situación. Genny deseó tener el aplomo suficiente como para aplastarlo con una palabra, o un gesto o algo.

En cambio, sólo se sentó a su lado, con las manos prolijamente ubicadas sobre la falda y sin tocar siquiera el piso con las puntas de sus pies descalzos. Se sentía como una niña, o peor, como una tonta. No debió haber ido. Había perdido la razón, la línea y todo con la esperanza de perder su virginidad.

-No quiero hablar de esas cosas.

-¿Qué sugieres?

Levantó la mirada para verlo.

-¿De verdad dejarías sin efecto la apuesta si me niego a que me hagas el amor?

-Naturalmente. Dije que lo haría, ¿no?

Genny tragó saliva.

-Siempre es mucho más sencillo planear hacer las cosas que hacerlas efectivamente, ¿verdad? ¿Eh, señor Eugene?

-Realmente estaba convencida cuando entré aquí -dio Genny, con los ojos fijos en la blanca almohada que él tenía sobre su hombro derecho, casi desnudo, igual que su pecho. Quería mirarlo hasta el hartazgo, aunque eso sucedería en cincuenta años más, tocarlo y besarlo. Inhaló profundamente.

-De acuerdo. Estoy lista ahora.

Alec le sonrió. Pero le dolía sonreír, tanto como su pene, que lo tenía casi acalambrado. Algo en su interior le producía comezón, ansias y al mismo tiempo una sensación dulce y satisfactoria.

-No tienes obligación, Genny.

Genny lo miró directamente a los ojos.

-¿Qué? ¿Ya no me deseas? ¿Crees que no soy... bueno, que no soy atractiva? Ya sé que piensas que mi camisón es enorme e insulso, pero no tengo otro, como el que seguramente debe de tener Laura Salmon.

-Sí, eres atractiva... vaya palabrita. Y no, tu camisón te queda bien. -El se rió, pero ella estaba demasiado nerviosa como para reírse. Se dedicó a hacer pliegues con el algodón de su camisón.- No, mi querida. Simplemente se trata de que algo tarde, aunque a tiempo todavía, me he dado cuenta de que soy un caballero. Y un caballero no se acuesta con la hija de un hombre al que aprecia y menos en una casa donde es huésped.

-Suena muy noble, Alec, pero no es cierto. No eres tú quien está seduciendo, sino yo.- Y se arrojó contra su pecho, lo tomó por los hombros y lo besó. La primera vez, no acertó, pero la segunda, llegó muy cerca de su boca.

Alec estaba riéndose. Le tomó los brazos, tratando de quitársela de encima, pero en el instante en que la boca de Genny tocó la de él, se dio cuenta de que no podría mantener por mucho tiempo la lógica de un hombre adulto. Era suave y dulce.

-Genny -le dijo dentro de la boca y la sintió tensarse contra él excitada.

Alec inundó sus manos con la suave cabellera de Genny, masajeándole la espalda y sin abandonar sus labios ni por un momento. Tenía los labios apretados como una adolescente, que lo era, en cierto modo, pero a él no le importó. Imaginó sus próximos cincuenta años saboreando aquella boca y presionó aun más. Lenta, muy lentamente, le echó el cabello hacia atrás y la alejó delicadamente. Genny estaba encima de él con los ojos desmesuradamente abiertos, sorprendidos y ahora, un poco decepcionados también.

-Por favor, Alec.

-No, amor, lo lamento. Realmente te hablé en serio. No puedo hacerle esto a tu padre. Él confía en ti y en mí, espero, todavía no he perdido completamente el honor. ¿Quieres gozar? Sí, eso es lo que haremos. Ven aquí.

Genny sabía qué significaba gozar en términos de Alec. Representaba estar completamente desnuda frente a él, para que la mirase, para que la volviera loca. Pero durante todo este proceso, él sería un mero espectador, no participaría activamente y la muchacha no deseaba eso. No esta vez.

Sintió que le desabrochaba los botones del camisón. Hubiera querido decirle que se detuviera, pero todo lo que logró hacer fue poner la mano sobre la de él. Alec le sonrió.

-Tranquila, Genny.

El camisón se abrió y Alec liberó sus senos de aquel confín.

-Encantadores. -Alec se sentó en la cama y la sentó a ella sobre su falda. Genny se reclinó sobre el ángulo que formaba el brazo derecho de él, desnuda hasta la cintura, pero aparentemente, para Alec no bastaba eso. Lenta, muy lentamente, le tocó el pezón con el índice. Cerró los ojos al sentirla y sólo los abrió cuando ella suspiró.

-Oh, cariño.

-Es maravilloso, ¿no? Dame la mano. Quiero que tú también lo sientas.

Genny sintió que él le levantaba la mano y se la llevaba hacia su seno.

-Me siento a mí misma.

Alec rió y la acarició otra vez. Para su placer y para incomodidad de Genny, ella gimió.

-Está bien, Genny. Se supone que debes disfrutar todo lo que te hago. Tu única responsabilidad es confesarme siempre qué es lo que te gusta.

-Quiero tocarte.

Ante aquellas palabras inesperadas, Alec volvió a experimentar aquel dolor evasivo y tan satisfactorio.

-De acuerdo.

Genny extendió los dedos y deslizó la mano por el pecho y hombros de Alec. Un vello dorado cubría las firmes carnes del hombre, aunque no había ninguna musculatura exagerada.

-Ningún hombre puede ser como tú -dijo ella, y él le creyó, disfrutando de la honestidad de sus palabras, y de la erótica dulzura de sus caricias.

La besó otra vez. Le tomó un pecho y lo elevó. Luego presionó para sentirle los latidos del corazón. La atrajo otra vez contra sí y descendió la mano, para detenerse justamente debajo del ombligo, sobre el blanquísimo vientre.

Genny temblaba. Sus besos se habían suspendido momentáneamente pues toda su concentración se centralizaba debajo de su cintura, exactamente en el sitio donde estaban los dedos de él.

-Alec -dijo ella y él supo que ella deseaba, que añoraba, no tanto como él, pero mucho, demasiado.

-Está bien -dijo él y sus dedos se confundieron en los vellos de su pubis, mirándola directamente a los ojos-. Suave, Genny, eres tan suave. -Genny abrió más los ojos y Alec comenzó a mover los dedos con un ritmo muy suave.

-Una sensación maravillosa, ¿no? Así como a los hombres nos encanta entrar en las mujeres, pues allí hallamos más placer del que nos merecemos, tú encierras tus sentimientos aquí, Genny. Se trata de un pequeño tesorito, casi escondido, que puede volverte bellamente salvaje. ¿Recuerdas la otra noche, Genny? ¿Recuerdas cómo gritabas y te presionabas contra mí hasta que todo estalló y fue tu cuerpo quien dominó la situación?

-Lo recuerdo -contestó ella, sorprendida de que las palabras aún existieran en su mente.

-Ahora quiero acariciarte con la boca. Tú también, ¿no?

-No, Alec. No es posible que hagas eso... pero... oh, por favor, por favor...

Genny estaba temblando y las caderas se mecían contra los dedos de él.

-No es que yo... -Alec jamás recordaría lo que quería decirle pues en ese momento escuchó a Moses gritando:

-¡Oh, Dios! ¡Señorita Genny! ¡Barón! ¡Oh, Dios, vengan pronto! Oh...

Alec levantó a Genny para sacarla de su falda. Salió al instante de la cama y se colocó su ropa de noche. Sintió que ella, a sus espaldas, se acomodaba el camisón y prendía los botones.

Se escucharon golpes desesperados en la puerta y repentinamente, Moses la abrió y se metió sin aviso previo.

-Apúrese, señó'. ¡Es el patrón! Oh, Dios, señorita Genny...

Alec lo empujó al pasar junto a él y Genny corrió detrás sin demoras. Tomaron por el corredor para llegar al cuarto principal. Sólo había una vela encendida junto a la cama. Inmediatamente, Alec se dio cuenta de que James Paxton había fallecido.

Se puso de pie junto a la cama, sintiendo el dolor de la sorpresa, el dolor por la muerte de James. Tenía los ojos cerrados y una expresión de paz en el rostro. Había muerto mientras dormía; un deceso tranquilo. Se agachó y suavemente colocó los dedos en el cuello de James. Por supuesto, no había latidos...

-¿Papá?

-Se ha ido, Genny. Lo lamento. -Alec se volvió y vio a Moses al pie de la cama de su patrón muerto. No dejaba de mirarlo.

-Vine a verlo, señó'. No I'uago siempre, pero había una cosa que me daba vueltas y subí. Esta noche estaba tan cansado, que me preocupé. Vine y estaba muerto.

Genny pasó junto a Alec para sentarse en la cama de su padre. Le tomó la mano y se la llevó a los labios.

-El corazón, Genny. Indudablemente, fue el corazón. Pero murió mientras dormía, una muerte sin sufrimientos.

-Sí -dijo ella, aún mirando el rostro de su padre.

-¿Papá?

Alec se volvió y vio a Hallie parada en la puerta del cuarto, en camisón, descalza y con su bergantín de juguete debajo del brazo izquierdo.

-Aguarda un momento, Hallie. Moses, mande llamar al médico. Él sabrá qué hacer.

-Sí, señó'.

-Enseguida vuelvo, Genny. Atenderé a Hallie. -Alec tomó a su hija entre sus brazos y la llevó fuera del cuarto.

Genny murmuró en voz muy baja:

-Lo lamento, papá, de verdad lo lamento. Alec dijo que tuviste una muerte tranquila. Espero que sea cierto. Te amaba tanto. Y ahora me encuentro sola. Ni siquiera estuve aquí cuando te llegó el momento. Estaba desparramada en la falda de un hombre, con sus dedos en mi cuerpo, mientras tú te morías solo en este cuarto.

Las palabras fueron casi inaudibles, pero Alec las escuchó. Hizo una pausa, sin moverse. Observó a Genny inclinarse y apoyar su cara en el pecho del padre. No lloró. Simplemente se quedó tendida allí.

Alec la dejó sola.

Al funeral de James Paxton asistieron más de cien habitantes de Baltimore, de todos los estratos sociales, desde ex marineros hasta los Gwenn; los Warfield, los Winchester y

Laura Salmon. El tiempo no cooperó. Hacía frío y lloviznaba. Del sol, ni rastros. Alec estaba de pie junto a Genny, con la mano debajo de su codo, aunque ella no precisaba apoyo. Ni se movía. Tenía la vista fija al frente, la espalda rígida y aparentemente ignoraba a todos los presentes.

Alec no había permitido que Hallie concurriera. En realidad, la niña no comprendía muy bien qué había sucedido. Sólo que el señor James se había ido al cielo, igual que su mamá. Tanto ella como la señora Swindel permanecieron en la mansión Paxton.

Eso era otra cosa que Alec tendría que resolver, pensó, mientras se esforzaba por concentrarse en el reverendo Murray, ministro de la Iglesia Episcopal St. Paul. Era un hombre elegante, con el rostro curtido por el bronceado de años y años. Su panegírico fue conmovedor. Según expresó con su voz suave y modulada, había conocido a James Paxton desde que ambos eran muy jóvenes, mientras pescaban en North Point. Hizo mención de la labor de James en el crecimiento de Baltimore, de la creación de la primera goleta clíper, *El Galileo* en 1785, de la resistencia que opuso a los británicos, en septiembre de 1814, durante la Batalla de Baltimore. James había estado en Fort McHenry durante el bombardeo alentando a los hombres a que mantuvieran la calma. Había sido un héroe, un hombre a quien él, el reverendo Murray, se había enorgullecido conocer. Su única descendiente era su hija, Eugenia Paxton. Amén.

Genny ni se movió durante el panegírico. Alec rogó para que hiciera algo, cualquier cosa, que demostrara que estaba pensando, que estaba sintiendo. Lo que fuera. Vio que Laura Salmon estaba mirándolo y tuvo que sonreírle.

Después de la ceremonia, permaneció junto a la muchacha, mientras recibía las condolencias de decenas y decenas de personas. Y recordó aquel día, cinco años atrás, cuando era él quien aceptaba el pésame de la gente, en un estado de conmoción, sin saber para qué.

Llevó a Genny de regreso a su casa y se quedó a su lado otra vez, pues la gente había ido a comer y a hablar en voz baja, ofreciendo más y más condolencias. Genny estaba serena, controlando sus emociones. Pero no estaba allí. Alec se preguntó si él habría actuado de la misma manera después del funeral de Nesta.

Aunque pareciera extraño, fue la señora Swindel quien se encargó de todo. Gracie Limmer decidió quedarse, sólo por una semana más, según sus propias palabras, pero delegó responsabilidades en la señora Swindel. Lannie había preparado comida suficiente como para satisfacer a medio Baltimore. Era prácticamente el atardecer cuando el último de los visitantes decidió marcharse.

Todos, a excepción del señor Daniel Raymond.

-Si no opina lo contrario, señorita Genny, debo proceder a leer el testamento de su padre.

Alec estuvo a punto de protestar, pues consideraba que no era el momento apropiado, pero Genny sólo asintió con la cabeza, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la pequeña biblioteca que estaba en el extremo este de la casa.

-¿Viene usted también, milord?

Alec lo miró sorprendido.

-No veo en qué pueda concernirme a mí, señor Raymond.

-Pues sí, milord. Verá...

-Muy bien. Diga lo que debe, pero hágalo frente a la señorita Paxton.

Genny observó a Daniel Raymond ingresar en la biblioteca y Alec tras él. ¿Qué hacía Alec allí? En realidad, no importaba. No en ese momento. Nada importaba ya. Genny hizo un gesto para que se sentara al escritorio de su padre.

-Señorita Paxton -dijo Daniel Raymond mientras se sentaba-. Su padre hizo un nuevo testamento.

-¿Cómo dijo?

-Un nuevo testamento, señorita Paxton. Hace sólo cinco días.

-No entiendo...

-Léanos el testamento -interrumpió Alec. ¿Por qué parecía tan enojado?, se preguntaba Genny, mirando su rostro serio antes de volver la atención al señor Raymond.

-Muy bien, milord. Hay legados para los sirvientes. Los más importantes son de quinientos dólares para Moses y trescientos para la señora Limmer. Como usted sabe, señorita Paxton, Moses es esclavo. El señor Paxton estipuló que, a su muerte, Moses sea liberado. Su padre pensó que Moses podría seguir trabajando en la casa. -Raymond hizo una pausa. Alec pensó que se preparaba para algo desagradable. Simplemente lo intuía. ¡Maldito James Paxton!

-Señorita Paxton, su padre pidió específicamente que se le aclarase que todo esto lo hizo por su bien. Usted ha quedado sola, sin familiares, sin protección masculina. Ella amaba y se preocupaba por su futuro, porque lograra un porvenir seguro.

-Sí -dijo Genny solamente. Por Dios, pensó Alec. No se mostraba interesada ni en lo más mínimo.

El señor Raymond carraspeó y dirigió una agónica mirada a Alec.

-El señor Paxton deja el Astillero Paxton a Alec Carrick, barón de Sherard, bajo la condición de que él despose a la señorita Paxton en un plazo de treinta días posteriores a su deceso. En el caso de que el barón de Sherard no acepte, o usted, señorita Paxton, no acepte, se procederá entonces a la venta del astillero a cualquier otra persona que no sea el barón y usted, Genny, recibirá el precio de dicha venta.

Genny sólo lo miró.

-Entienda, señorita Paxton -agregó Raymond, bastante desesperado-. Su padre sabía que usted no podría seguir administrando sola el astillero, pues de lo contrario, lo perdería todo. Sólo deseaba protegerla. No quería que conociera la pobreza.

-Gracias, señor Raymond. Ahora lo comprendo perfectamente. -Genny se puso de pie mientras hablaba y extendió la mano al desolado abogado. El se la estrechó por pura tradición.

-¿No tiene ninguna pregunta, señorita Paxton?

Ella meneó la cabeza y salió de la biblioteca, sin mirar siquiera a Alec. Se veía espantosa con aquel vestido negro de bombasí. La hacía muy delgada y además le quedaba demasiado corto. Alec lo detestó.

-Milord, seguramente usted tendrá preguntas...

Alec se sentía derrotado, enojado, dispuesto a pelear. Se controló, sin embargo. Después de todo, el abogado no tenía la culpa.

-El hombre a quien tendría que haberle hecho esas preguntas está muerto, señor. Por favor, déjeme una copia de ese testamento porque quiero revisarlo. Gracias por venir, señor. Oh, incidentalmente, tengo una pregunta para hacer. ¿Son treinta días a partir de la muerte del señor Paxton o a partir de su funeral?

El señor Raymond estudió las páginas delicadamente escritas y contestó:

-A partir de la fecha de su muerte, señor.

-De modo que nos quedan veintisiete días. Gracias nuevamente, señor Raymond. Le acompañaré hasta la salida.

Casi cinco años habían transcurrido desde la muerte de Nesta. Cinco años durante los cuales Alec no había considerado, ni siquiera una sola vez, volver a casarse. Al menos, no seriamente. Recordó a María Córdoba Sánchez, de Madrid, una condesa viuda, muy rica, si la memoria no le fallaba, que se había acostado con él con gran entusiasmo, para demostrarle habilidades que él jamás había experimentado. Después arrullaba y hacía exclamaciones sobre Hallie, por entonces, apenas una beba, hasta que la pequeñita le vomitó el mejor vestido que tenía. Alec sonrió ante aquel recuerdo. María nunca más volvió a arrullar a nadie.

No, no había querido desposar a la condesa. No había querido casarse con nadie.

¿Qué iba a hacer con Genny? James había redactado aquel testamento para responsabilizar a Alec de tal manera que lo hiciera sentir atado de pies y manos. Como mínimo. Reconocía que Genny no podía heredar el astillero, pues de ser así, se quedaría en la calle en pocos meses. Se lo había servido todo a Alec en bandeja de plata: el astillero y una hija muy mal predispuesta.

¿Qué hacer? Genny parecía un fantasma, encerrada en sí misma; apartada de él y de todo el mundo desde la muerte de su padre. Hizo una mueca al recordar la confesión que le hiciera la joven a su padre ya muerto. La culpa de Genny debía de exceder todo límite. Se arrepentía de haber tomado parte en ello, pero así había sucedido: Genny había estado en su cama y ya nada podía hacerse al respecto.

¿Por qué no casarse con ella? Alec se rió de sí mismo. Un hombre estaba presionándolo, desde su tumba y a pesar de ello, Alec no estaba enfadado. Decidió hablar con Hallie.

Halló a su hija en su cuarto, en el segundo piso, en el sector este de la casa. Hallie, una personita independiente y autosuficiente, estaba sentada en el piso, con las piernas cruzadas, ocupada con sus barquitos para armar.

-Hallie -la llamó él con suavidad, para no asustarla.

La niña alzó la vista y le regaló una de sus compradoras sonrisas.

-Hola, papá. ¿Genny se encuentra bien? Está tan pálida y tan triste.

-Está bien, calabacita. -Se sentó en el piso, junto a su hija y tomó un barquito, un bergantín, con catorce armas de fuego.

-Es francés, papá. Se llama *Eglantine.* Se hundió en Gibraltar, en 1804.

-Es cierto -corroboró Alec, ausente. Apoyó el bergantín en el piso-. Hallie, me gustaría hablar contigo sobre Genny.

La niña inclinó la cabeza hacia un lado.

Era una niña tan inteligente.

-Hoy me han leído el testamento del señor Paxton. Bueno... él ha complicado bastante las cosas, pero básicamente, quiere que me case con Genny. Ella no tiene a nadie. Ningún familiar, ¿sabes? Yo quería saber qué te parece a ti la idea.

-¿Tienes que casarte con ella?

Alec meneó la cabeza.

-Bien -dijo Hallie y tomó otro barco en miniatura, una fragata inglesa, el *Halcyon.*

-¿Bien qué?

-No estaría bien que te sientas obligado a casarte con ella. Tienes que querer casarte con Genny.

-¿Y tú quieres que yo me case con Genny?

-Me gusta ella. ¿Me dará hermanas y hermanos?

-Probablemente. A mí me agradaría.

-Ella se siente muy mal ahora, papá.

-Lo sé, Hallie. Lo sé. Y nosotros tenemos que ayudarla. Hacerla sentir mejor.

-¿Crees que le gustaría ver mi colección?

-Me parece que le gustaría, sí.

Alec comió solo en el comedor de los Paxton. Era como si fuera el dueño de todo ahora, sentado allí, con todo el esplendor. Se sentía extraño. Moses estaba de pie, muy

deferente, junto a la puerta que conducía a la cocina, dispuesto a traer cualquier cosa que Alec le solicitara.

Le habían comunicado que Genny había ordenado que le subieran una bandeja a su cuarto. Alec probó un bocado de liebre a la cacerola. No estaba mal. Quizás estaba un poquito excedida en pimienta, pero de todas maneras, tenía buen sabor. Colocó su tenedor junto al cuchillo, sobre un costado del plato. No tenía apetito. Y al ver el vino, decidió que tampoco tenía sed.

-¿La señorita Genny cenó?

-Sí, señó'. Lannie le subió una bandeja.

-Pronto la veré. -Suspiró.- Tenemos un problema, Moses.

-Sí, señó'. La señorita Genny, señó', bueno, ella es dura como una piedra, pero su papá era todo lo que tenía. Fue un golpe duro para ella, señó'.

-Lo sé. Creo que subiré a verla ahora. Si se escucha romper platos... no importa, Moses.

-Sí, seño'.

Cinco minutos después, Alec se detuvo frente a la puerta del cuarto de Genny. Levantó la mano para golpear y luego la bajó. Ella estaba llorando. Llegó a escuchar sus sollozos y se le partió el corazón. No había llorado desde la muerte de su padre, o al menos, Alec no se había enterado. Era hora de que se descargara. Pero se dio cuenta de que no podía volverle la espalda y marcharse. Suavemente, abrió la puerta y entró en la habitación. Sólo había una hilera de velas encendidas sobre la chimenea, dejando la mayor parte de la habitación en penumbras. Alec no se movió por un momento, tratando de adaptarse a las sombras.

Genny estaba sentada cerca de la ventana, con las rodillas flexionadas contra el pecho y el rostro presionado contra los muslos. Los hombros le temblaban. Alec caminó en silencio hacia ella. Le apoyó la mano sobre el hombro.

-Genny.

Ella alzó la cabeza, sobresaltada.

-Vete, Alec. Ahora. Déjame en paz.

-No, no creo que vaya a marcharme. ¿Hay lugar aquí para mí? Oh, creo que sí. -Se acurrucó junto a ella hasta que logró sentarse a su lado.- Bien, veo que no has tocado tu cena.

-No me gusta la liebre a la cacerola.

Alec extrajo un pañuelo de su bolsillo, le levantó el mentón con los dedos y le secó los ojos.

-¿Qué quieres?

Alec continuó con su tarea, sin contestarle. Ella le atrapó la muñeca para apartarle la mano violentamente.

-Vete, Alec. No quiero volver a verte.

-Escúchame, Genny. -Se interrumpió inmediatamente al ver la expresión de dolor en sus ojos. Fue demasiado para él, porque recordó aquellos negros días después de la muerte de Nesta. Alec la estrechó entre sus brazos y apretó la cabeza de ella contra su hombro.- Lo lamento, cariño. Sé que duele. Por Dios, vaya si lo sé.

Su dulzura la desarmó. Genny lloró, casi en silencio, sin parar. Alec siguió hablándole, diciéndole cosas sin sentido, en realidad. Pero quería que Genny llorase, que descargara todo su dolor para poder liberarla de su inmensa pena. A él le había llevado meses, justamente por no haber procedido de ese modo.

Siguió abrazándola aun cuando dejó de llorar. Le masajeó la espalda, mientras continuaba murmurándole al oído. De un momento al otro, Genny se transformó de una mujer que necesitaba de él para que la reconfortara, en una mujer que lo necesitaba como hombre.

Levantó el rostro y lo miró. Sus ojos cayeron hasta la boca de Alec y separó levemente los labios. En ese instante, Alec perdió el control. La besó, intensamente, saboreando la

dulzura de aquella boca con la lengua. Genny no se tensó, ni se arrepintió. Sólo abrió la boca y aceptó de buen grado la lengua de él. La total sumisión de Genny y las propias exigencias de Alec lo ablandaron casi de inmediato.

-Ah, Genny -dijo él, su aliento se sintió cálido en la boca de ella.

Le presionó los senos contra el pecho y lo abrazó.

-Por favor, Alec.

Alec se controló, pero sabía que esa vez, la primera para ella, tenía que tomarla con delicadeza, sin abrumarla, sin apresuramientos. Y la poseería, estaba seguro de eso, y lo aceptó, aunque se daba cuenta de que la entrega de Genny obedecía a razones erróneas. En cuanto a sus razones, no tenían explicación. Pero no importaba. Alec ya se había marcado un camino y ella colaboraba en lograr lo que él sabía que era correcto, para él, para ambos.

Para sorpresa de Alec, Genny se movía desesperadamente contra él, como una ardiente amante. El se puso de pie, con ella encima, quien restregaba su vientre contra el cuerpo de un hombre que creyó estallar de lujuria. Le tomó las nalgas y la levantó, apoyándola contra su miembro erecto, escuchando sus gemidos, sintiendo su aliento, caliente, rápido, sobre su rostro.

Aquella urgencia de la joven estaba mal, pero no lo detuvo. Quería reafirmar que seguía viva y él la comprendió. De pronto, Genny bajó el brazo y deslizó la mano entre ambos cuerpos. Alec sintió que aquellos delicados dedos lo recorrían hasta encontrar su virilidad para apresarla.

-Oh, Dios... -gimió Alec, empujando con las caderas hacia adelante y deseando que ella siguiera acariciándolo. Y así lo hizo, hasta el preciso momento en que él se dio cuenta de que corría el riesgo de llegar al clímax en ese instante.

Se apartó de ella sin dilaciones y la llevó en sus brazos hasta la cama. La tendió de espaldas y recorrió con pasos gigantescos la habitación hasta llegar a la salida. Cerró la puerta. Mientras regresaba junto a la joven, iba despojándose de sus ropas. Genny se incorporó sobre los codos para observarlo. Alec se quitaba la camisa y las botas, sin mucho preámbulo. En ese momento, sólo tenía puestos los pantalones. Pero Genny quería verlo, lo deseaba más que ninguna otra cosa en la vida.

Alec levantó la vista y se quedó quieto, con las manos en los botones de la bragueta. Los ojos de Genny se hallaban desmesuradamente abiertos y su cuerpo inmóvil.

-Quítate la ropa, Genny.

-Quiero verte.

-Bien. Lo harás. -Alec sonrió entonces y se sacó los pantalones. Se enderezó para que ella pudiera mirarlo. Bajó la vista y vio que tenía el pene erecto, proyectado hacia adelante. Estaba excitado. Imaginó las blancas piernas de la muchacha, separadas. Se vio penetrando en ella, con todas sus fuerzas, para llenarla por completo. Carraspeó.- Sólo soy un hombre, Genny.

-Eres... mucho más de lo que siempre imaginé que sería un hombre.

-Gracias. Ahora es tu turno.

Se acercó a la cama y la cubrió con sus manos. Le quitó el camisón y toda la ropa interior. Cuando estuvo desnuda, con las piernas abiertas, estaba tan enloquecida que jadeaba.

-Por favor, Alec. Oh, Dios, por favor...

Pero Alec tenía la inteligencia y la experiencia suficientes como para apaciguar las cosas. Se acostó junto a ella y comenzó a tramar el hechizo sexual.

-¿Sabes qué voy a hacerte?

-Sí. Vas a ponerme esa... cosa dentro de mí, aunque no sé cómo lo lograrás. Y tengo miedo, sí, pero no hasta el punto de no querer que lo hagas.

Alec no había esperado esa respuesta.

-Esa "cosa" es mi sexo, o mi miembro, o mi pene. Como quieras llamarlo. Hay muchos términos entre los cuales se puede escoger. Para mañana a primera hora puedo elaborarte una lista completa. Podrás contenerme en tu interior, Genny, pues has sido hecha para eso. Claro que la primera vez que penetre en ti te dolerá. Después, nunca más.

Genny giró sobre sí y lo abrazó.

-Quiero convertirme en mujer ahora, Alec.

Fue su último pensamiento lúcido, sus últimas palabras sensatas. Alec le tocó un pecho y luego le masajeó la espalda hasta llegar a las nalgas. Entonces fue la perdición de la muchacha, Genny no se había dado cuenta que se había tornado salvaje, respondiendo con una pasión inesperada por ser la primera vez que estaba con un hombre. Pero Alec sí lo notó. Era maravilloso. La besó y sintió la lengua de ella esta vez, lo que lo enloqueció tanto como ella.

Sus dedos la buscaron. Genny estaba ardiente, húmeda y cuando metió los dedos en su interior, ella gimió y arqueó la espalda. Por Dios, pensó, mirándole el rostro. Genny estaba lista para el clímax. Rápidamente, se ubicó entre sus piernas. Le flexionó las rodillas y dijo:

-Genny, mírame. Quiero mirarte a la cara cuando penetre en ti.

Genny obedeció y toda aquella alocada urgencia que sentía se reflejó en el verde espejo de sus ojos. Alec estaba entre sus piernas, a las que mantenía bien abiertas con las manos. Sintió que él empujaba contra ella. Era enorme y rígido. Se atemorizó y tragó saliva.

-Está bien. No me tengas miedo. -Con los dedos, Alec trabajaba para facilitar el ingreso, ampliando el canal de entrada. Cuando Genny sintió el miembro de Alec en su interior, sin darse cuenta, levantó las caderas, ofreciéndose con mayor plenitud. Él gimió y cerró los ojos momentáneamente, arqueando la espalda.

-Genny -dijo él con voz grave, ronca y presionó hacia adelante. La delgada membrana le opuso cierta resistencia hasta que finalmente cedió a la desfloración. Genny gritó-. Aguanta -le indicó, tratando él también de acatar la orden, pero sabía que era el primer hombre para ella. Era demasiado. Y la joven era tan dulce, tan sumisa... Soltó un sonoro suspiro y se relajó sobre ella, obligándose a mantenerse muy quieto.

-¿Estás bien?

Genny observó el bellísimo rostro de Alec, tieso entonces por el control que estaba ejerciendo sobre sí mismo. Ella le acarició la mejilla, los labios, la nariz. Levantó apenas las caderas y él se deslizó aun más profundamente.

-Nunca me habría imaginado algo así. Estás tan dentro de mí. ¿No es extraño el mecanismo?

-Sí -convino él y retrocedió hasta casi salir-. Sí -repitió, empujando tanto esta vez que llegó a tocar el cuello del útero. Genny experimentó dolor entonces, pero al instante, sintió que Alec deslizaba la mano entre ambos para tocarla allí, acariciarla. Y ella se movió contra esos dedos. Cuando él le pidió que lo abrazara con las piernas, ella obedeció. Lo sintió penetrar más profundamente, masajearla con los dedos a un ritmo parejo y supo entonces que las cosas cambiarían fundamentalmente ahora. Se convertía en alguien diferente, en una Genny que no conocía ni comprendía. Sólo sabía que había dejado de ser Genny Paxton, la joven que vivía encerrada en sí misma, autosuficiente, a quien jamás ningún hombre le había puesto un dedo encima. Pero Alec la tocaba.

Genny gritó y perdió el control. Levantó la vista y advirtió que Alec estaba mirándola, sorprendido y luego escuchó sus gemidos. Empujaba salvajemente y ella lo recibió de buen grado, así como a las caricias que le prodigaba con los dedos. No quería que se detuviera nunca.

Alec había alcanzado el punto más profundo de Genny.

Sentía que sus semillas habían anidado allí y también, que había sangre virginal. Pero no se movió. No podía. Finalmente, logró incorporarse sobre los codos.

Genny tenía los ojos cerrados. Sus pestañas largas y húmedas yacían sobre las mejillas. Parecía estar dormida.

Con una voz muy suave, Alec le dijo:

-Cásate conmigo, Genny.

13

Genny no estaba dormida. Estaba perpleja por lo que acababa de suceder entre ellos. Ni siquiera había podido concentrarse en esas palabras tan suaves de Alec.

-¿Qué dijiste, Alec?

Hizo una pausa. No quería repetir porque de repente, se dio cuenta de que era demasiado prematuro, que Genny estaba demasiado vulnerable y que él... ignoraba lo que quería o lo que haría. No, no era exactamente así, pero no debía apurarse.

Se le acercó y le besó con ternura la punta de la nariz.

-Nada serio, una tontería. Sólo comentaba cómo me retenías dentro de ti, con tantas ansias, que siento deseos de tomarte otra vez. ¿Qué opinas?

-Hiciste tu comentario con muy pocas palabras la primera vez.

Alec rió, pero a Genny le pareció una risa forzada. Suspiró y dijo:

-Oh, no quiero volver a ser racional. Sólo quiero quedarme así un rato muy largo... algo débil, cómodo, tranquilo, con la mente laxa...

-La mente y algo más...

Ella se movió debajo de él y Alec la colmó nuevamente. La deseaba. Era extraño el modo en que esa joven lo afectaba.

-Genny, te siento suave y rígida a mi alrededor. ¿Estoy aplastándote? .

Genny meneó la cabeza y no pudo responderle.

-¿No vas a mirarme? Dado que soy tu primer hombre, Genny, quiero tener la seguridad de que te he brindado el placer suficiente.

Genny abrió los ojos al escuchar esa tontería.

-No sé qué es suficiente y qué no lo es.

-Bueno, gritaste, te apretabas contra mí, enterrabas las uñas en mis hombros y espalda. Creo que hasta me mordiste la boca...

-Tú me fuiste suficiente.

-Bien. Pero no quiero resultarte extremadamente suficiente porque podrías llegarme a matar con tu ardor. Me alegra que empieces a ver las cosas como corresponde. -Se movió levemente dentro de ella.- ¿Te duele eso?

-No. Quizás un poquito.

Alec volvió a moverse, retirándose apenas y luego empujando hacia adelante muy lentamente. Sintió que los músculos de Genny se tensaban y convulsionaban en su entorno. Cerró los ojos ante la intensa sensación y se mantuvo inmóvil.

Genny expresó con tono pensativo:

-Bueno, lo he hecho una vez y nada terrible ha pasado. ¿Sabías que a las muchachas se nos dice una y mil veces que nunca jamás tenemos que dejar que un hombre nos toque y que si desobedecemos podemos sufrir consecuencias terribles? ¿Hasta que se nos puede llegar a caer el pelo si nos tomamos ciertas libertades? O cosas repulsivas por el estilo. Creo que todavía tengo el cabello en su lugar.

Alec le sonrió.

-Sí, es cierto, aunque está un poco sudado por todo el esfuerzo físico al que te has sometido.

-Bueno, es un poquito vergonzoso, pero no acarrea una consecuencia irreparable. Gracias, Alec. Empiezo a sentirme como una mujer inteligente, de ciencia, que acaba de triunfar maravillosamente en su experimento. Acabo de desvelar el misterio. Ahora soy libre.

Aquellas palabras, cuya intención había sido la de disfrazar los verdaderos sentimientos de Genny, dieron un resultado admirable. Alec se sintió cegado por la furia. ¿De modo que ella sólo lo había usado? ¿No le había importado nada de él? ¿Sólo había deseado su cuerpo de hombre para alcanzar sus malditos propósitos de mujer? Apretó los dientes para canalizar su ira y su creciente sensación de injusticia. Lo que lo sorprendió, sin embargo, fue que su irritación se tradujo directamente en un nuevo deseo sexual. Sin decir ni una palabra, sin pensarlo por un segundo, empezó a moverse en el interior de la muchacha rítmicamente.

-¡Alec!

-Bueno, yo todavía no he develado el misterio. Abre más las piernas, Genny y empuja. Sí, eso es.

-Pero no quiero esto, tú... ¡Ay! ¡Alec!

-Está bien. No pienses. Sólo siente.

Genny trató de guardarse sus gemidos para sí. Lo consiguió durante unos tres segundos. Después lo abrazó con sus piernas. Alec le levantó los glúteos con las manos y la atrajo con fuerza hacia sí. Lo que estaba haciéndole, lo que estaba diciéndole, le resultó extremadamente erótico, pero no quería sucumbir ante él, perder la razón otra vez. Era aterrador perderse en otra persona, entregarse, dejarse llevar por un torbellino de emociones que excedían la lógica.

-¿Sabes cuántas maneras de tomarte tengo, Genny? Sabes cómo puedo hacerte gozar hasta hacerte gritar. Esta postura es la más tradicional, contigo tendida sobre tu hermosa espalda y las piernas levantadas, bien abiertas para mí. Pero verás... Te haré girar para que te acuestes sobre tu vientre y levantaré tus caderas. Así podré ingresar en tu cuerpo por atrás... Es tan profundo de ese modo, Genny... Y al mismo tiempo, sostendré tus senos en mis manos. -Alec gimió y la muchacha se preguntó si él estaría reaccionando ante aquella sugerencia con el mismo ardor que ella.- Sientes cómo te tensas alrededor de mí... Sí, levanta más las piernas, sí, sí.

De repente, sin previo aviso, Alec salió de su interior violentamente. Ella gritó y jaló de sus hombros para hacerlo volver. Pero con gran rapidez, le rodeó los muslos con los brazos y la elevó. Genny adivinó su intención antes de que procediera. Alec bajó la cabeza y la acarició con la boca, clavándole la lengua, dibujando círculos, succionando y ella, sintió tanto placer que le dolió, aunque no quería que se detuviera. Genny gritaba en ese momento y mecía la cabeza hacia atrás y hacia adelante, sobre las arrugadas sábanas. Tenía los puños apretados a los costados de su cuerpo y la espalda arqueada. Alec seguía empujando, rechazando y empujando otra vez.

-¡Alec, oh, por favor, Alec! -De inmediato, Alec remplazó la lengua por los dedos para poder mirarla cuando alcanzara su orgasmo. Excedió los límites de su imaginación. Las expresiones en su rostro. La atrajo hacia sí. La hizo salir de sus cabales, perder el control para transformarse exactamente en lo que él quería. Antes que los sentimientos se desvanecieran, Alec penetró en ella y empujó con todas sus fuerzas.

Experimento. Al cuerno.

Mujer ridícula. Genny era suya ahora. Y punto final. Alec ya había tomado una determinación.

Esta vez, Genny dormía de verdad, para descansar de su agotamiento. Alec se acostó suavemente a su lado y acomodó las mantas para cubrirse bien.

-Tonta -dijo y le besó la frente. La acercó para ponerla de costado y apoyarle la cabeza sobre su hombro. Su cabello caía cual cascada sobre su pecho, suave y espeso-. Es aquí donde perteneces y te agradezco que no lo olvides.

Genny se quejó apenas en su sueño. Alec volvió a besarla. Se acomodó y cerró los ojos. Recordó aquella noche, cuando se había negado a hacerle el amor por respeto a su padre. Había pasado una semana desde entonces. Se preguntaba si Genny lo habría aceptado para culminar lo de aquella oportunidad frustrada. La verdad de la cuestión era que él le había hecho el amor. En parte, por su padre. Por lo menos, eso sonaba plausible en boca de un hombre satisfecho. Ahora, Genny tendría que casarse con él.

Ojalá la hubiera dejado embarazada. Genny tendría que darse cuenta de que lo que Alec había hecho era justamente lo que su padre había querido. ¿James habría sabido que Alec la presionaría de ese modo? Probablemente. Ese hombre había sido muy perspicaz. Y también se habría dado cuenta de que Alec deseaba a su hija.

Alec suspiró. El siguiente pensamiento consciente que tuvo lo llevó casi al borde del pánico.

-¿Papá?

Alec se sobresaltó. A pesar de estar medio dormido todavía, milagrosamente, logró reaccionar cuando vio a la pequeña parada en la puerta. Maldición. Fue difícil, pero logró controlarse y esbozar una sonrisa de bienvenida.

Nunca le había dicho a Hallie que era la última persona a la que deseaba ver en momentos tan particulares.

-Buenos días, calabacita. ¿No te parece terriblemente temprano para que estés paseando por los pasillos?

-No lo sé. Me desperté, así que no puede ser tan temprano. Aparte hay un poquito de sol ya, papá. ¿Por qué estás acunando a Genny?

La Genny en cuestión se despertó, se movió, suspiró, se desperezó y abrió los ojos. La primera imagen que tuvo fue una pequeña de cinco años parada en la puerta, con un barquito en miniatura, una fragata, si no se equivocaba, debajo del brazo.

Genny vociferó y escondió la cabeza en el brazo de Alec.

-No seas cobarde. Ven aquí, Hallie. Hace frío. Oh, y cierra la puerta, por favor.

-Oh, no -Genny vociferó aun más fuerte y enterró más la cabeza en el brazo de él.

-¿Por qué está Genny acurrucada contra ti? ¿Por qué hace todos esos ruidos raros y se esconde en tu brazo?

-Buen día -la saludó Genny, asomando apenas la cabeza. Pero no podía erguirse. Estaba desnuda. Se aferró a las mantas y se cubrió hasta el mentón. Trató de escurrirse por la cama, pero Alec tuvo una idea mejor. La aseguró con fuerza con su brazo para que ella no pudiera moverse.

-A veces yo duermo con papá -dijo Hallie y siguió mirándolos de esa manera tan admisible e imperturbable.

-Probablemente quede un poco de lugar todavía, calabacita. Ven. A Genny no le importará y ayudará para que estés calentita.

-Oh, no -vociferó Genny otra vez, completamente avergonzada.

Hallie apoyó cuidadosamente su fragata sobre la mesa de noche y se metió en la cama, entre ambos. Alec cubrió su cuerpo y el de Genny con la sábana superior para ubicar a la pequeña encima de esta.

-Acomódate, cariño. Allí, bien.

Estiró el resto de las mantas para cubrir los tres cuerpos y se acostó boca arriba. Extendió el brazo derecho de modo que Hallie apoyara la cabeza en su hombro y Genny, la suya en el codo.

-Qué lindo -anunció Hallie-. Genny es tan calentita como tú, papá.

-Oh, no -gimió Genny.

-¿Por qué viniste a la habitación de Genny, Hallie?

-Primero fui a tu cuarto, papá, y no te encontré. Como sé que te agrada Genny, vine para aquí.

Alec rió.

-Genny, si te quejas una vez más, me enfadaré contigo.

-¿Ahora tendré alguna hermanita o hermanito?

Esta vez Genny no se quejó. Pero se quedó perpleja. Alec respondió con toda serenidad:

-Eso lo veremos, calabacita. Estas cosas llevan su tiempo, sabes. Pero seguiré intentándolo. ¿Tú crees que te llevarás bien con Genny?

Hallie se quedó pensativa y en silencio. Finalmente, le dijo:

-Me gusta mucho más que esa otra, la señorita Chadwick, que siempre se la pasaba diciéndome ciruelita dulce. Era horrible, papá. Pero como a ti te gustaba tanto, yo nunca dije nada.

Alec comentó a Genny por encima de la cabeza de Hallie:

-Esta pequeña, para proteger la sensibilidad de su pobre padre, no dijo nada, pero vertió un ponche de sabor asqueroso en el calzado de la señorita Chadwick. Verás, la mujer se lo había quitado después de bailar un agitado vals y entonces Hallie aprovechó la ocasión y atacó.

- Y cómo gritó -recordó Hallie con gran placer-. Y se puso horrible, toda colorada. Un rojo chino, como dijo papá.

El también se rió, pero después.

-¿De verdad te gustaba esa señorita Chadwick?

Alec percibió acrimonia, porque la conocía y lo complació enormemente.

-Ella era bastante... eh... entusiasta, como compañera. Pero nunca tuve intenciones de casarme con ella.

-Tú sólo navegas de puerto en puerto, a la pesca de compañeras compatibles, todas muy bien dispuestas, claro, haciendo fila a la espera de que les des la oportunidad de hacerte favores especiales.

-Hmmm, qué concepto interesante. Ya te dije que soy simplemente un hombre, Genny. Tampoco he tenido tantas mujeres dispuestas a hacerme favores. Pero esta vez, bueno... En Baltimore, tuve mucha más suerte. He encontrado una doncella mucho más que compatible, para dar y recibir todos los favores imaginables. Y hasta es probable que me haya encontrado una esposa. Estoy feliz con el resultado.

-Tu hija está acostada entre los dos, toda oídos, no lo dudo.

-Hallie, ¿tienes sueño?

-No, papá.

-¡Ves, te lo dije! ¡Y ya sabes que no puedo decirte lo que realmente pienso de ti!

-¿Amas a papá, Genny?

Genny se quejó:

-Lo que quiero es partirle esa fragata que tú tienes en medio de su cabezota, Hallie.

Hallie se volvió para mirar a Genny. Le estudió el rostro.

-Eres muy bonita y me agrada tu cabello. Tiene más colores que el mío, un poquito de colorado, de castaño, de rubio, como el mío y hasta algunos pelos dorados. Y tus ojos son preciosos. Papá dijo que son verde puros, sin destellitos de otros colores por aquí o por allá.

Pero ninguna mujer, ni siquiera yo, bueno... nadie puede ser tan hermoso como papá. Pero tú eres bastante bonita para él, supongo. Yo ya no trataré más.

-¡Hallie, tienes cinco años!

-No, ella es una viejecita, en cuanto a sus modales de mujer -dijo Alec.

-Hallie, cuando tú crezcas, todos los hombres te seguirán por doquier, escribiéndote poesías sobre tus cejas, tus orejas...

-Eso será porque las hermanas de todos ellos estarán persiguiendo a papá por todos lados.

Totalmente irreverentes, las palabras de Hallie imaginaron a Genny casada con Alec, casi pisando los cincuenta años y a un montón de jovencitas, enloquecidas tras Alec, a pesar de sus casi sesenta años, pero con una apariencia física tan apetecible como la que tenía en la actualidad. Oh, Dios.

-No debes hablar asÍ. Lo haces insoportablemente arrogante y pagado de sí. Ya es bastante insoportable por sí mismo. No debes pasártela diciéndole lo lindo que es. Tan perfecto.

-No es perfecto, Genny. Siempre insiste en que no lo es, pero es un papá maravilloso.

-La niña tiene toda la razón, ¿no crees? Soy un hombre enteramente honesto, de la cabeza a los pies.

Genny alzó la vista hacia el cielo raso. De repente se dio cuenta de que hacía años que no reparaba en él. Estaba un tanto descuidado. Había una mancha de humedad directamente sobre su cabeza. El papel que cubría las paredes y llegaba casi hasta las molduras, antes había sido de un brillante azul y amarillo. Ahora se lo veía opaco, grisáceo e increíblemente ajado. ¿Por qué nadie había dicho nada? ¿Acaso los sirvientes creían que a ella le daba igual? Evidentemente, no. Con cierta sorna, comentó:

-Esta es la mañana más extraña de mi vida. Aquí estoy, acostada con un hombre y su hija en el medio. Debe de ser una pesadilla por la liebre a la cacerola.

-No probaste ni un bocado de liebre.

Hallie rió.

-La señora Swindel dijo que si quería no comerla podía hacerlo. Dijo que parecían un montón de huesitos cocidos. Me prometió un recipiente grandote de budín de ciruela damascena. ¿Y tú qué comiste, papá?

Alec dirigió a Genny una prolongada mirada y contestó con toda naturalidad:

-Yo he hecho feliz a Lannie. Me comí toda mi porción de la cena. Ahora, calabacita, ¿por qué no regresas a tu cuarto? Genny y yo queremos levantarnos y ella no quiere hacerlo mientras tú estés aquí. Y yo no puedo.

-Está bien -dijo Hallie. Besó la mejilla de Genny, abrazó a su padre y salió del cuarto con su fragata debajo del brazo.

Alec no demoró. Rodó sobre sí y rodeó a Genny con sus brazos.

-¿Te encuentras bien, amor?

Genny deseó que él no la llamase así, pero viniendo de él, sonaba tan dulce, que no se atrevió a decir nada.

Asintió contra su hombro.

Se masajeaba el mentón y la mejilla con los nudillos.

-¿Te duele?

Genny se dio cuenta de que no sólo le dolía sino que también estaba toda pegoteada. Alarmada, se incorporó violentamente, aferrándose de la sábana a último momento para cubrirse los pechos.

-Oh, Dios.

-¿Qué?

Se ruborizó.

-Por favor, vete, Alec.

Alec la miró prolongada y pensativamente.

-Vas a tener un poco de sangre porque se te ha desgarrado el himen, por la desfloración. Y también habrá semen mío. Eso será todo. ¿Ese es el problema?

Ella se volvió hacia él y vociferó furiosa.

-Tú sabes todo, ¿verdad, barón? Sabes exactamente qué hacer, qué decir, cómo lograr que las virgencitas tontas pierdan el miedo... Las ex virgencitas...

-Puedes ser una "ex" virgen, pero lo del diminutivo, ya no te sienta. Si dejaras caer esa sábana, yo podría mostrarte que tus encantadores pechos...

-¡Quieto! No me gustas. Creo que probablemente eres un tenorio sinvergüenza, muy acostumbrado a llevarse al menos diez mujeres diferentes por semana a su cama. Bueno, ya he dejado de ser una virgen, pero no me arrepiento porque yo quería saber de qué se trataba todo esto. Ya no pretendo nada más de ti, ¿Me has escuchado?

Inconsecuentemente, Alec pensó que Genny se veía encantadora, mientras la contemplaba protestar sin respiro. Bastante bonita para él, tal como su propia hija la había calificado tan seriamente. Su cabellera era una maraña toda enredada alrededor de su rostro y sobre la espalda. Los ojos eran de un verde más intenso, quizá por la acentuada palidez de la cara. Alec notó que Genny había perdido peso desde la muerte de su padre. Sus pómulos altos parecían más prominentes, más finamente esculpidos. La tornaba frágil y eso lo asustó. La prefería dura. Dura pero sumisa, también, en lo que a él se refería.

Oh, rayos.

-Te escucho. Estás prácticamente gritando.

Genny dio un puñetazo sobre la cama.

-¡Maldito seas, barón! Realmente hablé en serio y...

-Podrías haber quedado embarazada, Genny. Espero que así sea. De ese modo, entrarías en razones.

Abandonó su diatriba de inmediato.

-Embarazada -repitió, aunque pareció hacerlo con otra voz. Aquella excusa de voz le sonó más bien a una nota del periódico.

-He esparcido mis semillas dos veces en tu interior. Llegué a tocarte el cuello del útero cuando alcancé mi clímax, Genny. Allí mismo, por así decirlo.

Aquellas palabras tan serenas, tan socarronas, la sacaron de quicio. Se volvió y estrelló un puñetazo directamente en la mandíbula de Alec, para abalanzarse después sobre él. Cayó tendido de espaldas, riendo a más no poder, mientras Genny se ubicaba a horcajadas de él, para golpearle el pecho con todas sus fuerzas y gritar le todo lo que se le ocurría. El cabello le caía sobre los hombros y también, sobre el pecho de Alec. Finalmente, él la cogió por los brazos y la jaló hacia abajo.

-Eres encantadora y estás demente -le dijo y la besó. Cuando Genny intentó morderlo, Alec puso punto final al beso rápidamente.

Le sostuvo las manos, pero la dejó enderezarse sobre él.

-Esta, mi querida Eugenia, es otra de las maneras en que haremos el amor. Ah, por tus ojos un tanto desviados comprendo que empiezas a entenderme. Tú serás el jinete. ¿Te imaginas cómo me sentiré empujando hacia arriba dentro de ti? Pero tú gobernarás la situación, sabes, y te moverás sobre mí y yo te traeré hacia mí para besarte los pechos y...

Genny se levantó sorpresivamente. Rodó hacia el costado de la cama y la abandonó, jalando completamente de las mantas. Se envolvió en ellas y se dio vuelta para mirarlo. Quería decirle lo que pensaba de él, pero al arrancar las mantas de la cama, lo había dejado completamente expuesto. Alec estaba acostado boca arriba, con las piernas ligeramente separadas, completamente desnudo y con el miembro erecto. Genny tragó saliva. Tenía un

físico tan esbelto que la muchacha tuvo deseos de acurrucarse contra él, abrazarlo y besar cada centímetro de su piel. Eso tenía que parar. Estaba enloqueciendo más de la cuenta.

-Oh, Dios -dijo Genny.

Alec sonrió, el muy patán.

Se incorporó sobre los codos.

-Genny, de verdad, antes que te vayas corriendo, escúchame. Seguramente tú, incluso cuando imitabas a los hombres, sabías que una mujer puede quedar embarazada cuando se acuesta con un hombre.

-¡Acostarse, ja!

-Oh, bueno, ya sabes a qué me refiero. Mantuvimos relaciones sexuales, Genny. Dos veces. Podrías estar embarazada ahora mismo, ya, mientras estamos hablando...

-Oh, cállate. Vete, por favor, Alec. Tengo tantas cosas que hacer y...

-¿Has tomado así a la ligera las claras estipulaciones que tu padre dejó en su testamento? ¿O las olvidaste?

De pronto, Genny se quedó rígida. Muda. Los hombros le cayeron hacia adelante, así como su cabello, dificultando la visión de su perfil para Alec.

-No podemos dejar así las cosas, Genny. -Su voz se había tornado increíblemente suave.- El mes transcurrirá y entonces todo terminará para ti y para mí. Debemos hablar del tema.

Alec se sentó y pasó las piernas por el borde de la cama. Se estiró y Genny sólo logró ver el movimiento de los músculos dorsales. Era como si Alec perteneciera a ese lugar, a su cama, a su cuarto.

-Ahora no puedo. -Su voz sonó perezosa, vacía y Alec se contuvo.

-De acuerdo. Entonces esta tarde. Sólo nos quedan veintiséis días.

Genny ni siquiera levantó la cabeza. Estaba pensando: mi padre ha muerto y yo estoy revolcándome aquí, en la cama, muy ocupada perdiendo mi virginidad. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y tragó saliva. No agregó una sola palabra más. Sólo esperó hasta que finalmente, Alec salió del cuarto.

-¡Genny, rayos, has perdido el poco cerebro que te quedaba!

-No, claro que no. Hablo perfectamente en serio, Alec. ¿Quieres un poco más de té?

Él la miró, confundido, pero le entregó la taza.

-Dejemos esto bien en claro. ¿Quieres saber si realmente, con toda franqueza, honestamente, deseo casarme contigo?

-Correcto. Por favor, dime la verdad, Alec.

-Está bien. Sí, quiero casarme contigo.

-¿Aun a pesar de que hace muy poco tiempo que me conoces?

-Sí.

-¿Aun a pesar de que me has visto vomitar?

-Tus preguntas se tornan difíciles, pero sí, a pesar de eso.

-¿Aun a pesar de que te seguí hasta la casa de Laura Salmon y me trepé a un árbol para espiarte por la ventana?

-Mmmm, cada vez más y más difíciles las preguntas, pero sí.

-¿Me amas?

Alec miró su taza de té, por un momento y recordó las gitanas que solían visitar Carrick Grange cuando él era niño. Una de las más viejas leía las hojas del té. Alec le había

caído en gracia a la vieja gitana y en consecuencia, la mujer le enseñó la técnica. Claro que no le sirvió de mucho en ese momento. No veía nada en el fondo de aquella taza.

-Me importas mucho, Genny -dijo finalmente, en voz baja-. Me gustas. Creo que podríamos hacer un buen matrimonio.

-No me amas.

-Tú pareces muy insistente respecto de algo que yo no estoy seguro de que exista siquiera. ¿Tú me amas, Genny?

Obviamente, esa pregunta la asombró. Le dirigió una mirada tan tierna que Alec sintió deseos de rodearla con sus brazos y mecerla, para protegerla de cualquier cosa que pudiera dañar un solo cabello de aquella encantadora cabecita. Genny saltó para levantarse y caminó hacia las ventanas salientes, que daban al jardín de entrada. La vio envolverse con sus propios brazos, como si estuviera tratando de protegerse a sí misma.

-¿Tú me amas, Genny, a pesar de que te llevé a un burdel? ¿A pesar de que te até a mi cama, te desnudé y te hice gritar de placer?

-Ahora eres tú quien insiste -dijo ella, sin volverse para mirarlo-. Además, ¿Cómo puede una persona amar a otra cuando hace tan poco tiempo que la conoce?

-Ha habido mucho más entre nosotros. Mi miembro, por ejemplo. Entre nosotros y dentro de ti. Ciertamente, hemos pasado los límites del conocimiento. No me gusta incomodarte, pero...

-¡Disfrutas terriblemente siendo tan directo y lo sabes!

Genny todavía no se había vuelto para mirarlo y Alec sonrió a su rígida espalda.

-Cierto. Eres toda una audiencia más que satisfactoria. Toda arrogancia e inocencia. Una combinación irresistible, créeme. Nos conocemos bastante bien, Genny. Trataré de hacerte feliz.

-No quiero casarme. Francamente, no quiero ser esquiva, Alec. Quiero ir a lugares, ver cosas, experimentar gente distinta, observar el modo en que actúan y... -Levantó las manos.- Probablemente no entiendas a qué me refiero.

-Es extraño, pero te entiendo perfectamente. Es sólo que nunca en mi vida de adulto he escuchado a una mujer decir que quisiera esas cosas. Son deseos a los que, por lo general, un hombre aspira: conocer lugares, hacer cosas...

Entonces Genny se volvió para mirarlo.

-Hombres -dijo ella-. Creen que sólo ustedes son los que tienen derecho a divertirse, a vivir aventuras. Bueno, yo también quiero gozar de todas esas cosas. No quiero enclaustrarme a servir té en la sala de recepción, con diez chiquillos colgados de mis faldas mientras mi marido recorre el mundo, conociendo cosas nuevas, aprendiendo cosas nuevas. No voy a soportarlo, ¿me escuchas?

-Otra vez estás gritando. Te escucho bien. -Alec estaba recordando lo que el jefe Lamb había dicho, respecto de que Genny quería un poco de aventura, pero eso... Demonios. Genny hablaba tal como él. Lo ponía nervioso. Había recorrido el mundo durante casi diez años. Primero, como un hombre casado, que se sentía culpable cada vez que se marchaba y dejaba sola a Nesta en la casa y casi tan culpable cuando se la llevaba con él. Y después, había navegado con el gusto de la libertad, sin pensar en nada cada vez que se llevaba a su pequeña hija de Brasil a Génova. Pero Alec ya no ansiaba tanto viajar. Durante los últimos días, cada vez que había pensado en Genny, sólo se había imaginado junto a ella en una de sus casas, seguro y estable.

Soltó una serie de improperios, pero en voz muy baja.

-¿Y bien?

-¿Y bien qué?

-Oh, ¡no importa! Eres como muchos de los hombres que conozco, Alec. Si no les gusta la pregunta, simplemente ignoran lo que la mujer quiere saber.

-En realidad, estaba sumido en pensamientos muy profundos.

-¿Y cuál es tu conclusión?

-Que deberíamos casarnos a fin de semana. Antes, de ser posible.

Genny se apartó de la ventana y caminó hacia la puerta de la sala de recepción.

-Voy al astillero.

-Esa es otra cuestión, Genny. Dentro de veintiséis días, si no estás casada conmigo, también lo perderás.

-Compra el *Pegaso.* Con eso tendré capital suficiente como para construir otro astillero.

-Podrías hacerlo, pero en mi opinión, sería malgastar el dinero. Podrías construir el mejor astillero de Baltimore, pero no tendrías éxito. No quiero que te metas más en esto. No puedes cambiar la naturaleza del mundo.

Genny cerró la puerta dando un sonoro portazo. Alec la escuchó subir a toda marcha hacia su cuarto. Sabía que iría a cambiarse para ponerse esas malditas ropas de hombre. Suspiró. Genny todavía no había reparado en que la presencia de Alec en su casa, sin chaperona, era extremadamente impropia. A diferencia de Genny, Alec sabía perfectamente que toda la sociedad de Baltimore no hacía otra cosa más que murmurar respecto de sus actividades supuestas. Claro que tampoco eran tan supuestas, acotó Alec. Se puso de pie lentamente y caminó por la sala, hacia el bar. Se sirvió un brandy y lo bebió tranquilamente. Entonces se le ocurrió la idea brillante. Lo pensó otra vez y luego otra más. Apoyó su copa.

Posiblemente diera un excelente resultado.

Y salvaría el orgullo de Genny. Se dio cuenta de que no quería que ella se sintiera sometida. Así la había hecho sentir el testamento de su padre. Alec le daría un giro tal que Genny salvaría su orgullo y él el astillero.

Alec sería el salvador de ambos.

14

Genny había pensado que Alec y su gente estaban viviendo en su casa sin chaperona. Pero estaba demasiado encerrada en sí misma como para preocuparse mucho por el tema. ¿Qué importaba, de todas maneras? Ella ya había excedido los límites al haberse acostado con él. Y no se arrepentía de ello. Su padre estaba muerto. Muy pronto el astillero pasaría a manos de un tercero, de un hombre, por supuesto, de modo que Genny no veía nada en su futuro. Sólo dinero, supuestamente, de la indefectible venta del astillero. Se preguntaba si Porter Jenks se habría enterado del infame testamento. No, nadie sabía respecto de las particularidades del mismo. Genny estaba en condiciones de afirmar eso de Daniel Raymond, pues era un hombre reservado en extremo.

¿Y qué haría con Alec? Genny sólo se había quedado dos horas en el *Pegaso.* Habló brevemente con el jefe Lamb e incluso escuchó una de sus historias que incluía a su padre en sus épocas de juventud. Lamb se sonaba la nariz ruidosamente cuando Genny decidió bajar a la bodega, a la cabina del capitán. Quería llorar a solas, en paz. Lo hizo, pero después se obligó a serenarse. Su padre no habría deseado que ella siguiera caminando por la vida como una débil tonta.

Tendría dolor de cabeza por el examen que hizo de las cuentas, Por muchas vueltas que les dio, los escasos montos en dólares de la última columna no se habían alterado demasiado. Apenas si el dinero alcanzaba para pagar los sueldos de los hombres el viernes.

Y después, si no aparecía un comprador para el *Pegaso...* Meneó la cabeza. No tenía importancia. Quienquiera que comprase el astillero sería el nuevo propietario del *Pegaso.* Simplemente, no tenía ninguna importancia.

Genny se marchó del astillero dos horas después. Decidió volver a su casa a pie, una buena distancia para recorrer en un día apacible, aunque no precisamente ese, pues el cielo estaba cubierto con negros nubarrones. Como resultado, había muy poca gente en la calle. Se detuvo momentáneamente en la intersección de las calles Pratt y Frederick para contemplar la *Bailarina Nocturna,* seguramente amarrada en el muelle O'Donnell. Era una nave hermosa, no tan refinada y puntiaguda como su clíper de Baltimore, pero de buena línea y construida para sobrevivir hasta la más cruda de las tormentas invernales.

Genny bajó la cabeza y siguió caminando. Alec quería casarse con ella. ¿Qué tendría que hacer? Sabía que Alec no la amaba, pero ella tampoco. ¿Quería pasar con él los próximos cincuenta años, pero... amor? Alec era una persona que esperaba que una mujer se comportara como él y la mayoría de los hombres estimaran apropiado. Era extraño cómo las mujeres censuraban a las demás mujeres que se atrevían a desviarse de sus confines prefijados. En realidad, parecía que las mujeres eran mucho más exigentes en cuanto a su propio comportamiento que los hombres. Pero los hombres... oh, sí, Genny sabía qué clase de mujer quería Alec. Por cierto, sumisa, que se entregara a él sin reparos, que jamás discutiera con él por nada y siempre vestida con ropa atrevida o exótica o... totalmente desnuda. No, Alec no aceptaría otro comportamiento que no encajase en sus nociones de la conducta femenina. Cerdo.

-¿Qué hacer?

Alec quería el astillero. También quería el *Pegaso.* Obtendría ambas cosas si se casaba con ella y sin gastar ni un centavo. Hizo una pausa, meneando la cabeza. Esos pensamientos no la conducían a ninguna parte. Alec ya era un hombre muy rico... por lo menos, pensaba que lo era. Aparentemente, su padre lo creía así. Si en realidad Alec era adinerado, no tenía mucha importancia obtener el Astillero Paxton. Fácilmente podría conseguir cualquier otro. Y no tendría necesidad de esclavizarse con una mujer que obviamente no era de su estilo. ¿Y si estaba embarazada?

Bueno, haría exactamente lo mismo que Alec: viajaría por todo el mundo con su hijo, buscando aventura tras aventura. Y su hijo sería como Hallie, precoz, casi demasiado franco en ocasiones y muy dulce. ¿Quiénes conformarían su tripulación? ¿Hombres ciegos que la consideraran igual a ellos? Aceleró la marcha. Era una tontería preocuparse por algo que no podía cambiarse de nInguna manera.

-Bueno, señorita Paxton. Aparentemente ha confiado en el tiempo, ¿no?

Genny se volvió al escuchar la voz de Laura Salmon.

-Hola, señora Salmon. Supongo que no tenemos mucho tiempo antes que el cielo decida descargarse furiosamente sobre nosotras.

Laura hizo un gesto negligente con la mano.

-Permítame expresarle cuánto lamento lo de su padre, querida. ¿Se siente mejor?

-Sí, bastante bien.

-Por la ropa que lleva puesta, imagino que ha estado trepándose por aquí y por allá en el astillero de su padre.

-Ahora es mi astillero, Laura -dijo Genny, sabiendo que eso sólo era verdad por veintiséis días.

Laura llevaba un moderno vestido de paseo, en terciopelo verde oscuro con un galón en terciopelo negro. Completaba el conjunto con una cofia alta, en terciopelo verde y negro, al tono. Una larga pluma negra de avestruz le rozaba la mejilla. Se veía deliciosa. Se veía como una mujer debía lucir. Como a Alec le gustaban las mujeres. Laura continuó con una indiferencia fingida que no habría engañado ni a su madre.

-Tengo entendido que el barón de Sherard se hospeda en su casa. Claro que es muy poco común, señorita Paxton, dadas las actuales circunstancias.

-Su hija es una excelente chaperona. -Genny pensó en la entrada de Hallie al cuarto esa mañana y supo que habría descubierto a su padre si se le hubiera ocurrido aparecer la noche anterior.

-¡Su hija! No entiendo. Qué es...

-Su hija es una hermosa niñita. Prácticamente lo maneja, sabe. Ella le dice qué tiene que hacer y él le obedece. Sí, se ha metido al barón en el bolsillo.

-Nadie me habló de ella. -El comentario de Laura fue más para sí misma que para Genny. Una gota de lluvia se estampó en su nariz, pero como no había terminado, insistió. -¿Debo entender que el barón es viudo y que la niña no es una bastarda?

-Por supuesto que es viudo.

-Ah. De verdad, querida, él no debería quedarse allí. Pensé que alguien tenía que decírselo, una amiga con los mejores sentimientos.

Genny tuvo ganas de tomarle el parasol que llevaba y hacerle un collar con él.

-En realidad, no importa -dijo Genny.

-Querida, ya se ha ganado cierta reputación por sus excentricidades, pero me parece que está llegando demasiado lejos. Yo lo entiendo, por supuesto, pero los demás, no. El barón tendría que regresar a Fountain Inn o comprarse una casa.

-Usted debería decírselo personalmente, Laura. ¿Por qué no viene esta tarde a tomar el té? El barón estará allí. Usted podría decirle exactamente qué es lo que debería y lo que no debería hacer.

-Qué amable de su parte, querida. Sabe, creo que aceptaré su invitación- Sí, claro. Buenos días, señorita Paxton.

-Hasta las cuatro de la tarde, señora Salmon -dijo Genny con una voz igualmente formal-. No se moje.

Treinta minutos después Genny informó a Alec respecto de su buena fortuna. Tenía mojado el cuello, pero no mucho más. Alec estaba contemplándola, bajando las cejas.

-¿Quién es la señora Salmon, Genny? -preguntó Hallie, levantando la vista de un libro de rimas infantiles que la señora Swindelle había dado-. Qué nombre raro.

-Es una señora que no parece para nada un pescado frío y admira profundamente a tu papá, Hallie. No quiere que haga nada que le dé mala fama en la sociedad de Baltimore.

-Ella quiere a papá -comentó Hallie con todo el candor de sus cinco añitos-. Ya he visto eso tantas veces, Genny. Apuesto a que ni siquiera sabe disimularlo bien. Sí, papá, ella te quiere a ti.

-Ya obtuvo lo que quiso -agregó Genny, aunque en voz muy baja para que sólo él pudiera escucharla.

Alec le sonrió casi con pereza.

-Una mujer te asesinaría -dijo ella entre dientes.

-¿Celosa?

Eso merecía venganza, pero Genny no se sentía de humor para hacer lo justo en ese momento. En cambio, lo ignoró.

-Bien, Hallie. Ahora debo cambiarme de ropa, escoger algo más apropiado para tomar el té con nuestra invitada. ¿Quieres venir a ayudarme?

Hallie aceptó la propuesta y ambas salieron de la sala de recepción. Dejaron así a Alec a solas, para que pensara con toda tranquilidad. Había regresado pocos minutos antes que Genny. Su día había sido bastante activo, aunque Alec estaba muy complacido con sus progresos. Había esperado ansiosamente disfrutar una serena tarde con Genny y su hija y una cena igualmente apacible. Y ahora tendría que soportar a Laura antes de que pudiera seguir presionando a Genny con su propuesta matrimonial.

Alec siempre había sido partidario de que cuando uno debía hacer algo, cuanto antes lo ejecutara, era mejor. Y así procedió. Recibió a Laura con toda simpatía, aunque tanto

Genny como Hallie parecieron no estar para nada de acuerdo con el ardiente té que compartieron los otros dos integrantes del grupo.

-Qué encanto de niñita -dijo Laura, quizá ya por tercera vez y Hallie se puso tan tiesa como un palo nuevamente. Después de escuchar el "elogio" por segunda vez, la niña murmuró a Genny que la dama con cara de pescado le recordaba a la señorita Chadwick.

-Gracias -dijo Alec-. Pero yo ya sé que es un encanto de niña.

-Tenía la impresión de que se trataba de una niña más grande, pero siendo usted tan joven, barón, no podría tener una hija tan crecida, ¿verdad?

-Supongo que eso dependerá de todas las niñas que crecieron con él -dijo Genny-. He escuchado algunas historias por las que Hallie bien podría haber tenido hoy unos quince años si el barón hubiera sido más persuasivo como muchacho.

-¡De verdad, señorita Paxton!

-Es probable que tenga razón -comentó Hallie, por lo que recibió una escandalizada mirada de Laura-. No conocí a papá cuando era muchacho, pero creo que sería tal como es hoy, quizás un poquito menos.

Alec estaba riéndose. Cogió un pastel de limón que estaba sobre una bandeja y se lo arrojó por el aire a su hija. Ella lo atrapó, con gran habilidad.

-Métetelo en la boca, calabacita y guárdate tus aterradoras observaciones para ti.

-Sí, papá.

-Buena niña, a veces.

Hallie abrió la boca, pero Alec meneó la cabeza.

-No, calabacita. Quédate en silencio o tendrás que irte con la señora Swindel.

-¿Quién es la señora Swindel?

-Nuestra chaperona...

-La compañera de Hallie...

Alec y Genny intercambiaron miradas y se rieron.

-Es ambas cosas -aclaró Alec.

Laura jugueteaba con un pequeño escon que chorreaba mermelada de fresa por los costados. Finalmente, o al menos cuando Genny lo notó, no toleró más la situación y dijo:

-Señorita Paxton, ¿Por qué no se lleva a la linda niña arriba? Realmente debo hablar con el barón en privado.

Genny obsequió a Alec una sonrisa radiante.

-Pero por supuesto. Vamos, Hallie. No, no discutas. Pasaremos por la cocina y buscaremos cosas ricas.

Hallie cogió su libro y salió corriendo hacia la puerta de la sala. Escuchó que su padre murmuró su nombre muy suavemente y de inmediato se volvió:

-Fue un placer conocerla, señora Salmon. Buenas tardes.

-Qué niña maravillosa -dijo Laura.

Hallie dijo con mucha seriedad:

-Ella tratará, pero no lo conseguirá, Genny. No te preocupes. Mi papá no es ningún tonto para las cosas serias y tú eres seria.

Genny se detuvo en la mitad de las escaleras y miró a la niña de voz tan serena.

-Es cierto. -Hallie le palmeó la mano. La de ella. -Ella es muy bonita. Hermosa, pero, ¿No te das cuenta? A papá no le gustan las mujeres así. Oh, a lo mejor, les dice cosas lindas, si está de buen humor o hasta las ve en sus alcobas, algo que aparentemente hacen todos los grandes. Pero él prefiere a las señoras que son lindas por dentro, como tú.

-Tú me dijiste que soy bonita.

Hallie asintió, muy seria.

-Sí, es cierto, pero la señora Salmon es expec... esquep...

-¿Excepcional?

-Sí, eso. Ella quiere ser lady de Sherard y cree que es tan hermosa que se lo merece. Pero, sabes, mi papá no se deja engañar tan fácil.

-No tiene importancia para mí, Hallie.

Hallie le dirigió una mirada tolerante y sufrida, destinada a hacer sentir a Genny un tanto fuera de lugar. Y tuvo ese efecto. Pero ella se mantuvo inmutable.

Genny se detuvo repentinamente cuando llegó al final de las escaleras.

-Hallie, ¿Tú has...? No. Imposible.

-¿Qué, Genny?

-Tú dijiste que tu papá iba a las alcobas de las señoras.

-Por supuesto que a veces lo hace. No seas tonta, Genny. Papá es un hombre, después de todo. Y también fue a tu habitación. Los grandes -agregó, encogiéndose de hombros- hacen eso.

Genny se quedó admirada ante semejante lección de inteligencia a una edad tan prematura.

-Hallie, ¿podrías ser una niña pequeña al menos durante una hora?

Hallie adoptó una expresión de felicidad.

-¿Me leerás un cuento? Papá piensa que ya puedo leer todas mis historias pero no es así.

-Me encantará.

-Por extraño que parezca, te sienta muy bien el negro.

-Gracias. ¿Quieres más chuletas de carnero con salsa blanca de cebollas?

-No, gracias, aunque saben realmente apetecibles. Es maravilloso tener tan buenas amistades con la señora Salmon, ¿no?

-Por cierto. ¿Más tocino?

-No, gracias. Me invitó a su casa mañana por la noche.

-Ve, ni lo dudes. ¿Quieres brotes?

-Me dan náuseas con sólo pensar en ellos. La señora Salmon está preocupada, como cualquier buena amiga lo estaría, porque yo estoy viviendo bajo el mismo techo que una pobre e indefensa virgen que hace rato que espera.

-¿Más sopa de liebre?

-Ya se enfrió. Yo le aseguré que no eres para nada indefensa, que tampoco eres pobre, al menos durante más de tres semanas y que me agradan las esperas. Oh, sí, también le dije que ya no eres virgen.

-¿Quieres sopa fría de liebre bañando enteramente tu cara?

-Genny, Genny, normalmente insultas con tanta espontaneidad. ¿Qué pasa? ¿Se te viene la tormenta? Es cierto. El tiempo está bastante malo... ¿O acaso es que desde que descubriste cómo hacer el amor, quieres más? Bueno, supongo que podrías convencerme de que te visite esta noche en tu alcoba. ¿Quieres que probemos alguna nueva posición? De costado es agradable; te gustará. Tendrías las rodillas flexionadas, tu hermosa pierna derecha en dirección al pecho y entonces yo me encorvaría alrededor de ti y...

Alec sintió una cucharada de habas golpeándole la cara. Se rió. Lo mejor era reírse de ella.

Y después, Genny se quedó boquiabierta cuando Alec le devolvió el gesto con la misma moneda. Claro que una de las habas fue a aterrizar justo entre los pechos de la muchacha.

-Eso sí que me impresiona -dijo Alec, mirándole el busto-. No. La señora Salmon tiene el par de senos más maravillosos que haya tenido el privilegio de acariciar. Pero, aguarda... ¿No has observado sus dotes superiores?

-Sí.

-¿Antes de caer? ¿Cuando aterrizaste en tu maravilloso trasero y te luxaste el tobillo, tan maravilloso como tu trasero?

-Sí.

-Ah, entonces, por supuesto, dio comienzo tu noche de placer. ¿Te gustó cuando te até a la litera de mi barco, Genny? Te aseguro que gocé de tu placer inmensamente. Esa serie de gemidos y plañidos me volvieron loco. Eres encantadora, sabes. Tienes unas piernas estilizadas, firmes y con formas aceptables. Y tu piel es tersa, rosada...

-¡Basta!

Alec abrió la boca otra vez y Genny gritó:

-¡Moses! ¡Moses!

Moses ingresó al comedor sin hacer ruido.

-¿Sí, señorita?

Genny le dirigió la mejor de sus sonrisas.

-Creo que ya estamos listos para el café.

-Todavía no he terminado con mis chuletas de carnero -dijo Alec.

-Aumentarás de peso. Café, por favor, Moses.

-¿Señó'?

Genny quería gritar. ¡Mirar a Alec para recibir órdenes!

-La señorita Genny tiene razón. No tiene ningún sentido que me convierta en un cerdo grasoso.- "Por lo menos hasta que te tenga atrapada en mis garras", agregó para sí.-Café será, entonces. Con brandy, por favor.

-Sí, señó'.

Moses salió del comedor haciendo tan poco ruido como cuando entró.

Genny se inclinó hacia adelante.

-¿Dejarás de ser grosero, por favor, Alec?

En un instante, Alec se puso serio.

-No has estado deprimida ni silenciosa ni retraída en la última media hora. Y has terminado tu cena.

Genny se detuvo y bajó la vista en dirección a su plato, casi había olvidado de su padre, del interminable dolor que sentía en el presente, de sus celos no admitidos por Laura Salmon y había comido casi toda su cena. Realmente tenía bastante hambre. Lo miró. En sus ojos no leyó maldad ni picardía.

-No, Genny, no vuelvas la vista atrás ahora. De verdad debes mirar el futuro. No te queda alternativa.

-No quiero. No tiene sentido.

-No me gusta que me consideren como una persona que no tiene sentido. Y no me riñas. Solo escúchame un momento. Estoy aquí para rescatarte, Genny. Ya te he hecho el amor y tú supiste apreciar mis esfuerzos en ese aspecto. -Alec hizo una pausa y luego frunció el entrecejo.- De hecho, mi cuerpo está informándome que ya es hora de que vuelva a acercarme a ti. Me encantaría levantarte las faldas y tenderte en esta mesa pero... ahí viene Moses con el café. Un hombre de puntualidad incuestionable.

Genny no dijo ni media palabra. Observó a Moses mirar a Alec, quien daba todas las órdenes con un simple asentimiento de cabeza. No tenía sentido. Ni siquiera en su propia casa. Por lo menos, James le había dejado la casa como herencia.

-Ahora pareces otra vez una mujer que mira para atrás. ¿Quieres un poco de brandy? ¿No? Bueno, te serviré de todas maneras, porque te ayudará a levantar el espíritu.

Y fue cierto. Genny tomó el primer trago y sintió que el brandy recorría todo el trayecto hacia el estómago y tosió. Alec se limitó a beber su café, mientras contemplaba el retrato del padre de James Paxton que estaba colgado en una pared, sobre un mueble que se apoyaba contra esta. El hombre llevaba una peluca y su chaqueta de barba de ballena era de un pesado brocado violeta, con mangas exageradamente bordadas. Impactante, aunque su expresión denotaba tanta frialdad como el Mar del Norte.

Genny logró controlarse y asimilar la bebida. Se sentía abrigada, suave. Las cosas comenzaban a tomar un poco más de sentido.

-Bueno, como te iba diciendo -reasumió Alec, mientras servía un poco más de café y bastante más brandy en la taza de Genny-. Yo quiero que me consideres tu caballero andante, un hombre valiente. Y tú, mi querida señorita Eugenia, puedes asumir el rol de Santa Grial. ¿Te agrada la idea?

-Lo que dices es un absurdo -contestó Genny, pero no hablaba del todo en serio. El café estaba exquisito, le producía cosquillas hasta los dedos de los pies.

-Te diré lo que vamos a hacer, mi querida dama. Nos casaremos el viernes.

Eso obligó a Genny a levantar la cabeza. Lo miró.

-Estás loco. Loco de atar. No me amas. Sólo quieres el astillero y el *Pegaso.* ¿Por qué?

-Porque quiero hacerte el amor durante los próximos cuarenta años, todas las noches, todas las mañanas, quizá después del desayuno y antes del té y...

-Un absurdo total.

-Tu conversación se torna pesada, mi querida Eugenia. Ahora sólo escucha. Como te dije, te casarás conmigo el viernes. De esa manera, el astillero quedará a salvo. Y después, correremos nuestra carrera hasta Nassau.

-Pensé que te habías olvidado de eso. Yo sí. ¿Por qué? Ya no hay razón para que apostemos con eso. Ya tienes todo.

-No soy el tonto que tú crees que soy, Genny. Tú no quieres tener ninguna clase de relación conmigo... por lo menos, no me ves como posible material marital.

-¡No veo a ningún hombre como posible material marital! Ustedes no son más que cerdos elegantes, injustos, desatentos y...

-Creo que tu concepto ha quedado bastante claro. Conociendo tus sentimientos, voy a ofrecerte una propuesta comercial. Si tú me ganas la carrera de ida y vuelta a Nassau, seguirás tu vida por las tuyas. Yo estipularé por escrito que cedo la propiedad del astillero a la señorita Eugenia Paxton y así podrás administrarlo a tu gusto, aunque la quiebra será tan segura como que estamos los dos sentados aquí, charlando. Será como tú quieras. A mí no me importará ni un poquito. Te compraré el *Pegaso* para que puedas mantenerte a flote. Pero no tendrás que cargar conmigo ni con mi hija después de que volvamos.

-Eso es maravilloso. ¿Y qué pasará si por algún terrible error me ganas tú?

-Ah, entonces haremos las cosas a mi manera, Genny. En todos los aspectos.

-¿Por ejemplo?

-Serás mi esposa. Administrarás mi hogar. Jamás volverás a vestirte de hombre. Criarás a mis hijos, si es que Dios nos bendice con ellos. Quedarás fuera de todos mis asuntos comerciales y dejarás de interferir completamente con el astillero.

-Deseas que me muera.

Esa frase lo dejó helado. Sintió una suerte de calambre en el estómago, como una sensación de culpa... Pero se sobrepuso.

-Muy por el contrario. Descontando las fantasías que puedes llegar a tener ahora, aún eres una mujer. Dios sabe que me has convencido de ello anoche. Me gustaría creer que esa conclusión nos llevará a tu felicidad.

Genny le dirigió esa mirada perdida, tan peculiar en ella y Alec volvió a sentirse culpable. Se puso de pie y luego tomó asiento junto a ella.

-¿Tienes alguna pregunta? ¿Hay algo que te agradaría cambiar o modificar?

Genny meneó la cabeza, mientras decía:

-Dijiste que nos casaríamos antes de la carrera, pero si yo gano, dijiste que te irías. Aun así seguiríamos casados. Por mí, no me interesa, ¿Pero a ti no te gustaría tener la posibilidad de casarte con otra mujer?

-No.

El brandy aún irradiaba calor en su abdomen, pero sentía que las lágrimas acudían a sus ojos. Ya no las toleraba más allí, quería derramarlas. Y no eran sólo por su padre. No. Eran por... Genny meneó la cabeza.

-Buenas noches, barón.

-¿Cuál es tu respuesta, Genny?

Genny ni lo miró. Mantuvo la cabeza gacha.

-Te contestaré por la mañana. ¿Está bien?

-Sí, pero debe ser mañana.

Genny abandonó el comedor lentamente. Cerró muy despacio la puerta detrás de sí. La vida se había convertido en algo excesivamente extraño. Un mes atrás, todo parecía estar en orden.

Pero ahora... todo era un maldito desastre.

Genny despertó lentamente, consciente de la cabeza a los pies de que estaba viva. Completa y deliciosamente viva. El cuerpo le temblaba y sentía una tibieza especial entre los muslos. Las manos de él, grandes y calientes la cubrían en gran parte, cada vez que inhalaba profundamente. Tenía el camisón bajo hasta la cintura, con todos los botones desabrochados. Los labios de él apenas le acariciaban los pezones.

-Alec, ¿Qué estás...? Ah, sí... ¿Alec?

-Shhh, Genny. Sólo he venido aquí para convencerte. ¿Te gusta eso? -Su cálida boca se ubicó una vez más en su pezón y Genny no pudo hacer más que arquear la espalda y gemir de placer. Sintió que Alec le deslizaba la mano por debajo del camisón, para apoyarla sobre su abdomen, inmóvil, con los dedos separados.

-Alec...

-¿Sí, Genny? ¿Quieres que te toque? ¿Aquí? -Buscó entre sus vellos con los dedos. La notó húmeda, excitada. Ella también lo percibió, cuando él la acarició. ¿Pero cómo era posible? Debía sentirse avergonzada y así fue, aunque sólo por uno o dos segundos. Luego elevó las caderas para permitir un mejor acceso a sus dedos.

-Qué lindo, Genny. ¿Sabes cómo siento tu piel de mujer? ¿Yo, el hombre que se convertirá en tu esposo? No, no riñas. Sólo siente. Tendrás esto cada día de tu vida, Genny. Te lo prometo. -Genny gimió y Alec la besó. Ambas lenguas se encontraron y Genny se sorprendió en un principio, aunque luego lo aceptó con dulzura. Alec recorrió los delicados y húmedos pliegues con los dedos e incursionó en el interior de la muchacha. La sentía estrecha alrededor del dedo. En ese mismo instante, tuvo un irrefrenable impulso de ingresar en ella, tan fuerte, que se creía incapaz de controlarse. Tenía el miembro duro, latente, que presionaba contra su muslo. Pero quería que ella llegara al orgasmo antes de penetrar. Quería asegurarse de que el placer de Genny fuera un hecho.

-Genny, abre más las piernas.

Ella no lo entendió, porque se había dejado llevar demasiado lejos por aquellas sensaciones que él provocaba en su cuerpo.

-Abre las piernas -repitió él, aunque esta vez colaboró en el proceso ayudándola a separar los muslos con sus manos. Se acostó encima de ella y la besó en la boca, una y otra vez.

-¿Quieres que hablemos de filosofía? -preguntó él-. ¿O quizá de las batallas de Napoleón?

El estaba bromeándole, pero Genny no podía imaginar ni una sola palabra para responderle.

-Alec -susurró, como toda respuesta.

-Muy bello, amor -dijo él y empezó a besarla otra vez. Y supo que finalmente Genny estaba experimentando la inevitabilidad de ese acto, aceptándolo, quizás hasta deseándolo. Estaba confiando en que Alec le brindaría el goce que necesitaba de él, que era tan positivo para ella. Y Alec no la decepcionó. La besó, la acarició con sus manos, le apretó la cintura, le elevó las caderas. Cuando ambas bocas se encontraron, Genny gritó. Una y otra vez.

Alec sintió algo muy profundo dentro de él. Era una sensación esquiva y trató de calificarla. Provenía de ella, para él.

Cuando la muchacha arqueó al máximo la espalda y tensó las piernas, Alec empujó y empujó con todas sus fuerzas, hasta que sintió aquellas femeninas manos aferrarse de sus hombros... Pero no dejó que el placer se desvaneciera. Empujó nuevamente, lo más profundo que pudo, elevándole las caderas, obligándola a abrir más las piernas.

-Sígueme el ritmo -dijo él, con una voz tan grave y oscura como las sombras de la noche.

Ella obedeció y se estremeció varias veces. Luego él aceleró su propio ritmo. Genny estaba con él. De pronto, Alec deslizó la mano entre ambos cuerpos, para tocarla y ella gritó desesperadamente, enterrándole aun más las uñas en los hombros y hundiendo el rostro en su pecho. Alec se hundió tanto en ella que ambos cuerpos formaron uno solo. Él lo supo y lo aceptó, esparciendo sus semillas en aquel delicado vientre.

Se trataba de un momento de la vida que no deseaba que terminara jamás.

Cierto tiempo después, Alec recobró los sentidos. Ignoraba si habían pasado cinco minutos o toda una hora. Sólo tenía conciencia de que Genny lloraba casi en silencio. Pronunció su nombre y se incorporó sobre los codos.

15

-Shhh, no llores. ¿Qué pasa, Genny?

Genny trató de detener los sollozos. Hizo una serie de hipos contra el hombro de Alec. El se inclinó y le besó el cuello con dulzura.

-Tengo tanto miedo, Alec -murmuró ella contra su mejilla. Alec salió del interior de la muchacha y se tendió de costado.

-Mírame, amor.

Genny giró la cabeza en la almohada para mirarlo. Alec había encendido sólo una vela sobre la mesa de noche. Se lo veía misterioso entre las sombras, su rostro era ángulos y planos. Y sus brillantes ojos reflejaban un tono tan oscuro de azul que parecían casi negros. Recorrió con la mirada la garganta de Alec, sus hombros y el vello dorado de su pecho. Muy suavemente, él le acarició el mentón.

-Dime, ¿Por qué tienes miedo?

Era difícil. Tan difícil. Se sentía una tonta.

-Hace un mes, yo era yo misma, simplemente yo misma. Había preocupaciones, claro, pero todo era como yo siempre había vivido. Papá estaba enfermo, pero yo ya me había hecho a esa idea. Y luego apareciste tú.

-Cuando te vi por primera vez, pensé que todo había terminado para mí. Pero no quería que así fuera. Tú eras tan acogedora. No tenía idea de tu existencia un mes atrás. Oh, así como tú conocías a un tal barón de Sherard, yo sabía de un señor Eugene Paxton, pero no de ti, Genny. No creo que me haya dado cuenta de que todo había acabado para mí sino hasta el preciso momento en el que te sostuve la cabeza mientras vomitabas. Oh, qué noche tan memorable aquella, cuando saliste corriendo a toda marcha del burdel. ¿Lamentas que yo haya aparecido en tu vida?

-Sí... no. Oh, Dios, Alec, ¡No lo sé!

-¿Te alegra que te haya sostenido la cabeza?

Genny comenzó a decir algo, pero se lo tragó. Sólo le dio un puñetazo en el brazo.

Alec acarició la mandíbula de Genny con las yemas de los dedos. Tan suave, pensó y tan obcecada.

-He aquí un hombre serio. Ahora escúchame. No estoy seguro de qué es lo que estoy sintiendo exactamente ahora, si es dicha, terror o sólo confusión. Pero no tengas miedo de mí, Genny. Nunca te haré daño.

"Sí que lo haces, pero no te das cuenta. Oh, Dios, ¿Qué debo hacer?" Otro sollozo se ahogó en su garganta y dio vuelta la cara para esconderse de él.

-No, no, no llores. Te hará daño. Shhh.

Alec la estaba calmando como si hubiera sido Hallie, como un adulto trata de tranquilizar a un niño aterrado por los monstruos de la noche, alisándole la cabellera, frotándole la espalda. La irritaba ese tratamiento, pero al mismo tiempo, extrañamente, le brindaba cierto bienestar.

-No soy una niña -dijo ella.

Alec sonrió.

-Eso, mi querida Genny, no lo pongo en tela de juicio. -Le apoyó la mano en el vientre y la masajeó.- Eres tan suave -le dijo y miró sus propios dedos acariciándola. Siempre había pensado que el cuerpo de una mujer es maravilloso, capaz de proporcionarle las exploraciones más deliciosas e interminables del mundo. Deslizó más la mano hacia abajo y se detuvo en el pubis. Dios, el cuerpo de Genny... Simplemente, ella era algo más. No podía explicarlo, pero era cierto. Comenzaba a pensar que jamás se saciaría de ella. Sencillamente, descubrió que deseaba tocarla, sentir que ella estaba allí, a su lado. Y ahora, Genny le pertenecería.

Alec le sonrió y se dio cuenta de que, en ese momento, no quería sexo. Quería que Genny le hablara. Se obligó a detener la mano.

-Podemos lograr que dé resultado, Genny. Todo lo que tienes que hacer es confiar en mí, en otros aspectos que no sean los sexuales.

-¡Tú no tienes ni la menor idea si yo confío en ti en aspectos sexuales!

Alec le dirigió la sonrisa más traviesa imaginable.

-Mi querida inocente, ¿No te das cuenta de que te entregas completamente a mí? Yo te pido que abras más las piernas y tú me obedeces de inmediato porque sabes que te haré gozar de un inmenso placer. Te he sentido levantar las caderas y empujarme más adentro de ti. He escuchado tus gritos, te he visto el rostro cuando llegas al orgasmo. Y tus orgasmos son exquisitos, Genny, libres, muy americanos, como he decidido calificarlos. Bien, considero que todo eso es confiar en mí en aspectos sexuales. ¿Depositarás tu confianza en mí también en otros asuntos?

-¿Me estás sugiriendo que sabes qué es lo mejor para mí?

Alec detectó aspereza en su tono de voz y la amargura que se ocultaba detrás de ella, pero no se permitió reaccionar. Todavía era muy reciente la muerte de su padre. Aún estaba muy herida y bueno, James había cometido el error de alentarla en cuanto a fomentar su orgullo, su independencia, mucho más allá de los límites que toda mujer debía imponerse. Todo eso complicaba la situación para él.

-Sólo iba a señalar que te llevo algunos años y que me caes muy bien. Y digamos que tengo las mejores intenciones hacia ti en mi corazón.

-Pero te niegas a tener en cuenta lo que yo considero que es mejor para mí.

-Genny, sinceramente, no creo que sepas qué es lo mejor para ti en estos momentos. Creo que estás muy confundida y que tienes muchas inseguridades sobre tu futuro, sobre nosotros. Se han operado tantos cambios en tu vida. Hay tantas cosas a las que debes enfrentarte. Pero yo estoy muy seguro de algo: de que tu padre cometió un grave error al permitirte imitar a los hombres, Genny, merodeando por el astillero y codeándote con la tripulación a quien ninguna dama jamás habría admitido ni en la sala de recepción de su casa.

¿A qué vendría todo eso?, se preguntaba Genny, en silencio ahora, pero ya sin deseos de llorar. Tontas lágrimas de mujer. Alec no entendía y aunque pudiera comprenderlo, no lo aprobaría. No había otra solución viable: o se casaba con él y aceptaba la apuesta, o permitía que un extraño comprase el astillero.

Simplemente, Genny no podía hacer eso. ¿Estaba equivocada? ¿Su padre la había guiado mal? ¿Habría intentado convertirla en el hijo que había perdido?

Genny quería gritar a viva voz que no, que ella era lo que era, que no estaba errada y que su padre tampoco lo había estado.

Pensó entonces en Hallie. Alec obviamente le daba todas las concesiones que debería darle a un varón. Cuando Hallie llegara a cierta edad, ¿La dejaría enclaustrada en algún sitio, obligándola a aprender costura y a usar enaguas? ¿Alec pretendería que ella se olvidara de todas las libertades de las que había gozado? Genny quería preguntarle, exigirle que le explicara su razonamiento machista...

Pero los dedos de Alec se movían otra vez sobre su vientre, cada vez más abajo, y Genny sintió anticipación, pues sabía perfectamente que ese ardiente deseo se produciría entre sus piernas. Se preguntaba cómo haría Alec para lograr una respuesta tan espontánea de su parte con sólo mover los dedos. Genny quería ignorar los sentimientos. Quería empujar a Alec para apartarlo de sí. Nadie lo había invitado a entrar en su cuarto y a tenderse sobre ella.

-No quiero que me obligues otra vez.

Alec no dejó de acariciarla rítmicamente con sus dedos, ni siquiera al escuchar aquellas palabras tan ásperas, pronunciadas con una voz tan fría.

-¿Que te obligue? Qué idea tan graciosa, señorita Eugenia. Admito que soy yo quien inicia todo, por así decirlo. Si sólo te acaricio unos pocos segundos más, me implorarás que te brinde otra vez ese placer.

Genny no dijo nada. Sus latidos se aceleraban y sin poder evitarlo, empezó a moverse contra los dedos de él. Alec sonrió y ella tuvo ganas de gritarle, de arrojarle contra los paneles de madera.

-Dos veces por noche, durante cuarenta años. Eso es más de lo que imaginé. Me desgastarás, Genny, pero haré lo imposible por seguirte el ritmo, lo prometo.

-No quiero volver a hacer esto contigo, yo... ah... -Su voz se transformó en un gemido.

-Eso es, amor. Entrégate a mí, Genny, tenme confianza. Te protegeré, te cuidaré. No hay cuidado. Yo estoy aquí, y estaré a tu lado siempre. ¿Me crees?

Genny quería que él estuviera allí a su lado, pero no necesitaba protección. No quería que un hombre le dijera lo que debía hacer y lo que no; ni que la cuidara, como a una niña, como a una dama, como a Laura Salmon. Abrió la boca para decirle que sí le creía, pero que también era capaz de cuidarse sola.

Claro que en cambio, sólo gimió, un profundo y auténtico plañido.

Lo sintió estremecerse y subirse encima de ella. Le separó las piernas y Genny las abrió más todavía. Luego le apoyó la boca y ella supo que estaba totalmente vulnerable a él, tal como Alec había dicho. Sabía cómo la haría sentir y ella deseaba esos sentimientos, sin

importarle que cuando apareciera la luz del día, ella tendría que tomar una determinación que los afectaría a ambos por igual. Y también a Hallie.

Gritó cuando el clímax la envolvió. Esta vez, Alec no penetró en ella de inmediato. Simplemente, desaceleró el ritmo de sus caricias, calmándola. Cuando lo logró, la tendió boca abajo.

-Incorpórate sobre las rodillas, Genny.

Genny se sentía lánguida, un poco mareada, experimentando los estremecimientos posteriores al máximo placer. Pero le obedeció, sin tratar de acertar sus intenciones. Confiaba en él, pensó. Le quitó el camisón, pasándolo por encima de su cabeza y lo arrojó al piso. Le acarició las caderas y se ubicó detrás de ella. Le separó las piernas y penetró en ella muy lentamente, muy suavemente. Al cabo de unos pocos minutos, se detenía.

-Eres tan estrecha, Genny. ¿Estoy haciéndote daño? ¿He ido demasiado profundo?

Su voz sonaba constreñida. Había penetrado profundamente en ella, pero no le dolía. Lo sentía latir y no quería que se retirase. Era demasiado fabuloso.

-No, no -dijo ella, arqueando la espalda naturalmente, metiéndolo más profundamente todavía-. Alec, esto es tan... oh, Dios... ¡Oh!

Alec la rodeó con los brazos y tomó cada uno de sus senos en las manos.

-Tú controla la profundidad que desees, Genny. Mueve las caderas contra mi cuerpo cada vez que quieras más de mí.

Y lo hizo: Surgió espontáneamente aquella cuestión sexual y superaba todo lo que ella había imaginado. Alec descendió la mano y empezó a acariciarla rítmicamente otra vez. Genny se meneaba y lo sentía tan dentro de sí que el hombre se había tornado una parte de su cuerpo. Lo deseó otra vez, con tanta desesperación, que no pudo silenciar sus gemidos. Estos fueron suaves al principio, pero cuando se oyeron con toda su intensidad, Alec alcanzó su orgasmo poderosamente, enterrando los dedos en las caderas de Genny, echando la cabeza hacia atrás.

Se reclinó sobre la cama, de costado, trayendo a Genny consigo. Se acurrucó contra la espalda de la muchacha y le besó el cuello, por encima del enredado cabello, mientras lánguidamente le tocaba un seno, casi como si sólo estuviera haciéndolo porque lo tenía al alcance de la mano y porque le daba placer. Genny trató de analizar un poco la situación, pero sus pensamientos divagaban demasiado. En realidad, esos pensamientos eran preguntas sin respuestas. Por lo menos, no había respuestas en aquella noche tan oscura, después de haber hecho el amor dos veces con el hombre que quería protegerla y cuidarla. Genny abandonó sus intentos y se quedó profundamente dormida, con Alec aún dentro de ella.

La verdad de la cuestión, pensó él, mientras sostenía el peso de su seno en la palma de la mano, era que Genny seguiría siendo su esposa independientemente de la carrera, cuyo resultado quedaba fuera de toda duda, por supuesto. Por un momento, cerró los ojos para saborear nuevamente las increíbles emociones que lo habían arrastrado cuando penetró en ella, cuando le acarició los senos, las caderas, el vientre. Alec la había deseado completamente y ese deseo se tornaba más y más poderoso. Ahora lo aceptaba y en silencio, ofreció a Genny su fidelidad y lealtad hasta el día en que él muriera. Sintió que el pezón de Genny se endurecía entre sus dedos. Qué dulce. Dulce y delicado en ese momento. Pero lo que Alec había experimentado antes no había sido dulce, sino exigente, urgente. Y sentir que esparcía su semilla tan dentro de Genny, quien lo atraía más y más hacia sí, deseándolo como él a ella... Aún oía los gritos de placer, veía la cabellera rozar la cintura cuando arqueaba la espalda contra él.

Si alguien le hubiera preguntado, Alec habría contestado con plena certeza que esa misma noche había embarazado a Genny. Muy pronto ella aceptaría el hecho de que era una mujer ... la mujer de Alec. Querría usar ropa de mujer, criarle el hijo y también la protección de él.

Genny aceptaría lo que el destino le deparaba. El se encargaría de ello.

Pensó en Nesta, su esposa durante cinco años. La dulce y amada Nesta. Morir tan joven y todo porque ese médico tonto no supo qué hacer. Bueno, Alec lo sabía ahora. Nunca permitiría que nada le ocurriera a Genny. Jamás.

¿Cómo era posible que ella creyera que podría ganarle la carrera? ¿Aun a pesar de su clíper de Baltimore?

Lo que no entendía, lo que realmente creía que había sido un error de su padre, era la insistencia de Genny por hacerse pasar por un hombre en la vida. Tendría que olvidarse de esa tontería. Alec se encargaría de ello.

Era dos de noviembre. Durante el otoño, Baltimore podía compararse por su belleza al Jardín del Edén. Por lo menos, eso era lo que decían todos los habitantes de la ciudad a los forasteros dispuestos a escuchar. Pero, a decir verdad, el tiempo se mostraba inclemente, frío, con el cielo gris plomizo, con probabilidades de lluvias, tal como ese mismo día.

Alec saludó a Genny con la mano, quien estaba en la cubierta de su *Pegaso,* vestida de hombre, por supuesto, con las piernas bien plantadas y separadas y las manos en las caderas. Alec se sentía indulgente, exquisitamente tolerante. Aquella sería la última actuación de Genny en ropa de hombre. Se permitió pensar que estaba hermosa, aun a pesar de los holgados pantalones, del chaleco de cuero que tapaba sus curvas del busto y la cintura y de su gorra de lana. Ella lo miró a los ojos y le devolvió el saludo.

Aquella joven era Eugenia Mary Carrick, baronesa de Sherard y Alec tenía muchas esperanzas de que estuviera embarazada. No se lo había preguntado, aunque ella todavía no podía saberlo. No había tenido su período menstrual, al menos, desde que la había tenido en su cama, desde hacía tres semanas. Genny no le había suministrado ninguna información, pero Alec supuso que una mujer no estaría habituada a confiar ese tipo de intimidades, ni siquiera a su esposo. Nesta nunca lo había hecho y Alec solía bromearle al respecto, llamándola eventualmente, Nesta, la Vergonzosa. Sintió un nudo en la garganta ante ese recuerdo. "He vuelto a casarme, Nesta. Después de cinco largos años. Es norteamericana, un hueso duro de roer, ¿No? Y una chica muy difícil, poco usual. Pero se convertirá en la mujer que necesito. Sé que soy el hombre que ella necesita. A Hallie le cae muy bien y Hallie a ella. Tú lo aprobarías, Nesta, lo juro. Nuestra hija estará muy bien."

Ahora, Alec hacía dos días que se había convertido en esposo. Era extraño, pero no tenía dudas ni inseguridades respecto de lo que estaba haciendo. Quizá porque Genny había sido una masa de numerosos temores e inseguridades, vacilando como una mujer con la cabeza hueca, contradiciendo las instrucciones propias hasta que la señora Swindel le pidió simplemente que se fuera y dejara todos los preparativos a su cargo. Que se fuera a terminar de armar el barco. Alec, con gran inteligencia, no sacó ninguna conclusión verbal. Al principio, sólo reconfortó a Genny lo mejor que pudo. Como no consiguió resultados positivos, finalmente le dijo lo que tenía que hacer y ella le obedeció. Hasta se había mostrado incoherente hasta el momento en que el reverendo Murray los proclamó marido y mujer ante la pequeña audiencia que se había dado cita para la ceremonia en la Iglesia Episcopal de Saint Paul.

Alec supuso que fue recién entonces cuando Genny cayó en la cuenta de que ya no había nada más que decidir, que todo había terminado y que lo único que le restaba por hacer era aceptarlo. Alec levantó entonces su velo de novia y le brindó la más amplia de sus sonrisas, la más triunfante. Luego la besó, muy suavemente.

Aquellos ojos tan dilatados ya no le preocupaban.

La mayor parte de los amigos de la familia Paxton se mostraron genuinamente complacidos ante la unión. Aliviados, más bien, se corrigió Alec. Eugenia Paxton había dejado de ser la excéntrica joven por quien todos se preocupaban. Ahora era una joven excéntrica, pero casada. También se había convertido en una baronesa y en una mujer muy afortunada. Se preguntaba si Genny estaría de acuerdo con el consenso general... También se preguntaba si se habría casado con Oliver Gwenn si él, Alec, no hubiera aparecido en su vida. Oliver se veía más amargado que un pretendiente rechazado, cosa que, por lo que Alec sabía, nunca había sido, pues por lo menos Genny jamás lo había tenido en cuenta de ese modo.

En cuanto a Hallie, ella aceptó el matrimonio casi sin decir nada. Sólo le sonrió a Genny y le tomó la mano en momentos difíciles, como alentándola en silencio. Su hijita de cinco años. La viejecita intelectual. Varios días antes de la ceremonia, le dijo:

-Papá, quiero mucho a Genny. Ya verás que todo saldrá bien con ella. Cuando ustedes dos regresen, seremos una verdadera familia.

Y Alec le había respondido con un fuerte abrazo:

-Gracias, calabacita. Sólo vigílala, ¿sí? Para que no se eche atrás a último momento.

-¡Genny no es tonta, papá! -Pero de todas maneras, Hallie no perdió pisada a su futura madrastra.

Laura Salmon, furiosa por no haber recibido invitación a la pequeña boda, comenzó a hacer correr el rumor de que el barón había vivido en casa de los Paxton sin un chaperón adecuado. Claro que los rumores no llegaron muy lejos, aunque lo que más complació a Alec fue el poco crédito que la gente dio al veneno de Laura.

Alec también se aseguró que todos los caballeros importantes de Baltimore tuvieran conocimiento de la carrera y de la apuesta, de que eso representaría el éxito final de la señorita Eugenia. También les informó que no bien regresaran de Nassau, ella se convertiría en mujer y esposa y que, sin duda, los recibiría en su casa para invitarlos a ellos y a sus esposas a cenar. Los hombres decidieron aceptar a Alec como un hombre con pensamientos de avanzada. En cuanto a Genny, todos los pecados del pasado habrían de perdonarse en el marco de que el barón, en su carácter de esposo, la tendría bajo su control. El propio barón había dado la bendición al proyecto. ¿Quiénes eran ellos entonces para hacer menos que eso?

Si Genny hubiera sabido lo que todos los demás caballeros invitados a su boda sabían, habría tomado el arma de su padre y le hubiera disparado a Alec a los pies.

También fue el único modo que Alec tuvo de conseguir una tripulación para el barco capitaneado por Genny hasta Nassau.

Los marineros concluyeron en que, en rigor de verdad, era Alec quien quedaba al mando. La dama simplemente, había recibido el indulto de su flamante esposo.

Alec rogó para que ninguno de estos razonamientos llegaran a oídos de su esposa.

Esa mañana, ambas embarcaciones estaban amarradas juntas en Fells Point. El agua estaba serena y casi no había viento. Pero Genny sabía que los palos altos del *Pegaso,* así como también sus velas, muy pronto captarían los vientos únicos de la bahía de Chesapeake y que su goleta clíper atravesaría North Point prácticamente antes de que los hombres de Alec llegaran a las flechaduras del bergantín. No importaba, sin embargo... Tanto su habilidad como su falta de experiencia se notarían claramente cuando navegaran en el sur del Atlántico. Alec volvió a mirarla.

Genny decidió que había llegado la hora. Carraspeó y llamó a sus hombres para que se reunieran con ella en el alcázar.

Miró los nueve rostros. Sólo dos eran desconocidos para ella.

-Algunos de ustedes, Morgan, Phipps, Daniels, Snugger, me conocen desde que yo era apenas más alta que este timón. Espero que transmitan a quienes no me conocen, que soy una mujer en quien pueden confiar, tanto con el *Pegaso* como con sus vidas. Sé que tienen dudas sobre esta carrera. Sé que también tienen dudas por recibir órdenes de una capitana. Es cierto,

caballeros. Pero soy mejor navegante y capitán que aquel maldito inglés tan arrogante, que está a bordo de aquel bergantín. Somos norteamericanos. El *Pegaso* también es una embarcación norteamericana. Es un clíper de Baltimore, caballeros, la embarcación más rápida del mundo. Mi padre la diseñó. Tiene la proa inclinada más pronunciada que todos los barcos. Tiene los palos más altos que cualquier otro clíper de la actualidad. Este será su primer viaje. Vencerá a esa excusa inglesa de balsa y ustedes lo harán posible. Es muy liviana, aunque sus velas son muy importantes y nosotros diez lo manejaremos a la perfección. Sólo miren estas cubiertas despejadas. No hay sogas, ni manijas, ni abrazaderas con qué tropezarse. Cuando lleguemos al Atlántico, navegaremos tan cerca del viento que dejaremos ese viejo bergantín bien atrás.

-Yo me siento orgullosa del *Pegaso,* porque ayudé a construirlo. Me siento orgullosa, porque se trata de una embarcación norteamericana y yo también lo soy. ¡No piensen en esta carrera como en una competencia entre un hombre y una mujer sino entre un barco inglés con un capitán inglés y una embarcación norteamericana con una capitana norteamericana!

Para el infinito placer de Genny, los hombres se miraron entre sí. Snugger escupió hacia el bergantín y los demás festejaron.

-¿Recuerdan cuando hace cinco años ahuyentamos a los ingleses de nuestra ciudad? ¡Bueno, ahora también lo haremos, pero en el agua!

Gritos salvajes y frenéticos.

-¡Vayamos en busca de ese viento!

Alec, quien había estado observando, parpadeó ante tanta algarabía. ¿Qué demonios les habría dicho Genny a esos hombres? ¿Los habría sobornado? Alec se tragó su curiosidad y esperó a que se tranquilizaran para gritar:

-¿Está listo, señor Eugene?

-¡Lista para robarte el viento de tus velas, barón!

-¡Después de usted!

Alec observó apartarse al *Pegaso* de su amarradero. Escuchó la serena voz de Genny impartiendo órdenes.

Esa mañana se presentó con una brisa muy suave en el Patapsco, una desventaja para el bergantín de Alec. Sin embargo, el clíper, con sus palos y velas más altos, podía llegar a captar el viento que soplaba por encima de las embarcaciones y que el bergantín era incapaz de aprovechar. Alec trataría de encaminarse hacia la bahía, con la esperanza de encontrar viento suficiente con que llenar sus macizas velas y alcanzar al clíper en la travesía de ciento cincuenta millas hacia el Atlántico. Pero Alec también era realista. Aun el más inexperto de los capitanes sabía que el verdadero viento no estaría en la bahía, sino en el Atlántico.

Simplemente, esperaría su oportunidad y tendría muchas, seguramente. Les llevaría unas buenas nueve horas alcanzar el océano.

Pasaron North Point en la desembocadura del Patapsco, sitio donde el comandante británico se había detenido para el ataque a Baltimore y había virado a estribor en dirección a la bahía de Chesapeake.

Hubo un fuerte viento. Alec sonrió.

El *Pegaso* y la *Bailarina Nocturna* estaban casi proa a proa cuando pasaron por el cabo Henry rumbo al Atlántico esa tarde, alrededor de las seis.

Alec miró a Genny, la saludó y le hizo una socarrona reverencia.

Genny se sentía tan feliz, que simplemente le devolvió la sonrisa, como una idiota.

-¡La carrera, caballeros -gritó ella-, acaba de empezar!

16

Snugger era su primer maestre. Era de baja estatura, muy velludo y contextura física superior bastante robusta. Tenía la voz tan potente que podía oírse aun a pesar de la estridencia de una fuerte tormenta de viento.

Era Snugger el encargado de pasar las órdenes de Genny a los hombres. Había sido sugerencia de la muchacha que fuera él quien las gritara. Quizá, pensó ella, de ese modo los hombres se olvidarían que en realidad, la autoridad era una mujer, confundiéndola con Snugger, un hombre y por ende, competente.

Daniels estaba de pie, a su lado, observando a la tripulación desplazarse por las flechaduras.

-Es tan delicado deslizándose sobre aguas tranquilas.

-Sí, capitán, es cierto. Su padre habría estado tan orgulloso. De los dos.

Daniels la había llamado "capitán" y eso la había colmado de placer. Realmente se preguntaba si su padre se habría sentido orgulloso de ella. En cierto modo, tenía sus dudas. Ah, pero de todas maneras, ojalá hubiera podido estar allí para verla, para aprobar lo que estaba haciendo.

Genny estaba a cargo de la tripulación y realmente se sentía a cargo. Cedió el timón a Daniels, su segundo maestre y le dijo con su mejor voz de capitana:

-Manténgala pegadita al viento y ese cascajo de bergantín muy pronto parecerá que está navegando hacia atrás.

-Me parece un sueño cómo se mueve esta nave.

Genny resopló. Había un cuarto de luna en el cielo claro de la noche. Las estrellas brillaban, plateando las olas del océano. Genny bostezó y se desperezó.

-Su litera estará espectacular esta noche, capitán.

-Sí, seguramente, Daniels. Yo tomaré el tercer turno de vigilancia. Dígale a Snugger que me despierte con dos campanadas.

-Sí, sí, señora.

Genny sonrió. Estrujó el bronceado brazo de Daniels y atravesó la escotilla. Inhaló profundamente mientras descendía por las escaleras. El *Pegaso* era demasiado nuevito, demasiado fresquito como para oler a sentina, o a ratas, o a ropa mojada o, afortunadamente, a sudor masculino y a cuerpos de hombres que pasan varios días sin bañarse.

A diferencia del bergantín de Alec, el clíper era más silencioso. Las maderas no crujían por el propio peso de la nave toda vez que se elevaba y descendía con el movimiento de las olas. Como el estay era liviano, la obencadura no producía ruido alguno que quebrara el solemne silencio.

Mío, pensó Genny. El *Pegaso* es todo mío. Pero no lo era, pues pertenecía a Alec, como todo lo demás. Hasta la casa ahora era de su propiedad, por haberse convertido en esposo de Genny. Por lo menos, eso deducía ella luego de haber escuchado hablar a dos caballeros sobre las propiedades que tenían por sus esposas y todas sus pertenencias de alguna época anterior.

Genny ganaría la carrera. Alec, simplemente no comprendía que ella había navegado desde los seis años y que se había hecho cargo de un clíper a los quince. Genny recordaba al *Bolter* hasta en el más mínimo detalle. El diseño de aquel clíper también había sido de avanzada para la época, pero no tenía ni punto de comparación con el *Pegaso,* una embarcación verdaderamente extraordinaria. En su mente, no cabía duda alguna de que dejaría a Alec y a su pesado bergantín muy atrás y no por falta de habilidad por parte de él.

Bueno, Alec era muy cabeza dura. Ya vería. Genny se preguntaba qué haría él entonces. ¿Se comportaría como muchos hombres que ella conocía en Baltimore, poniéndose furioso por la derrota? ¿De veras le devolvería la propiedad sobre el astillero? Genny encendió la luz de la cabina y la colocó en su soporte, sobre el bello escritorio de caoba. Cerró la puerta con cerrojo y se quitó la ropa mojada. Extendió otro conjunto muy ordenadamente,

pues sabía que en caso de una emergencia, tendría que estar en cubierta en treinta segundos, o menos.

Bajó la intensidad de la luz, se puso un camisón de paño que se pasó por la cabeza y se acostó en la litera. El *Pegaso* se dirigía hacia el puerto a toda marcha, pero el movimiento era tan constante que al cabo de unos pocos segundos ya le resultó imperceptible. El *Pegaso* era tan suave, cortaba limpiamente las olas y siempre se mantenía sobre la superficie del agua, para lo que había sido diseñado expresamente.

Genny se preguntaba por qué nadie se lo habría comprado. Por qué el hecho de que ella fuera una mujer le restaba valor a la embarcación.

Eran preguntas tontas sin respuestas. Probablemente, Alec menearía la cabeza al escucharlas y le diría que así era el mundo, que no debía prestarle atención. Y claro que él no le prestaría atención. Después de todo, él era hombre. Genny bostezó. El día había sido pleno, los hombres se habían mostrado excitados respecto de ganar esa famosa carrera y vencer a los malditos británicos. Esa trama, pensó ella, sonriendo en la oscuridad, había sido excelente. Sólo tendría que mantenerles el entusiasmo, presentándoles a Alec y a su bergantín como el enemigo, para que ellos no perdieran su tiempo pensando en que el capitán era una "capitana".

Les llevaría casi dos semanas llegar a Nassau. Quizá menos, dependiendo de los vientos, y casi siempre estaban erráticos en la costa oriental durante los meses del otoño. Justo antes del anochecer, Genny había divisado el bergantín de Alec a la distancia. La distancia que no disminuía, pero que tampoco crecía. Genny apostaría el último dólar que le quedaba a que los hombres de su esposo ya estarían agotados después de haber estado todo el día tratando de mantener la menor distancia posible entre ambas embarcaciones.

Genny cerró los ojos y vio a Alec. Pero no al Alec que en esos momentos capitaneaba el bergantín, sino a su esposo y amante, desnudo, acostado sobre ella, besándola, acariciándole los pechos, cerrando los ojos cuando penetraba en ella, como si los sentimientos fueran tan fuertes que no le dejaran opción. Y cuando estaba muy dentro de ella, inspiraba profundamente, antes de empezar a moverse. Y Genny le besaba el cuello, el pecho y le apretaba los brazos con todas sus fuerzas, cada vez que él empujaba más y más adentro, para salir momentáneamente y distraerla. Y ella levantaba más las caderas para que él volviera a penetrarla, pero todo lo que conseguía era una sonrisa pícara. Entonces Alec le preguntaba qué deseaba. Todavía Genny no se lo había confesado, pues su mente estaba demasiado preocupada con las sensaciones que él le provocaba y además, se encontraba algo avergonzada, por tener que decir en voz alta lo que estaba sintiendo y lo que deseaba. Pero Alec lo sabía, aunque no dijera ni una sola palabra. Sabía que hacía lo correcto y gozaba enormemente del poder que ejercía sobre ella.

Genny abrió los ojos impulsivamente. Una fina línea de sudor perlaba su frente. Por Dios, su cuerpo reaccionaba como si Alec estuviera allí con ella. Lo deseaba. Ahora. Con todas sus ansias. La intensidad de sus sentimientos la sorprendió. No había transcurrido tanto tiempo desde aquella primera vez que Alec le había enseñado el significado de la pasión. Pero vaya si había sido un buen instructor. Y ahora, Genny se daba cuenta de que nunca había tomado la iniciativa con él. Se preguntaba si eso era de esperar en una mujer, o si se le permitiría semejante osadía. No lo sabía. Pensó en el miembro de Alec, duro y lubricado, apretándose contra su vientre y se preguntó cómo se sentiría él si ella lo tomara en su mano y lo masajeara... o en la boca. ¿Sería diferente de lo que ella sentía cada vez que él la acariciaba? No lo sabía, pero tenía la firme intención de descubrirlo. Ambos tendrían poder sobre el otro. Era justo. Pero eso le traía otro problema.

Cuando Genny ganara la carrera, ¿Qué haría? ¿Abandonarlo? ¿Obligarlo a abandonarla?

No podía imaginarse la vida sin Alec. No se imaginaba no verlo nunca más.

Pero tampoco podía imaginarse no trabajando en el astillero, no navegando, no asumiendo responsabilidades, no conociendo el triunfo de alcanzar una meta, de ver los frutos de sus esfuerzos. Y Alec diría que ella alcanzaría una gran meta cuando diera a luz a los hijos de ambos.

Cualquier yegua era capaz de parir un potrillo, pero no cualquiera sería capaz de ganar una carrera. Era una analogía un poco pedante y jactanciosa, pero a Genny le agradó. De la misma manera que no cualquier mujer de Baltimore era capaz de construir un clíper.

Bueno, la verdad de la cuestión residía en que no todas las niñas tenían otras oportunidades, excepto la de jugar con las muñecas y practicar puntos de bordado. Se las educaba desde que dejaban la cuna, pero no con la clase de instrucción que las haría competentes e inteligentes, independientes. No. Toda la educación se basaba en cómo complacer a un hombre y cómo administrar el hogar de ese hombre. Ella había tenido suerte de que su padre la hubiera tratado igual que a su hermano... Hasta que redactó ese testamento. Ese maldito testamento suyo.

Una vez su padre le había dicho que la vida era una serie de compromisos. Algunos la harían sufrir tanto que creería que estaba en el infierno, mientras que otros, le brindarían tanto placer que se sentiría como un rey, o una reina, en su caso. Pero Genny dudaba que su padre hubiera tenido en cuenta el tema del matrimonio cuando se detuvo a considerar lo de los compromisos.

O quizá sí. ¿Habría decidido escribirlo así por eso? ¿Para obligarla a comprometerse?

Genny meneó la cabeza sobre la almohada. Si eso era cierto, entonces su compromiso se traduciría en su completa derrota y capitulación.

Se quedó dormida pensando en lo que Alec estaría haciendo, si estaba pensando, pensando en ella. Durmió profundamente hasta que Daniels la despertó para su guardia.

En cuanto a su esposo, estaba bebiendo una copa de fino brandy francés, arrepintiéndose por haber sugerido aquella estúpida carrera.

¡Carajo! La había subestimado. Y a ese maldito clíper. Había contemplado boquiabierto la delgada embarcación que se mantenía tan cerca del viento que quedaba casi de frente, mientras que él y su tripulación se habían visto obligados a virar infinidad de veces para mantener la brecha entre ambas naves a una distancia razonable. Pero Genny le ganaría. Simplemente, la tripulación de Alec no podía pasarse las veinticuatro horas del día tratando de enderezar el bergantín. Era un trabajo agotador. Bebió más brandy. Maldición. Genny ganaría. No le quedaban esperanzas.

Alec estaba a punto de perder la carrera. Y no dejaba de maldecir, aunque en silencio.

"¡Papá, me dijiste que si alguna vez decía una de esas palabras, me cortarías las orejas!"

En ese momento, apartó a su hija de su mente. Si existía alguna situación que requería inventiva especial, esa era la ideal y ella se marcharía o le pediría a él que se fuera. Pero Alec sabía que eso era imposible a la luz de que ella era su esposa. No podía dejarla a cargo de ese astillero para que fuera a la quiebra. Y eso es lo que sucedería. Sin duda alguna.

¿Estaría embarazada?

Alec se dio cuenta de que no sólo era pesimista, sino derrotista. Genny todavía no le había ganado. Si él y sus hombres tenían que virar la *Bailarina Nocturna* cien veces y el *Pegaso* sólo una, lo haría. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario con tal de vencerla. Por su propio bien.

Claro que se preguntaba qué pensaría su tripulación al respecto.

La tarde siguiente estaba lloviznando. El cielo era un denso gris plomizo, las olas picadas y los vientos mucho más erráticos de lo que habían sido dos horas antes.

El *Pegaso* no era la embarcación ideal para esa clase de tiempo.

-Es el Atlántico, Genny -dijo Daniels, olvidándose de que la rubicunda muchacha que estaba a su lado también era su capitana-. La estación del año está bastante avanzada, demasiado para confiar en que un clíper pueda navegar sin incidentes. Usted lo sabía. Fue su decisión organizar esta carrera con estas condiciones climáticas.

-Sí, ya sé. Simplemente tenía la esperanza de que tuviéramos un poquito de suerte y que ese maravilloso viento del noroeste se mantuviera.

-Quizá se calmen los vientos. Si mantenemos la distancia que tenemos ahora con el bergantín, no habrá problemas. Usted sólo piense en el sol y en las tranquilas aguas que reinan en Nassau.

-En este momento, no pienso en otra cosa. -De repente, una ráfaga de viento le arrebató la gorra de lana. Genny hizo un intento por recuperarla, pero fue en vano por la velocidad del viento. Tanto ella como Daniels la vieron girar indefinidamente al costado del *Pegaso.*

-Es sólo una tormenta pasajera -dijo ella. Daniels asintió, por obligación. Interiormente, rogó que así fuera. A decir verdad, no le agradaba para nada la idea de ver a la señorita Genny, capitana o no, envuelta en una tormenta en el Atlántico, particularmente, a bordo del *Pegaso.* Sabía que ella estaba pensando en un huracán. Era la época. Era posible. Se verían en serias dificultades si se trataba de un huracán. Daniels no estaba absolutamente convencido de que el extremo diseño del clíper pudiera sobrevivir a una severa tormenta, aun en aguas relativamente protegidas. El señor Paxton había creado palos más inclinados que los de los clípers predecesores y los estays eran más que mínimos. Cuando estaban completamente desplegadas, las velas del palo de trinquete se superponían con el palo mayor, convirtiendo a ambos palos en un gigantesco triángulo isósceles blanco. Si en verdad chocaban contra una fuerte tormenta de viento, este aplicaría toda su fuerza contra los palos que, de por sí, ya eran bastante angulosos, partiéndolos en dos y haciendo trizas las velas. Además, el franco bordo estaba muy bajo. Una buena tormenta que se preciara de sí, y todas las cubiertas quedarían inundadas.

Oh, rayos, pensó Daniels y observaba la situación. Quedaba muy poco por hacer. Oyó a la señorita Genny, ¡Por Dios, ahora era una baronesa inglesa!, gritar que recogieran las velas de la gavia en ambos palos. Eso era una buena idea y el mejor momento para hacerlo. No era aconsejable, aun con ese viento, agregar más presión sobre los palos. También escuchó a Snugger, con esa potentísima voz suya, repetir las órdenes de la capitana. En esa ocasión, los hombres acataron las órdenes con gran rapidez, trepándose a las obencaduras con paso firme.

Daniels se lamió el índice izquierdo y lo mantuvo suspendido en el aire. Olió el viento que se lo secaba. Insultó suavemente.

No creía que aquel primer viaje del *Pegaso* terminara con éxito.

-¿Qué opina, capitán? -preguntó Abel Pitts, el primer maestre de Alec.

-Creo -dijo Alec frunciendo el entrecejo, mientras trataba de divisar al *Pegaso* en la oscuridad- que será mejor que esto sea sólo una tormenta otoñal, o de lo contrario, mi esposa de cuatro días estará en serios problemas.

Sabía que sus palabras sonaron bastante indiferentes ante la situación, pero por dentro, estaba muerto de miedo. No tenía para nada tanta práctica navegando en el sur del Atlántico en otoño. Sabía que en esa época del año, los huracanes eran algo bastante frecuente. Pero no,

aquello sólo era una tormenta pasajera y nada más. No se preocuparía al respecto. Miró su embarcación. La *Bailarina Nocturna,* se abría paso entre las agitadas aguas: del océano como si nada estuviera ocurriendo. Las cuadernas crujían cada vez que se sumergía en las olas y las obencaduras de cáñamo hacían un ruido infernal cada vez que el viento castigaba las velas... Todos los sonidos normales a los que Alec estaba muy acostumbrado.

-¿Dónde estamos, Abel?

-Creo que estamos a unas ciento cinco millas al norte del Cabo Hatteras.

-¿Ese es el cabo que está saliendo del Canal de Pamlico? ¿En Carolina del Norte?

-Sí, capitán, y no es nada benevolente con los barcos. Se dice que tiene aguas muy traicioneras. Tal es así que los marineros lo llaman el cementerio del Atlántico.

-Obviamente que mi esposa sabe eso. Se quedará bien en el Este.

-Sí, capitán -dijo Abel, aunque vaciló en silencio. Observó al barón mientras trataba de divisar el barco a la distancia y supo que Su Alteza habría dado cualquier cosa con tal de ver un ápice de aquel clíper. Abel giró la cabeza y siguió con sus asuntos. Las gavias estaban un tanto arrizadas y las velas del palo mayor y del palo de mesana, recogidas. El viento se incrementaba. Ya era casi de noche. Alec escuchó a Pippin, camarero de a bordo del capitán, decir a Ticknor, el segundo maestre:

-Te digo que esto no me gusta, Tick. El aire está pesado... casi le puedes sentir el gusto. No me gusta para nada.

Ticknor refunfuñaba mientras controlaba la tensión del estay de trinquete. Estaba bien tenso, aunque sonaba un poco por la tensión que ejercían los remolinos de viento.

-Quizá, no -dijo Ticknor-. El capitán sabe lo que hace. No es asunto nuestro ponernos a discutir sobre el tema.

-Pero es su esposa la que va en aquel clíper, Tick.

-Sí. ¿La miraste bien?-preguntó Ticknor.

-Yo la vi bien cuando Su Alteza la trajo a bordo hace algunas semanas.

-¿Aquí? ¿El capitán la trajo a bordo de nuestro barco? Nunca me contaste eso.

-Bueno, no era asunto tuyo. Él la llevaba en brazos, como si ella hubiera estado lastimada o algo.

-Qué raro -dijo Ticknor-. Ella es una mujer, sabes.

-Su Alteza no se habría casado con ella si no lo fuera, cabeza de chorlito.

-Ya sabes qué trato de decir, Ella es diferente. Fíjate, es capitana de un barco.

-Sí -dijo Pippin- y será mejor que le ganemos o el capitán no tendrá paz por muchos años. Mientras tanto, Alec había desistido de seguir mirando a la distancia. Comió lo que Clegg le había traído y agradeció en silencio a su cocinero. Estudió los mapas para llegar a Cabo Hatteras. Si los vientos se presentaban tan perversos como hasta el momento, podrían llamarse afortunados si llegaban allí a media mañana. ¿Genny se mantendría perfectamente alejada del cabo, aunque eso representara una pérdida de tiempo? Claro que lo haría. No era ninguna estúpida.

Pero ella deseaba vencerlo y allí residía la cuestión. A lo mejor, ese era su mayor anhelo en la vida. Alec insultó sobre su trozo de carne, ya congelado en medio de la guarnición que había quedado en su plato. Lo apartó y se levantó. No soportaba esa cabina ni sus propios pensamientos. Se quedó en cubierta hasta que la perversa lluvia lo obligó a bajar otra vez.

Cuando finalmente se quedó dormido, tuvo un sueño aterrador. Genny lo llamaba a los gritos, eran alaridos más bien, en los que Alec detectó mucho temor. Él trataba de volverse para verla, pero algo lo retenía inmóvil en el lugar. Pronunció su nombre. Y entonces la vio, pero no enteramente. Sólo sus ojos y en ellos, tanta angustia que sintió un profundo dolor de estómago. Pero no eran los ojos de Genny. No. Eran los de otra persona.

Alec despertó con un calambre. Muy agudo. Algo le ocurría a Genny, estaba seguro y eso le causó un dolor tremendo. Nunca se había sentido de ese modo, excepto cuando Nesta gritaba y gritaba hasta el momento de su muerte y él, no había hecho nada simplemente porque entonces no había sabido qué hacer.

Alec se levantó de la litera y encendió la luz. Unas sombras raras dibujaban figuras extrañas en la cabina. Miró por la ventana de popa, Llovía con mayor intensidad; se había formado una especie de cortina de agua. Sin embargo, todavía no era nada tan terrible como para preocuparse. A menos que se tratara del preludio de un huracán. Se puso las botas, el impermeable y subió al alcázar.

Todo se había dispuesto correctamente.

-Buenos días, capitán -dijo Ticknor, que estaba de guardia. Alec asintió. Sus calambres no habían cesado, por lo que dejó de frotarse el vientre. ¡Ese condenado sueño! Había sido fantasmal. ¿Qué rayos tendría que hacer él ahora?

¿Dónde estaba Genny?

Genny estaba observando las olas, que cada vez se tornaban más y más altas. Si la tormenta continuaba, si empeoraba, muy pronto las cubiertas estarían totalmente inundadas. No sería muy agradable, pero por otra parte, tampoco sería el fin del mundo. De pronto el cielo se puso mucho más oscuro. Entonces supo, desde lo más profundo de su ser, que se avecinaba un huracán desde el Caribe. Por el olor del aire, por la sensación de este en realidad y algo primitivo dentro de ella le indicó a qué debía atenerse.

-Me parece que ha llegado la hora de que pensemos en el presente, Snugger.

Snugger quiso decirle que estos ventarrones que provenían del Oeste no eran inusuales a fines del otoño. Quiso decirle que podrían sobrevivir, aun en medio de él. Quería decirle que sólo se trataba de una tormenta pasajera. Pero no tuvo oportunidad de abrir la boca. Genny le impartió las órdenes y él las comunicó a los demás, a su modo habitual.

-Un poco a estribor -dijo ella a Daniels, quien comandaba el timón-. Sí, eso es. Lo más ceñida al viento posible.

-Sí, sí, capitán.

-Snugger, dígales que recojan las gavias de trinquete. Hagan... ¡No, espere! ¡Daniels, rápido, vire!

Daniels viró y el timón giró a toda velocidad entre sus enormes manos.

Genny salió despedida hacia un costado y cayó violentamente, golpeándose la cadera contra el palo mayor.

-¿Se encuentra bien?

-Sí. Ahora, créame. Esto es un huracán. No me contradigan. Iremos rumbo al canal de Pamlico, a la isla de Ocracoke. Se sabe que es la ensenada más profunda del canal. Estaremos a salvo. Allí esquivaremos el huracán. -Se detuvo un momento a observar las olas que rompían en cubierta. El cabello le azotaba el rostro, se le adhería a las mejillas y se le introducía en la boca. Finalmente logró tomar la pesada masa de cabello y trenzarla. Pero cuando terminó, se dio cuenta de que no tenía nada con qué sujetársela. Snugger, sin decir ni media palabra, le entregó una fina tira de cuero. Cuando se ató la trenza dijo:

-Grite a los hombres que tengan cuidado. No quiero perder a nadie. Avíseles a qué tendremos que enfrentarnos.

Snugger asintió con la cabeza y gritó en dirección al viento.

-Dígales que es un huracán.

Snugger obedeció. Finalmente se volvió y carraspeó.

-El canal es estrecho y traicionero.

-Ya lo sé. Bordearemos los Bajos de Diamond hacia la ensenada y de allí, a Ocracoke. Nos llevará tres o cuatro horas, creo, según el viento.

Snugger suspiró.

-Será terriblemente peligroso.

-Es mejor que morirse ahogado aquí, en el Atlántico. Un huracán nos partiría los palos y las olas inundarían las cubiertas arrojándonos a todos en medio del océano en cuestión de minutos. Será mejor que se ponga a rezar para que lleguemos a Hatteras a tiempo.

-Le daremos una orientación directa -dijo él y gritó a Daniels que rumbeara a estribor. Aun a un metro y medio de distancia, tenía que gritar. Los vientos emitían un sonido penetrante ahora, como los gemidos de los fantasmas que se escuchan en la oscuridad, en la noche anterior al Día de Todos los Santos.

-Quiero que el bergantín nos siga. No confío que Su Alteza haya tenido demasiada experiencia en esta parte del mundo. Debe seguirnos hasta la ensenada.

-Lo hará, no lo dudo -confirmó Snugger-. Pedirá ayuda a O'Shay.

Genny abrió los ojos muy grandes.

-¿Contrató a O'Shay?

-Bueno, tiene que admitir que ese hombre es un genio en lo que hace a elegir el rumbo más directo y seguro en este hemisferio. Claro que no puede evitar el amor que siente por la botella... después de todo, es irlandés. Lo más factible es que el barón no le permita ni acercarse a una botella de whisky sino hasta que la travesía haya terminado.

-O'Shay es un salvaje.

-Sólo cuando está en una taberna, señorita Genny. Sólo póngalo en la cubierta de cualquier barco y se convierte en un mago. Dice que es la magia de los irlandeses. Su padre siempre decía que es la magia del alma.

A bordo de la *Bailarina Nocturna,* Alec conversaba con su nativo de Baltimore, el señor O'Shay, quien había vivido allí toda su vida prácticamente y hablaba con el acento irlandés más pesado que Alec jamás hubiera escuchado.

-Sí, no hay dudas, milord. Es un huracán que nos hará helar hasta los huesos. Por la muchacha que va allí adelante en el clíper, bueno ruego para que sepa qué es lo que hay que hacer. Su padre siempre decía que ella era brillante, mujer o no.

-¿Y qué es eso?

-Bueno, si sabe cómo solucionar el problema, virará y se dirigirá a Hatteras, Canal de Pamlico, ensenada y luego, Ocracoke. Es una ensenada muy profunda. El único lugar que yo elegiría para escapar de la tormenta.

-Tenemos que alcanzar ese clíper, O'Shay. Si algo sucediera, quiero estar allí.

-Seguro, y lo lograremos, milord.

Genny nunca en su vida había estado tan mojada. Se le había tornado algo totalmente natural tener frío y estar empapada, con los dedos entumecidos. Encontró otra gorra de lana y la acható contra la trenza de su cabello. El viento era tan intenso que le cortaba la cara a cualquiera, de modo que Genny siempre trataba de darle la espalda. Pero este soplaba desde direcciones muy variables, desde el Norte, desde el Este, sin poder llegar a predecirse. Los hombres se veían tan desgraciados como ella, pero ninguno aflojaba. Sabían que todos y cada uno tenían plenas responsabilidades y que, si no las asumían, podrían morirse. Y nadie quería morirse.

"Mi primer viaje y miren lo que sucede. No es justo. Suena hasta irónico. No debió haber sido así." Se pegó un puñetazo en el muslo e hizo una mueca. El viento chiflaba ahora, mucho más que apenas un minuto atrás. Genny calculó que tendría una velocidad de cincuenta millas por hora. El clíper sólo lograba enderezarse cuando tenían el viento por

detrás. Entonces salía despedido a toda velocidad hacia adelante, como disparado por un cañón.

Durante todo el tiempo no hacían otra cosa más que virar, una y otra vez, siempre vigilantes, rezando, contemplando las cubiertas inundadas por las olas.

Un maldito huracán. La vida era una injusticia.

-Llegaremos a Hatteras dentro de una hora, diría yo -comentó Daniels y escupió, afortunadamente, lejos del alcance del viento.

Ya era de día. El cielo se había teñido de un gris plomizo. La lluvia se había hecho claramente visible y castigaba violentamente la nave. El viento los azotaba por detrás y el clíper alcanzó velocidades nunca antes registradas.

-Quizá menos, si logramos que los vientos se mantengan en esta dirección -dijo Genny.

Ella quería que los vientos se mantuvieran parejos. De ese modo, también impulsarían hacia adelante al bergantín.

Los ruidos parecían no pertenecer a este planeta. Genny se estremeció y luego, resuelta, relevó del mando del timón al fatigado Daniels.

-Tráigannos café -gritó ella.

Cuando lo recibió era medio café helado y medio agua de lluvia, pero se lo bebió de un solo trago.

Cuando avistaron los Bajos de Diamond, Genny los señaló y gritó. Los hombres se volvieron y al verlo, gritaron con la misma intensidad que ella. Por detrás de ellos, apareció el bergantín como expulsado de una densa nube negra, impulsado por los crecientes vientos que soplaban por detrás.

Los hombres del bergantín escucharon los gritos provenientes del clíper y respondieron de la misma manera.

Genny nunca había sentido un alivio tan grande en toda su vida.

Claro que eso era una estupidez, dado el hecho de que tendrían que negociar por las poco profundas aguas del Bajo de Pamlico hasta la profunda ensenada de Ocracoke. Entonces, Genny se puso a rezar; una oración muy simple, pero muy directa.

-Por favor, Dios, protege a Alec y al *Pegaso.*

Snugger escuchó las palabras y gritó en dirección a los vientos:

-Rece también por mí, por favor, señorita Genny. Todavía soy muy dulce y muy importante para las mujeres como para convertirme en alimento para peces.

Genny sonrió y agregó el nombre de Snugger después del *Pegaso.*

El viento estaba ganando fuerzas. Lograron rodear los Bajos de Diamond y encaminarse hacia la ensenada. El viento casi le arrancó la capa impermeable que Genny llevaba a la espalda. Ella logró atraparla y aferrarla con fuerza contra su garganta, entre entumecidos y azulados dedos.

Devolvió el timón a Daniels. Si existía alguien en la faz de la tierra capaz de hacerlos llegar a Ocracoke, ese alguien era Daniels.

Y O'Shay. Alec se llevó el catalejo al ojo. Logró divisar a Genny. Se le había volado la gorra y el cabello le azotaba la cabeza. La vio apartarse del timón y salir despedida hacia un costado por la fuerza de la tormenta.

-¡Por el amor de Dios, ten cuidado!

Alec la contempló, con el corazón en la boca, hasta que Genny se aferró de la obencadura del palo mayor.

El viento ya no silbaba; aullaba. La *Bailarina Nocturna* se elevaba y descendía con fuerza. Su maderamen crujía ominosamente bajo la intensa presión de los pesados estays de cubierta.

Veinte minutos después, la *Bailarina Nocturna* rodeó los Bajos de Diamond, bamboleándose notoriamente a estribor.

-Gracias a Dios -murmuró Genny-. Lo lograremos. Los dos.

Snugger no estaba tan seguro. Los vientos abofeteaban al liviano clíper, empujándolo hacia las traicioneras aguas superficiales de los bajos, sacudiéndolo en el agua como si hubiera sido de juguete. Genny sabía exactamente qué estaba sucediendo. Daba órdenes a su tripulación, a los gritos, hasta que se quedó afónica. Snugger nunca se cansó de repetir lo que ella mandaba.

-¡Recojan esa vela de cuchillo del mastelero! ¡Otro rollo más en las gavias!

El *Pegaso* se elevaba y se sumergía como un objeto enloquecido en el picado mar de los bajos. Parecía algo etéreo, totalmente fuera de control, pensó Genny, cada vez más decepcionada.

-¡A ponerse en facha! ¡La tormenta de viento es imparable ahora, capitana!

-¡Se está bandeando de sotavento, Daniels! ¡Manténgalo derecho!

Genny trataba de dividir su atención entre su trabajo y el bergantín. Este se bamboleaba, se sacudía y luchaba por abrirse paso entre las olas, manteniendo la distancia y su estancia erguida.

-¡Dispongan marineros sobre las vergas! ¡Daniels, duro a estribor!

Las órdenes se sucedían unas a otras, mientras ambas embarcaciones se bamboleaban y se hundían en los bajos, rumbo a la ensenada. El bergantín alcanzó al clíper, pues por su mayor tamaño y por su capacidad de mantener la estabilidad, lograron un mejor resultado.

-Estamos cerca -dijo O'Shay.

-¡Oh, Dios, miren el palo mayor!

El comentario vino de Abel Pitts. Alec contemplaba y contemplaba. Las velas se hallaban fuertemente recogidas. Los estays y los palos se dibujaban prácticamente desnudos en el cielo plomizo.

-Ese palo bien podría zafarse -dijo O'Shay sin mostrar ninguna clase de emoción-. No hay nada que hacer. Nunca en la vida había visto un palo tan inclinado hacia adelante.

-Rayos, hombre, pueden meterse en el viento y alejarse de las contracorrientes.

-Sí, claro, milord, pero sucede que el bajo es demasiado tramposo. Tienen que mantener su curso, no salirse de la línea de navegación. Y rezar, rezar mucho para que puedan llegar a la profunda ensenada.

El aplomado bergantín luchaba contra las violentas olas blancas que pintaban el gris océano.. El agua helada rociaba con salvajismo las cubiertas. Alec veía que las olas cubrían completamente al clíper. ¡Dios, Genny, cuídate! ¡Resiste!

Pero Genny estaba al mando. No se movió de su puesto, junto al timón. Veía que se le movían los labios y después, vagamente, escuchó la extraordinariamente fuerte voz de un hombre imponerse sobre el aullido del viento.

Alec nunca había estado tan asustado en su vida. Supuestamente, aquella carrera no tenía que ser otra cosa más que una competencia exenta de toda clase de riesgos. Había imaginado que podría saludar a Genny con la mano, mientras navegando en las serenas y cálidas aguas de Nassau, lograra pasar al clíper. Qué tonto había sido. Correr una carrera en pleno noviembre. No se había dado cuenta. Pero ella sí, Alec lo intuía. Claro que Genny no le había hecho comentarios al respecto porque deseaba tanto sacárselo de encima lo antes posible que no le importaba el peligro. Lo único que le interesaba era el astillero. En ningún momento lo había querido a él.

La mataría si salían vivos de esa travesía.

-Quiero abordar el clíper -gritó Alec-. Una vez que lleguemos a la ensenada, quiero subirme.

-Sí, sí, capitán.

17

Genny contuvo la respiración mientras observaba al bergantín bambolearse y sacudirse a medida que se abría paso entre las olas, para avanzar hacia ellos.

Entonces cerró los ojos y elevó una plegaria. Alec se acercaba a toda velocidad ahora. No le importaba lo que sucediera, ahora estaría cerca de ella.

El *Pegaso* viró mientras el viento cambiaba de dirección. A estribor. Aun mientras este se aproximaba, el clíper sucumbía ante la violencia de los vientos que, despiadadamente, lo empujaba de sotavento.

Durante largos minutos fue un verdadero infierno. Finalmente, el viento cambió de dirección una vez más, amainando levemente y así el clíper pudo continuar hacia la profunda ensenada de la isla de Ocracoke.

Alec estaba helado de miedo mientras observaba.

-Qué bien se desenvuelve esa muchacha, capitán -dijo O'Shay, con una voz tan alegre que Alec sintió deseos de ahorcarlo.

-¿Cuánto más falta para llegar a la ensenada y a la isla?

-Ya llegamos, casi. ¿Ve ese punto de tierra y aquellos pinos y robles? El peor de los huracanes puede asolar la isla completa, pero aquellos árboles aún seguirán allí cuando todo termine.

Alec contempló los árboles casi enanos y aquella tierra chata y yerma. Se estremeció. No le gustaría verse atascado en aquel miserable territorio.

Genny no supo exactamente cómo lo habían logrado pero finalmente, llegaron a las profundas aguas de la ensenada de Ocracoke.

-Diríjalo directamente rumbo al viento -dijo Genny a Daniels.

Las velas que se hallaban ya acortadas, se recogieron por completo y las ataron firmemente. Genny vio que los violentos vientos prácticamente arrancaron a uno de los hombres de las obencaduras y gritó. Pero él, con una ágil pirueta, logró engancharse con las piernas de las flechaduras. Luego la saludó, con una amplia sonrisa y bajó a cubierta. Los altos palos seguían desnudos. Genny echó un vistazo general al clíper. Todo estaba derrumbado. No había otra cosa que hacer más que eludir la tormenta.

El bergantín se acercaba cada vez más. Genny alcanzaba a ver a Alec, cubierto con varias capas impermeables, con la cabeza al viento e impartiendo órdenes que a pesar de sus gritos, Genny no lograba entender.

¿Qué estaba haciendo él? Cuando se dio cuenta de que intentaba saltar a bordo de su clíper, Genny sintió como que se había tragado catorce carozos de ciruela juntos y que se le habían hecho una bola en la boca del estómago. ¿Estaba loco? Aquello era un peligro, un verdadero peligro. Oh, Dios, sí, estaba dispuesto a hacerlo. Si justo en ese momento, el viento cambiaba de dirección, podría empujar al bergantín contra uno de los flancos del clíper. En cambio, si el viento disminuía, podría bambolear al bergantín hacia adelante y golpearlo contra la proa del clíper. Pero el mundo no estaba hecho de "si". Estaba hecho de ahoras y Alec se estaba acercando. Genny mantuvo la boca cerrada y siguió observando los avances de su esposo.

Podrían morirse en aquella tormenta. Era una idea que la ponía furiosa consigo misma, pero no desaparecería. Lo quería allí, con ella.

No le importaba otra cosa más que estar con él. El bergantín estaba acercándoseles peligrosamente. Hubo un repentino cambio de vientos y Genny supo que chocarían. Se aferró a la base de la vela mayor y se preparó. Pero a último momento, el bergantín viró. Genny se dio cuenta de que O'Shay era realmente bueno en lo suyo. Estaba al mando del timón. Sus

dedos bailaban entre las cabillas. Era mágico. Vio a Alec, ahora haciendo equilibrio sobre la baranda.

Cuatro hombres de la tripulación de Genny estaban esperando en cubierta a que Alec saltara.

Alec saltó. Durante un momento interminable, el viento lo mantuvo suspendido en el aire, como si hubiera sido un juguete. Luego, con la misma espontaneidad, lo despidió hacia adelante. Cayó parado, con las rodillas ligeramente flexionadas y luego, una ráfaga lo impulsó con gran fuerza. Sin embargo, el impacto no lo afectó, porque rodó sobre su cuerpo y volvió a incorporarse con una sonrisa a flor de labios.

Dos marineros se le acercaron y le estrecharon la mano. Se escuchaban gritos de alegría desde el bergantín. Esa misma alegría, resultó contagiosa para su propia tripulación. Genny, simplemente se quedó parada allí, sonriendo como una tonta a su marido. O'Shay viró y la popa del bergantín apenas rozó la proa del clíper. Alec se enderezó y miró a su esposa.

Genny estaba a salvo. Caminó hacia ella con el torso encorvado por el viento. Cuando estuvo cerca de ella, se detuvo y le abrió los brazos.

Genny corrió hacia él sin vacilaciones.

-Estás a salvo -murmuró él contra la gorra mojada de la muchacha-. Gracias a Dios estás a salvo. No habría podido soportar que algo te sucediera.

Los sentimientos eran demasiado fuertes, demasiado nuevos y entonces ella dijo:

-¿Has dejado a O'Shay al mando?

Alec le sonrió.

-El se las arreglará perfectamente bien. Yo deseaba asegurarme personalmente de que te encontrases a salvo. -Entonces la acarició por todas partes. Sintió sus brazos, sus hombros, hasta que finalmente le tomó el rostro entre las manos y la besó.

Genny se apartó un poco hacia atrás.

-Estamos todo lo bien que podemos. Cualquier cosa puede pasar ahora, Alec y lo sabes. Vamos en dirección al viento y tenemos las velas recogidas. Todo lo que nos resta hacer es seguir adelante.

Entonces fue Alec quien guardó silencio por un momento. Luego le sonrió nuevamente, con un gesto desenfadado y sus ojos hermosos adquirieron un brillo propio que contrastó contra la opaca luz del día.

-Una carrera hasta Nassau, eso era todo lo que, yo quería. Y mira en qué me has metido, mujer: en un maldito huracán. Genny, no sé si debo azotarte ahora o después.

-¿Así que esta tormenta del diablo es por mi culpa?

-Supongo que no. Salgamos de esta maldita lluvia. ¿Dijiste que estaba todo por el piso?

-A diferencia de su importante bergantín, señor, mi clíper tiene muy pocas cosas que puedan estar por el piso. ¿Quieres que vayamos a la cabina? Sólo dejo tres hombres aquí afuera. No es necesario que padezcan todos a la vez esta desgracia. -Hizo una pausa y luego prosiguió deliberadamente.- Si pasa lo peor, habrá tiempo para subir a cubierta.

A Alec no le gustó cómo sonó el comentario, pero tampoco le quedaba mucho por hacer al respecto. Durante todos los años que había navegado tanto en el Atlántico como en el Pacífico, había experimentado varias tormentas, pero jamás se había visto envuelto en algo similar en fuerza a un huracán. Nada que pudiera convertir en añicos a su bergantín. Alec detuvo sus pensamientos.

-¿Has amarrado a Daniels al timón?

Genny asintió.

-¿Quién puede saber de dónde van a soplar los vientos? ¿O'Shay no te lo sugirió?

-Es probable que pronto lo haga. Después de ti, esposa.

Genny de pronto se detuvo. Había deseado a Alec allí, con ella, más que otra cosa en el mundo y por un momento, olvidó que el *Pegaso* era su responsabilidad. Suya exclusivamente. Y los hombres de la tripulación también estaban bajo su responsabilidad.

-Soy la capitana, Alec y no puedo dejar solo a Daniels.

-¿Y qué harías si te quedaras aquí?

-Hablar con él. Ayudarlo a enfrentar los problemas. Darle órdenes si es necesario.

Vaya, pensó Alec, eso sí que no lo había esperado. Espontáneamente y con sus palabras poco inteligibles por el viento, dijo:

-Entonces baja conmigo un ratito, mi amor. Sólo para que te pongas ropa seca.

Genny asintió. Eso estaba bien. Quería abrazarlo, asegurarse de que estaba bien y que le pertenecía.

Una vez en la cabina, Genny encendió la luz. Se aseguró que todos los objetos estuvieran bien sujetos, especialmente, la lámpara. Lo único que les faltaba era un incendio en pleno huracán. Se volvió y enfrentó a su esposo.

-Te arriesgaste demasiado con ese salto, Alec. Nunca en la vida me asusté tanto. Pudiste quebrarte algo.

-¿Te habría importado?

Ella sonrió.

-Sólo un poquito. Después de todo, eras mi príncipe valiente que arriesgaba su vida sólo para estar a mi lado.

-En realidad, sólo estaba preocupado por mi clíper...

-Nadie arriesgaría su vida por una cosa, Alec -contestó ella, inmutable.

-Tienes razón en eso, esposa. Bueno, no me he lastimado ni un pelo, de modo que ya puedes olvidarlo. Empezaba a pensar que mostrabas preocupación de esposa por mí, Genny.

-Tendría que haberte disparado si te hubieras quebrado una pierna. Lástima que no tengo pistola.

Alec rió.

-Ya, quítate esa ropa.

-¿Y tú?

Alec pareció pensativo.

-Supongo que yo me meteré bajo las mantas. ¿Vienes conmigo?

Genny lo miró como si él hubiera perdido la razón.

-Alec, estamos en medio de un huracán. ¿Quieres que me meta a la cama contigo?

-¿Por qué no? No podemos hacer nada en contra de la naturaleza. Es probable que en las próximas veinticuatro horas nos llegue la muerte. O quizá no.

-Qué filosófico te pones respecto del final de las cosas.

-Shhh. Escucha, Genny. ¿Dónde está el viento?

Silencio sepulcral. Genny sintió una profunda aprensión.

-Estamos en el ojo de la tormenta -susurró en silencio.

-¿Cuánto durará?

-No lo sé. -Se quitó las capas impermeables.

En un santiamén, Alec se quitó su ropa y se metió bajo las cobijas de la litera. Gracias a Dios, estaban secas y calientes.

Genny escuchaba el silencio tajante. Estaba de pie en el centro de la cabina y todo lo que llevaba puesto era una camisa mojada.

-Genny, ven aquí... ahora. Hace frío.

Genny se sobresaltó al escuchar su voz. Se volvió violentamente y cuando se dio cuenta de que estaba prácticamente desnuda, chilló.

Él rió.

-Ven aquí.

Y ella obedeció. Se quitó rápidamente la camisa y se acurrucó junto a su esposo, mientras él le levantaba las mantas para que se acostara.

-Sólo un ratito, Alec. Debo subir pronto.

Alec la aferró contra su cuerpo. Al percibir el olor a lana mojada de su gorra, se la quitó y la arrojó al piso.

-¿Quieres que te desarme la trenza?

-No. Debo subir enseguida y lo último que necesito es toda esa masa de cabello aplastada contra mi rostro.

Alec frunció el entrecejo y decidió que lo mejor era decirlo de una vez.

-Genny, tú no irás a ninguna parte hasta que el huracán haya terminado.

-¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

-Lo que dije. Sé razonable. Te quiero aquí. En esta cabina, en esta cama, a salvo.

Se quedó tan quieta como el viento.

-De modo que fue por eso que arriesgaste tu vida al saltar como un loco a mi clíper. No querías estar conmigo. Querías tomar el mando. No confiabas en que yo, una mujer de poco cerebro, fuera capaz de determinar lo que era correcto y apropiado.

-Sí y no -contestó Alec. No era tonto. Genny estaba tan rígida como un palo entre sus brazos. Maldición. ¿Por qué ella no podía ser razonable en cuanto a ciertas cosas? No quería reñir con ella. Sabía qué correspondía hacer y se encargaría de ello. Y así lo dijo, con voz calma y razonable-. Hablé en serio. Te quedarás en la cabina, a salvo. Acabo de tomar el mando de tu barco.

-¡Ni lo sueñes!

Genny se apartó violentamente de él y le dio un puñetazo en el hombro. Cayó de traste al piso de la cabina. Hacía mucho frío. Cogió su bata de paño y se la echó sobre la espalda.

-¡Aléjate de mí, Alec!

Alec se acomodó otra vez en la litera, tendido de costado. La miró con los ojos entrecerrados, aunque para nada divertido por la situación.

-Hace frío -dijo él, pensando en que corría el riesgo de que ella lo despidiera de la litera. La vio deslizarse de sotavento y aferrarse a la pata del escritorio.

-Estaré bien, gracias. -Se puso de pie y ajustó bien el cinturón de su bata. El clíper volvió a inclinarse y ella perdió el equilibrio y salió despedida al otro lado de la cabina. Se aferró del picaporte de la puerta para enderezarse. Se volvió para comprobar si Alec estaba tan dispuesto a saltar de la litera como lo había estado para saltar de su bergantín. -¡No te atrevas a moverte!

-Genny, te lo diré una vez más... ven aquí. Es peligroso estar allí afuera, ya lo has comprobado. No quiero que te caigas y que te hagas daño.

-Vete al diablo, Alec. -Se volvió, inclinándose junto con el clíper y reposó su dolorido trasero en la silla del escritorio. La acercó a este, apoyó los codos y se dedicó a mirar a Alec. Entrelazó los dedos para que le sirvieran de sostén a su mentón. Dijo lentamente, aunque llena de furia: -Soy la capitana de este barco, señor, de modo que no le prestaría ninguna atención aunque fuera el mismísimo presidente Monroe. El hecho de que sea mi esposo, tampoco cambia las cosas. No cambia nada.

Alec trató por todos los medios de tragarse su ira. Le hervía dentro de él, pero la controló. Comprendía la posición de su esposa, vagamente, pero no venía al caso.

-Por favor, escúchame, esposa, porque no me agrada repetir las cosas. Me encuentro en un total y absoluto comando de este barco. Es mi responsabilidad en carácter de esposo y de hombre competente asegurar tu bienestar empleando el máximo de mis habilidades. Te quedarás en esta cabina aunque tenga que atarte a la litera. ¿Me entiendes, Genny?

El clíper se bamboleaba y se sumergía en el agua, sacudiéndose como un caballo desbocado. Pero ninguno de los dos lo notó.

-Ya no estamos en el ojo de la tormenta.

-Cierto. ¡Escucha ese viento! ¿Me entiendes, Genny?

¿Qué debía hacer? Alec era el más fuerte de los dos y por lo tanto podría conseguir lo que quería por la fuerza. No era justo, pero con reñir no habría ganado nada. Apeló a la razón.

-Es mi embarcación, Alec.

-No, no lo es. La has capitaneado por tolerancia, pero nada más. Si la destruyes, yo perderé mucho dinero.

Alec ya había llegado demasiado lejos y la furia de Genny estalló. Se puso de pie, con las manos planas sobre el escritorio.

-¡Me despojarías de todas mis cosas! ¡No te lo permitiré, barón de Sherard, maldito payaso inglés! -En un abrir y cerrar de ojos, tomó algunas ropas secas y corrió hacia la puerta de la cabina. Pero Alec fue más rápido. La cogió del brazo, la jaló hacia atrás y después le cruzó ambos brazos sobre el pecho.

-Oh, no, Genny. Ya dijiste lo que querías, hiciste lo que pudiste, pero perdiste, mi niña. Lo justo es justo.

-No hay nada de justo en ello. Déjame ir, Alec. Yo soy la capitana. ¡Déjame ir!

El aullido del viento no sirvió para hacer olvidar a Alec el dolor que sentía en la canilla, consecuencia de un fuerte puntapié que Genny había logrado atinarle en un momento de descuido. Bueno, esa vez, ella había llevado las de ganar. Alec se habría echado a reír, de no ser porque se encontraban en una ensenada apenas protegida, en dirección al viento, a la espera de que el huracán hiciera lo suyo y no los matara.

Alec se le acercó y la besó con todas sus fuerzas. Ella tenía los labios fríos y apretados. Él levantó la cabeza justo cuando ella abría la boca, no para devolverle el beso sino para morderlo. Alec le sonrió, aunque su diversión no se reflejó en su mirada.

Genny estaba jadeando, deseando poder patearlo más arriba, en sus genitales, pero Alec la sujetaba con todas sus fuerzas. Estaba demasiado cerca.

-Tú querías que bajara a la cabina sólo para mantener relaciones sexuales conmigo. Y después, como un macho fanfarrón, me dejarías aquí sola para ir a salvar al mundo.

-No, sólo el maldito clíper. Y sí, quiero tener relaciones sexuales contigo. Eres mi esposa. Es probable que mañana estemos muertos. ¿Por qué no? Tal vez te ablandarías, Genny. Te darías cuenta de que en realidad eres una mujer. Y una mujer debe entregarse, someterse, ceder...

Alec pensó que Genny aullaría acompañando al viento, pero en cambio, no dijo ni una palabra. Sintió cierto grado de culpabilidad, aunque sólo por un momento, pues Genny logró asestarle un puñetazo en su abdomen desnudo.

-Suficiente -dijo él y la arrastró hacia la litera. La mantuvo allí. Le quitó la bata, la levantó y la tendió sobre su espalda. Se acostó sobre ella, descargándole el peso de su cuerpo y Genny se quedó casi sin aire. Jadeaba, lo miraba y sentía que sus manos luchaban por separarle las piernas.

-No, Alec, no.

-¿Por qué no? Eres mía, Genny, igual que este maldito clíper y es probable que estemos muertos antes que amanezca. ¿Por qué no?

Desgraciadamente, mientras Alec le hacía su declaración, Genny logró liberar su muñeca izquierda la elevó y luego, con todas sus fuerzas, le golpeó el cuello y los hombros. De pronto, Alec vio todo rojo. Entonces le sujetó ambos brazos por encima de la cabeza, aprisionándola aun más con su cuerpo.

-¿Te recuerda esto a otra noche?

Ella lo miraba, muda.

-¿Sí? ¿Recuerdas, niña tonta, aquella noche a bordo de mi bergantín? Te até las manos por encima de la cabeza e hice que disfrutaras del primer orgasmo de tu vida. Te enloqueciste.

Aullabas tan fuerte como el viento ahora... Te encantó. ¿Recuerdas cómo te acaricié con los dedos y luego con la boca? ¿Recuerdas cómo me abrías las piernas, cada vez más y más? Y yo no tuve que forzarte, querida, lo hacías de propia voluntad. Estabas ansiosa por recibir todo lo que yo estuviera dispuesto a darte.

De pronto, el clíper golpeó a estribor.

-Jesús -dijo Alec. Quería castigarla, demostrarle que ella era de él y que era su voluntad la que prevalecería. Pero los terribles movimientos de la nave se lo impidieron. Alec sabía lo que era sentir pánico-. Voy a subir y tú te quedarás aquí.

Pero sabía que no le obedecería. No bien él se apartó de ella, Genny se incorporó, lista a salir detrás de él.

La ató otra vez, tal como lo había hecho aquella noche. Claro que esta vez, se dijo, era para mantenerla a salvo. Nada tenía que ver con el sexo. ¿Por qué sería tan terriblemente obcecada?

Ella le gritó, lo insultó hasta que él terminó de atarla, tanto las manos como los pies, a los postes de la litera. Se tomó un momento para contemplar su cuerpo encantador y luego la cubrió con las mantas.

-Estarás calentita. Pronto bajaré para ver cómo estás.

-¡Me dejarás ahogar aquí!

Alec volvió a ponerse la ropa mojada e hizo una mueca de disgusto. Ignoró las tontas palabras de su esposa. No había nada peor que la ropa mojada.

-No me hagas esto, Alec.

Genny no parecía furiosa. Tampoco implorante. Más bien... desesperada, en cierto modo. Se volvió y le frunció el entrecejo.

-No puedo confiar en ti, Genny. Te quiero y...

-¿Y me atas a la maldita litera?

-Sí, porque aquí estarás a salvo.

-¡Ja! Y si nos hundimos, no tendré posibilidades de salvarme. ¡Moriré atrapada como una rata!

Podría tener razón en eso, pero Alec no lo creía probable.

-Subiré a hablar con Daniels. Vuelvo pronto para verte. Lo pensaré.

Y se fue. Por lo menos, le dejó la luz encendida.

¡Y pensar que ella había rezado para que Alec estuviera a salvo! Qué tonta... no, era mucho más que una tonta. Era una mujer idiota y él le había ganado.

Ese hecho real la enfureció. Comenzó a patear y a tironear pero las ligaduras eran demasiado fuertes. Entonces se obligó a mantener la calma. Inhaló profundamente varias veces y escuchó los ruidos del clíper. El maderamen de roble crujía levemente cuando el *Pegaso* se inclinaba hacia un lado y luego hacia el otro. El viento chiflaba cada vez más fuerte. La crisis les rondaba muy cerca.

Genny tenía que liberarse, pero con calma, lentamente. Tenía que demostrar que era más fuerte que aquellas malditas cuerdas que la sujetaban a la litera, más inteligente que aquel hombre odioso que la había amarrado.

Se dispuso a trabajar.

-¿Daniels? ¿Quiere que me haga cargo por un rato?

-¡Milord! No, señor. Estoy bien. Trato de mantenerlo derecho. Con los vientos que cambian a cada rato es difícil. Pero por ahora estoy bien.

Alec asintió y miró en dirección al bergantín. Descendía y se torcía, pero se mantenía a una buena altura y bastante derecho, como era de esperarse. En cuanto al clíper... bueno, se sentía a bordo de un barquito de papel.

El viento los azotaba sin piedad, arrastrando al clíper a estribor y luego a babor. La lluvia parecía dar latigazos en los rostros de los hombres. Heladas cortinas de agua bañaban las cubiertas.

-Es un buen barco, milord -dijo Snugger, luchando contra el viento mientras se le acercaba por detrás-. ¿Dónde está la capitana?

-Está en la cabina, descansando, por el momento.

-Ah -comentó Daniels, y miró de reojo, perturbado, a Alec.

De repente, el viento volvió a cambiar, golpeando directamente contra la proa y luego, con la misma rapidez, se volvió a estribor. Alec escuchó un fuerte crujido. Daniels, Snugger y Alec miraron el palo mayor.

-¡Oh, Dios! El palo estaba tan inclinado hacia atrás que los hombres se dieron cuenta de que no resistiría. Escucharon un sonido desgarrador.

Justo en ese momento, Alec vio una especie de flash blanco que provenía de la camisa de uno de los hombres. Corría hacia el palo, gritando:

-¡Hank! ¡Hank, acá vengo!

Alec no vaciló ni por un segundo. Sintió que el viento lo llevaba, lo tironeaba, mientras corría hacia adelante.

-¡Milord, deténgase! ¡No!

Todo ocurrió en un instante: Genny atravesaba la escotilla en el preciso momento en que el palo se partió, haciendo el ruido de un disparo de cañón. El palo se quebró prácticamente en dos y se vino abajo con las velas envueltas a su alrededor, como una flecha gigantesca que acababa de caer del cielo.

Ella gritó al ver que Alec desaparecía bajo la masa de obencaduras y lonas blancas.

Escuchó gritos, que parecían más bien murmullos en comparación con los aullidos del viento que se tornaba cada vez más salvaje. Los hombres corrían con sus cabezas gachas para protegerse de las despiadadas ráfagas, en dirección al palo roto. Este yacía a modo de gancho, medio a babor del clíper, presentando una enorme astilla saliente en la mitad.

Genny se abalanzó sobre el palo caído. Sentía que el viento la arrastraba hacia un costado, pero por su propio tesón siguió avanzando hacia Alec.

Toda la estabilidad del clíper se modificó a consecuencia del palo roto. A pesar de que sus velas estaban ya totalmente recogidas, ayudaban a mantener el equilibrio en el centro de la nave. Ahora parecía que todo el mundo giraba libremente, sin un centro. Escuchó que Daniels insultaba profusamente, pero no se volvió para mirarlo.

Dos hombres estaban cavando entre las masas de lona mojada. Había tres hombres enterrados allí y Alec era uno de ellos. Genny oyó un gemido. Era de Hank. El hombre que había tratado de salvarlo, Riffer, estaba muerto. Genny se arrodilló junto a Alec, vio una lesión en su cabeza y rápidamente se quitó la gorra de lana para apretársela en la herida. Alec parecía haber escapado de otro daño.

-¡Despierta! ¡Despierta, maldito inglés cabeza dura!

-Llevémoslo abajo, capitana -dijo Snugger, apenas rozándole el hombro.

-No despertará, Snugger.

-Yo tampoco lo haría, capitana, en vista de la situación en la que estamos. Bueno, vamos. Cleb, dame una mano. Ustedes lleven abajo a Hank y amárrenlo a su litera. Tú, Griff, fíjate si puedes ayudarlo. -Snugger hizo una pausa y miró a Riffer por un momento.

Genny reasumió sus responsabilidades.

-Riffer ha muerto. Tírenlo por la borda. Más tarde oraremos por él. De lo contrario, también moriremos.

Snugger asintió. Genny creyó que había pasado toda una eternidad hasta que Alec estuvo a salvo, todo desnudo, debajo de la montaña de mantas, en la litera de la cabina del capitán. Envió a Snugger a cubierta para que relevara a Daniels. Sabía que actuaba por puro instinto, lavándole la herida y secándosela con polvo de basilicón. Afortunadamente el corte no era demasiado profundo como para requerir puntos. Satisfecha, se arrancó un trozo de camisa seca y le envolvió con eso la cabeza a modo de venda.

-¿Por qué no despierta?

Lo mantuvo abrigado, tapándolo con cuanta manta encontró. Entonces supo que debía subir a cubierta. Era su barco, su responsabilidad y ya un hombre había perdido la vida. Ató a Alec a la litera lo mejor que pudo y subió.

-Los vientos han empeorado -dijo Snugger.

-El cielo está tan negro como el mismísimo infierno -dijo Daniels y escupió mientras una ola enorme bañaba la cubierta.

-Más negro -convino Genny. Miró el bergantín y se alivió al comprobar que se mantenía tan erguido como era de suponer.

-¿Cómo está Su Alteza?

-No lo sé. Lo até a la litera. Todavía está inconsciente. La herida no es tan profunda. No entiendo por qué no recobra el conocimiento.

Snugger sabía reconocer la fuerza de voluntad cuando la tenía frente a los ojos. Genny estaba aterrada de que su esposo se muriera, de que todos se convirtieran en alimento para peces de la isla de Ocracoke, pero sin embargo, se controlaba, mantenía su serenidad. En una explosión de sentimiento, abrazó a Genny.

-Todo mejorará, ya lo verá. Lo lograremos, sí. Claro que lo lograremos.

Por una apuesta estúpida casi había destrozado al clíper. Miró el palo roto. No sólo le demandaría muchas horas sino un montón de dinero repararlo. Si regresaban a salvo a Baltimore.

Las horas pasaban lentamente.

Los vientos silbaban y aullaban, como fantasmas en el infierno. Las olas levantaban al clíper a gran altura, para arrojarlo al agua después, despiadadamente, para que las heladas olas taparan sus cubiertas.

Las horas pasaban.

Genny contempló a Alec. Estaba pálido y los labios sin color. Le tocó la mejilla con los dedos.

-Por favor -le murmuró-. No te mueras. No podría soportarlo y lo sabes.

Las horas pasaban.

Eran las cuatro de la madrugada cuando los vientos se redujeron.

Genny tenía miedo de hacer comentarios. Nadie decía nada. Se sentían marcados por la superstición.

Cuando aclaró, Genny vio el bergantín y a un hombre que la saludaba con la mano. Ella le devolvió el saludo y lo oyó gritar:

-¡Rayos, señora, estamos vivos!

Es inglés, pensó ella y se rió.

Muy pronto, Snugger y Daniels se echaron a reír. Genny también oyó risas que provenían del bergantín de Alec.

El cielo estaba más claro, de un gris rosado. El viento había disminuido su velocidad en gran medida y la lluvia se había convertido en una garúa.

-¡Terminó!

Genny se quedó en cubierta durante otra media hora. Había órdenes que impartir, cosas que reparar.

-Mantendremos nuestras respectivas posiciones durante varias horas más, hasta que logremos hacer una buena evaluación de los daños. Por lo menos tenemos el bergantín que nos ayudará a regresar a Baltimore.

Finalmente, bajó. Alec seguía pálido e inconsciente. Rápidamente le desató la cuerda que tenía en el pecho. Estaba temblando.

Genny no vaciló. Se quitó la ropa mojada, se secó y se acostó junto a su esposo. Lo atrajo hacia sí y le frotó enérgicamente la espalda con ambas manos para darle calor. Aquel cuerpo tan grande que tenía temblaba como una hoja.

-Alec, amor -suplicó ella una y otra vez-. Vuelve para mí.

El hombre comenzaba a entibiarse y ella sintió otra vez el sabor del triunfo.

-Alec -repitió y lo estrechó fuertemente. Sintió su cálido aliento contra la garganta.

El se movió. Genny se incorporó sobre un codo, ni siquiera consciente de que estaba desnuda y de que sus senos se presionaban contra el pecho de él. Alec seguía sin decir nada, pero la miró.

-Esto es tan lindo -dijo por fin, con voz muy baja. Ella sonrió, se le acercó y lo besó en la boca. -Hola, ¿Cómo te sientes?

-Como el diablo. ¿Todavía tengo la cabeza en su lugar?

-Sí.

-Eres muy bonita, pero tienes el cabello mojado.

-No es de extrañarse, pero pronto se secará. Estamos a salvo, Alec. El huracán ha cambiado de dirección, rumbo al Atlántico y nos ha dejado en paz. Tu bergantín está bien, pero hemos perdido a un hombre.

Alec fruncía el entrecejo otra vez.

-Es muy bello estar aquí contigo, en la cama.

Genny arqueó una ceja. ¿Alec creería que lo dejaría arreglarse por sí solo, por el modo en que él la había tratado?

-Estabas temblando por el shock -le dijo con una sonrisa-. Necesitabas que te diera calor.

-Sí, es una razón bastante aceptable. Tendría que agradecerte. ¿Hemos hecho el amor?

-Creo que eso puede esperar, hasta que te mejores.

-Está bien. -Cerró los ojos.- Me duele la cabeza terriblemente. No quiero que pienses que no aprecio tus encantos. Tienes unos pechos hermosos.

Genny se miró.

-No quiero pecar de poco modesta, Alec. Es sólo que...

-No hay necesidad de que expliques nada. Salvo una sola cosa. Te dije que todo esto es muy bello. De todas maneras, me gustaría saber quién eres.

18

Genny lo miró completamente confundida.

-¿Qué dijiste?

Alec quiso explicarle con más detalles, pero se dio cuenta de que la cabeza le dolía demasiado como para hacer ese esfuerzo. También notó que no podía. Todo se le mezclaba.

-No sé quién eres -repitió él, aunque esta vez con mucha mayor lentitud, ya que le dolía la cabeza al pronunciar cada palabra.

-¿Estás diciéndome que no me reconoces?

-Eso es. -Cerró los ojos al escuchar la asombrada voz de Genny, quien advirtió la mueca de dolor en su boca y la palidez de su rostro. "¿Alec no podía recordarla? ¡Era una locura! ¡Un imposible!" Apenas le rozó el vendaje con las yemas de los dedos. Una vez había

escuchado por allí que los fuertes golpes en la cabeza suelen producir amnesia. Pero nunca había sido testigo de un caso semejante. ¿Alec no la recordaba a ella? Era una locura.

Genny se sintió repentinamente avergonzada. Pero no quería dejarlo. Sentía que su cuerpo tomaba temperatura al estar tan cerca de él. Alec la necesitaba y tal como estaba, desnuda, con los senos bien apretados contra su pecho. Descendió un poquito más hasta que el busto quedó bien achatado contra él.

-Alec, escúchame. Eres mi esposo. Yo me llamo Genny y soy tu esposa.

Alec se quedó muy quieto.

-¿Mi esposa? Pero yo no me casaría. Sé que de alguna manera... ¿Casado? No puedo imaginarme casado, pero... -Meneó la cabeza e hizo una mueca por el dolor que ese movimiento le causó.- Me llamas Alec. ¿Alec qué?

Genny inhaló profundamente.

-En realidad, yo tampoco me imaginaba que tú podrías casarte. Claro que ni para mí soñaba esa situación. Oh, Dios. Esto va a ser excesivamente difícil. Tengo mucho que decirte. Para empezar, te llamas Alec Carrick y eres el quinto barón de Sherard. Luego, acabamos de sobrevivir a un terrible huracán en una goleta clíper de Baltimore.

Alec consideró la información y dijo:

-Me parecía que tienes un acento diferente. ¿Eres norteamericana?

-Sí, y tú eres inglés. Ahora, quédate quieto allí acostado que tengo que seguir hablándote.

-De acuerdo.

¿Por dónde tendría que empezar?

-Bueno, tú llegaste a Baltimore hace un mes para hacer negocios con mi astillero. Mi padre y yo necesitábamos un socio capitalista. Tú creías que yo era el señor Eugene Paxton. Cosa que no era cierto, claro. Entonces, como te diste cuenta de ello inmediatamente, me llevaste a un burdel para castigarme y hacerme confesar y...

Alec protestó.

-¿De verdad te hice eso? ¿Te llevé a un burdel?

Genny le sonrió.

-Sí, pero eso no es ni la mitad de lo que me hizo, señor... Después...

Alec se quedó dormido mucho antes de que ella terminara su recital. Tenía mejor color, concluyó Genny, luego de analizar sus rasgos tan imposiblemente bellos. Respiraba tranquilo y su cuerpo estaba caliente. Con mucho cuidado, le extrajo la venda de la cabeza para examinar la herida. Tenía la carne rosada y, aparentemente, estaba cicatrizando.

Una luz opaca y gris penetraba en la cabina a través de las ventanas de popa. Por cierto, aquello era mejor que la lluvia. Volvió a vendarle la cabeza y se levantó muy despacio de la litera, para no perturbar a su esposo que dormía profundamente.

"Hace menos de una semana que se convirtió en mi esposo y ni siquiera sabe quién soy."

En ocasiones, la vida le había resultado un poco tediosa antes que Alec apareciera en Baltimore. Ahora, todo era una sorpresa tras otra. Pero en esta última, Alec no había premeditado nada. Casi no podía creerse. A la misma Genny le costaba digerirlo todavía. ¿Y él? ¿Cómo se sentiría? Genny no podía imaginarlo. Sí sabía que él la necesitaba y que todas las reglas habían cambiado.

Alec respiraba profunda y lentamente. Dormía saludablemente. Genny se puso ropa seca y subió a cubierta.

-¿Cómo está Hank? -preguntó Genny a Daniels.

-Podrá levantarse y caminar por aquí en un par de días.. Tiene magullones por todas partes, como la bandera continental, pero está bien. ¿Y Su Alteza?

-Al igual que Hank, podrá levantarse en un par de días. Pero hay una cosa...

-¿Sí?

-No sabe quién es, Daniels. Ni quién soy yo, ni de la carrera, ni de la apuesta... nada.

-¿Se refiere a que por ese golpe en la cabeza sufre de aman... ansia...?

-Amnesia, creo que se llama. Eso es. Le dolía mucho la cabeza, pero ahora está durmiendo.

-Mi Dios.

-Sí -dijo Genny y se volvió para contemplar el palo astillado y caído. Su largo abarcaba toda la cubierta y sobresalía fuera de esta. Sus velas blancas se arrastraban por el océano, contrastando con el intenso azul del mar. El segmento roto y astillado sobresalía unos dos metros de la cubierta y parecía increíblemente frágil. -Debo permanecer cerca de él. ¿Se imagina no recordar nada? ¿No saber quién es? -Meneó la cabeza y trató de pensar en el temor que una persona sentiría al tomar conciencia de semejante situación.

-¿Qué vamos a hacer?

-Bueno, llevarlo de regreso a Baltimore, por supuesto. Necesito hablar con el primer maestre de Alec y también con O'Shay.

Podremos maniobrar un poco, pero quiero que el bergantín esté cerca.

-¿Y el palo?

Genny contempló pensativa los casi veinte metros de madera. Se quedó momentáneamente con la mente en blanco al pensar en el coste que implicaría cambiar esa valiosa pieza del barco. Luego meneó la cabeza.

-Dejémoslo donde está. Verifique que algunos hombres se deslicen por el palo para recoger y atar con seguridad las velas. No quiero que se arrastren demasiado por el agua. Lo último que quiero es que desvíe el trayecto del barco. Además, asegúrese de que quede bien atado a la baranda.

-Sí, sí, capitana -convino Snugger y le sonrió.

Alec estaba acostado en la litera. Ni se movía, sólo contemplaba los muebles del recinto. Los había memorizado. Ese ejercicio mental le resultó mucho más positivo que pensar una y otra vez en quién era, qué había sido. Le dolía la cabeza.

Tenía miedo y no le agradaba tenerlo. No era una emoción a la que estuviera particularmente acostumbrado. Iba de la mano con la desolación, hecho inaceptable para él. Insultó en voz baja. Por lo menos, no se había olvidado de las malas palabras. Se obligó a concentrarse en el tallado del escritorio del capitán. Era intrincado, obviamente realizado por un artesano de primera categoría. Por un instante, vio a un hombre sentado en el piso, con las piernas cruzadas, rodeado de varios cuchillos y otras herramientas apoyadas sobre un paño. Estaba tallando el escritorio. Era un hombre moreno, con una barba espesa. Alec trató desesperadamente de aferrarse a esa imagen, pero desapareció casi instantáneamente.

Bueno, había sido algo. Le preguntaría a Genny al respecto. Cuando Genny entró a la cabina, las primeras palabras que escuchó de Alec fueron:

-Descríbeme al hombre que talló ese escritorio.

-Bueno, es muy moreno, de mediana edad, y tiene más pelos que media docena de hombres juntos.

-Ah.

Genny se le acercó más y lo miró detenidamente. Alec le tomó la mano y la atrajo hacia la litera.

-Lo vi -le dijo-. Sólo un momento, pero lo vi.

El rostro de Genny se encendió.

-¡Es maravilloso! -Sin pensarlo ni un segundo, le tomó el rostro entre las manos y lo besó sonoramente. Alec se tensó. Genny levantó la cabeza y lo miró.

-Genny -le dijo. Le trajo la cabeza hacia sí nuevamente, sosteniéndole la nuca con la mano.

Fue él quien la besó esta vez, lentamente, pero Genny detectó su necesidad y respondió como debía.

-Eres mi esposa -le dijo él dentro de su boca, con el aliento cálido y dulce por el vino que había bebido en el almuerzo-. Mi esposa.

Pero Alec no la recordaba. Era como si él presintiera la tensión de ella, su incertidumbre, aquella situación extraña que se daba entre ambos. La soltó y la observó con los ojos entrecerrados, mientras ella se erguía.

-Como te darás cuenta, nos estamos moviendo lentamente, pero moviendo al fin. Tu bergantín está muy cerca. Dejé el palo justo donde cayó. No es demasiado peso para nosotros. El señor Pitts te envía ropa. En realidad, la revolearon por el aire y, gracias a Dios, aterrizó en la cubierta. Si quieres vestirte, yo puedo ayudarte.

-¿Cuándo crees que llegaremos a Baltimore?

-A nuestra impresionante velocidad, yo diría que nos llevará unos tres días. Vamos muy despacio, Alec.

-Tengo una hija.

-Sí, la tienes. ¿Recuerdas su nombre?

Alec la miró con amargura.

-¿Crees que el golpe, además de hacerme perder la memoria, me convirtió en un idiota? No soy imbécil, Genny. Tú me hablaste de Hallie. ¿Cómo es ella?

-Como tú. En otras palabras, es increíblemente hermosa.

Alec frunció el entrecejo.

-¿Hermoso? Yo soy un hombre, Genny. No seas absurda.

-No, es la verdad. Lo eres, al menos, en mi más humilde opinión. Eres el hombre más apuesto que Dios haya puesto sobre la tierra. Bueno, esto no es tan cierto porque no se trata sólo de mi opinión. Cuando vas caminando por las calles, las mujeres se dan vuelta para mirarte, Alec. Y lo hacen con apetito sexual.

-Qué ridiculez -dijo él, protestando ferozmente-. Dame un espejo.

Genny se puso de pie y revolvió en su gaveta. Encontró un espejo con marco plateado que había pertenecido a su madre. Se lo entregó en silencio.

Alec miró a un extraño, con el rostro muy pálido. No conocía ni siquiera su propio rostro.

-¿Hermoso? Por Dios. Tengo más barba crecida que cinco hombres juntos. Todo lo que veo aquí es que necesito rasurarme con desesperación.

Ella le sonrió y meneó la cabeza.

-Si lo deseas, yo puedo hacerlo. También, si quieres bañarte, yo...

-Sí -respondió él-. La verdad es que me encantaría tomar un baño y después me cuentas más cosas de mi pasado.

-Yo no sé mucho más de lo que ya te he dicho, Alec. Hace poco que nos conocemos y en realidad, sabes más cosas de mí que yo de ti. Eres Alec Carrick, barón de Sherard. Sé que tienes unas cuantas casas en Inglaterra, pero nunca me dijiste siquiera dónde están, precisamente.

-Entiendo. Sí. Ya me comentaste eso.

-Y también estuviste casado. Pero tu esposa, que se llamaba Nesta, falleció cuando dio a luz a Hallie.

En ese instante, algo se abrió en su mente. Fue como un inmenso portal que repentinamente se abría para mostrarle a una mujer que reía, con su vientre prominente por su

embarazo y le comentaba algo respecto de unos regalos para su gente. Luego la vio otra vez, pero acostada, con los ojos muy abiertos, aunque sin ver nada. Supo entonces que estaba muerta.

-Oh, Dios. Acabo de verla. A Nesta, quiero decir. Estaba viva y de repente... la vi muerta.

Genny detectó la angustia de su voz y de inmediato corrió a su lado. Le acarició la mejilla con las manos.

-Lo siento tanto, Alec. No permitas que estas cosas te hagan daño. También recordarás cosas buenas, no sólo los aspectos negativos. ¿Recuerdas la imagen que tuviste de Mimms? Bueno, no fue tan mala.

Genny lo rasuró y luego mandó a pedir un balde de agua caliente. Alec insistió en bañarse solo, Genny supuso que hasta un hombre, criatura que supuestamente no debería tener ni un ápice de pudor, mostraría cierta reticencia con una mujer que decía ser su esposa pero a quien él no podía recordar. De modo que Genny lo dejó solo, rezando por que ya estuviera lo suficientemente fuerte como para no caerse y quebrarse una pierna.

Cuando Genny regresó, Alec estaba completamente vestido, sentado al escritorio, analizando algunos papeles.

-Vaya, parece que estuvieras a punto de ir al Assembly Room.

-¿Assembly Room? ¿Tienen esta clase de salones en las colonias?

-No seas presuntuoso. Aguarda... ¿Cómo sabes que hay salones de fiesta de esta clase en Inglaterra?

-Sí, lo sé. No sé cómo, pero lo sé. ¿Tú eres la capitana de este barco?

-Sí. -Inconscientemente, Genny levantó apenas el mentón, con gesto desafiante, esperando a que él le dijera algo, que insistiera en que ella no tenía esa capacidad, que él se pondría al mando de ahora en más.

Pero no lo hizo. Simplemente se quedó sentado allí, con un aire pensativo.

-Me imagino que debe de ser muy poco usual -dijo finalmente-. Tú, una mujer, como capitana de un barco.

-Supongo que sí. Pero no te preocupes, soy buena.

Alec le sonrió con ternura.

-Si me he casado contigo, debo entender que eres más que buena. Superior, diría yo.

Muy lentamente y mirándolo simplemente, ella le preguntó:

-¿No te importa que yo sea tu capitana?

-¿Y por qué tendría que preocuparme? ¿No nos has salvado de un huracán, según has dicho? Pareces inteligente y bien hablada. En cuanto a cómo eres en la cama, bueno, diría que tienes senos hermosos. Por el resto, el tiempo dirá.

-Por lo general, el tiempo siempre tiene la palabra definitiva.

Ambos guardaron silencio. Genny pensaba que aquella situación era de lo más insólita. Allí estaba Alec, sin importarle que ella fuera una capitana. Como si él le hubiera estado leyendo el pensamiento, dijo:

-Esto es de lo más extraño.

-¿Qué?

-Estar sentado aquí, a bordo de un barco, sin saber quién soy y preguntándome por qué no soy el capitán. Algo muy dentro de mí me dice que debería serlo.

Genny contestó con mucho cuidado, tratando de que su voz no se alterase.

-Tú eras el capitán del bergantín que nos sigue. De hecho, ese es tu barco. Eres propietario de unos seis más, según me dijiste.

Alec descartó el comentario.

-Sí, lo sé, pero no es eso. -Suspiró y como ausente, se frotó el vendaje de la cabeza.- No me prestes mucha atención. Es sólo que...

-No seas absurdo, Alec. Estás a bordo de mi clíper y en consecuencia, eres mi responsabilidad. Además, sucede que me importas. Sé que debes de sentirte como sapo de otro pozo...

-¿Sapo de qué? -Una hermosa sonrisa apareció. Fue como ver el sol después de una terrible tormenta.

-No es más que un dicho.

-¿No será que he pescado a mi esposa diciendo una vulgaridad?

-Bueno, no tan vulgar.

-¿Debo castigarte? ¿Quizás acostarte sobre mi falda y bajarte esos ridículos pantalones que tienes puestos?

-¡Alec! Ahora sí que me doy cuenta de que hay cosas que no olvidas. Eres grosero y siempre lo serás, con o sin memoria.

Alec echó la cabeza hacia atrás. De pronto se sintió agotado.

-Ven a la cama -le dijo ella, apoyándole suavemente la mano en el antebrazo.

-¿Tú vendrás conmigo?

-Sí.

Si Alec había tenido algún pensamiento sexual, desapareció en un santiamén. Genny apenas tuvo tiempo de acomodarse contra él cuando lo escuchó respirar profundamente. Se había quedado dormido.

-Realmente me pregunto qué habría hecho si me hubieras demostrado cariño -dijo ella en voz alta, aunque para sí misma, mientras se levantaba-. Probablemente me habría encantado todo lo que me hubieras hecho. -Meneó la cabeza, confundida. ¿Recordaría cómo hacer el amor? ¿Recordaría todas las cosas maravillosas que le hacía? Suponía que muy pronto lo averiguaría. Lo dejó. Alec durmió toda la tarde.

-North Poiot, por fin -dijo Snugger con gran satisfacción.

-Ya casi estamos en casa -agregó Daniels.

Alec estaba de pie, en silencio, contemplando la ciudad de Baltimore. Miró en dirección a Fort McHenry y de pronto una imagen acudió a su memoria. Divisó entonces Fells Point.

-El Astillero Paxton está allí, ¿verdad?

-Sí -dijo Snugger. Alec asintió y respondió un grito de Abel Pitts que provenía del bergantín.

Recordó a Nesta, qué nombre peculiar y en una décima de segundo vio un rostro sonriente, un rostro bonito. Después la vio muerta. Pronto vería a su hija. Qué extraño. Necesitaba preguntar a Genny más cosas sobre Hallie. No quería que la niña le tuviera miedo.

-Hola.

-Hola -contestó él y se volvió para ver a su esposa vestida de hombre. Le miró la gorra de lana, la blusa holgada y el chaleco de cuero-. Quiero verte con un vestido.

-Ya lo harás.

-Cuéntame otra vez sobre esta apuesta.

Genny le había relatado las cosas someramente. Pero en ningún momento se le ocurrió mentirle ni tergiversar las cosas según su conveniencia.

-El problema es -concluyó ella- que el final queda inconcluso. ¿Quién es el ganador? Creo que ambos, ya que los dos logramos sobrevivir. Pero, ¿Qué debemos hacer? No lo sé, Alec. Yo preferiría... -Se interrumpió y analizó sus uñas.

-¿Preferirías que haga la cesión de propiedad del astillero a tu nombre y me marche?

-Sí. No. Bueno, a medias.

-¿Cómo a medias?

-El astillero es mío y debe seguir siéndolo.

-¿Por qué tu padre redactó un testamento que te desfavorecía? ¿Estabas disgustada con él?

Genny tragó saliva.

-No, para nada. Oh, creo que debo decírtelo todo.

Alec dijo con mucha suavidad.

-¿Me mentiste?

-No seas ridículo y escúchame, porque no tenemos demasiado tiempo antes de llegar a puerto. Mi padre estaba enfermo. Yo administraba el astillero. También estaba construyendo el *Pegaso.* La cuestión era que ninguno de los maravillosos hombres de Baltimore quería comprármelo, simplemente porque yo, una mujer, era la responsable de su construcción. Bueno, mi padre pensó que perdería todo si él se moría. Y tenía mucho aprecio por ti y tu hija... Hasta los invitó a que vinieran a vivir a mi casa, cosa que aceptaste. Entonces decidió que serías un yerno estupendo. Redactó su testamento a tu favor, con la condición de que te casaras conmigo. Fuiste tú el de la idea de la apuesta...

-¿Como para salvar tu orgullo?

Eso era exactamente.

-Qué feo suena eso.

-Pero es cierto. Ahora, mi querida Eugenia, ¿Qué demonios vamos a hacer? Si yo te cedo la propiedad sobre el astillero, perderás todo. Hasta tú admites eso.

-Tal vez.

-Tú nos sacaste de ese huracán. Creo que eres una excelente capitana, a pesar de la debilidad de tu sexo. No, no me mires así. Estoy sólo bromeándote. lncidentalmente, ¿Qué estaba haciendo yo en el clíper? ¿Por qué no estaba cumpliendo mi responsabilidad como capitán en mi propio barco?

Había llegado el momento de insertar en la historia una mentirilla. Y surgió de su boca fluidamente, sin pausas, pues su conciencia le decía que era cierto, en parte, en una parte muy pequeñita.

-Pensaste que nos ahogaríamos. Querías estar conmigo.

Alec frunció el entrecejo.

-Pero tú dijiste que yo me casé contigo sólo por el astillero.

-Pero me tenías, me tienes cariño, creo.

-Como no me conozco, no puedo estar totalmente seguro, pero me parece, Genny, que jamás me casaría con una mujer a la que simplemente "le tuviera cariño".

-También me sedujiste.

-Dios, debo de haberlo disfrutado. ¿Y tú?

Los ojos de Genny jamás abandonaron el rostro de él. Le sonrió.

-Inmensamente.

-¿Eras virgen?

-Sí. Tú solías decirme que era una virgen entradita en años.

-Entonces... ¿me casé contigo porque te desvirgué y por el astillero?

-También apreciabas a mi padre.

-¡Capitana!

-¿Sí, Snugger? -Se volvió para hablar con su primer maestre. Agregó a Alec con una sonrisa agradable: - Discúlpame, debo atender algunos asuntos. Tú relájate y deja de preocuparte.

Pero, por supuesto, no pudo.

Llegaron a puerto mucho antes que tuviera oportunidad de seguir preguntando sobre su hija... Y allí estaba la pequeña, esperando en el muelle, junto a una mujer mayor, de expresión seria y severa como la del demonio.

-¡Papá!

Evidentemente era él, pensó, mientras estudiaba los rasgos de la pequeña, un calco de los de él. La saludó con la mano y le gritó:

-Hola, Hallie.

-¿Ganaste?

-Pronto te contaré todo.

¿Su hija sabía lo de la apuesta? Después vio mucha gente que se daba cita junto a los dos barcos, tanto hombres como mujeres. ¿Qué era él? ¿La diversión local? Simplemente, no comprendía todo ese interés.

-Han venido todos para ver quién ganó -dijo Genny y se dio cuenta en ese momento que debió haberle contado toda la verdad. Suspiró-. Sólo sígueme, Alec. Nadie tiene que saber que te rompiste la cabeza en medio de una tormenta. Ya he hablado con Snugger y Daniels. Ninguno dirá nada.

-¿Crees que no?

-No, pero si hablan, por lo menos habremos ganado algo de tiempo. Ahora quiero llevarte a casa para que te acuestes.

Alec padecía un ligero dolor de cabeza, pero no era tan intenso como para que no pudiera sonreír, con doble intención.

Ella le sonrió también, pero le pegó un codazo en las costillas.

-Allí está tu hija. La señora Swindel, su dama de compañía y niñera, está a su lado. Ella tiene un romance con el doctor Pruitt, tu médico de a bordo. Ambos tienen buen corazón, pero según ellos siempre se avecina una tormenta a pesar de que sea el día primaveral más radiante del mundo.

Genny se detuvo, al ver que Alec fruncía el entrecejo, concentrado y dolorido.

Genny se había equivocado. Nadie habló de la apuesta. Era el huracán lo que había llamado la atención de todos y cómo ellos habían logrado sobrevivir a tan adverso fenómeno. La multitud se asombró al ver el palo roto sobre el clíper y menearon la cabeza. Algunos hombres sostenían que eso demostraba que el diseño no era seguro, mientras que otros señalaban que había sido una estupidez navegar hasta Nassau con ese tiempo. Genny hasta alcanzó a escuchar a un hombre que comentaba que probablemente había sido culpa de ella la rotura del palo. Había murmullos y asentimientos. Genny estaba tiesa como una estatua. La sonrisa de su rostro era simplemente una máscara.

Genny vio que los caballeros palmeaban la espalda de Alec, quien les respondía con amabilidad. Las mujeres se mostraron tan impulsivas como los hombres. Genny vio que Laura Salmon miró a Alec con ojos de prostituta y apretó los dientes.

Bueno, en realidad, no había sido una mirada de prostituta, sino la de una mujer que evidentemente gusta de un hombre.

Alec respondió con una clase distinta de gentileza. Ella lo advirtió y supo que surgía espontáneamente en él aquella arrogancia que adoptaba con las mujeres. Cuando finalmente llegó donde estaba su hija, la miró durante unos minutos y luego le dijo:

-Hallie.

-¡Papá! -La niña levantó los brazos y Alec la alzó. Enseguida sintió que le rodeaba el cuello y le daba un sonoro beso mojado en la mejilla, mientras lo estrujaba con todas sus fuerzas.- Te he echado de menos. Tanto... Pero Genny estaba contigo. Cuando nos enteramos lo del huracán, la señora Swindel dijo que no te pasaría nada porque eres como un maldito gato que...

-Creo que ya está bien eso, Hallie -dijo Eleanor Swindel mientras presentaba dos intensos parches rojizos en sus mejillas.

-Tenía a Genny para que me cuidara -dijo Alec. Hallie ladeó la cabeza, confundida.

-¿Qué pasa, Hallie?

Genny, al escuchar la conversación, dio un paso adelante.

-Hallie no quiso decir nada, ¿verdad, calabacita?

-Supongo que no -dijo Hallie lentamente. Besó a su papá nuevamente y se acomodó en sus brazos.

-¿Esto significa que tendré que cargarte hasta que lleguemos a casa?

-Sí, papá.

Genny rió.

-Mandaré por un carruaje. Sólo quédate aquí y platica, Alec. Todos esos caballeros aún desean hablar contigo.

Su hija, pensó Alec y no reconoció nada en ella. Aquella niña hermosa llevaba su sangre y por lo que a él concernía, podía haber sido hija de cualquiera. Sintió ese pequeño cuerpecito muy tibio.

Su hija. La abrazó y Hallie rió.

-Estás en casa -le dijo ella.

Pero, ¿Dónde rayos quedaba la casa de uno cuando no se tenía ni noción de nada?

Alec trató de controlar su paralizante temor pero no podía. No todo el tiempo. Empezaba a dolerle la cabeza otra vez.

-Pronto estaremos en casa -dijo Genny y le tomó la mano.

-Cuéntame del huracán -dijo Hallie esa noche, cuando estaban sentados a la mesa del comedor.

Alec hizo una pausa, deteniendo su cuchara de sopa a mitad de camino.

-Genny te contará, Hallie.

Hallie, toda candidez, se volvió hacia su madrastra.

-¿Tenías miedo?

-Más del que te imaginas, déjame ver... íbamos ganando, me refiero a mi clíper, cuando se desató la tormenta. Era como si cien vientos soplaran a la vez, como una banda de brujas locas y todos venían hacia nosotros desde distintas direcciones. Eran tan fuertes y tan violentos que si no tenías cuidado, te levantaban como a una pluma y te arrojaban por la borda. Tu papá fue muy valiente. Durante el huracán, quiso estar conmigo, de modo que acercó su bergantín lo más que pudo al clíper y saltó sobre mi cubierta.

-¡Oh, papá, eso no fue para nada inteligente! -dijo Hallie y luego rió-. Pero es muy romántico.

Alec asintió. Genny deseaba llorar por él, por frustración, pero no podía, por supuesto.

-Pero pudiste haberte hecho daño.

Alec se llevó a la boca otra cucharada de sopa agridulce de tortugas.

-Pero no fue así -contestó someramente.

-¿Te duele la cabeza, Alec? -preguntó Genny.

-No. -Su voz fue cortante.

-¿Tú tomaste el mando del *Pegaso?*

Alec frunció el entrecejo y ella dijo rápidamente.

-Por supuesto que no, Hallie. Yo era la capitana del *Pegaso.* Tu padre sólo deseaba estar conmigo. No sabía si sobreviviríamos al huracán.

-Qué raro.

-¿Qué? -preguntó Alec, dirigiendo su atención a su hija-. Toma tu sopa -agregó.

-Que no tomaras el mando y fueras el capitán. Eso no está bien, papá.

-Hallie, ¿No te gusta la sopa de tortugas?

-Un momento, Genny. ¿Qué quieres decir, Hallie?

-Papá, no estás actuando bien. Pareces distinto, como si no fueras tú, pero es tonto...

-Sí, es excesivamente tonto. Tómate la sopa. Genny y yo estamos muy cansados.

Hallie, herida, se dedicó a su sopa.

Genny no acotó ni una palabra más hasta que ordenó a Moses que trajera el segundo plato.

Una hora después, ya en la habitación de ambos, Alec comentó a Genny, en una voz muy cansada.

-La niña es muy inteligente. No podré engañarla por mucho tiempo.

-No te preocupes por eso ahora. Necesitas descansar y mucho. ¿Quieres ver al médico mañana?

-No quiero pensar en mañana -dijo él y arrojó la camisa que se quitó sobre el respaldo de una silla-. Quiero pensar en esta noche y en hacerle el amor a mi esposa.

19

Genny se volvió lentamente para enfrentarlo. Se ocupaba en desabrochar los botones de su vestido, muy tensa.

-Dices mal las cosas -le dijo ella, aunque sin mirarlo.

-¿Es algo nuevo o ya antes era así?

-Oh, siempre dices lo inesperado, lo grosero. Siempre me haces caer en la trampa porque soy presa fácil para ti en ese aspecto.

-¿Y siempre muerdes el anzuelo? -Alec estaba desabrochándose los botones de la bragueta. Genny sentía dolor al mirarlo. A la luz de aquella vela, Alec se veía hermoso. Su esposa suspiró.

-Siempre.

-Genny, ¿No te gusta... no te gustaba hacer el amor conmigo?

-No creo que "gustar" sea la palabra. En realidad, tú me tocas y yo te deseo fervientemente, locamente. Eso me preocupa, en particular cuando hace tan poco tiempo que perdí la virginidad y cuando nunca había reparado en ello.

Le obsequió una sonrisa muy machista.

-Eso es bello.

Algunas cosas, pensó ella, un hombre no olvidaba nunca. Genny alzó el mentón. Una por una, pensó.

-Tú también te derretías cada vez que yo te tocaba.

Alec arqueó una ceja al escuchar eso.

-No creo que me agrade mucho ese concepto. Prefiero ser rígido, duro, toda esa clase de cosas, en lugar de derretirme.

Genny le sonrió.

-Tu cuerpo reúne todas esas cualidades, pero tus sentimientos son tiernos, cálidos y maravillosos.

Alec se quitó los pantalones y los dobló prolijamente sobre el respaldo de una silla. Se estiró y la miró, con una pícara sonrisa en los ojos. Genny le miraba intencionalmente el miembro, el cual él sentía endurecerse. Ya no le dolía la cabeza, pero sí el cuerpo. Caminó hacia ella y le apoyó las manos sobre los hombros. Ella lo miró, pero no dándole una bienvenida abierta. Parecía nerviosa, insegura, vulnerable...

-Sé que esto debe de ser extremadamente difícil para ti, Genny. No podría culparte si no quieres que te ame. Después de todo, yo no te conozco y debe de ser muy raro, muy vergonzoso entregarse a alguien que no te recuerda sentimentalmente. -Genny abrió la boca, pero él se la cerró con las yemas de los dedos.- No, déjame terminar. Tengo que decir esto

porque es la verdad. Me gustas, Genny. Me dijiste que antes también, pues me casé contigo. Simplemente, tendremos que trabajar sobre esa base. Ya recuperaré la memoria y entonces veremos. ¿Está bien?

Genny tenía deseos de llorar, de modo que tragó saliva y hundió el rostro en el hombro desnudo de su esposo. Lo abrazó y se apretó contra él.

-No quiero que te vayas. Quiero ser tu esposa. Olvida la apuesta.

-Estaba pensando que, después de todo, era una apuesta maldita, en realidad. No, no me iré. Por otra parte, no sabría a dónde ir. Por poco que me guste, en este momento dependo mucho de ti. Déjame hacerte una pregunta, Genny. ¿Me quieres?

-Sí -le contestó ella, abrazándolo más fuerte-. Por supuesto, también he querido romperte la cabeza muchas veces en el pasado.

Él sonrió y le besó la cabeza.

-¿Y lo hiciste?

-Sí, tú siempre gruñías muy cortésmente.

-Trataré de seguir siendo cortés. Déjame que te ayude a quitarte ese vestido.

Alec se apartó ligeramente de ella y con mucha habilidad terminó de desabrochar los botones que le llegaban hasta debajo del busto. Lo bajó y luego procedió a desabrochar los diminutos botones de satén de la camisola. Cuando estuvo completamente desnuda, a excepción del calzado y las medias, Alec se retiró hacia atrás y la miró.

-Me gusta. Mucho. Permíteme quitarte el calzado. Pero déjate las medias puestas.

Le resultaba difícil no tratar de taparse, porque ante sus ojos, ella era una absoluta extraña. Él la miraba distinto, le hablaba distinto. Luego le tomó los senos en sus manos y ella inhaló profundamente, cerrando los ojos.

-El corazón late muy rápido -le comentó él y le tomó un pezón en la boca.

Ella gimió y colocó las manos sobre los hombros de él.

-Oh, Dios, eso fue tan...

Alec levantó la cabeza.

-Hay cosas que un hombre no olvida. ¿Fue tan qué, Genny?

-Maravilloso -dijo ella simplemente-. Eres maravilloso.

Alec empezó a besarla otra vez, acariciándola y mimándole los senos.

-Me alegra que pienses así, a pesar de que ni remotamente me considero maravilloso. Eres encantadora. Noto que me debe de haber enloquecido tu cuerpo.

-Me alegra que lo veas así, Alec, pero quizá te has olvidado de todas las demás mujeres de tu vida. Tantas mujeres hermosas a quienes sedujiste. Y yo soy tan...

-¿Tan qué? -Pero antes de que ella pudiera contestarle, él deslizó la mano por su vientre y enredó los dedos en sus vellos.- Ah, allí estás... Tan suave y húmeda. Siéntete, Genny. -Antes de que ella pudiera pensar en protestar, él le llevó la mano a sus genitales.

-Oh. -Sintió vergüenza, pero a la vez, mucha excitación. Entonces le tomó el miembro en la mano y fue él quien suspiró profundamente. Alec estaba increíblemente tierno y vivo. Apenas le tocó el extremo del pene y sintió una gota de líquido. Al instante le tomó la mano y se la quitó.

-Voy a estallar si sigues haciéndome eso. -El pecho se le hinchaba y tenía las pupilas dilatadas.- Ven.

Le rodeó las caderas con los brazos y la acostó sobre la cama. El se acostó sobre ella y Genny sintió que su pene se presionaba contra su abdomen, rígido, latente, anhelante.

Alec se incorporó sobre los codos.

-Ahora que te tengo exactamente donde quería, contéstame. ¿Tú eres tan qué?

Ella lo miró como enloquecida.

-¡Tan ordinaria!

-¿Tú, ordinaria? Una mujer tonta... eso es lo que eres. Bueno, veamos, ¿Sí?.

Alec retrocedió y de pie junto a la cama, la observó fijamente. Le abrió bien las piernas. Le tocó su dulce piel de mujer con las yemas de los dedos, tanteando el interior de los pliegues, hasta que halló lo que quería.

-¿Ordinaria? Eres suave, rosada y muy mujer. Eso es especial; para nada ordinario.

Genny arqueó la espalda y elevó las caderas contra los dedos de su esposo.

-Sí -dijo él- eso es. -y entonces bajó la cabeza para acariciarla con la boca, succionándola, besándola con mucho erotismo. Genny sintió que Alec le introducía el dedo profundamente *y* gritó. Alec se detuvo de inmediato y ella gimió su nombre.

-No, no, todavía no. Cuando llegues al clímax, Genny, quiero que grites.

Otra de las cosas que no había olvidado, pensó Genny, sintiéndose algo demente, mientras él tomaba control de la situación. La llevó al borde del abismo una y otra vez, sólo para hacerla volver. Ella le golpeaba los hombros con los puños y torcía las caderas hacia un lado y luego al otro. Pero Alec no estaba dispuesto a que lo apresuraran.

-De acuerdo -dijo él finalmente y cuando volvió a tomarla en su boca, cambió el ritmo de sus caricias y aumentó la profundidad de los dedos. Ella gritó, con todas sus fuerzas y entonces él le cubrió la boca con la mano para que ella pudiera saborear su propio cuerpo de la mano de él. El placer fue tan intenso, tan salvaje, que ella creyó morir.

Cuando él penetró en ella, suave, pero profundamente, Genny gritó otra vez y cerró los muslos alrededor de su cuerpo, para poder seguir le el ritmo.

Fue increíble. Cuando Alec deslizó la mano entre ambos cuerpos hasta encontrar su centro de placer, Genny volvió a perder el control una vez más, sólo que esta vez él la acompañó hasta llegar a la eyaculación.

-No. Serás cualquier cosa menos ordinaria.

-¿Cómo puede ser que sepas eso?

Alec frunció el entrecejo y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

-En realidad, estaba pensando que era sorprendente que pudiera hilvanar un pensamiento, mucho menos una frase. Tienes un poderoso efecto sobre mí, mujer. No, no eres para nada ordinaria. No tengo ni la más remota noción de por qué estoy tan seguro, pero es cierto. Gritas muy bello... Me encantó.

Alec era Alec. El simplemente no podía darse cuenta de ello. Genny le conocía tan bien ahora. Ella le abrazó la espalda, muy fuerte.

- Y tú eres un hombre muy cautivante, Alec.

Genny lo sintió fortalecerse dentro de ella y sonrió.

-¿Estás seguro de que no te duele la cabeza?

-No, es sólo mi... -Grosero, ahora y por siempre, espero. Genny nunca había considerado que una mujer pudiera llegar al orgasmo más de una vez. Bueno, quizá dos. Pero, ¿tres veces? Cuando se quedó dormida, sonreía con una gran paz interior.

En cuanto a Alec, se sentía tan satisfecho como su esposa, pero la cabeza había empezado a dolerle otra vez. Cobijó a Genny y la atrajo bien contra su cuerpo, apoyándole la cabeza en su pecho. Le besó el cabello. No, Genny no era para nada ordinaria. Estaba ansioso por saber todo sobre ella.

¿De verdad la habría llevado a un burdel? ¿Como castigo por hacerse pasar por un hombre estando frente a él? Alec rió en la oscuridad. Deseaba poder recordarlo. Cerró los ojos con la esperanza de que se le quitara ese espantoso dolor de cabeza. Sin embargo, transcurrió un rato largo hasta que logró conciliar el sueño.

Genny comentó como a la ligera:

-Nunca me has hablado de tus casas en Inglaterra, Hallie.

Hallie levantó la vista de su fragata de juguete. Era francesa, con dieciocho cañones y había sido una de las mejores de Napoleón.

-Más que nada vamos a Carrick Grange cuando estamos en casa. Papá se crió allí y es inmensa. También tenemos una casa en Londres, por supuesto. Fuimos allí una vez, durante lo que papá y sus amigos llaman la temporada. Hay una abadía en Somerset, cerca de los llanos de Rotherham, creo. No me acuerdo bien del nombre. Papá nunca me explicó lo que era una temporada.

Casas con nombres. Bueno, también las había en Norteamérica. ¿Acaso la de ella no podría llamarse Residencia Paxton?

-Una temporada -dijo Genny- es la época del año en que las muchachas terminan sus estudios y se presentan en sociedad para encontrar un esposo. ¿Dónde está Carrick Grange?

-En Northumberland. Nuestro pueblo se llama Devenish. Está muy aislado. A papá le gusta, pero hace todo el trabajo rápido y después se aburre. A él le gusta estar haciendo siempre cosas nuevas y conocer lugares nuevos. No sé si alguna vez lograré que se establezca en un lugar fijo. -La niñita suspiró y movió la fragata cuidadosamente por debajo de la goleta.

-¿Recuerdas la última vez que fuiste a Carrick Grange?

Hallie levantó la vista y respondió con naturalidad:

-La primavera pasada. ¿Por qué no le preguntas a papá?

-No se siente muy bien. Está durmiendo.

-¿Lo ha visto el doctor Pruitt?

-Esa sería una buena idea.

-Genny, ¿qué le pasa a papá? Anoche se portó raro. ¿Cuánto más tendría que ocultárselo?

La pequeña parecía preocupada e insegura.

-Durante el huracán tuvo un accidente.

Hallie, con mucho cuidado, dejó la fragata y se levantó. Se paró junto a la silla de Genny. No dijo nada. Simplemente esperó.

-Tu padre vio que el viento arrastraba a uno de los hombres contra el palo mayor, que estaba a punto de romperse. Corrió a salvarlo y el palo se partió. El se golpeó la cabeza, pero se pondrá bien, Hallie.

-¿Y el hombre vivió?

-En realidad, había dos hombres. Uno sobrevivió.

-¿Tengo que leerle a papá?

-Oh, creo que le gustaría, pero déjalo descansar por ahora, Hallie.

A última hora de la tarde vino Daniel Raymond. Le había llegado una carta destinada al barón de Sherard pues se sabía que él era el abogado norteamericano de Su Alteza.

Genny pidió a Raymond que se acomodara y luego echó un vistazo a la carta.

-Parece que la remite un abogado inglés -comentó.

-Sí -dijo él y mordió uno de los exquisitos escones de Lannie.

Genny se puso un tanto nerviosa y luego se excusó por un momento. No quería perturbar a Alec por eso, pero se dio cuenta de que no le quedaba alternativa. Si bien era su esposa, eso no le daba derecho a leer su correspondencia personal. Fue a la habitación de Alec. Estaba despierto, sentado en una silla, con Hallie en la falda. Estaba reclinado hacia atrás, con los ojos cerrados, mientras la niña le leía a viva voz, en tono dramático:

"A la carga, mis corazones, pues pronto

Sabrán que estamos aquí, impacientes por la lucha

Cuatro escuadrones femeninos, armados hasta los dientes."

Genny rió.

-¿Qué es eso, Hallie?

-Es Lastra... Lostra...

-*Lisistrata* -dijo Alec, aunque sin abrir los ojos.

-Lees muy bien, Hallie. ¿Mujeres guerreras? ¿He escuchado bien? ¿Quién eligió la lectura?

-Yo -dijo Hallie-. Papá dijo que no le importaba.

-Ahora sí -replicó Alec con cierto sentimiento.

-Escucha esto, Genny: "Debemos abstenernos, ambos, de los placeres del amor. Cómo..."

-¡Basta, Hallie, vas a hacerme llorar! -Genny se tomaba la barriga por la risa que aquello le había causado, mientras que Alec se mostraba un poco asombrado.- ¿Yo te he dado esta obra?

-Sí, papá, pero está en un libro con otras muchas historias y creo que no te diste cuenta.

Alec se lamentó.

-Lo lamento -dijo Genny, tratando de sofocar sus carcajadas- pero me temo que tendré que interrumpir la dramática actuación de tu hija. El señor Raymond está aquí, Alec. Él es tu abogado aquí en Baltimore y ha traído una carta de tu abogado en Londres.

Genny le entregó la carta y se volvió inmediatamente hacia Hallie, a quien le tendió la mano.

-¿Quieres un escon, cariño? ¿Qué te parece si bajamos y conversamos con el señor Raymond? -Hallie vaciló, con los ojos fijos en su padre y Genny agregó: - Escones con mucha mermelada de frutillas.

Con esa acotación logró un efecto increíble, por lo que ambas salieron del cuarto. Alec leyó la carta, que había sido enviada unos dos meses atrás y después la releyó. La dobló y la guardó nuevamente en el sobre. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

El dolor de cabeza se había hecho presente otra vez, sólo que no pensaba que en esta oportunidad fuera por la lesión que había sufrido. Pronunció algunos insultos, aunque en voz muy baja.

-Parece que, después de todo, debo dejarte.

Genny apoyó cuidadosamente su tenedor.

-¿La carta?

Alec asintió pero no dijo nada más. Parecía abstraído, preocupado y ella quiso gritarle que confiara en ella, que le tuviera fe, que la tratara como a su esposa. Rápidamente corrigió ese deseo interior. No, Alec siempre quería proteger, cobijar y mimar a su esposa. Genny deseaba que la considerase como su mejor amiga, como a una persona en la que podía confiar incondicionalmente. Pero eso no había cambiado ni por la pérdida de su memoria.

Hallie estaba cenando con la señora Swindel, a pedido de Alec, de modo que estaban a solas en el comedor. Alec había agradecido a Moses por sus servicios y el criado ya se había retirado. Genny se quedó esperando, pues obviamente él quería estar a solas con ella para hablarle de la carta. Sin embargo, no dijo ni una palabra.

Genny se dedicó a juguetear con un trozo de pan tostado al que, finalmente arrojó sobre su plato casi lleno de comida.

-Por favor, dime qué ha pasado, Alec.

-Tendré que regresar a Inglaterra. Esa carta la envió mi hombre de negocios en Londres, un tal señor Jonathan Rafer. Parece que Carrick Grange se prendió fuego... y fue

intencional, aparentemente. Mi mayordomo, un hombre llamado Arnold Cruisk, fue asesinado. Debo regresar de inmediato.

Genny simplemente se quedó mirándolo, a la espera.

-Es extraño, sabes. Después que leí esa carta, de pronto vi en la mente ese viejo y hermoso castillo de piedras. Muy antiguo, Genny. Si lo que yo vi es Carrick Grange, por lo menos sus muros de piedra aún tienen que estar de pie. Siempre lo estarán. Un incendio no los derribará.

Genny no dijo nada. Sólo jugueteó con un budín ácido de limón, que era la especialidad de Lannie.

-Yo sé que eres norteamericana, Genny. Sé que jamás dejarías tu país, ni te irías de Baltimore. Lo más importante, sé qué sientes por el astillero. Es tuyo. He pensado mucho todo esto. Te haré la cesión de bienes mañana mismo. Después podrás hacer lo que quieras con él. Sólo una cosa. Si las cosas no funcionan, no quiero que te atormentes con problemas financieros. Dejaré instrucciones al señor Tomlinson, en el banco. Tendrás acceso constante e inmediato a los fondos que necesites.

Ella lo miró fijamente, olvidando su budín de limón. Alec estaba ofreciéndole todo, incluso una independencia completa. Nunca tendría que volver a preocuparse por nada. Nunca tendría que dar explicaciones a un hombre para esperar a que la criticase. Nunca tendría que volver a defenderse por ser mujer. Nunca tendría que volver a...

Pero, ¿qué rayos tenía que ver todo eso con ella ahora? Qué extraño era ver cómo le habían cambiado las cosas en la mente.

Cómo lo que había considerado tan importante y vital como respirar, de pronto se desdibujaba y se convertía en una ridiculez. Ella era norteamericana, cierto, y el astillero había sido lo más... Carraspeó y expresó sus pensamientos en voz alta. -Alec, eres mi esposo. Eres más importante para mí que mi país, que el astillero, que el *Pegaso.* Encontraré a alguien que administre el astillero, a una persona que viva en esta casa. Llevaremos a Moses con nosotros, si así lo desea. Me encargaré del bienestar de mis otros empleados. Mi lugar está contigo, con mi esposo. ¿Cuándo partimos para Londres?

Alec frunció el entrecejo. -Pensé que todas estas cosas eran realmente importantes para ti. No entiendo. No estoy rogándote que vengas conmigo, Genny. Puedo arreglar mis asuntos solo.

-Sé que puedes, pero me tienes a mí, de modo que no tienes por qué hacerlo solo. Y, Alec, no me imagino que seas capaz de rogarle a nadie por nada. -Lo miró y le sonrió.- El astillero es importante y me mantendré informada a través del señor Raymond respecto de todas sus actividades. ¿De veras hablaste en serio? ¿Me cederás la propiedad sobre él?

-Por supuesto, ¿por qué no? No sé nada de astilleros. Como parece que no logro recordar, no entiendo realmente por qué tu padre actuó de esa forma. Si el astillero era tu dote, permíteme decirte que no necesito el dinero... -Se interrumpió y miró su chuleta de ternera No necesito dinero, ¿verdad?

-No, tienes bastante fluidez financiera, a menos que alguien te haya robado lo que te pertenece.

-Pero supe que tenía dinero -dijo él pensativamente-. ¿Cómo lo hice?

Genny le sonrió. Deseaba levantarse y presionarle el rostro contra su pecho. Quería protegerlo, mimarlo... Dios, era ridículo. Si Alec hubiera sido él mismo, eso habría sido lo último que hubiera deseado. La habría mirado como si hubiera perdido la razón. Le gastaría despiadadas bromas hasta el cansancio y luego le quitaría la ropa para hacerle el amor ferozmente.

-Es sólo una cuestión de unos pocos días más, Alec. """é-

-Es extraño cómo se manifiesta esto de la amnesia. Sé qué tenedor debo utilizar, pero no puedo acertar el rostro que tiene mi abogado. Sé cómo hacer el amor, pero no recuerdo haberlo hecho antes con ninguna otra mujer. Ahora eres la única mujer que tengo en la mente.

Bien, eso era ahora. ¿Y cuando recordara? La desilusión, pensó ella. Conocería la decepción y se arrepentiría. No, no. Alec era leal, un hombre honorable.

-¿Hay algo realmente importante que nos retenga en Baltimore?

-Sólo el astillero. Necesitamos un administrador. No necesariamente debe tener conocimiento de diseño de bar- cos. Mi padre ha dejado tres o cuatro, incluso el del *fe- gasa.* -Genny hizo una pausa.- ¿Sabes, Alec? Estaba pensando. Sobre el astillero. No tienes que cederme la propiedad sobre él. Estamos casados. Es nuestro. De modo que no necesito ver mi nombre solo en la escritura de propiedad. -¿De ver- dad había dicho eso? ¿Había cambiado tanto en tan poco tiempo? Era aterrador. ¿Qué pasaría cuando recobrara la memoria su esposo? Descartó ese pensamiento de inmediato. Alec la necesitaba. Necesitaba de su confianza y lealtad. Era lo menos que ella podía ofrecerle como prueba de su lealtad.

-Se me ocurre que puede resultarte ventajoso que el astillero esté a mi nombre -dijo Alec-. Por esta cuestión de que los hombres de Baltimore no quieren hacer negocios contigo porque eres mujer. Bueno, déjalos creer que están tratando con un hombre. Un administrador masculino y yo. ¿Qué opinas?

Alec estaba pidiéndole su opinión. No le decía lo que debía hacer. Hablaba con toda seriedad. Genny dijo, sin vacilaciones: -Me parece que es usted muy astuto, señor. -Qué raro. Apenas unos días atrás, se habría muerto por tener que elogiarlo de esa manera. La injusticia en ello le resultaba clara y aún le dolía, pero ya no tenía tanta relevancia en su vida.

-Mañana nos encargaremos de las reparaciones del *Pegaso.* -Sí, tu bergantín soportó el huracán sin alterarse ni en lo más mínimo. -Estás celosa. Ah, otra cosa en la que estuve pensando. No quiero vender el *Pegaso.* Según tú me has informado, soy un barón comerciante. No hay razón para que no pueda expandir mis operaciones hacia Baltimore. Tú construyes barcos y yo los envío hacia el Caribe. Harina, tabaco, algodón... haremos una fortuna.

Genny sintió que el entusiasmo la envolvía. -Quizás el señor Abel Pitts desee quedarse en Baltimore y ser su capitán. ¿O preferirías que fuera norteamericano? -Se quedaron de sobremesa hasta muy tarde, haciendo planes y riendo.

Más tarde, en la cama, mientras Genny yacía muy satisfecha entre sus brazos, le dijo:

-Creo que deberías contar toda la verdad a Hallie.

-No.

-Es una niña muy astuta y perceptiva. Una pequeña...

-¿Pequeña? ¡Es una maldita viejecita! Esa niña me asusta, por las cosas que comprende...

-Exactamente. Ahora está muy confundida. Se da cuenta de que algo no está bien con su papá.

-Lo pensaré -dijo Alec finalmente y le besó la oreja. Ella le ofreció su boca y al instante, lo sintió presionarse fuertemente contra su vientre.

-Quédate quieto -le aconsejó ella entre una lluvia de besos tiernos-. ¿de acuerdo?

-¿Por qué?

- Téngame fe, milord.

Él la miró confundido, mientras ella descendió y le abrió las piernas. Se ubicó entre ellas y comenzó a besarle el rígido abdomen. Alec gimió cuando sintió que lo atrapaba entre sus dedos. -Genny.

-Sí -contestó ella y Alec sintió el cálido aliento de su esposa sobre el pene-. Dime si hago algo que esté mal.

Alec gimió en respuesta y ella se sintió alentada a acariciarlo con la boca.

-Es demasiado -dijo Alec, luego de apenas unos breves minutos. La apartó. Se montó sobre ella para penetrarla profunda- mente, hasta que la hizo gritar. Le abrió más las piernas y penetró más todavía. Luego la trajo sobre sus muslos-. Envuélveme con tus piernas, Genny.

Ella obedeció y él le sonrió. Tenía las manos sobre sus caderas para moverla contra su cuerpo y luego se bajó de la cama y se puso de pie. -¡Alec!

Se aferró del cuello de él, que estaba muy dentro de ella, acariciándola con frenesí y todo era tan maravilloso que Genny no deseaba que terminara. Cuando volvieron a la cama, esta vez él tendido de espaldas con ella a horcajadas, Genny sintió que su es- poso llegaba a tocarle el cuello del útero.

-Alec-repitió y se inclinó para besarlo. Él le acarició los pechos, el vientre y luego descendió, hasta encontrar ese punto tan exquisito. El resultado superó mucho más de lo que él hubiera podido imaginar. Pudo observar el orgasmo de Genny, con la espalda arqueada, el cabello totalmente enredado sobre los hombros y los senos erectos.

Entonces penetró más todavía, empujando, latiendo, hasta eyacular.

Había sido demasiado. Genny no miró, pero vio mucho más que la perfección de su hombre. Vio la belleza de su ser y la con- movió más que nada en el mundo.

-Te amo -le confesó y supo con la misma certeza que el sol saldría por la mañana, que en el mundo no habría otra cosa que fuera más importante que su hombre para ella.

Alec abrió los ojos y le sonrió. -¿de verdad?

Ella asintió, un poco triste, porque él no sabía quién era ella y lo trascendental que había sido el paso que acababa de dar. Pero no quería que pusiera en tela de juicio su palabra.

-¿Antes no me amabas?

-No lo sé. En realidad, hubo muy poco tiempo. -Demuéstramelo -y la atrajo hacia sí para besar la.

Más tarde, Alec pensó que realmente era dos hombres a la vez. El viejo y el nuevo Alec. Tenía que haber diferencias. Lo sabía. ¿Por qué Genny no lo había amado antes? ¿Acaso no había sido amable con ella? La crudeza de esos pensamientos le volvió a producir jaqueca. Trató de ignorarla, pero no lo logró. Odiaba todo aquello como a una pesadilla. Y no había nada que pudiera hacer al respecto. Esa irresolución lo asombró. Lo amargó. Oyó gemir a Genny y la besó. Qué dulce era aquella desconocida esposa suya.

¿Por qué no podía recordar?

Hacía ya cuatro días que navegaban a bordo del *Bailarina Nocturna* cuando Genny tuvo la plena certeza de que estaba embarazada. Estaba aferrada a la taza de noche, con el estómago re- vuelto y el cuerpo en un solo temblor por las arcadas.

-¡Por Dios, Genny! ¿Qué sucede? ¿Estás mareada? ¿Tú? Ella le volvió el rostro, porque no deseaba que la viera en ese estado. -Vete.

-No seas tonta. Déjame ayudarte. -Vete, Alec, por favor.

No le obedeció. Lo vio mojar un paño y caminar hacia ella. Se hincó a su lado, la hizo recostar sobre su pecho y Genny sintió el paño frió en su rostro. Fue un gran alivio.

-¿Necesitas vomitar más?

-Ya no queda más -dijo ella y deseó poder morirse para terminar con esa situación.

-Vómitos secos, ¿eh? -Qué encantador.

-Como tú, amor, encantadora, y con el rostro un poco verdoso. Si ya no necesitas la taza de noche... -Sin decir más, la levantó en sus brazos y la llevó a la litera. La tendió sobre su espalda y se sentó a su lado. Le apoyó la palma de la mano sobre la frente.

-Por alguna razón, no puedo imaginarte a ti, mi marinero original, sufriendo mareos por estar navegando.

-No es por eso.

-¿No? ¿Has comido algo que te cayó mal?

-No, es por algo que tú hiciste, Alec, ¡si quieres que te diga la verdad!

-¿Algo que yo hice? -La miró y luego su rostro se iluminó con una inmensa, muy masculina y casi imperdonable sonrisa.- ¿Te refieres a que estás embarazada?

-No lo sé. Creo que sí.

Alec pensó con retroactividad. -No has tenido tu período menstrual, al menos desde que volvimos a hacer el amor por primera vez... me refiero a cuando puedo recordar. Haré que te examine el doctor Pruitt, ¿te parece?

-No, no quiero que él me haga nada. -Sintió otra náusea y se tomó el estómago.

-Oh, Genny, lo lamento. Un embarazo y un viaje en barco...

-Sobreviviré.

-Lo sé. Eres demasiado cabeza dura como para no hacerlo. ¿De cuánto crees que estás?

-Creo que me dejaste embarazada antes de casamos, maldito seas.

-¿Tan potente soy? Me adueñé de tu virginidad, Dios, ojalá pudiera recordarlo, y allí mismo planté mi semilla como un industrioso agricultor. Todo en un lapso muy breve. Viril y potente. Sin la menor duda.'

-Te golpearía en el estómago si tuviera fuerzas para hacerlo.

-No harás otra cosa que quedarte allí acostada y descansar. Le preguntaré al doctor Pruitt qué debes comer para que no te sientas tan mal. ¿Sí?

Genny asintió. Estaba tan indispuesta que no le interesaba. -Nada te ocurrirá porque sé exactamente qué debo hacer cuando el bebé venga al mundo. -Se detuvo al instante y frunció el entrecejo, - ¿Cómo sé que sé lo que debo hacer en un parto?

Genny tragó saliva. -Creo que te sentiste muy desolado cuando tu primera esposa falleció. Un médico árabe te enseñó todo al respecto. Una parte de ti lo sabe y simplemente, surgió.

-¡Odio esto! -exclamó y se golpeó el muslo con el puño. -Papá.

Alec levantó la vista y vio a su hija parada en la puerta de la cabina.

-Papá, ¿qué sucede?

.-Genny no se siente bien.

-No, me refiero a ti. Alec miró a Genny y luego otra vez a Hallie. -Ven aquí, Hallie. -La niña lo miró y avanzó un paso hacia el interior de la cabina.- Ven aquí -repitió Alec y se palmeó el muslo.

Ella se sentó sobre su falda y él la atrajo hacia su pecho. -Escuché que Pippin hablaba con el señor Pitts. Decía que era muy raro el modo en que te habías olvidado de ciertas cosas, que tuvieras que preguntar cuando, por propia naturaleza, debías saberlo. Luego, cuando me vio, me puso una cara muy rara.

Alec soltó una serie de improperios y cerró la boca, al darse cuenta de que su hija le prestaba gran atención.

-Está bien, papá. Si quieres decir malas palabras, por mí no tengas cuidado.

-Eres demasiado tolerante, Hallie. Es cierto. No recuerdo nada. Me he golpeado la cabeza durante el huracán.

Hallie lo miró, haciendo a un lado su cabecita. -¿No puedes recordarme a mí?

Tuvo intenciones de mentir le, pero a pesar de la corta experiencia que había tenido con ella, había descubierto que con Hallie no le daría resultado. La niña era demasiado perspicaz. -No.

-Pero pronto lo hará, Hallie -dijo Genny, sentándose en la litera y apoyándose contra el respaldo-. Tampoco me recuerda a mí. Pero de a poquito, cada día va recordando más detalles y más gente de su pasado. Creo que, como estamos en el presente, tendremos que esperar un poco más.

Hallie no dijo ni una palabra. Sólo contempló a su padre y le palmeó la mejilla. -Está bien, papá. Te contaré todo de mí. Y si hay algo que necesitas, sólo pídemelo.

-Gracias -le dijo él, maravillándose ante aquella personita-. Parece que soy muy afortunado con las mujeres de la casa.

Hallie miró a Genny. -Lamento que no te sientas bien, Genny, pero la señora Swindel dijo al doctor Pruitt que era natural y que no había nada de qué preocuparse.

Genny se quedó boquiabierta.

-Quiero un hermanito, papá. -Sin esperar respuesta, Hallie se bajó de la falda y salió corriendo hacia la puerta.- Subiré a cubierta. Pippin me cuidará.

Y cuando se marchó, Alec simplemente se quedó mirando la entrada vacía de la cabina. -Es increíble.

-Más exactamente: escucha todo y a todos.

Alec se inclinó y le acarició suavemente el vientre. -¿Le daremos un hermanito?

-¿Y si él se parece a mí?, podría ser embarazoso. Todos los caballeros de la zona me perseguirían.

Genny rió y le pegó un codazo en el brazo. De pronto, sobrevino otra náusea y se tomó el vientre. -Oh, esto es terrible ¡Dudo que pueda perdonarte alguna vez!

Alec no se fue sino hasta que ella se quedó dormida. Entonces fue a conversar con el doctor Pruitt.

Y después pasó varias horas pensando. Se daba cuenta de que sus hombres le miraban muy confundidos, con evidente preocupación y algunos, con dudas. ¿Quién podría culparlo ¿Un hombre que se olvidaba de todo su pasado? No era m probable. Trataba de recordar y se le cruzaban imágenes fugaces por la mente, pero desaparecían con la misma espontaneidad. Se frustraba y se enfurecía. Genny casi siempre había t nido razón. Generalmente, lo que él veía era gente de pasado. Ahora veía mujeres, todas encantadoras y no sólo su rostro, sino también sus blancos cuerpos. Se veía haciendo el amor, acariciándolas y penetrando en ellas. Tragó saliva ¿Tan seductor había sido? ¿No se había interesado por ninguna de ellas salvo en el aspecto sexual?

Y vio a Nesta otra vez. Estaba muerta, acostada entre blancas sábanas, tan blancas como su rostro de cera. Comenzó a sudar. Sabía que no lo toleraría mucho más.

Casi a medianoche, tomó el timón de manos del señor Pitts.

-Se avecina una tormenta -dijo Alec. -No muy grande, gracias al cielo.

-¿Está seguro de la decisión que tomó? El *Pegaso* será su barco, Abel.

El hombre robusto se volvió hacia su capitán. -Seguro, milord. Baltimore es agradable y no me molestan los norteamericanos. Pero el hombre que usted escogió es uno de ellos ~'

y los negocios de la dama funcionarían mejor con un norteamericano al mando. Y además, mi lugar está con usted y su familia. Particularmente... -Su voz cayó como una pesada piedra a un abismo.

-Particularmente desde que yo no recuerdo ni una maldita cosa y que vamos a un país que bien podría ser la China en cuanto a lo que puedo yo recordar.

-Sí, milord.

Y eso, pensó Alec, era definitivo.

20

Llegaron a Southampton la tercera semana de diciembre. Como auténtica nativa de Baltimore, Genny no podía quejarse por los cielos grises, ni por las lloviznas ni por los fríos vientos que eran capaces de atravesar hasta la más abrigada de las capas de lana. Pero aun así, eso no era Baltimore. El cielo no tenía el mismo gris. Los hombres que se desplazaban por la cubierta estaban vestidos como marineros norteamericanos, como empleados y transportistas norteamericanos, pero el lenguaje que salía de sus bocas, la manera en que pronunciaban aquellas palabras... oh, Genny nunca había escuchado nada similar en su vida. Bienvenida a Inglaterra, pensó, el peor enemigo de mi patria de hace sólo cinco años. Tú, mi muchacha, ciertamente te has preparado el terreno, casándote con un inglés.

Y no sólo se había preparado el terreno, sino que se había acostado en él, con su esposo, claro, en numerosas oportunidades que había gozado al máximo y ahora llevaba un hijo suyo en sus entrañas. Genny suspiró y se cobijó aun más con la capa. Su vientre aún estaba casi chato, presentando una ligera prominencia que sólo ella y Alec detectaban, pero tenía los senos hinchados y la cintura más gruesa. Ocasionalmente, Genny pensaba que Alec le conocía mejor el cuerpo que ella misma. A veces, después de hacerle el amor con toda intensidad, se incorporaba sobre los codos para observarla. A veces le recorría el abdomen con los dedos bien extendidos, lo miraba pensativo y luego asentía con la cabeza para sí. Otras veces, simplemente le miraba el vientre y sonreía, como un arrogante macho autosuficiente, que en realidad era.

Arrogante y notoriamente sereno, por el hecho de que la mayor parte de su vida era un blanco, con recuerdos muy fugaces, que lo acosaban pero se desvanecían antes que él pudiera hacer encajar cada pieza del rompecabezas. Sólo una vez durante el largo viaje Genny lo había visto realmente enojado. Había un tripulante nuevo, que provenía de Florida, Cribbs, se llamaba, que había subido a bordo bebidas alcohólicas en secreto. Una noche se embriagó más que una cuba y al ver a Genny en cubierta, disfrutando de la calidez de la brisa, se tornó demasiado "cariñoso", en una manera desfachatada, por lo que recibió un puñetazo tan fuerte que se le rompió la mandíbula. Alec no soportaba a los tontos y Genny cayó en la cuenta de que él, aunque no pudiera recordar quién era realmente, estaba dispuesto a protegerla con su vida. En este caso, casi fue la vida de Cribbs lo que se perdió. Y j

Genny lo veía ahora, tan sobrio como un párroco un domingo por la mañana, amarrando los metros y metros de lona de las velas.

Deseó poder colaborar, hacer algo, cualquier cosa. Pero la única vez que le había pedido a Alec si podía aprender el ABC de navegar a bordo de un bergantín, él simplemente la había mirado con- fundido y le dio una novela para que leyera. Era como si hubiera olvidado completamente que ella había sido capitana de un clíper.

Suspiró otra vez. No veía la hora de llegar a tierra firme. Durante tres semanas, el estómago la había dejado en paz, pero soportaron corrientes extrañas y fuertes contracorrientes cuando el *Bailarina Nocturna* llegó al Canal, por lo que el bergantín comenzó a bambolearse de un lado al otro; movimientos que produjeron otra vez las náuseas. Genny se concentró en recuerdos, todos agradables, con su padre. Por lo menos, ella tenía recuerdos. ¿Qué haría Alec cuando deseara escapar del presente? Se preguntó cómo habría sido su vida si Alec no hubiese aparecido en Baltimore. Su padre habría muerto de todas maneras y ella se habría quedado con el astillero. ¿La habrían destituido? Conociendo a los hombres de Baltimore, concluyó en que la respuesta habría sido afirmativa. Y después, factiblemente se hubieran sentido en la obligación de que uno de ellos la desposara para que no se muriese de hambre. Bueno, todo eso ya no tenía importancia.

La niebla desdibujaba el paisaje y Genny podía acertar muy poco de él. El aire estaba plagado con sonidos espeluznantes de sirenas de niebla. El *Bailarina Nocturna* avanzaba a pasos de tortuga, dirigido por el liderazgo de un bote piloto.

Hallie estaba parada junto a Genny y Moses a su lado. Es- taba abrigada hasta las orejas con una gruesa lana escarlata y una bufanda que Pippin le había regalado. Los dos se habían hecho grandes amigos durante el viaje desde Baltimore.

Hallie estaba callada, actitud que complació a Genny en un principio, pero que luego la preocupó. Estaba demasiado callada. Genny tomó la mane cita de la pequeña. -¿Estás entusiasmada, Hallie? Ya casi estamos en casa.

Como era su costumbre, Hallie pensó la pregunta antes de contestarla. -Sí, pero, ¿sabes, Genny? Realmente soy bastante pequeña para estar entusiasmada por volver a casa. Estoy preocupada por papá. El tampoco está entusiasmado por volver. Creo que teme no conocer a nadie allí y que eso lo haga sentir peor. Todavía no puede recordamos, Genny. A veces lo veo y él me mira y trata con tanto empeño de reconocerme, pero no puede.

-Ya sé, pero pronto lo logrará.

-A veces lo dudo -dijo Hallie-. El no está contento.

Quizá por la mujer a la que está atado, pensó Genny, aunque no lo expresó en voz alta.

-Esta niebla es para entierros -dijo Moses, levantando una de sus enguantadas manos como si hubiera deseado tocar su riza- do cabello gris-. Agradable y lúgubre, ideal para un cementerio.

-Qué pensamiento tan alegre -dijo Genny. Se dio vuelta con la esperanza de ver a Alec. Pero él estaba tan concentrado en una conversación con Abel y Minter que sólo alcanzó a verle la espalda.

-Mamá murió el mismo día que yo nací. Faltan dos días para mi cumpleaños.

-Daremos una fiesta, amor. Una muy bonita. Invitaremos a Pippin, a Moses, a la señora Swindel...

-y no olvides a su maravilloso padre. -Alec sonrió a su familia reunida. Ni siquiera había pensado en el día que había nacido su hija, ni tampoco en el aniversario de la muerte de su primera esposa. Tenía dos días para pensar en un presente que hiciera feliz a Hallie. Durante las últimas semanas, había compartido mucho tiempo con ella, participando en sus clases, hablando en italiano y en francés con ella... idiomas que recordaba perfectamente. Las palabras le surgían sin pensamiento consciente. Le agradaba su hija. Suponía que eso, al menos, era un pensamiento decente para empezar. Aun cuando la pequeña se cansaba un poco y se ponía un tanto caprichosa, Alec no perdía la paciencia. Descubrió que con una simple mirada, la niña obedecía sumisamente. Dijo a Genny, a quien vio más cansada de la cuenta, para su gusto: -Otros quince minutos más y llegaremos.

-Bien -dio ella-. No veo la hora de pisar tierra firme. -y de posar tu estómago también, espero.

-Sí, por cierto. ¿Dónde nos quedaremos esta noche, Alec? ¿En Southampton?

-Sí, en la hostería Chequer's Ion. -Alec hizo una pausa y luego agregó deliberadamente: - Pippin me habló de la hostería. Dijo que el propietario es un buen amigo mío, llamado Chivers.

Genny le apretó el brazo, un gesto instintivo para demostrarle que comprendía cómo se sentía. Para su sorpresa, Alec le quitó la mano.

-Discúlpame ahora. Debo volver. -y las dejó allí. Genny se quedó mirándolo, preguntándose qué habría sucedido.

Alec estaba enojado. Con todos, incluso con su bien intencionada esposa, de la que no recordaba nada en absoluto. Y consigo también, por aquella infinita y maldita debilidad. Si hubiera tenido un cerebro más sólido, ¿no habría recuperado la memoria ya? Si hubiera existido algo que valiera la pena recordar, ¿no lo habría tenido presente ya, casi seis semanas después de ese accidente? Había abrigado la esperanza de que al llegar a Inglaterra, todo saliera a la luz. Pero todavía, nada. Aquel país bien podría haber sido la China para él. Pero en

nada de eso Genny tenía la culpa. Ni nadie. Maldición. ¡Venir a suceder ese maldito accidente!

Chequer's Inn tenía más de cien años de antigüedad. Era acogedora y poseía chimeneas desde su taberna, decorada con paneles de roble, hasta las habitaciones de Moses y Pippin en el tercer piso. En ellas siempre ardía un delicioso fuego. -Mmm, qué bello huele -comentó Genny, girando en el centro de la habitación que compartía con su esposo-. Tanta limpieza, frescura y calidez.

-Me recuerda a ti, esposa. Alec parecía haber recuperado su confianza y Genny suspiró aliviada. -¿ Ya no hay olor a agua de sentina?

-Ni por asomo -dijo él, olisqueándole la oreja. Genny sólo le sonrió. -Es como si el estómago se me hubiera muerto y estuviera en el cielo.

En ese momento, Alec vio a Nesta, con el vientre enorme por el bebé que llevaba. Meneó la cabeza, en un intento por borrar esa imagen que le traía tanto dolor.

Genny vio la expresión de su mirada y supo que, cualquiera hubiera sido su evocación, estaba haciéndole sufrir. Entonces buscó la manera de distraerle, formulándole una pregunta cuya respuesta ya conocía tan bien como él. -¿Qué harás con el cargamento, Alec?

-Mi hombre se llama George Curzon. No, Genny, no te ilusiones. No lo recordé. Aun antes de zarpar de Baltimore, Pippin me mostró todos mis registros, con todos los nombres de la gente que trabaja conmigo. Bueno, para el caso, mañana me reuniré con el señor Curzon. Haremos una buena ganancia con el tabaco y el algodón que trajimos de Norteamérica. -Hizo una pausa y luego agregó: - No, tampoco recordé cuál es la ganancia que arrojan el algodón y el tabaco. Gracias a Dios que tenía la costumbre de registrar todo meticulosamente. Pero, por supuesto, tú lo sabes, ¿no?

-Por cierto que sí. -Eso era algo que, en apariencia, al nuevo Alec no le molestaba en absoluto. Lentamente, Genny había empezado a tomar más y más parte en la contabilidad. No era nada nuevo para ella, aunque el sistema que Alec empleaba difería un poco del que ella y su padre solían utilizar. Genny simplemente, había modificado un poco el de Alec. Era rápida con los números y por lo general, no se equivocaba. Lo más importante, Alec parecía disfrutar del placer que a ella le producía ese trabajo. Al parecer, también le agradaba intercambiar opiniones con ella. En ocasiones, algunas ideas habían sido de Genny y a él no le había importado. Nunca más volvió a hacer comentarios respecto de la forma en que Genny imitaba a los hombres ni de que ella tratase de realizar trabajos destinados al sexo fuerte.

Genny, tímidamente, le apoyó la mano en el hombro. -Estoy muerta de hambre.

Eso lo sorprendió y le sonrió lánguidamente.

-¿Siempre dices las cosas tan frontalmente?

-Siempre. -No le quitó la mirada de encima, pero deslizó la mano hacia su abdomen. Pensó que estaba más delgado. Siguió bajando hasta rozarlo allí.- Siempre -repitió y presionó un poco más, por dentro.

Alec respondió de inmediato. Tenía el pene erecto, presionado contra la palma de su mano. La atrajo hacia sí, con poca delicadeza, y la besó casi con furia. Pero Genny, quien no había experimentado la abstinencia desde que lo había conocido, debió tolerar esa miserable condición durante las tres últimas noches, en que Alec no se hizo presente en su cabina. Ahora gemía dentro de su boca, mientras ella seguía acariciándole el miembro. Su respuesta la excitó de la misma manera. Pero cuando la tendió sobre la cama y le quitó la ropa, ella lo miró, confundida. Su mirada era intensa y su expresión casi dolorida.

-Alec -dijo ella mientras él le separaba las piernas. Penetró en ella, empujando una sola vez, profundamente, pero Genny ya estaba preparada para él y levantó las caderas para recibirlo debidamente.

Alec nunca olvidaba ser generoso, comprensivo, aun cuando estaba loco de pasión, pensó ella vagamente, mientras disfrutaba de los dedos de su esposo, que la acariciaban entre

los dos cuerpos agitados. Genny lo atrajo más hacia su interior y lo miró con tanto amor que Alec, al advertirlo, echó la cabeza hacia atrás y gimió, empujando una y otra vez hasta que ella se dejó llevar por su pasión. Juntos formaron un único ser.

Fue maravilloso y Genny quería que nunca terminase. Aun cuando Alec temblaba sobre ella, Genny supo que ambos creaban nuevos recuerdos para que él guardara en su memoria. Estas serían buenas. Genny siempre se encargaría de ello. -No me dejes -le dijo ella y supo que las había pronunciado casi en silencio, en su mente, en lo más profundo de su ser. Nunca había imaginado aquellas sensaciones que ahora la envolvían. ¿Acaso habrían estado siempre en ella, latentes, esperando un medio de canalización? Canalizarlas a través de un hombre que ni siquiera la conocía-. No dejes que termine -murmuró, pero aunque habló en voz alta, Alec no la escuchó y por supuesto que terminó. Alec estaba acostado sobre ella, aunque no tanto en su interior. Se incorporó sobre los codos y la miró.

-Eres una mujer salvaje. Desenfrenada. Sumisa. Tan bien hecha.

-Usted me ha hecho así, barón. Desde el principio me has hecho salvaje, desenfrenada y... No. Me niego a ser sumisa. Eso es llegar demasiado lejos.

-¡Ja! Bien, estoy disfrutando de los resultados de mi trabajo artesanal. Sin duda sé cómo iniciar a las jóvenes vírgenes.

-Tú solías decirme que era una virgen un poco entradita en años.

-Sí, recuerdo que ya me lo has comentado. Ahora eres una salvaje matrona... entradita en años.

Genny sintió que Alec se incorporaba. Murmuró algo.

-Soy demasiado pesado para ti. No quiero perturbar a mi hijo.

-A tu hijo no le importa.

Sin embargo, él se acostó sobre un lateral y apoyó la cabeza en su codo. La miró pensativo. -Eres muy obstinada.

-Sí. -Pero también, suave, dulce, entregas todo... -Basta ya... tus palabras harían creer a cualquiera que soy una persona virtuosa y muy aburrida.

-Pero en cuanto a lo de la obstinación... -Se detuvo y frunció el entrecejo.- No estás actuando naturalmente, ¿no? Me refiero a que de alguna manera, debes de sentirte responsable por mí, ¿no? Estás preparando tu artillería hasta que esté completamente sano, ¿verdad?

-Acabas de decir que era suave, dulce... Descartó esas palabras haciéndole un gesto con la mano, que luego le apoyó en el pecho. -De alguna manera, te considero una mujer que no soporta a los tontos.

-Tú tampoco.

-Pero no siempre estabas tan de acuerdo conmigo, ¿verdad? ¿Nos peleábamos como perro y gato?

Genny se mordió la lengua. No quería...

-Genny, es cierto, ¿no? ¿Reñíamos?

-Mucho más de lo que recuerdo... de lo que puedo contar.

-¿Por qué? ¿Cuál era el motivo?

Genny tragó saliva. No quería contarle toda la verdad. Alec podría revertir su actitud, negarle la posibilidad de trabajar en la contabilidad... Frunció el entrecejo mirándole la nuez de Adán. En realidad, Alec no había cambiado mucho, pero sí se había mostrado más tolerante, más dispuesto a comprender sus puntos de vista. Además, él no había tenido razones para imponerle ideas respecto de lo que era o no adecuado para una mujer. Ni siquiera le había resultado necesario pensar en ello. A pesar de que Genny tomaba parte en sus negocios, él aún seguía siendo Su Alteza, el barón de Sherard, el amo. Había sido Genny quien había cambia- do, y por propia voluntad y gran disposición. No había protestado cuando Alec dispuso que no le permitiría ayudar a recoger las ve- las del bergantín. Había agachado la cabeza y aceptado la novela que él le puso en las manos: "Orgullo y prejuicio", con una

sonrisa. En rigor de verdad, se había convertido en todo lo que el más exigente de los hombres podía desear: una mujer suave y dulce, dispuesta a entregarlo todo. Sí, se entregaba tanto a él que no reparaba en que lo que ella tanto valoraba, jamás volvería a ser suyo. En cuanto al aspecto comercial de las cosas, Genny simplemente se había insertado allí, deshonestamente, cándida pero clandestinamente, como una ladrona, quien no tenía otra autoridad más que la que podía robarse para su conveniencia. En momentos íntimos, como este, Genny detestaba esa situación. Pero temía que el candor y la honestidad le harían verla con ojos de disgusto y que un pedido semejante por parte de ella sólo le daría la indiferencia de su hombre.

¿Importaba? ¿Había algo más importante para ella que ese hombre? No, para ella no. Así de simple.

Pero, ¿qué era importante para él? Cuando la recordara, ¿no desearía no tener nada más que ver con ella? Oh, Genny sabía que Alec nunca la abandonaría, pero, ¿se retraería? ¿Igual que había hecho ese mismo día en el bergantín?

-Genny, ¿no vas a contestarme? Estás a kilómetros de distancia. Anda, ¿por qué reñíamos? -Nunca por cosas importantes. -Suspiró profundamente y se acostó encima de él. Lo besó y empezó a acariciarlo, por el vientre, hasta que halló su órgano, aún fuera de los pantalones. Genny terminó de desabrocharlos y se los quitó.- Alec -dijo ella, suave y cálidamente dentro de su boca. Se levantó las faldas y lo introdujo dentro de su cuerpo. Las enaguas y el vestido la envolvían, mientras ella montaba sobre él, dándole todo de sí, deseando poder decirle que todo lo que tenía le pertenecía. Hasta que recordara.

Y después que ambos llegaron al orgasmo, sumidos en un inmenso placer, Alec le dijo con voz muy ferviente y masculina: -Sea lo que fuere lo que encendió esta pasión, no permitas que nada te lo haga olvidar.

Genny aún estaba sobre él, con su pene en el interior, cuando se largó a llorar. Era una mentirosa, un fraude y haría cualquier otra cosa para mantenerlo contento con ella, para hacerlo olvidar de esas horribles depresiones que lo habían acosado en el bergantín.

-¡Genny! Había perdido todas las hebillas del cabello, que tenía completamente enredado. Alec lo acarició y le tocó la nuca, masajeándola con ternura. -Shhh -le dijo-. Shhh. Te hará daño. No me agrada pensar que mi manera de hacer el amor convierta a mi compañera en un mar de lágrimas y sollozos. ¿Qué es tan horrible? ¿No disfrutaste? ¿Vas a eliminarme como a un par de botas gastadas? ¿Irás a Hoby's a procurarte unas que sean más de tu agrado?

Los sollozos cesaron y Genny le sonrió, tal como él había esperado.

-Estás muerta de hambre. ¿De comida, ahora?

Genny aún parecía una estatua sobre él, mirándolo directa- mente al rostro.

-¿Qué pasa? ¿Soy bizco? -No, ¿qué es Hoby's?

-Bueno, Hoby es el mejor fabricante de botas de todo Londres y... -Alec le sonrió.- Puedo recordar a mi fabricante de botas. El Cielo sea loado. Un hombre no puede pedir más que eso, ¿no? ¡Por Dios, mi fabricante de botas!

-Es otra de las piezas. No te quejes. Cada día progresas más.

Más tarde, tuvo deseos de preguntarle si podía acompañar- lo a ver al señor Curzon al día siguiente. Quería ver cómo se manejaba esa parte de los negocios. Pero al final, le dio mucho miedo pedírselo.

En cuanto a Alec, jamás se le cruzó la idea de pedirle a su esposa que lo acompañara. Concluyó sus negocios con el señor George Curzon en Battle Street. De verdad habían hecho

una muy buena ganancia. Ambos elaboraron planes para el próximo viaje del *Bailarina Nocturna.* El señor Curzon nunca se dio cuenta de que el barón de Sherard no lo recordaba ni en lo más mínimo.

La familia Carrick y sus servidores se marcharon de Southampton al día siguiente. Abel Pitts se quedó a bordo del *Bailarina Nocturna* y lo capitanearía en su próximo viaje. Por la tarde, se detuvieron en Guilford, en la hostería Peartree Inn. Allí celebraron el cumpleaños de Hallie. Alec volvió a pensar en su difunta primera esposa, cuya imagen había visto unas cinco o seis veces durante las últimas siete semanas.

Alec obsequió a la pequeña una réplica de la famosa barcaza de Cleopatra, hecha a mano en Italia y en la habitación trasera del señor Curzon, quien tuvo la gentileza de vendérsela al barón por una suma bastante razonable.

Genny le regaló un sextante. Fue Pippin quien le trajo una muñeca con el rostro de porcelana, vestida de aristócrata francesa. Para sorpresa de todos, Hallie miró la muñeca y la apretó fuerte contra el pecho.

-Su nombre -dijo un rato después- es Harold.

-Harold -repitió Alec lentamente-. Ese nombre lo había escogido Nesta para ti si eras varón.

Hallie, más interesada en su muñeca, sólo asintió con la cabeza y después dio un abrazo a Pippin.

Y Alec, habiéndose ya recuperado, logró señalar en un tono de voz más vivaz a Genny: -Está cambiando tanto día a día, que aparentemente no tiene importancia que no pueda recordar el principio. Creo que esta es su primera muñeca.

Importaba, pero Genny simplemente asintió. Al día siguiente, partieron rumbo a Londres. Alec no había preguntado dónde estaba exactamente la casa de la ciudad de los Carrick, pero sin margen de error, dirigió al cochero directamente hacia ella, diciendo sin vacilaciones que se trataba de la estructura Palladian al nordeste de Portsmouth Square. Alec iba a caballo, otra sorpresa para Genny. Y era muy buen jinete. Genny, cuyo cerebro comenzaba a achatarse, según ella, decidió que sería feliz con sólo contemplarlo cabalgar junto al carruaje.

La señora Swindel no trató de remarcar cada punto de interés para la colonia norteamericana, hecho que Genny apreció.

Londres era una revelación. Era inmensa, poluta y llena de olores y ruidos y tanta, pero tanta gente, que Genny se quedó con- templando fijamente, una y otra vez. Aún seguía observando cuan- do llegaron a la casa de los Carrick en la ciudad. Sólo de él, pensó en silencio. Y vaya lugar. Se sintió terriblemente fuera de lugar, terriblemente insegura de sí. De pronto se vio inmersa en otro mundo, un mundo por el que jamás se había interesado, por cierto, un mundo que carecía de todo significado para ella. Antes de ese día, de ese mismo momento. Ella era la baronesa de Sherard. Ahora todo importaba.

¿Cómo había podido ser tan estúpida como para casarse con un hombre que pertenecía a la nobleza inglesa? Nunca pensó, nunca se dio cuenta de que...

Pensó en su casa de Baltimore, donde Alec había vivido algunas semanas. El no había dicho nada, pero indudablemente la casa de los Paxton le habría parecido la más miserable de las chozas. Jamás se le había ocurrido pensar que Alec estaba habituado a cosas que superaban tanto su casa que bien podría compararse al paraíso celestial. Tragó saliva, dejó que Alec la ayudara a bajar del carruaje y logró levantar apenas el mentón, mientras se dirigían a toda prisa a la casa para evitar mojarse con la fina llovizna.

-¡Milord! Qué sorpresa tan maravillosa. Recién ayer nos enteramos de su llegada. Y la de Su señoría. ¡Bienvenida, milady, bienvenida!

La entusiasta recepción estuvo a cargo de un individuo muy delgado, con los ojos hundidos, de edad avanzada, que parecía un fantasma muerto de hambre.

-Este es March, querida -dijo Alec y guiñó un ojo a su hija. Pippin le había dicho que Hallie adoraba a aquel hombre enjuto.

-¡March! El individuo de ojos cadavéricos rápidamente recibió un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla. Por lo menos, la hija de Alec era una demócrata, pensó Genny, continuando con su inspección. Mientras Hallie renovaba sus lazos amistosos con el mayordomo de la familia, Alec presentó a Genny a la señora Britts, una gentil dama regordeta, con finos rizos canos que enmarcaban su rostro. Fue ella quien, sin advertir nada extraño en la actitud de Alec, presentó a la nueva baronesa al resto del personal.

Listo. Muy bien, pensó Genny. Ninguno de ellos había notado que su amo no los reconocía. Su preocupación por Alec había ayudado en gran medida para que ella olvidara su terror personal al enfrentarse con el personal doméstico de la casa. Fue recién cuando se encontró junto a su esposo, subiendo las sinuosas escaleras, que volvió a sentirse absolutamente insignificante.

Con la voz cargada de inseguridades e incertidumbres, preguntó: -¿Todos estos son tus ancestros?

-¿Esos sujetos que cubren todas las paredes? No tengo ni la más remota idea. Probablemente. Tienen la arrogancia necesaria para serio.

Genny se obligó a sonreír, pues la señora Britts los seguía.

La recámara de la baronesa lindaba con la suite del amo y estaba situada dentro de un inmenso y oscuro salón al que la señora Britts condujo a Genny. Tenía un amoblamiento algo ecléctico, mucho más femenino de lo que a Genny le gustaba o es- taba habituada. Las tonalidades en durazno y celeste, predominaban en las alfombras, en los paneles y en las sillas. La habitación acusaba desuso. Alec se mantuvo junto a ella, consciente de la tensión que la agobiaba aunque no la comprendía. A Genny no le importaba la habitación. Según Alec recordaba, difería mucho de la que ella tenía en Baltimore. -Ven conmigo a la suite del amo, mi querida. Veremos si te agrada. Quién sabe. Quizá decidas compartirla conmigo.

El comentario trajo un resoplido de desaprobación por parte de la señora Britts y una expresión de total alivio por parte de Genny.

Para Alec, por supuesto, era como ingresar a un cuarto completamente nuevo, lleno de muebles a los que nunca antes había visto. Un ambiente que no había sentido antes tampoco. Era desconcertante.

Todas las paredes estaban recubiertas con paneles de un metro de altura de la más fina caoba. Los pesados cortinados eran de terciopelo dorado y los muebles, españoles, robustos y oscuros. Su primera reacción fue de disgusto. Ese cuarto era oscuro y deprimente como el infierno. Pensó en la literatura que había leído sobre la Inquisición española y se preguntó si su padre habría sido un devoto.

-Por Dios -dijo Genny, mirando su entorno, asombrada- esto me recuerda un cuadro que vi en casa del señor Tolliver, en Baltimore, que pertenecía a un pintor español llamado Goya. Es tan deprimente, Alec.

-Entonces, simplemente eliminarás todo esto y cambiarás los muebles y el decorado como te agrade. Es tu suite también. O puedes olvidar tu alcoba y simplemente compartir la mía.

Yeso, pensó Alec al ver el entusiasmo en los ojos de su es- posa, la ayudaría a salir adelante en ese período inicial en la casa de Londres.

Para Genny, la opulencia no tenía límites, ni la deferencia con la que todos se dirigían al amo y a su esposa. A pesar de que ella pertenecía a las colonias, aún la toleraban con bastante civilización. Todos y cada uno de los sirvientes la atendían con la mejor expresión que podían y la llamaban "milady". Todo emanaba riqueza antigua, pero riqueza al fin y privilegios. Tantas generaciones con un cultivado sentido de la autoestima, para lo que Alec, aunque no recordara todo ese entorno, cuadraba perfectamente, con sus encantos y gracias

naturales. Todos sus servidores lo admiraban, incluso la ayudante de cocina, lo protegían y le brindaban su lealtad incondicionada.

El día posterior a la negada, Alec dejó a Genny para ir a ver a su abogado. Fue mientras regresaba por St. James Street que lo saludó una dama que llevaba una encantadora sombrilla. Se preguntó si la mujer no estaría muriéndose de frío. El día se había presentado helado y del viento, mejor ni hablar. Alec nevaba un sobretodo gris, monstruosamente pesado. Había visto que el guardarropas del barón estaba bastante surtido con prendas que eran de su agrado. Algo irónico. Sonrió. Una de las poquísimas cosas que lo hacían sonreír.

Alec hizo detener a su caballo y la saludó con el sombrero. -Buenas tardes, ¿cómo está?

Era pelirroja, alta, con un busto prominente y sus ojos de- notaban una profunda pasión. Debería ser totalmente desinhibida en la cama. No podía expresarlo con certeza, pero sabía que era cierto. ¿Se habría acostado con ella?

-¡Alec! Por fin llegaste. Ha pasado demasiado tiempo, mi querido. Ah, qué maravilloso. Ven a mi casa esta noche. Es sólo una pequeña recepción pero verás a todos tus amigos.

-No parece reconocerte, Eileen.

-¡No seas absurdo, Cocky! -dijo Eileen, con voz firme, dirigiéndose a su compañero. Llevaba una corbata monstruosa, que por poco le llegaba hasta las orejas, unos pantalones lavanda y unas botas perfectamente lustradas. Llevaba un sobretodo amarillo muy pálido. Parecía una aparición y Alec hizo una mueca. Sabía que era italiano, pero no lo recordaba a él en sí.

-Cocky -dijo Alec e hizo una leve reverencia.

-Ven, viejo. Eileen está todavía en Clayborn Street, sabes, en el número siete.

-Les diré a todos que estás de regreso en Londres.

Alec asintió. Más tarde decidiría qué excusas inventar para enviar a Clayborn Street. Por el momento, tenía muchas cosas en la mente. Y ninguna de ellas era agradable. Había planes que poner en acción.

Una hora después, Alec enfrentó a su esposa a la mesa del desayuno, en una pequeña habitación circular, que tenía la bendición de la privacidad, la comodidad y una buena chimenea.

La atención de Genny se centraba en su esposo. -¿Qué su- cede, Alec? ¿Qué te ha dicho tu abogado?

-Se llama Jonathan Rafer. Me conoce desde que di mis primeros pasos en el andador y ha sido un gran amigo de mi padre. Dijo que su esposa me enviará la especialidad de su cocinera en pasteles que, según él, es mi favorito.

Parecía enfadado. Dejó de hablar y pinchó una lonja de jamón con su tenedor. La masticó pensativamente y analizó el delicado amoblamiento de aquella salita. Estaba bien hecha. Se preguntó quién sería el responsable.

-¿No te agrada el comedor principal? -le preguntó a Genny.

-Es demasiado grande y frío sólo para nosotros dos.

Alec no tuvo mucho que decir a ese razonamiento tan lógico.

-El abogado, el señor Rafer, Alec.

-Aparentemente, según él, en el trabajo hay una mano diabólica. El magistrado local, sir Edward Mortimer, lo atribuye al descontento de algunos de mis terratenientes. Sostiene que los terratenientes asesinaron al mayordomo y prendieron fuego a 1

Grange. Me marcharé rumbo a Carrick Grange en un par de días para llegar al fondo de esta cuestión. Desgraciadamente, el señor Rafer no fue a Grange; sólo me informó lo que

reportó sir Edward. No sé cuánto tiempo estaré ausente, pero... -Hallie y yo iremos contigo, naturalmente. -¡No soy inválido, Eugenia!

-No, claro que no, pero ese no es el caso. ¿Dónde estarás en Northumberland? ¿En una alcoba destruida? ¿Quién se encargará de tus comidas? ¿Quién reparará los daños y amoblará nuevamente el lugar? -Se detuvo. Se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos. Era cierto que tenía toda la intención de involucrarse en todas esas cosas, pero no sabía cómo reaccionaría Alec ante eso. Más específicamente, nada de eso era en realidad de mucha importancia. Simplemente, no podía soportar la idea de estar lejos de él.

-Gran parte de lo que enumeraste en tu lista, puede llevarse a cabo a través de los sirvientes.

Indudablemente, eso era cierto, pero Genny se puso furiosa. -¿y quién dormirá contigo todas las noches? ¿Más sirvientas?

-¿Quién sabe? Inglaterra no puede estar carente de mujeres disponibles.

Ella se quedó perpleja y él le contestó abruptamente: -Ya basta, Genny. Puede ser peligroso. No recuerdo si hay terratenientes que sean capaces de semejantes cosas, pero, ¿quién sabe? Tú te quedarás en Londres, a salvo, con mi hija.

-Alec, tanto tú como yo hemos sobrevivido a algo mucho más terrible como es un huracán. No veo por qué haces tanto escándalo por una simple rencilla en la campiña inglesa. ~

Entonces fue el viejo Alec quien habló con una voz que acusaba siglos de arrogancia, control y dominio. -Ya he tomado la de- cisión, Genny. Eres mi esposa y me obedecerás. Te quedarás aquí. No arriesgaré tu salud ni la de mi hijo que aún no ha nacido. Ahora, por favor, alcánzame las zanahorias.

Eso la hizo poner colorada. -¡No me dejarás aquí, sola, en una casa extraña, en una ciudad extraña y rodeada de extraños! Es una crueldad que no puedes hacerme.

Eso le dio un momento de pausa. Lo que ella había dicho tenía algo de lógica. Bueno, eso podría solucionarse elegantemente gracias a una mujer, con ojos muy apasionados, llamada Eileen.

-Esta noche conoceremos algunos amigos. Para ti. Evidentemente, por ahora son sólo míos. La mujer que organiza la fiesta se llama Eileen y el hombre que la acompañaba era Cocky. No sé quiénes son pero sí sé dónde vive la mujer. Iremos. Quizás algún rostro despierte cierto interés en mi lamentable memoria. En todo caso, conocerás gente nueva y podrás hacer nuevas amistades.

-¡No quiero ir!

Alec arrojó la servilleta sobre la mesa. -No me importa lo que desees hacer o no. Me acompañarás esta noche y punto. Quiero que estés lista, Eugenia, a las ocho en punto.

Salió de la sala de desayunos y dejó sola a Genny, con la vista clavada en las zanahorias.

21

Genny no quería salir. No quería conocer a extraños que, además, eran extranjeros. No quería conocer a ninguna mujer llamada Eileen, quien probablemente estaría enamorada de él. El tiempo de Londres era el espejo de su estado de ánimo. Hacía frío, lloviznaba y había una espesa niebla. Caminó por su habitación, de alfombras celestes, enfadada con su autocrático esposo, diciendo toda clase de improperios en la habitación desierta.

Además, se sentía gorda. Alec no se había molestado en pensar que su esposa tenía cada día menos vestidos para usar y probablemente, ninguno de ellos sería apropiado para una velada con la sociedad londinense. Sólo le quedaba un vestido que aún le entraba. El único y apenas le calzaba. Estaba muy viejo ya porque era de antes que Alec apareciera en su vida y la

llevara de compras. Genny siempre lo había considerado bonito, pero ahora que se miraba en el espejo, ya no estaba tan segura. Se había habituado tanto a verse con la ropa que Alec había escogido y aprobado para ella. Y además estaba el tema de su busto, que estaba mucho más voluminoso que antes. Había que hacer algo.

Genny sabía que sería terriblemente impropio exhibirse demasiado en público. Lo que ignoraba era qué hacer al respecto. De pronto, recordó aquella noche tan lejana en la que se le había ocurrido arreglar aquel vestido para verse más bella frente a Alec. De modo que no era una modista de calidad. Se encogió de hombros. En esta oportunidad, se esmeraría más. Arrancó un trozo de encaje de otro vestido que le quedaba chico ya y lo cosió al escote. Sus puntadas no eran perfectas, pero tampoco estaban tan torcidas. Y el resultado no fue tan negativo, concluyó luego, mirándolo pensativamente. Claro que había tramos en el encaje donde las costuras se fruncían un poco. Suspiró. Hizo lo mejor posible. Por lo menos ya no quedaría semidesnuda.

Recordó los moños de terciopelo blanco que tenía sobre aquel vestido la noche que fue al Assembly Room de Baltimore. Recordó cómo ella y Alec los habían arrancado uno por uno hasta formar una pila entre ambos con ellos. Bueno, Alec no lo recordaba. Genny estuvo muy tentada de conducirlo a ese camino preguntándole cómo se veía. Pero no, pensó. Estaba bien, simplemente bien y además, estaba bastante irritada con él. Supuso que Alec le haría comentarios gratuitos al respecto. Y no había ni un solo moñito blanco para que la gente pudiera criticar. Se miró por última vez en el espejo, detenidamente, sintió un momento de inseguridad y luego enderezó los hombros para salir.

Alec estaba esperándola. Estaba vestido como un príncipe de la realeza. Al menos, ante los enamorados ojos de Genny. Tenía un traje de etiqueta negro, una prístina camisa blanca y una corbata. Estaba hermoso, aunque sus ojos, normalmente cálidos, pusieron una fría expresión al verla. Genny también notó que fruncía el entrecejo levemente.

Ella simplemente asintió, recordando que no estaba en los mejores términos con él. No quería que Alec lo olvidara.

-¿Nos vamos? Genny asintió y pasó a su lado, rumbo al carruaje. Un criado sostuvo una sombrilla sobre su cabeza hasta que Alec la ayudó a subir. Escuchó que le daba instrucciones al cochero, a quien llamaba Collin y luego se reunió con ella en el interior del vehículo. No le preguntó si tenía frío, simplemente le tapó las piernas con una manta de viaje.

Alec se acomodó contra el carruaje. Aún estaba un tanto disgustado con su esposa por la obstinación de ella. No estaba acostumbrado a ese comportamiento por parte de ella. Ah, pero sí estaba encantadora. No se había puesto esa capa desde aquella noche, hacía ya tres semanas, a bordo del *Bailarina Nocturna.* Para su sorpresa, Genny le había dicho que él mismo había escogido, el material, el color y el vestido que combinaba con ella. Qué extraño. A Alec le habría encantado deslizar las manos por debajo de la capa para acariciarle aquellos hermosos senos sobre el delicado género del vestido. Descubrió que se excitaba y supuso que esa reacción era más saludable que nociva. Y ciertamente, mucho más placentera.

Alec sonrió en la oscuridad. No era culpa de ella. No total- mente. El se había mostrado presuntuoso, bastante dominante. Comentó con espontaneidad: -La mujer se llama Eileen Blanchard, lady Ramsay. Es viuda. Pensé que quedaba muy sutil, viniendo del más inteligente de los seres humanos, hacer preguntas indirectas a March. ¿ Y sabes qué dijo él? -Al ver que Genny no estaba interesada en una respuesta, Alec continuó.- Me dijo que Moses, un buen hombre, le había informado respecto de mi problemita, por suerte, por lo bueno que era, y que sería algo de la mayor discreción. No había nada por qué preocuparse. Se cuidaría hasta el último de los detalles. -Alec sonrió en dirección a su silenciosa esposa.- Me hizo sentir como si tuviera siete años. Después me aclaró que no sabía muchas cosas de esta tal Eileen, pero que recordaba que a mí me caía muy bien. Gracias a Dios, conocía el nombre completo de esta mujer.

Genny sintió que una sonrisa asomaba en sus labios. Cuan- do él le tomó una de sus manos enguantadas y la palmeó, ella sus- piró y se volvió hacia él.

-Hola -le dijo él y la besó, con mucha, mucha suavidad-. Realmente estás encantadora, Genny. Me gusta cómo te queda así el cabello.

-La señora Britts insistió. ¿De verdad te agrada que esté trenzado formando una coronilla?

-Sí, por supuesto y también me gusta el modo en que tus bucles te acarician el rostro. Principalmente, los que te caen sobre la espalda y el cuello. Se los ve desenfrenados, muy...

-Sumisos no, por favor, Alec. Alec la volvió a besar. Le tocó los labios húmedos con las yemas de los dedos.

-Perdón ame por haber sido brusco contigo hoy. Lo lamento. No quiero que te preocupes respecto de esta noche. No te abandonaré entre extraños. Entiendo que la gente que conocí es decente y se comportará de conformidad a ello.

Genny tuvo que contentarse con eso. Alec podía manipularla con tanta facilidad. Ella lo sabía y luchaba contra eso, pero nunca lo suficiente.

Alec la besó nuevamente, disfrutando del sabor de su boca, de la suavidad de sus tiernos labios. Le habría encantado deslizar las manos por debajo de la capa y acariciarle los pechos, pero se contuvo.

Alec tenía la esperanza de que el personal estuviera tratándola bien. Sabía que así lo hacían, al menos frente a él, pero Genny era diferente. Provenía de los Estados Unidos de Norteamérica, y no estaba acostumbrada a que una sirvienta la ayudase a vestirse. Esa actitud había hecho que la señora Britts gritara despavorida una vez y luego otra, a Pippin, quien a su vez informó a Alec mientras se vestía para la velada: -Ella cree que Genny de- be de tener algo de salvaje, capitán... milord. No lo dijo con tantas palabras, pero me parece que piensa que Genny le tendió una trampa para que se casara con ella después del accidente. -Entonces Pippin dibujó una sonrisa de oreja a oreja, sin prestar ninguna atención a Alec que lo miraba con el entrecejo fruncido.- No es para preocuparse, milord. En caso de bataholas, yo apuesto por Genny. Pero la señora Britts no se quedará atrás, ya verá. Yo sólo pensé que tenía que ponerlo al tanto de los bueyes con los que está arando..

Bueno, después de todo, la señora Britts había peinado a Genny y con gran esmero, para ser francos.

Cuando llegaron, un criado con un parasol en la mano, los ayudó a bajar del carruaje. Una vez en la línea de recepción del salón principal, Alec le quitó la capa a su esposa y se la entregó a uno de los sirvientes que estaba aguardando. Cuando se volvió nuevamente, inhaló profundamente, consternado. Giró rápidamente sobre sus talones, tratando de alcanzar al criado, pero este ya se había retirado.

¿De dónde habría sacado Genny ese vestido tan espantoso? Parecía un espantapájaros. El vestido era de una extraña tonalidad de verde, que la tornaba cetrina. Además, era tan chico que le apretaba en la espalda y el busto. El modelo superaba ampliamente lo que Alec consideraba un estilo de muy mal gusto. Desde el busto y hasta el dobladillo, tenía seis volados de un verde más raro que el resto del vestido. Sobre los pechos, se había dispuesto una hilera de encaje blanco, con una costura muy torcida. De repente, en la mente de Alec se dibujó la figura de Genny, luciendo otro vestido, con una hilera de encaje también cosida al busto. Se vio a sí mismo, contemplándola y riéndose.

Tragó saliva y meneó la cabeza. Aquella imagen se desvaneció y la sucedió otra, aun más rara. Genny estaba parada ante él y una enorme pila de moños de terciopelo blancos se interponía entre ambos. La vio arrancándose uno de ellos. Luego él le arrancaba otro. ¿Qué rayos estaba sucediendo allí? Volvió a menear la cabeza y la imagen se borró. Una vez más, se vio firmemente plantado en el presente. De pie junto a ella, observándola. Hasta podía notar perfectamente los pezones. No había pensado, no se había dado cuenta de que... pero,

por el amor de Dios. Genny era una mujer. ¡Una lady! Siempre la había visto vestida con ropa muy elegante. ¿De dónde habría surgido aquella espantosa aparición? ¿Sería un castigo? ¿Se lo habría puesto a propósito, para avergonzarlo frente a todos?

Oh, Dios. ¿Qué podía hacer? Alec dijo en una voz muy suave, pero hecho una furia: -Genny, ya mismo nos marchamos. Más tarde te diré unas cuantas cosas. -Le tomó la mano pero ya era demasiado tarde.

-¡Vaya, buenas noches, Alec! Qué maravilloso tenerte aquí. -Eileen Blanchard le tendió la mano.

Desolado, Alec la tomó y se la llevó a los labios. -Hola, Eileen. -Ya no le quedaban esperanzas. Estaban atrapados al menos durante cinco minutos. Después sacaría a su esposa de allí y se la llevaría a la casa.

-Esta es mi esposa Genny. Cariño, te presento a Eileen Blanchard.

Genny pensó que la mujer era encantadora. Le brindó la sonrisa más brillante de la que fue capaz. -Hola.

-¡Tu esposa! -Eileen analizó cada centímetro de Genny en muy contados segundos y se echó a reír.-¡De verdad, Alec, me diviertes muchísimo! -Siguió riéndose y sus carcajadas no le sonaron para nada agradables, a juicio de Genny, quien no dejaba de observar a la mujer.- ¡Esposa! -reiteró Eileen, tan tentada de risa que apenas lograba respirar-. Una buena broma, milord, pero ya es suficiente. ¿Quieres insultar a tus amigos? Envía a tu querida a casa y te permitiré bailar este vals conmigo.

¡Querida! Genny sintió que el pecho se le hinchaba de rabia, pero logró mantener la calma. Lo único que le faltaba era que se le re- ventase el vestido. -No soy ninguna "querida" de Alec -dijo en voz alta-. Soy su esposa.

-¡Eres norteamericana! ¡Qué maravilla, milord! ¡Cocky, ven aquí a conocer la broma que ha escogido Alec para nosotros en esta velada!

Alec, completamente asombrado, intervino rápidamente, con una voz muy serena y baja: -Eileen -le apretó la mano entre las suyas-. Esta es mi esposa. ¿Me entiendes?

-No -contestó ella, ahora con una risita tonta, a la que Alec reaccionó apretándole la mano, dañándola. Ella inspiró profunda- mente-. ¿Tu esposa? Pero es absurdo... ¿Te has casado? Juraste que nunca volverías a casarte. Juraste que las mujeres te gustaban demasiado como para permitir que sólo una te tuviera y me dijiste que si de verdad yo te quería, tenía que regalarte un harén para tu cumpleaños. ¿Y por qué ella? Sólo mírala, Alec. Oh, ese vestido...

Alec se volvió en dirección a un sirviente que estaba muy interesado, parado detrás de su ama. -Traiga la capa de Su Alteza y la mía también. De inmediato.

Cocky, cuyo verdadero nombre era Reginald Cockerly, deslumbrante con su atuendo negro y rosa pálido, se quedó atónito ante la escena, aunque empleando su sentido común, se cuidó muy bien de no quedarse con la boca abierta. No obstante, otras personas comenzaban a advertir que algo no funcionaba bien. La conversación terminó. La gente estiraba el cuello para ver mejor. Alec deseó poder desaparecer por arte de magia, llevándose a su esposa consigo.

¿Así que había querido un harén como regalo de cumpleaños? ¿Pero qué clase de hombre era? ¡Por Dios!

Miró a Genny. Estaba pálida, pero bastante serena, aparentemente. Tenía la vista clavada al frente, los ojos entrecerrados y los labios apretados. ¿De dónde demonios habría sacado ese vestido espantoso? Lo había hecho a propósito, para avergonzarlo, para enfurecerlo. No había otra explicación.

-¡Pero no puedes irte ahora, Alec! Alec ignoró a Eileen. Arrebató la capa de Genny de las manos del criado y se la colocó sobre los hombros. Hizo lo propio con la de él.

-¡Alec, en serio! Todo esto es muy descabellado. ¡Cocky, di algo, no te quedes allí parado como un estúpido payaso!

Cocky, nuevamente haciendo uso de su inteligencia, permaneció en silencio.

Alec hizo una breve reverencia a Eileen, tomó a su esposa por el brazo y la sacó de aquella casa, dejando atrás el interesante murmullo de las conversaciones. Bajaron las angostas escaleras en silencio. Había dejado de llover. Hasta podía verse una luna pequeñita entre las nubes grises.

Qué extraño las cosas que una persona notaba, pensó Genny, consciente de que la única manera que tenía para salvarse era permanecer indiferente.

Una vez en el carruaje, no dijo ni una palabra. Sólo cogió la manta de viaje y se la echó sobre las piernas. Apenas advirtió que Alec golpeaba la cabeza de su bastón contra el techo del vehículo, el cual se desplazaba con una cierta inclinación lateral. Genny se aferró de una manija de cuero para mantenerse erguida.

Con una voz muy calma, Alec dijo: -¿Me dirás de dónde sacaste ese vestido y por qué te lo pusiste?

-Era el único que todavía me entraba. -No te entra. ¡Podía verte claramente hasta los pezones, por el amor de Dios! Y el color... el modelo... Ah, Genny. Sin duda cumpliste tu objetivo, ¿no?

Esa expresión puso punto final a la tesitura indiferente de Genny.

-¿Que cumplí qué...? ¿De qué estás hablando?

-Te pusiste ese vestido para avergonzarme, para humillarte a ti misma y por ende a mí también, de manera que no me quedara otra alternativa que llevarte conmigo a Carrick Grange.

Si Genny hubiera tenido algún martillo a mano, le habría roto la cabeza con él.

-Estás equivocado. Completamente equivocado. ¡Vete solo a tu precioso Carrick Grange, no me importa!

Eso lo dejó helado. Las palabras de Genny sonaron totalmente desapasionadas, incuestionablemente sinceras.

-Entonces, ¿no te pusiste ese vestido a propósito? ¿Por qué? No lo entiendo. Nadie usaría ese vestido a menos que... Dime. ¿Por qué?

-Es uno de mis viejos vestidos. Tú no recuerdas esto, pero no tengo lo que cualquiera llamaría buen gusto para vestir. Todos los vestidos que me viste últimamente, fueron los que tú mismo elegiste para mí.

Alec apenas podía verla por la pálida luz que había en el carruaje. Si no lo había hecho a propósito, entonces... ¿no tenía gusto para vestirse?

-Lo lamento -dijo él y tendió la mano para tomar la de ella-. Lamento mucho lo que sucedió. Ya te dije que no conocía a esa mujer. Pensé, no, realmente creí que si ella había sido amiga mía antes, sería una mujer agradable. Pero fue una perra. Una perra imperdonable. Quiero que te olvides de todas las cosas que dijo. Fueron asqueantes. Todo.

Pero Genny no estaba pensando en Eileen ni en el vestido. Pensaba en el harén de Alec. Veía una gran cantidad de mujeres, ansiosas, hermosas todas ellas, esperando a que Alec se les entregara. ¿Aquella tal Eileen habría sido una de ellas? ¿O su amante? Probablemente existiera una diferencia entre una y otra categoría, pero Genny no lograba detectar cuál era.

-Genny, por favor, di algo.

Y así lo hizo, con una voz muy serena.

-¿Cuál es la diferencia entre una doncella y una amante?

Él la miró confundido.

-Te lo pregunto porque tenía la duda de si Eileen habría sido tu doncella o tu amante.

-No lo sé. -¿y la diferencia? -No, si es que alguna vez me acosté con ella. Creo que sí, qué tonto. Supongo que habrá sido mi amante, porque es rica y viuda. En consecuencia, es

lógico que escogiera cuidadosamente al hombre con quien estaba dispuesta a tener un *affaire.* -Dio a la palabra una pronunciación francesa.- No lo recuerdo.

-Creo que ella y yo podríamos ser grandes amigas, ¿no? Las dos somos "queridas". Ella podría enseñar me cómo serlo en el aspecto interior, no sólo en el exterior. Quizá debieras visitarla, Alec. Me parece bastante probable que ella pueda revelarte muchas cosas respecto de tu pasado.

-No seas sarcástica. Es una carga muy pesada para llevar sobre tus hombros, tus muy desnudos hombros.

Si las miradas hubieran podido matar, Alec habría caído muerto en ese preciso instante, sobre el piso del carruaje.

Alec suspiró. -¡Oh, rayos! ¿Dónde hacías tus compras antes que yo apareciera? ¿En la tienda de alguna viejecita ciega que se dedicaba a la costura como pasatiempo? ¿Le pagabas por cada volado que cosía en esos vestidos? Dios, y pensar que esta cosa debe de haberte costado una fortuna. Y el encaje... ¿quién es la responsable de él? Ni siquiera las puntadas son parejas.

Genny se quedó tan callada como una estatua. Alec, furioso consigo mismo por sus desmedidas palabras, lo intentó nuevamente, con un tono más controlado. -Debiste haber venido a mí. Debiste consultarme, particularmente, cuando era lo que hacías antes.

Genny lo miró fatigada. -Te lo dije. Era el único vestido que me entraba. Además, yo estaba muy molesta contigo y no quería irritarte más todavía. -Alzó el mentón.- No me di cuenta de que me quedaba tan mal.

Alec sólo podía mirar la intensamente. -Pero el vestido era horrible, holgado o ajustado. El color es calamitoso y el busto... -Se interrumpió y agregó lentamente: - Tienes los pechos hinchados por el embarazo.

-No habrás pensado que se me achatarían, ¿verdad? -Debiste haberme dicho algo. Enojada o no, debiste haber- me consultado.

-Como recordará, barón, no fue sólo de mi parte. Usted mantuvo la distancia hasta que llegó el momento de irnos.

-Aun así, eso no es excusa...

Su esposa, seguía escuchándolo, aunque en esa oportunidad, él ya no se reía. -¡Genny! ¿Estás bien?

Genny estaba furiosa. Sin mirarlo, le contestó: -¡Maldita criatura arrogante!

-¿Lo soy, ahora? -y volvió a reírse. No obstante, ya había dejado de reír cuando entró al cuarto de ella, unos treinta minutos después. Se detuvo junto a su cama. -¿Por qué estás durmiendo aquí? No te agrada este cuarto. Yo te ofrecí compartir el mío.

-Tenía ganas de romperte la cabeza, por lo que habría ido a prisión por asesinato, de modo que decidí que lo mejor era quedarme a dormir aquí, sola.

-Redactaré un documento especial en el que se especifique que si mi esposa me da un golpe en la cabeza, no debe ser colgada en Tyburn. Ahora, ¿vienes conmigo o me quedo a dormir aquí contigo?

-Alec -le dijo ella con una voz muy fina- en este momento, ni quiero verte.

Genny no pudo acotar nada más, porque Alec se inclinó y la levantó entre sus brazos, con mantas y todo, para llevarla a su alcoba. -Creo que haré clausurar la puerta contigua. Tú debes estar donde yo esté, esposa, y punto.

Entonces la besó, lenta y profundamente, y a Genny no se le ocurrió ni una sola razón por la que debiera ir contra su dictamen.

-De acuerdo -respondió y lo besó ella esta vez. -Ah -dijo él, mientras la tendía sobre la cama, con los ojos resplandecientes. Genny lo vio quitarse su ropa de cama, hasta quedar completamente desnudo. Alec era tan hermoso y tan fuerte que ella sintió deseos de abrazarlo

con todas sus fuerzas y mantenerlo muy junto a su pecho, para siempre. Él le sonreía. En un segundo, le quitó el camisón y la puso boca abajo-. Bien -dijo-. Hay algo que quiero hacer. Algo que creo que te gustará.

La colocó en posición de banco y se ubicó sobre ella, acariciándole los senos. Cuando penetró en ella, Genny arqueó la espalda y apretó sus caderas contra el abdomen de Alec, quien gimió de placer y le besó la oreja. Entonces, descendió sus manos para tocar aquel sitio tan femenino y fue ella quien gimió, por las maravillosas sensaciones que la envolvían. -Alec -dijo- oh, por favor, Alec...

Alec bombeaba en su interior, aunque con los dedos seguía distrayéndola. Ella acompañó el ritmo de cada incursión, aunque deseaba poder besar lo, sentir su lengua dentro de la boca, su cálido aliento contra la mejilla en el momento exacto en que estallara en su clímax.

-Fue bello -comentó ella, ya tendida sobre su costado, con la cabeza apoyada en el hombro de su esposo.

-Sí, lo fue. -Pero sonó abstraído.

-¿Qué sucede, Alec? ¿Algo no está bien? -Ya hemos hecho esto antes. -Sí, en Baltimore.

-No nos vi haciéndolo, al igual que las otras imágenes que me asaltan a menudo, pero lo sentí, si es que puedes comprenderlo. Me resultó algo familiar... Sentí cuán profundamente estaba en ti, sabía exactamente la sensación que tus senos suaves y grandes producirían en mis manos... Y tu vientre, Dios querido. Cómo te pones, ardiente e inflamada. Luego te estremeces, arqueas la espalda, te tiemblan las piernas y yo estoy tan dentro de ti que formas parte de mi cuerpo, o yo del tuyo, o algo similar.

Aquellas palabras se le antojaron altamente eróticas. Genny se incorporó sobre uno de los codos y lo besó.

-¿Eso significa que me perdonas? .

-Probablemente. -Volvió a besarlo.- No puedo permanecer mucho tiempo enfadada contigo, por mucho que lo desee. Soy una mujer de carácter débil.

Eso no le pareció exactamente veraz, aunque no sabía de- terminar por qué había llegado a esa conclusión. Sin duda, Genny se había puesto furiosa con él, pero él habría reaccionado de la misma manera si hubiera estado en su lugar. Desde que la había conocido, obviamente, luego del accidente, Genny siempre se había mostrado dulce, suave, maravillosamente amable y generosa, tanto con él como con su hija. Pero algo no cuadraba. Meneó la cabeza y se quedó mirando el blanco cielo raso. No sabía qué era. La sintió relajarse a su lado, respirar profundamente, hasta quedarse dormida.

La mañana siguiente, Pippin entró para encender el fuego. Miró en dirección a la cama y se alegró de ver a sus amos acurrucados bajo las mantas, durmiendo muy abrazados.

Cuando Alec despertó, la habitación estaba templada. Se quitó las mantas y se apartó de los brazos de Genny. Le miró los pechos, blancos, suaves y tan grandes ahora. Apenas le rozó un pezón con el dedo.

Ella se estremeció y abrió los ojos. -Buen día.

Ella sonrió, ofreciéndole, inconscientemente, aun más sus senos. Alec continuó sonriéndole, aunque constituyó un verdadero esfuerzo. La tapó rápidamente.

-Hoy saldremos de compras para ti -dijo. Consultó el reloj que estaba sobre la mesa de noche-. Ya es muy tarde, Genny. Por supuesto que no hay otra cosa que me agradaría más que reasumir nuestras actividades de anoche, pero tenemos mucho que hacer.

Entonces Alec la llevó con madame Jordan, una verdadera francesa que se había casado con un inglés, quien luego falleció en la batalla de Trafalgar. -Ha sido mi nombge dugante muchos años -explicó la señora-. No tiene ningún sentido cambiagló ahoga.

Genny pensó que la escena de Baltimore se repetía. Tanto su esposo como la señora Jordan estudiaban los distintos géneros y modelos que tres asistentes habían traído en un abrir y cerrar de ojos. Discutieron su estado de gravidez sin ningún remilgo, como si ella no hubiera estado presente. Se escogieron así los diseños ideales para poder ir modificándolos a medida que el bebé fuera creciendo dentro del vientre de su madre.

Mientras le tomaron las medidas, Alec se quedó allí, con- templando. Genny no sabía si debía avergonzarse o enfadarse. De todas maneras, decidió que estaba demasiado cansada para tomar una de esas dos actitudes. Dócilmente, entonces, aceptó la pro- puesta. Fue Alec quien determinó que había que finalizar la tarea, una media hora después.

-Entonces, madame, Genny usará este vestido y esta capa. Genny miró la capa bellísima, en terciopelo gris perla, forrada en color arena. Nunca había tenido algo así en toda su vida. A decir verdad, jamás había visto algo igual en Baltimore. El vestido, era de talle alto, de muselina, en celeste pastel. Le sentaba muy bien y disimulaba la prominencia de su vientre. No tenía volados ni moños. Era un ejemplo de simplicidad, algo que, firme- mente, Alec había determinado que era el estilo de Genny.

-Muy bien, milog -dijo madame Jordan, completamente de acuerdo en todo-. Es usted muy afogtunada, mi queguida -agregó, y palmeó la espalda de Genny-. Tiene un esposo muy genegoso. La cuidagá muy bien.

Eso le cayó bien, aunque le resultó algo superficial. Genny no quería que la cuidaran... Bueno, quizá sí, en lo que se refiriese a guardarropas. Pero hasta eso podía comprarse por sus propios medios. Después de todo, el astillero le pertenecía, así como todo su producido. Entonces recordó que había decidido que Alec no le cediera la posesión sobre él. Todavía estaba a nombre de su es- poso. Pero, ¿qué importaba? Estaban casados. El astillero era de los dos. Descartó la respuesta a su propia pregunta.

-Pasado mañana -dijo Alec mientras regresaban a Portsmouth Square- partiremos rumbo a Northumberland. Para entonces tendrás suficientes vestidos.

-Ah, ¿de modo que decidiste que vale la pena que te acompañe?

-No seas desdeñosa. No me quedó alternativa. -Genny adivinó que a Alec no le agradaba la idea. -y Hallie también.

-Sí, también mi hija.

Genny tuvo deseos de asegurarle que le sería de gran ayuda allí, pero al verle el entrecejo tan fruncido, cerró la boca.

Pensó que se había transformado en una mujer de poco carácter.

Y el descubrimiento no la alegró en lo más mínimo.

22

-¡Alec! ¡Dios mío, hombre, bienvenido a casa! Alec hizo sonar su fusta haciendo que su padrillo, Cairo, relinchara a modo de protesta. Un caballero lo saludaba agitando su mano en el aire, junto a la entrada de White's. Era alto, delgado, de cabellos negros y bien vestido. Tenía porte militar. No, era más que el porte, pensó Alec. Sabía positivamente que ese hombre había pertenecido a la armada. Meneó la cabeza. Otra vez se repetía lo mismo: sabía algo con certeza, pero ignoraba por qué.

Sonrió y saludó, haciendo detener a Cairo. Desmontó y estrechó la mano extendida del hombre.

-Me enteré que regresarías a casa. Arielle y yo estamos en Londres por dos semanas. Nos hospedamos en Drummond House. Los muchachos están con nosotros y estarían más que felices de poder ver a su tío y prima favoritos. ¿Cómo está Hallie?

-Pero yo no tengo hermanas ni hermanos -dijo Alec lenta- mente, mientras analizaba el rostro del hombre tratando de hallar algún parecido físico con él-. Al menos, eso creo.

-Alec, ¿qué te pasa? Entremos a White's y tomemos un brandy. Escuché por allí que te habías casado. ¿Es cierto? Arielle está ansiosa por conocer a tu esposa.

Alec asintió. Entregó las riendas de Cairo a un muchacho que aguardaba allí y acompañó al caballero al interior de White's.

Esperó hasta que estuvieran cómodamente instalados en una sala de lectura, con revestimiento de roble, con una copa de brandy en manos de ambos. Sólo había otros dos caballeros presentes allí, muy mayores, quienes aparentaban no tener interés alguno en los dos más jóvenes. Alec dijo mientras levantó su copa: -Lo siento, pero no te conozco. Hace como dos meses, tuve un accidente y bueno... perdí la memoria.

-¿Estás bromeando? -Daría hasta el último centavo que tengo con tal de que fuera una broma. Tú no eres mi hermano, ¿verdad? Ni tu esposa es mi hermana. Pero dijiste que soy el tío de tus hijos.

La expresión de sorpresa permaneció en el rostro del hombre, pero su voz sonó suave y calma. -Me llamo Burke Drummond. Conde de Ravensworth. Mi esposa, Arielle, es media hermana de tu primera esposa, Nesta, quien murió en el parto de tu hija Hallie.

-Nesta -repitió Alec, mirando su copa, pensativo-. La he visto tantas veces. Sólo imágenes muy fugaces, sabes. En algunas de ellas, la veo embarazada, sonriente, dulce. Pero en la mayoría, la veo muerta, fría, silenciosa y... -Alec se interrumpió.- Tú estás casado con su hermana.

-Sí -dijo Burke-. Hace ya cinco años y medio. -y tú eras militar.

-¿Cómo lo supiste? Alec se encogió de hombros. -Tienes toda la apariencia y yo... Bueno, simplemente, lo sé. ¿Éramos buenos amigos?

-En realidad, no. No durante muchos años. Viviste muchos años en Norteamérica, en Boston. Después viajaste a muchos sitios con Nesta. Viniste a casa y te quedaste con Arielle y conmigo en agosto de 1814. Después te llevaste a Nesta a tu casa de Northumberland. Ella falleció en diciembre. -Fue Burke Drummond quien guardó silencio esta vez. Esto superaba mucho más de lo que él estaba preparado para asumir. Hacía más de diez años que conocía a Alec, cuando era un muchacho increíblemente popular en la sociedad de Londres, en especial entre las damas de esa sociedad. Tanto Alec como él habían disfrutado inmensamente. Pero con el paso de los años, los caminos de ambos se habían separado.

-¿Has consultado con algún médico aquí, en Londres? 1

Alec meneó la cabeza y bebió un sorbo de su brandy. -¿Te gustaría contarme cómo te sucedió esto?

-Es una larga historia -comenzó Alec, y luego sonrió-. No, en realidad, es muy corta. Un palo que estaba cayéndose me golpeó la cabeza y, cuando recuperé la conciencia, no tenía la menor idea sobre quién era yo ni la mujer desnuda que estaba acostada a mi lado.

-Tu esposa, supongo. -Sí. Se llama Genny. Me encantaría conocer a Arielle. Quizás, al verla, recuerde algunas cosas más.

-Vengan a cenar esta noche tú y tu esposa. Mañana, Arielle y yo podríamos ir a tu casa y llevar a los niños para que vean a Hallie. ¿Ella está bien?

-¿Te refieres con su padre, el extraño? Desgraciadamente, no hubo modo de disimular frente a ella. Se preocupa más por mí que por sí misma. Es una niñita muy precoz.

-Siempre lo ha sido -agregó Burke, poniéndose de pie-. Cuando los muchachos sean mayores, no dudo quién los llevará a la perdición. -Burke hizo una pausa y luego agregó, con un tono más realista: - Los nombres de mis hijos son Dane y Jason. Dane está creciendo rápidamente, pero Jason es aún un bebé. -Tomó la mano de Alec.- Todo saldrá bien.

-Eso es lo que me dice Hallie, después de palmearme la mano.

La hermana de Nesta, pensó Genny. Ahora sabría mas cosas de su esposo. Genny llevaba un atuendo adecuado, ya que fue Alec quien se encargó de escogerle el vestido que debía llevar y las joyas apropiadas para ese conjunto. Cuando se enteró de que en realidad Genny no tenía ninguna joya, inmediatamente se dirigió a las oficinas de su abogado y le preguntó dónde se guardaban los valores de la familia. Fue entonces al Banco de Inglaterra y trajo algunas joyas que habían pertenecido a la familia por más de dos- cientos años. Arrojó todos los valores sobre la falda de Genny, mientras ella trataba de descifrar una clave romana escrita por Caroline Lamb, tres años atrás.

-¡Mi Dios! ¿Qué es esto? ¿Un cuento de hadas hecho realidad? -Diamantes, rubíes y esmeraldas brillaban entre sus dedos.

-Todas esas joyas parecen haber permanecido intactas durante años y años en la caja de seguridad. ¿Te gusta alguna de las piezas?. Genny, quien no hacía otra cosa más que analizar gema tras gema, todo lo que podía hacer era seguir mirándolas. Dijo, entre risas: -Si miro más detenidamente, quizá, sólo quizás, encuentre algo que valga la pena mirar dos veces.

Juntos escogieron las piezas que no necesitaban reparaciones. Había un magnífico rubí, encastrado como solitario en una cadena de oro. Alec lo tomó y lo dejó caer de inmediato, como si le hubiera quemado las manos. -Pertenecía a Nesta -dijo, contemplándolo.

-Es hermoso. ¿Cómo lo sabes? -Sólo lo sé. Lo estaba conservando para Hallie. -Entonces, seguiremos guardándolo para ella -dijo Genny con toda tranquilidad-. Creo que este rubí es el más grande que vi en la vida. ¿Sabes de dónde lo sacaste?

-No tengo ni la menor idea. -Bueno, en ese caso. ¿Qué me dices de esta tiara de perlas? Me gusta la tonalidad rosada. ¿Qué piensas?

Alec aprobó. Esa tarde fueron a la casa de los Drummond en la ciudad. Genny llevaba un vestido de seda en rosa pálido, con unas pronunciadas ondas en el ruedo, que armonizaban con un collar de perlas y aros del mismo material. Tanto los guantes como el calzado también eran en una tonalidad rosa pastel. Genny estaba hermosa y Alec se lo dijo: -¿y ahora te gusta tener a alguien que te ayude a vestirte?

Genny rió. -Finalmente, la señora Britts me dijo que ella se encargaría. No me dejó decir nada al respecto.

-Contratarás una criada para ti. La señora Britts tiene demasiadas responsabilidades para preocuparse por ti, además de la casa.

-Quizá después que solucionemos todo en Carrick Grange. Alec intentó protestar, pero decidió que no le importaba en absoluto ser "la criada" de su esposa en Carrick Grange. A Genny le cayeron muy bien el conde y la condesa de Ravensworth. La hicieron sentir muy cómoda de inmediato, no como una intrusa o una extranjera. Genny sonrió por las bromas de Arielle Drummond, una encantadora joven con el cabello colora- do más hermoso que jamás hubiera visto en su vida. Abundante y rizado, rebelde, ese cabello enmarcaba un rostro muy peculiar, que denotaba una gran personalidad, pero mucha dulzura, a la vez.

Durante la cena, Alec escuchó detalles de su vida anterior al accidente. El nombre Knight Winthrop surgió en la conversación. Alec vio su imagen tan claramente que rió ante su plato de sopa en juliana. -Tiene ojos dorados, ¿no? ¿Ojos de zorro? ¿Es alto y atlético? ¿ Y es tan cómico que a uno le hace doler el estómago de tanta risa?

-Así es Knight -dijo Arielle-. Cinco años atrás, fue el soltero más reconocido de Londres. El mismo se había proclamado así, de la misma manera que sostenía a viva voz que seguiría al pie de la letra la filosofía de su padre.

-¿Y cuál era la filosofía de su padre? -preguntó Genny. -Quedarse soltero hasta los cuarenta y después casarse con una muchachita de dieciocho, tan maleable como una oveja y fértil como la tierra. Y una vez que su hijo naciera, lo dejaría criarse lejos de las opiniones,

fallas y defectos de su padre. En cuanto a lo que a filosofías respecta, no era más absurda que muchas otras. -'Arielle meneó la cabeza y rió.- Pobre Knight.

Genny se interesó aun más, al ver el vivaz humor en los ojos de Arielle. -Cuéntanos qué pasó.

-Knight se casó. ¡Tiene siete hijos! -Una vez que Arielle terminó la frase, soltó una profunda carcajada.- Es una historia maravillosa. Se casó con la mujer más hermosa que vi en mi vida. Ella ya tenía tres hijos, que en realidad no eran de ella sino del primo de Knight. El primo fue asesinado. Qué extraño, ¿no? Bueno, se casaron y después, Lily, la esposa de Knight, tuvo dos pares de mellizos.

-¿Y este Knigth todavía sigue fiel a la filosofía de su padre? -preguntó Genny.

-Por Dios, no -dijo Burke con una sonrisa-. El querido. Knight se ha puesto tan devoto de su familia, que te dan náuseas.

-Es cierto -agregó Arielle-. Jamás lo ves sin la compañía de al menos tres de sus hijos aferrándose de sus manos, piernas y orejas.

Burke sonrió a su esposa. -Knight es un hombre muy feliz.

-Y Lily es tan hermosa que los hombres se paran para mirarla. Aun cuando va con los siete a cuestas. Es de lo más divertido ver a Knight haciéndose el desinteresado, el tolerante, cuando esos pobres tontos se quedan alelados con su esposa.

-¿y tú la miras, Burke? -preguntó Alec, arqueando la ceja. -Cada tanto. Sólo para hacer enfadar a mi esposa un rato. -Vaya presuntuoso -le regañó Arielle en tono de broma.

La velada siguió adelante con el mismo toque humorístico.

Recién cuando Burke mencionó a Lannie, su ex cuñada, Alec tuvo otra visión de alguien de su pasado. Lannie. Alec vio a la tal Lannie muy nítidamente en su memoria. Y ella estaba charlando, con su mano pequeña apoyada en la manga de él. Olvidó el pato salvaje que tenía pinchado en el tenedor y la describió a la perfección.

Genny sonrió. -Cada día recuerda más cosas. Creo que cuando vayamos a Carrick Grange, todo le vendrá a la memoria.

-Entonces, ¿no te quedarás mucho tiempo en Londres? -preguntó Burke.

-No -dijo Alec-. Han habido problemas en Grange. Me comentaron que la casa se incendió y que asesinaron a mi mayordomo.

-¡Por Dios! -¡Qué terrible! -comentó Arielle-. Grange es una casa inmensa, de más de doscientos años. Había muchos muebles finos allí. Espero que se hayan podido rescatar algunos. Quizás al ver la casa de tu infancia, recuperes la memoria, Alec.

-Yo creo que necesito otro golpe en la cabeza. Mi esposa ocasionalmente se ofrece para dármelo.

-Cuéntennos cómo se conocieron -dijo Arielle. -No puedo -dijo Alec.

Genny les contó, en una versión abreviada y sin dudas, sin mencionar lo del burdel ni lo de sus pantalones. Alec no dio señales de recordar ningún detalle. Le daba pena que rememorase la ex cuñada de Burke y no a su propia esposa.

-Estás aumentando de peso -le dijo Arielle sin preámbulos, una vez que Alec y Burke se retiraron a beber brandy y fumar sus cigarros.

. -Sí. Pero ya no me siento mal, aunque el viaje a Inglaterra es algo que prefiero olvidar. Tenía ganas de matar a Alec por lo que había hecho, pero a la vez, todo me daba vueltas. -¡Sí, es cierto! Y los hombres sólo nos sonríen con ese odioso aire de superioridad que tienen y nos palmean el vientre. Burke lo hacía.

-A Alec le encanta dormirse con las manos en mi abdomen. Dice que lo hace sentir una especie de dios.

-Habrá sido muy difícil para ti, ¿verdad? Para sorpresa y desazón de Genny, las palabras de Arielle le provocaron llanto. Pero tragó saliva y apartó la mirada.

-No puedo imaginarme cómo se siente una mujer estando casada con un hombre que no puede recordarte, pero debe de ser terrible. Pero quiero que sepas esto. Alec es un buen hombre. La muerte de Nesta lo afectó muchísimo. No la ama- bao Me refiero a que no sentía por ella lo que un hombre debe sentir por una mujer. Pero sí la quería mucho y se sintió culpable por su muerte. Al principio, no quería a Hallie, porque la veía como la causante de la muerte de Nesta. Cuando Burke y yo llegamos, después de la muerte de Nesta, le ofrecimos llevárnosla con nosotros. Entonces se dio cuenta de lo que es- taba haciendo. La tuvo con él y la crió de una manera muy especial. Claro que' no importa, por lo mucho que ama a esa niña. Ahora Hallie te tiene a ti y tú pareces ser una mujer muy sensata. ¿Te llevas bien con tu flamante hijastra?

-Muy bien. Creo que si Hallie no me hubiese querido, su padre nunca me habría tenido en cuenta como posible esposa. En realidad, no es que la niña lo maneje, pero tienen una gran compatibilidad entre sí. Ahora, Hallie también me ha metido a mí en el bolsillo.

-Me alegro de que no esté celosa de ti. -Oh, no. Incluso nos pidió un hermanito o hermanita antes de que nos casáramos. Creo que me veía como a un medio para llegar a sus fines.

-Más precisamente, te veía como la mujer capaz de hacer feliz a su padre.

Genny arqueó una ceja ante aquella observación y luego comentó esperanzada. -Ojalá fuera tan hermosa como esa Lilly de quien hablaste. ¿De verdad es tan bella como mujer como Alec lo es como hombre?

-Casi, diría yo. Los dos juntos harían callar a cualquiera. Para el progreso de la civilización, es mucho más positivo que no estén juntos. Pero sabes, Genny, Alec es obviamente indiferente a sus cualidades físicas como Lilly lo es a su increíble belleza. También es un hombre de gran determinación, obstinado como una mula y leal como el más noble.

-También deberías agregar que tiene nociones muy fuertes respecto del papel que debe desempeñar una mujer en ciertos aspectos.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué papel? -Mi padre era un maestro en la construcción naval. Yo me crié para diseñar y construir barcos. Aprendí que los hombres no tolerarían que una mujer supiera las mismas cosas que ellos. No lo comprendo, pero es cierto. Si Alec no hubiera aparecido, en este momento sería la propietaria de un astillero en bancarrota, sólo porque un caballero que se precie de sí no haría negocios conmigo, una mujer. . -¿Alec tampoco lo aprobaba?

-¡Por Dios, no! ¡Tuvimos rencillas de todos los colores por eso! Después tuvo ese accidente y yo enterré mis opiniones. Él me necesitaba. Todavía me necesita. No puede existir nadie más importante que Alec.

- y a veo -dijo Arielle y lo hizo con toda sinceridad. Aquella muy vulnerable jovencita estaba perdidamente enamorada de Alec Carrick. Arielle, además, tenía la sospecha que era una mujer de gran determinación, al igual que su esposo. E igualmente obstinada-. Por otra parte, llevas un hijo suyo en tu vientre. También eres la madrastra de su hija. En pocas palabras, estás haciendo todo lo que una mujer debe hacer como esposa. ¿Ese es el secreto?

-Sí, lo es. -Sabes, mi hermana Nesta habría sido capaz de matar por Alec. Desde que recuerdo, jamás la vi discutir con él. Alec, a su vez, siempre fue muy suave y tolerante con ella, pero siempre conservó su postura de amo, de quien está a cargo, controlando la situación. Era el protector. No puedo recordar ninguna pelea entre ellos, pero claro que no pasé mucho tiempo en su compañía, en el tiempo que estuvieron casados. Es posible que se haya convertido en un tirano doméstico. -Arielle se encogió de hombros y sonrió.- Yo no sería tan categórica respecto de su carácter. Pero mi hermana me escribió varias veces mientras estuvimos separadas. Ella lo amaba hasta la locura y más también. Ante sus ojos, Alec jamás

se equivocaba. Era capaz de arrojarse al piso y dejarlo limpiarse los zapatos sobre ella, como un felpudo.

-Eso podría convertir a un santo en un tirano y el buen Dios bien sabe que Alec nunca fue un santo. No creo que me haya con- vertido en un felpudo, tampoco -sonrió, pensando en la riña que habían tenido la noche anterior- pero sé que podría suceder si yo no tuviera cuidado.

-Las cosas darán un vuelco una vez que Alec recupere la memoria. Pero volvamos a Nesta. No me malinterpretes, Genny. Alec la hizo muy feliz. Cada vez que pienso en ella, siempre re- cuerdo lo feliz que debe de haber sido durante los cinco años de convivencia con Alec.

-No creo que Alec haya pensado jamás en volver a casarse. -Genny miró a Arielle, vio el interés y la preocupación en los en- cantadores ojos de la condesa y cedió sin reservas. Le contó acerca de la horrenda experiencia que había tenido con esa mujer llamada Eileen Blanchard.-... y eso fue lo que dijo Eileen

Blanchard. Que Alec nunca quiso volver a casarse.

-¡Qué desagradable para ti! Esta mujer me suena a querida desilusionada...

-o amante. Creo que es el dinero lo que marca la diferencia.

Arielle la miró y soltó una carcajada. -Le preguntaré a Burke. Seguro que él debe de saber. Bueno, sigamos. Alec es un hombre encantador. A las mujeres les encanta estar con él. Si no te importa que te lo diga, tú, Genny, no me pareces ser como la maleable esposa/oveja de Knight.

-No, claro que no, pero como ya te he dicho, Alec no se da cuenta. Cree que soy dulce, generosa, sumisa y... ¡Demonios! Eso es precisamente lo que le demostré desde aquel maldito accidente: ¡No es justo!

-¿Qué no es justo?

Alec le sonreía desde la puerta del recibidor.

Ella dijo sin titubeos. -Que ustedes, los caballeros, acostumbran a quedarse aislados, bebiendo un carísimo brandy, sin duda para intercambiarse chismes.

-Cuando lleguemos a casa, compartiré algunos de ellos contigo. Quizás hasta te haga achispar un poco, para ablandarte.

Como si realmente tuviera necesidad de echar mano a eso, pensó Genny. Con sólo mirar la, se ponía tan tierna y dulce como la miel.

Una hora después, bebieron un poco de brandy. Genny es- taba sentada en la falda de su esposo, frente a la chimenea de la habitación. Él le acariciaba suavemente el vientre, como era su costumbre. -Todavía estás demasiado delgada -le dijo.

-¡]a! Empiezo a pensar que preferirías mujeres gordas como barriles.

-No -dijo él, pensativo-. No creo que sea cierto. Bésame, Genny. He echado mucho de menos hacer el amor contigo.

-Pero la última vez fue esta mañana. -¿Hace tanto ya? Eres cruel, mujer, al negarme este placer. -Nunca te lo niego. -Pensó en Nesta en ese momento y se preguntó si ella habría pensado lo mismo. Genny abrió las piernas a los costados de su cuerpo para que Alec pudiera penetrar en ella. Estaba profundamente en su interior y la miraba a los ojos, mientras, con los dedos, le hacía conocer un goce casi inédito. Y luego fue ella quien lo miró, mientras Alec gemía y estallaba de pasión.

Fue una delicia. Alec tenía el miembro muy dentro de ella y ella, se recostaba cómodamente sobre su hombro. No quería moverse de allí. No se sorprendió cuando Alec

volvió a llenarla con sus semillas, con el sexo duro y latente. Ella le tomó el rostro entre sus manos y lo besó mientras él la subía y bajaba para disfrutarla mejor. De pronto, fue demasiado y Genny gimió en el interior de su boca. Aquella entrega, total y absoluta, lo llevó al borde del abismo. Pero se la llevó consigo, como era su costumbre, por- que el amor se hacía de a dos.

Se había quedado dormida aun cuando Alec seguía dentro de ella.

Al día siguiente, el conde y la condesa de Ravensworth trajeron a sus dos pequeños hijos para que vieran a su prima Hallie. Y Genny observó a su hijastra asumiendo el papel de madre dulce, aunque muy bien desenvuelta. Cuando Arielle preguntó si Hallie podía quedarse con ella mientras Alec y Genny viajaban a Carrick Grange, Alec de inmediato se dirigió a su hija. -¿Te gustaría, Hallie? Podrías enseñar a tu tía a criar a sus hijos como corresponde.

Hallie miró a su padre durante un largo rato y luego le brindó una bellísima sonrisa. Genny se quedó sin respiración. No se había dado cuenta de que la niña hacía mucho tiempo que no sonreía. De pronto se había convertido en una pequeña otra vez. -Creo que sí, papá, si tío Burke y tía Arielle están de acuerdo.

-Nos encantará tenerte con nosotros -dijo Burke. -Bueno -dijo Hallie. Miró a Genny-. ¿Estarás bien sin mí? -Claro que sí, aunque te echaré mucho de menos.

A última hora de esa tarde, Genny encontró a Alec en la biblioteca, revisando unos papeles en su escritorio.

-¿Qué estás haciendo?

Alec se frotó la mandíbula, distraído. -Son más cuentas del último viaje del *Bailarina Nocturna.*

-¿No soy yo quien debería hacer eso?

Alec la miró como si hubiera sido su salvadora. -No te importará, ¿verdad?

-No, por supuesto que no. Pero no quiero ser un inútil apéndice de tu persona, Alec.

Él arrojó la lapicera sobre el escritorio, se echó hacia atrás y le sonrió. -Un apéndice, ¿eh? Me parece absurdo. Eres mi esposa, Genny. Estás engendrando un hijo mío. Si esto te da placer, por lo que más quieras, hazlo.

Mientras Genny calculaba el total de una de las columnas de cifras, se preguntó si Alec le habría asignado esa tarea en caso de que recordase todo. No se lo imaginaba así. No al Alec que había llegado a Baltimore, en octubre.

Los Carrick no se fueron de Londres sino hasta después de Navidad. El siete de enero, el carruaje cruzó por robustas puertas de hierro y tomó un largo sendero delimitado por árboles, que conducía a Carrick Grange. Un hombre mayor y sin dientes los saludó con la mano, gesto que Alec respondió bajándose el sombrero. Supuso que era el portero. Se quedó esperando a que su memoria reapareciera, completamente, para convertirlo nuevamente en un hombre entero. De inmediato recordó ciertas cosas, como por ejemplo, el roble con su tronco increíblemente grueso que es- taba a un costado del camino. Alec sabía que sus iniciales estaban grabadas en él. Cuando Grange se hizo visible, Alec inspiró pro- fundamente. Parecía una extraña combinación de castillo medieval y mansión isabelina, con sus tres destruidos pisos, dos torrecillas circulares en cada extremo, numerosos sombreretes de chimenea, ventanas con parteluces y enormes pórticos tallados en la entrada. Gran parte de los rojizos

ladrillos se encontraba ennegrecida por el fuego, aunque sólo el ala este de la casa parecía estar severamente dañada. Su hogar, pensó Aleé. La casa donde había pasado su infancia. Las imágenes lo bombardeaban. Eran muy fugaces y nítidas; sólo duraban décimas de segundo en su mente. Se veía a sí mismo mirando a una mujer muy hermosa, que parecía tener cabellos de oro y supo que era su madre. Él era muy pequeño y escondía algo detrás de su espalda, algo que no quería que ella viera. Desgraciadamente, no podía recordar de qué se trataba. Y después vio a un hombre, alto y magnífico, riéndose y hablándole. Otra vez él era pequeño, un niño. Después, de repente, el hombre desapareció y él se quedó a solas con su madre y ella estaba llorando. -Oh, Dios -murmuró Alec. Meneó la cabeza.

Sentía el dolor que le producían estas imágenes. Un dolor que no había experimentado en décadas.

-Alec, ¿estás bien? Al hablarle, Genny lo trajo al presente. Le había puesto la mano sobre la manga de su chaqueta y la jalaba intensamente. Alec no quería recordar más. Le dolía demasiado. El corazón le latía a toda velocidad y su respiración se había tornado muy irregular.

Un hombre mayor estaba parado en las escaleras de la entrada, mirándolo. ¿Quién rayos era?

-¡Milord! ¡Gracias al cielo que está aquí! Debía de ser Smythe, el mayordomo de los Carrick, desde la infancia de Alec. Su abogado le había hablado de Smythe y de la señora MacGraff, su ama de llaves.

Unas sensaciones muy crudas y salvajes lo asolaron, no eran recuerdos, cuando atravesó los importantes pórticos de la entra- da. El inmenso vestíbulo desde el cual se accedía a los dos pisos superiores, estaba gris por el humo, pero no denotaba daños mayores. Alec experimentaba emociones muy fuertes, intensas, algunas de ellas felices; otras, tan trágicas que los ojos se le llenaban de lágrimas. Y sabía que esos sentimientos le pertenecían, pero en un pasado bastante lejano. Había conseguido encontrar ciertos re- cuerdos, pero a su vez, estos sentimientos del pasado, pertenecientes a aquellos recuerdos, lo habían encontrado a él. Comenzó a insultar, fluidamente, en voz alta, para liberarse de ellos. Genny lo miró. Smythe lo miró.

La señora MacGraff dijo: -¡Milord! Pero, ¿qué sucede? Genny intercedió rápidamente: -Su Alteza ha estado enfermo. Se mejorará ahora que está en su casa.

-¿Están solos? -preguntó Smythe mientras los acompañaba al primer piso.

-¿Es eso un problema? -preguntó Alec. -Los hombres que mataron a su administrador, milord, aún están sueltos. Podrían ser muy peligrosos.

-Usted todavía está viviendo aquí, Smythe. ¿Cuántos sirvientes más quedan?

Smythe habló de los criados, del daño que había sufrido Grange y de las maquinaciones del magistrado local, sir Edward Mortimer. Abrió las puertas de la suite del amo. .

-Oh, Dios -exclamó Genny, observando el apartamento que le pareció imposible de tan grande. Se trataba de un recinto inmenso, diseñado y amoblado para un rey. Los cortinados estaban confeccionados en un pesado brocado dorado; las sillas y sofás eran robustos y pesados. Las más lujosas alfombras Aubusson contrastaban con los pisos de madera lustrados. La chimenea era de ladrillos daneses y en ella ardía un acogedor fuego. Genny avanzó hacia él para calentarse las manos. Miró a Alec de reojo. Estaba de pie, en el centro de la habitación, inmóvil, como si estuviera esperando algo. Se lo veía tenso y muy cansado.

Afortunadamente para Alec, no hubo emociones ni sentimientos que lo hostigaran. Siguió parado allí, rígido, pero nada surgió en su mente.

-Gracias al buen Señor -dijo él. Era casi medianoche cuando Genny y Alec se acomodaron en un gran sillón mullido, ante el fuego. Genny estaba sentada sobre la falda de su esposo.

-Gracias a Dios, la mayoría de los daños se limitan al ala este. Allí era donde vivía mi administrador, Arnold Cruisk. Quien haya sido su asesino, lo quería bien muerto. Yo ya he hablado con algunos criados. No creen que el o los asesinos hayan sido los autores del incendio. Piensan que más bien fue un accidente. Sostienen que todos los que viven aquí aman demasiado a Grange como para dañarla. -Alec suspiró. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

-Estás seguro en esta habitación, ¿no? Esa pregunta lo trajo a la realidad de inmediato y abrió los ojos. -¿Lo sabes?

-Sí. Los recuerdos te hieren terriblemente, pero aquí te han dejado en paz.

Miró a su esposa. Era aterrador descubrir lo bien que lo conocía, al punto de ser capaz de discernir qué le estaba sucediendo. Genny se había desenvuelto muy bien con Smythe, la señora MacGraff y la otra media docena de sirvientes que aún residía allí. Aparentemente, no les había importado que ella fuera norte- americana. No se dio cuenta de que era la evidente preocupación de Genny por él la que lograba que todos los sirvientes estuvieran bien dispuestos a ejecutar todo lo que ella les pidiera.

-Eres bastante inteligente, ¿no? -Más de lo que crees, milord. -Ella le mimó el cuello.- Dime si estoy equivocada. Has visto ciertas imágenes, pero la diferencia reside en que estás sintiendo con cada una de ellas, las mismas emociones que experimentaste en el pasado, cuando te sucedieron. Debe de ser horrible para ti. El dolor debe padecerse cuando corresponde, no fuera de contexto, como si fuera un constante bombardeo. Creo que a mí no me agradaría en lo más mínimo.

-Tienes toda la razón del mundo. Es perturbador. -Oh, Alec, ¡eres el maestro de la modestia! Creo que eres el hombre más maravilloso del mundo. Y yo te amo muchísimo.

No bien terminó la declaración, Genny se tapó la boca con la mano. Pero las palabras ya se habían pronunciado y no podía retractarse de ellas. Lo miró fijamente, aterrada, con el corazón palpitante.

Alec le sonrió. Luego la apartó apenas de sí, le tomó el rostro entre las manos y la besó. Tenía un aliento muy cálido, con sabor al vino rosado que había bebido en la cena. Le tocó los labios con la punta de la lengua y Genny abrió la boca de inmediato. Le entregó sus labios, su cuerpo, todo su ser. El fuego se encendía en ella cada vez que Alec la rozaba con la lengua, pero se concentraba principal- mente entre sus piernas, tornándola ardiente, anhelante.

-Alec -le susurró dentro de la boca. -¿Nunca antes me habías dicho que me amabas? -No. No me di cuenta. Y después tuve miedo de decírtelo. Le acariciaba los senos mientras succionaba delicadamente las comisuras de sus labios. -¿Cómo puede ser que tengas miedo de confesarme algo así? Eres mi esposa.

-Porque tú no me amas. Nunca me amaste. Creo que para ti fui algo así como una excentricidad, una mujer con mal gusto, sin estilo, que te necesitaba a ti para que le hicieras las compras.

-No me dijiste eso antes -dijo él, sin prestar atención al intento de su esposa por poner una nota de buen humor-. ¿Tenías miedo de decirme que me amabas? Vaya, eso sí que me llena de sentimientos maravillosos, lady de Sherard. Un hombre quiere ser amado, quiere que su mujer se entregue a él por completo.

Genny pensó que ella había hecho exactamente eso. -¿Sabes algo más, Genny Carrick? No eres ninguna excentricidad. Más bien, una dama muy dulce, muy cariñosa y muy embarazada. Me fascinas. ¿Sabes qué quiero hacerte en este preciso instante?

El corazón de Genny latía a toda velocidad. -Ah, ¿estás pensando qué quieres hacerme?

Ella asintió y miró su boca. No encontraba palabras para decirle. Ni sentimientos para describirle.

-Quiero besar tu vientre, Genny... Después quiero acariciarte con la boca entre tus magníficas piernas. Quiero que me tires del cabello, te aferres a mis hombros y arquees la espalda cuando te haga gritar en el momento del climax.

Genny estaba temblando y Alec lo sabía. Y ella también era consciente de que él lo sabía. Le brindó una bella sonrisa. -y yo quiero besar tu abdomen, Alec, tomarte en mi boca y abrazarte 1 cuando gimas de placer.

-Muy buena mujer -dijo él, obviamente complacido, asombrado y excitado al mismo tiempo-. Te proclamo victoriosa. O mejor dicho, ambos somos los ganadores, ¿verdad?

Genny estuvo completamente de acuerdo. Se tomaron mutuamente y el placer brindado rivalizó con el recibido. Genny le repitió que lo amaba, mientras su cuerpo se convulsionaba de placer. Y una vez más, él le sonrió y la besó.

Alec no la amaba, pensó ella, cuando estuvo a punto de dormirse. ¿Cómo podía? Si no recordaba quién era ella.

Pero estaba recordando tanto últimamente, que pronto recuperaría la memoria en su totalidad. Genny lo sabía.

23

La memoria de Alec volvió repentinamente, en una décima de segundo, aunque ninguno de los dos había soñado con que Genny fuera el catalizador.

Genny estaba muy entusiasmada, revisando viejos papeles y libros contables en la oficina de Arnold Cruisk, ubicada en el ala este. Había estudiado pilas y pilas de hojas chamuscadas por el fuego, relativas a los gastos de la casa, durante un período de cinco años, pero no había encontrado nada que creyera importante, nada que le proveyera alguna pista que determinara por qué alguien querría asesinar al administrador. Como todo allí estaba muy sucio, decidió vestirse con ropa de hombre, tal como lo había hecho antes en su astillero de Baltimore.

Acababa de dar instrucciones a Giles, uno de los criados de los Carrick y estaba parada en puntillas, tratando de alcanzar una carpeta, que estaba precariamente apoyada sobre uno de los quemados estantes superiores. Entonces, escuchó a alguien que venía. Se volvió y sonrió a Alec, que entraba a la sala.

Le dio las buenas tardes y estuvo por preguntarle cómo le había ido en su reunión con sir Edward Mortimer, cuando Giles le formuló una pregunta. Después que ella le contestó, miró a Alec y advirtió que su esposo tenía la vista clavada en ella. Genny inclinó la cabeza hacia un lado, sin comprender la situación y se sacudió el polvo de las manos en sus pantalones. Sonrió: -¿Sí, barón?

Alec ni se movió. Dudaba de poder hacerlo, aunque quisiera. Pero no fue así. Sentimientos, imágenes y más recuerdos de los que Alec imaginaba que una persona pudiera tener, nadaban en su cerebro, locamente, sumergiéndolo en un caos, en un pandemonio mental. Entonces, con idéntica espontaneidad, todo se clarificó. Vio a Genny por primera vez, vestida con ropa de hombre, de pie en la cubierta del *Pegaso.* Recordó lo que sintió el primer momento que la vio. Ella le había dado órdenes a uno de los tripulantes, de la misma manera que ahora se las daba a Giles. Dios misericordioso, pensó Alec, ahora volvía a ser un hombre entero.

-¿Alec? ¿Estás bien? -Creo que sí -respondió, pero siguió inmóvil. En varias ocasiones había pensado que su cabeza le estallaría por recibir tanta información junta el día que recuperase la memoria. Pero no fue así. Ahora todo estaba en su lugar. Genny también ocupaba el suyo.

En cuanto a ella, Alec supo que algo había cambiado. Rápidamente, Genny dijo a Giles: -Eso es todo, por el momento. Gracias por su ayuda.

Alec observó al criado mientras se marchaba. Recordó a Giles, por supuesto. Lo había contratado unos cinco años atrás, justo antes de que Nesta diera a luz y falleciera. Miró a su esposa. A su increíble esposa norteamericana, que había sido capaz de ad- ministrar un astillero. Le dijo con mucha amabilidad y precisión: -¿Puedo preguntarte qué rayos estás haciendo, imitando a un hombre otra vez?

Su voz fría y distante la dejó asombrada. No era ese el mismo hombre que esa misma mañana la había despertado acariciándola entre las piernas, succionándole un pezón y diciéndole lo dulce, suave y hechicera que era. Se trataba de otro Alec. Con asombro, se dio cuenta de que era el Alec con quien se había casado. No prestó atención a sus palabras. Carecían de importancia. Dios querido, Alec recordaba. Finalmente, recordaba.

-Puedes recordar -le gritó, temblando de excitación por 61, por ella, por los dos.

-Sí, todo, incluso la primera vez que te vi. Estabas vestida de hombre, igual que ahora. Estabas dándole órdenes a un hombre, como lo hiciste hace unos momentos con Giles.

Genny volvió a ignorar sus palabras. Estaba tan aliviada y complacida por él. Feliz, delirantemente feliz. Corrió hacia él y Alec la estrechó con fuerzas contra su pecho. -Alec, oh, Alec, has vuelto a mí y a ti también. ¡Es maravilloso! ¡Oh, querido, debes de sentirte tan fuerte que podrías domesticar dragones!

Ella le besó el mentón, la boca, la mandíbula, charlando todo el tiempo como una cotorra.

Alec sonrió. Por fin, sonrió. -Terminó -le dijo él, mirándola a los ojos-. Qué extraño fue que el verte en esa actitud me trajera todo de nuevo a la memoria. Tú con tu ropa de hombre. Como te dije, así te vi por primera vez. Quizá la postura de la cabeza mientras hablabas con Giles. Pero la ropa ayudó, decididamente.

-Entonces tendremos que enmarcarla y colgarla en un sitio de honor.

Alec no supo qué decir a esa expresión. Sentía que el pasado y el presente se fundían ahora, como debió haber sido siempre. Se dio cuenta de lo diferente que había sido antes y después de ese accidente. Se sorprendió. No, fue Genny quien había cambiado, no él. Ahora ella volvería a los viejos días, a sus antiguos modales. Se sintió confundido. Mientras que todo le había resultado simple y claro cinco minutos atrás, ahora parecía un verdadero caos. Apartó a Genny de él.

-¿Alec? -La sonrisa apenas se le desdibujó. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.- ¿Estás bien? ¿Te duele la cabeza?

Suave, generosa, dulce y sumisa con él... Así se había mostrado Genny desde el accidente. Se había entregado a él, con tanta dulzura, a todos sus antojos, a todos sus deseos. Y ahora se daba cuenta de que, en ocasiones, le había llamado la atención esa actitud y le había preguntado el por qué de esa mandíbula tan obstinada. El Alec con la mente en blanco, probablemente se hubiera echado a reír, simplemente, al verla revisar papeles, vestida de varón. El viejo Alec, el hombre con el que ella se había casado, el que acababa de recuperar la memoria, el que no dejaba dudas respecto de lo que opinaba de las mujeres que imitaban a los hombres, había sido expertamente manipulado por alguien muy sagaz. Él, Alec Carrick, se sentía traicionado. Él, que siempre había sentido desdén por aquellos hombres que se dejaban engañar por una mujer.

La miró, masajeándose la mandíbula. -La dificultad de llevar pantalones de hombre, Genny -le dijo finalmente- es que debo quitártelos completamente para tomarte. Esa es la razón por la que las mujeres deben usar faldas, mi querida. Así, los hombres podemos levantarlas y disfrutar de una mujer cuando se nos place.

Genny dio un paso atrás. Estaba tan sorprendida y dolorida que se puso pálida. Pero su voz permaneció serena. -Tengo pues- tos pantalones simplemente porque todo está muy sucio aquí. Mis vestidos viejos ya me quedan demasiado chicos y no quiero arruinar los nuevos que tú me has comprado.

-Si mal no recuerdo, siempre tuviste muy buenas razones para justificar tu papel masculino, interpretando un rol de alguien que jamás podrías ser. ¿Siempre has envidiado a los hombres?

Genny se quedó mirándolo fijamente, furiosa ante tan indiferente crueldad. Trató de controlarse. -No, nunca los he envidia- do. Sin embargo, no me caen muy bien cuando miran con desdén a las mujeres que saben las mismas cosas que ellos.

-Pero, Genny, tú no habrías sabido ni el más mínimo detalle de diseño y construcción naval si tu padre no te hubiera trata- do como a un varón y te hubiera enseñado todas esas cosas.

-Un hombre tampoco sabría nada sobre construcciones navales si otro hombre no se lo enseñara. ¿Eso no te sugiere nada?

-Me sugiere que tú no has tenido una madre que te enseñara a ser mujer. Entonces, puedes imitar a los hombres, pero no eres capaz de elegir tu propia ropa de mujer. Eso me sugiere.

Genny lo abofeteó sin compasión y la cabeza de Alec se volteó hacia un costado. Murmuró algo entre dientes apretados. La tomó de los brazos, la zamarreó y luego la soltó. -Quítate ya esa maldita ropa o te la arrancaré. ¿Me entiendes? Nunca más quiero volver a verte imitando a los hombres.

Genny salió corriendo de la sala sin mirar atrás, sin decir ni una sola palabra más. Tuvo miedo de lo que podría haber llegado a decir o hacer de haber permanecido un segundo más allí.

Alec se quedó con la mirada fija cuando ella se fue. Inspiró profundamente. De modo que ella lo había manipulado con toda elegancia, pensó nuevamente. Tan prolijamente. Y él había estado muy dispuesto a darle cualquier cosa, a complacer cualquier objetivo absurdo que ella persiguiera. Le había permitido hacerse cargo de la contabilidad del *Bailarina Nocturna.* Todo porque la había amado, porque había pensado que eso le agradaría. No. Era el Alec desmemoriado el que se había enamorado de ella. No el viejo Alec. El viejo Alec había mantenido a las mujeres en su lugar, las había usado, las había disfrutado cuando se le dio la gana, pero jamás les había permitido formar parte de él. Una parte muy íntima de él. El viejo Alec se había acostado varias veces con Eileen Blanchard.

El viejo Alec le había jugado la broma de que podría obsequiarle un harén como regalo de cumpleaños.

Alec suspiró. Había querido mucho a Genny, lo suficiente como para casarse con ella. Y ahora había sido injusto. La vio con esa maldita ropa de hombre, recuperó la memoria y perdió la cabeza. El buen Señor sabía que él debía de estar buscando una botella de champaña para festejar. Otra vez era un hombre entero. También estaba casado con una mujer que había logrado convertirle de un asno de poco carácter, capaz de aceptar y alentarla a hacer cualquier cosa que ella quisiera. No era para tolerar.

Actuaba como un hombre y estaba embarazada de él. Alec quería gritar basta a todo eso. Por Dios, era él mismo otra vez. No había ni un solo blanco en su mente. Veía a Burke y Arielle Drummond, del mismo modo que veía a Knight Winthrop, pontificando de la manera más cínica y divertida la filosofía de su padre. Knight ahora estaba casado, tenía siete hijos. Y él, Alec, estaba atado a una mujer cuyas motivaciones lo llenaban de incertidumbre, una mujer tan apetecible que le provocaba lujuria en todo momento, algo que él antes siempre había detestado.

Era un hombre entero otra vez. A pesar de todo lo demás, Alec era lo que había sido. Veía a Hallie, la reconocía y deseó con todo su corazón que la pequeña estuviera allí para poder estrecharla entre sus brazos, fuertemente y decirle lo mucho que la amaba. Vio nuevamente al niño, a sí mismo veinte años atrás, observando a su madre llorar desesperadamente ante su padre muerto. Pero ya no sentía ese dolor tan patético... La

memoria le traía el recuerdo y él era consciente de la pérdida, pero el dolor se había desteñido en el pasado, años y años del pasado, al cual pertenecía.

Genny estaba mirándolo maravillada, con confianza y dulzura. Era su noche de bodas y él le había hecho el amor hasta que ambos se quedaron temblando. Alec la había abrazado, le había acariciado el cabello, hasta que se quedaron dormidos, uno en brazos del otro. Y más tarde, esa misma noche, Alec la despertó para volver a hacer le el amor y los gritos de placer de Genny llenaron la alcoba y el corazón de su esposo.

Alec echó un vistazo a la desolada oficina, ennegrecida por el fuego y se preguntó qué habría estado haciendo Genny real- mente allí. Vio pilas de papeles chamuscados sobre lo que quedaba del escritorio de su ex administrador y dudó, cínicamente, si Genny no habría estado tratando de calcular el valor de Carrick Grange.

Genny, cuidadosamente, se puso otro conjunto de ropa masculina que poseía. Dio un paso atrás y analizó su figura de cuerpo entero en el espejo. Aún se veía bastante delgada con su chaleco de cuero, que disimulaba bien su cintura engrosada. Mientras se miraba en el espejo, alzó el mentón.

Alec no tenía por qué darle órdenes. Si quería ser dictador, que se fuera al diablo. No le permitiría jugar al tirano con ella, su sumisa y obediente esclava. No toleraría ese carácter despreciable, esa absurda conclusión a la que había llegado de que ella envidiaba a los hombres y ante su incapacidad de ser uno de ellos, los imitaba. Por el amor de Dios, llevaba un hijo en sus entrañas. Aun ante la más pobre de las inteligencias, esa debía ser una señal segura de que Genny era una verdadera mujer.

¿Qué lo habría irritado tanto? Genny lo había hecho recordar con esa tonta ropa. Alec debería sentirse agradecido hacia ella. Pero no, se había convertido en un hombre al que ni siquiera el viejo Alec se parecía. Esa actitud la sorprendió, le hizo daño y borró todo intento por comprenderla.

Genny miró el vestido que la señora MacGraff había extendido sobre la cama para ella. Se trataba de uno de los nuevos, que Alec le había comprado recientemente. Era en un color lavanda pálido y presentaba un corte debajo del busto, sobre el que pasaba una apretada faja, a partir de la cual nacía una amplísima falda. Con él, Genny representaba la imagen misma de la femineidad, digna de la protección de un hombre.

Se abofeteó las piernas cubiertas con sus pantalones. No se pondría el maldito vestido. Cuando Alec se disculpara, cuando de- jara de comportarse como un tonto arrogante, entonces sí ella se pondría el vestido que él quisiera. Pero no toleraría que la tratase como a una criatura calculadora, que lo había engañado a propósito.

Alec había actuado como si, de verdad, la creyera así. ,-" Había actuado no sólo como si la desaprobara, sino como si la despreciara también. Genny recordaba cada una de sus crueles palabras. Dudaba que algún día pudiera olvidarlas.

¿Honestamente había pensado que ella caería a sus pies y le permitiría que la pisoteara? Durante su enfermedad, Alec se había mostrado tierno, sumiso y cariñoso con ella. Genny había sentido que Alec necesitaba de todo su apoyo, de toda su comprensión, de todo su amor y aceptación absoluta. Si ella mantenía esa postura ahora, sabía perfectamente que él se convertiría en un tirano. Simplemente, no era un rasgo de su personalidad comportarse como una mujercita insignificante, caprichosa y dependiente de su marido para todo lo que necesitase. No podía hacerlo. Por ningún hombre.

Genny irguió sus hombros, salió de su alcoba y caminó por el largo corredor que conducía a las escaleras centrales. Sonrió asqueada al ancestro particularmente odioso, cuyo retrato de cuerpo entero estaba colgado en la pared, junto a las escaleras. Caminó con pasos gigantescos hasta la sala de recepción y se quedó quieta hasta que Alec, entonces de espaldas, al escucharla llegar se dio la Vuelta lentamente.

La miró y empezó a apretar la copa que tenía en la mano hasta que los nudillos se le vieran bien blancos.

Si Genny hubiera tenido una gorra, sin duda habría parecido un muchacho.

Estaba exactamente igual que aquel día en que Alec la había visto por primera vez a bordo del *Pegaso.* No, no era del todo cierto. Sus senos habían crecido bastante, por el embarazo. Aun a pesar de su chaqueta holgada, no podía disimular su esta- do. No parecía en absoluto un muchacho.

-Buenas noches -saludó con estridencia, a propósito, para enfurecerlo.

Alec dijo serenamente: -Regresarás a tu alcoba y te quitarás esa ropa, inmediatamente.

Genny alzó el mentón. -No. Los ojos de Alec brillaron. Apretó la mandíbula. -¿Te dije qué te haría si te veía otra vez con ropa de hombre? ¿Olvidaste mis palabras? ¿O creíste que podrías seguir manipulándome? ¿ Tratándome como un idiota sin carácter?

-¿Manipularte? ¿De qué estás hablando? -Sabes muy bien a qué me refiero. Suave y sumisa, todas mentiras, desde tus hermosos gemidos cada vez que te hice el amor. Tus días de gobernarme con guantes de seda han terminado, madame. Ahora, tú misma te quitarás esa ropa o lo haré yo por ti.

Era cierto, Genny había sido suave y sumisa, pero... -No fue mentira, Alec. Simplemente, tú me necesitabas y yo me adapté a lo que precisabas. No te manipularía. Dudo que fuera posible, aun- que jamás hubieras recuperado la memoria.

Alec resopló y el gesto casi le robó la belleza. Genny la odió. -¿Por qué, me pregunto -pensó él en voz alta- me habré casado contigo? ¿Te habré visto como un desafío, como una mujer nula a quien había que mostrarle el lugar que debía ocupar? Por alguna razón no puedo reconstruir mis motivos.

-Yo me atrevería a decir que fue porque me am... me querías.

Alec se echó a reír y se sacudió tanto que derramó el vino que le quedaba en la copa. -Según recuerdo ahora, me comporté como un caballero tonto. Según sigo recordando, sentí pena por ti, por tu situación, quise protegerte. Te quejabas tanto por las injusticias de la vida. Sí, te tuve lástima, particularmente, después de la muerte de tu padre. Estabas sola y desolada.

-¡No estaba desolada! -¿Ah, no? El astillero habría ido a la quiebra y si fueras tan inteligente como crees serlo, ya lo habrías admitido y... -¿Me habría casado con un hombre importante? -No eras tan estúpida, ¿verdad? Eras bastante realista. Te casaste con un gran hombre, importante. Un hombre que te cuida, que te regala tantos vestidos como quieres. Por supuesto que no tienes gusto para elegirte un vestido que no te haga parecer una harapienta. Pero eso no importa, porque yo sí. Digo que tengo buen gusto.

-No quería tu lástima, Alec. Ni tampoco necesitaba de tu protección. Tu conocimiento sobre la moda, sin embargo, fue algo positivo.

-Bueno, pero obtuviste tanto mi protección como mi lástima, porque yo, Genny, soy un hombre que fui criado para ser honorable.

-¿ y puedes ser honorable y cruel a la vez? Qué yuxtaposición extraña, ¿verdad?

-¿Cruel? ¿De verdad, te parece? No estoy de acuerdo. Por primera vez desde que tuve el accidente, veo las cosas con claridad. Oh, sí, para ser totalmente franco, debo acotar que también deseaba terriblemente desvirgarte. Eras una virgen bastante interesante, Eugenia, y eso me llamó la atención, aunque en ese momento lo habría negado, ante mí mismo. Pero no tenía importancia, porque toda tu pasión estaba allí, latente, a la espera de liberarse. Una bella durmiente vestida de hombre. Y yo deseaba esa pasión, Genny. Me resultaba un afrodisíaco maravilloso penetrar en ti, abrazarte con todas mis fuerzas, sentirte arquearte contra mí y gemir de placer. Me sentía todopoderoso, porque tú eras toda respuestas, Genny. Sí, probablemente esa fue la razón primaria por la que me casé contigo.

-Pero aparentemente, aún gozas haciendo el amor con- migo.

-Sí, es como un rompecabezas, ¿no? Realmente creo que es cierto. Me equivoqué al dudar de tus ansias sexuales... eras y eres bastante apasionada. Por eso me casé contigo y porque Hallie te aprobó.

-Anteriormente habías hecho el amor con varias mujeres y no te casaste con ninguna de ellas. ¿Por qué yo?

-Porque eras patética. Genny se echó para atrás como si él le hubiera asestado un golpe.

-Ahora, mi querida esposa, vete a quitar esa ropa absurda. No me sentaré a cenar con una criatura así.

-No, no. No lo haré. No acataré órdenes tuyas, Alec. Eres mi esposo, no mi carcelero.

-Yo soy todo para ti, Genny. Soy yo quien decidirá lo que mereces y necesitas en todo momento. Me obedecerás.

Genny logró controlarse apenas. -No te entiendo. Sólo estaba buscando en esa oficina cualquier pista que me llevara a esclarecer el asesinato de tu administrador. ¿Qué diferencia había en la ropa que tuviera puesta? ¿A quién le importa, por el amor de Dios? ¿Por qué te estás comportando tan terrible- mente conmigo?

-No te pedí que jugaras al detective. No es de mujer arriesgarse de esa manera. Podrías haberte hecho daño en esa sala...

Genny ya no pudo tolerar más. -¡Basta! No puedo creer que estés hablando así. Alec, soy tu esposa y quiero colaborar con- tigo porque Carrick Grange es también mi casa, ahora. El asesinato de tu administrador me afecta a mí tanto como a ti.

Alec avanzó hacia ella con pasos agigantados. Ella se quedó quieta pues él tenía una expresión tan inédita que no alcanzaba a leer. Se quedó perfectamente inmóvil. Elle tomó muy fuerte ambos hombros con sus manazas. -Escúchame, lady de Sherard. Eres mi esposa y llevas a mi hijo allí dentro. Quiero que estés segura. Es mi responsabilidad velar por tu seguridad. ¿No entiendes algo tan simple como eso? -La zamarreó suavemente.

-Eres un tonto -le dijo ella con tono inexpresivo-. Un maldito tonto. Suéltame.

-¿Te quitarás esa ropa? Miró aquella severa cara hermosa. -Vete al infierno -le dijo.

De pronto la soltó y la arrojó sobre un sofá. Caminó hacia la puerta de la sala de recepción y la cerró con llave.

-Ahora -le dijo, volviéndose. Tambaleándose, Genny se puso de pie y se refugió detrás del sofá. Esa corta distancia le sirvió para alimentar su ira. -Trata de tocarme, Alec y haré que te arrepientas.

-Me imagino que lo intentarás -respondió él sin denotar mucho interés-. Pero no importa. Una vez más, debes enfrentar los hechos: eres una mujer y tienes la mitad de las fuerzas...

-Pero más que suficiente determinación. Lo digo en serio, Alec. Basta de tonterías y quita el cerrojo a esa puerta.

Alec hizo una pausa, como si aquellas palabras lo hubieran conmovido y luego asintió con la cabeza. -Tienes razón. No es para nada una buena idea. -Actuó conforme a sus palabras y al minuto siguiente, abrió completamente la puerta. Se paró junto a ella y le hizo una reverencia burlona.

Genny no agregó nada más. Quiso contenerse para no correr, pero no pudo evitar acelerar su marcha cuando pasó a su lado. De repente, sintió que le rodeaba la cintura con el brazo y la levantaba como si hubiera sido un saco de harina. Después, como si hubiera recordado que estaba embarazada, la cargó sobre el hombro. ,

Genny lo amenazó con todos los daños físicos que se le cruzaron por la mente. Alec se reía. Cuando ella lo amenazó con llamar a los sirvientes, él se rió aun más. Si bien no dejó de estrellar- le puñetazos contra la espalda, sabía que con eso no le producía ni el más mínimo daño. Levantó la vista y vio al mayordomo, Smythe, al criado, Giles y al ama de llaves, la

señora MacGraff, que contemplaron la escena sin decir nada. A decir verdad, notó que Giles hacía todo lo posible para contener la risa. Eso la enfureció y volvió a golpear a su esposo. :¡j

-¡Basta, Alec! -Alec simplemente meneó la cabeza y aceleró el paso. Al llegar a su habitación, abrió la puerta para entrar y luego la cerró con el tacón de su bota. La arrojó sobre la cama y echó cerrojo no sólo a esa puerta sino a la de la habitación contigua también.

Genny se levantó rápidamente y se puso de pie junto al otro extremo de la cama. Lo observaba, seguía cada uno de sus movimientos, preguntándose cuáles serían sus planes. Arrancarle la ropa sería lo más probable, pensó ella y se acercó más a la pared. Miró por la ventana. No podía saltar; eran más de ocho metros de altura.

-Ni siquiera lo pienses -dijo él a sus espaldas-. Sé que por ser mujer tienes muy poco sentido común, pero estamos en diciembre y tú, embarazada. Por tu delicado estado, sólo he decidido contentarme con arrancarte la ropa. Habría preferido destrozarte, pero soy un hombre razonable y tengo mis principios. Ven aquí, Genny.

Genny levantó más el mentón todavía, aunque su cuerpo estaba tenso.

-Vete al infierno.

-Te estás poniendo muy repetitiva. Esa frase suena tan norteamericana. Ven aquí. No te lo pediré otra vez. -Bien, porque estás aburriéndome, Alec. Alec avanzó hacia ella a pasos agigantados y Genny, al darse cuenta de que estaba tan furioso como ella, salió corriendo hacia la puerta de la habitación contigua. Rogó que Alec hubiera dejado la llave en la cerradura, pero no fue así. Sintió sus manos enormes sobre los brazos, de los cuales la jaló para atraerla contra sí.

-Bien -dijo él y le arrancó la camisa desde el cuello hasta la cintura. Los botones volaron por el piso. Cogió luego el chaleco y también se lo quitó violentamente, a pesar de que Genny tenía los brazos muertos.

-Veamos qué tenemos aquí. -La giró para mirarla y ella aprovechó para asestarle un puñetazo en el estómago. Alec se quejó y su esposa vio el fuego arder en sus ojos. -Suéltame, Alec. Quita el cerrojo de esta puerta y déjame en paz. Si quieres que me vaya, lo haré. Por la mañana. Nunca más tendrás que lidiar con mi compañía. Suéltame.

Alec no dijo nada. Se movió rápidamente, sin advertirle nada. Al minuto siguiente, la camisa se había convertido en hilachas y estaba en el piso y la camiseta estaba arrancada en la parte anterior. También se la arrancó y la dejó desnuda hasta la cintura. Genny trató de calmar su agitada respiración. Sabía que la estaba mirando yeso la puso muy irritable, aunque al mismo tiempo, la hizo sentir vulnerable. Fue horrible. -¡Jamás te perdonaré por esto, Alec! ¡Maldito seas, déjame ir!

Alec se quedó callado, mirándola. Luego dijo: -Tus pechos están más grandes. -Levantó una mano para tomar uno de ellos.- y más pesados. Y extremadamente hermosos. -Ella trató de zafarse, pero él le impidió todo movimiento, pues seguía sujetándole el brazo por detrás.

-Suéltame.

-De acuerdo. -Le quitó los pantalones, las botas y las medias de lana. Cuando la tuvo totalmente desnuda, le sonrió. -Muy bonita, mi querida esposa. Realmente muy bonita. Alec tenía la mano sobre uno de sus senos y la acariciaba. Genny sintió que el deseo le aumentaba, pero lo ignoró. La levantó en sus brazos y la llevó a la cama. No la arrojó con violencia, sino que la tendió sobre ella suavemente.

Se sentó junto a ella. -Bien -le dijo, con un tono tan casual como si hubieran estado hablando del tiempo-. Hablemos, esposa. ¿Quieres dejarme? .-

-Sí. No me quedaré contigo para que me humilles y me insultes.

-¿ y qué me dices de quedarte acostada así, hermosamente desnuda ante mis ojos? ¿Aceptas eso?

Genny inhaló profundamente, levantó el puño para golpearlo pero él se lo atajó y lo sostuvo con firmeza contra la cama. -Oh, no. Ahora quiero mirar a mi hijo.

-¡Es una niña! Suavemente, le deslizó la mano por el vientre. Cerró los ojos y dejó la mano quieta. Dijo suavemente, sin moverse: -No irás a ninguna parte. Eres mi esposa y aceptarás hacer todo lo que yo te ordene.

En ese momento, el estómago de Genny hizo un ruido in- creíble.

Alec abrió los ojos. Se rió. -Te daré de comer, pero no todavía. No. Ahora quiero gozar mirándote.

Se inclinó y comenzó a besarle el vientre. Cuando se enderezó, sus ojos se habían oscurecido. Genny sabía que la deseaba. Lo notaba por su pulso.

-¡No me quieres! -le dijo ella-. ¿Cómo es posible que quieras hacerme el amor?

-Supongo que es una perversión mía. Tienes un cuerpo en- cantador, Genny. Disfrutaré viendo cómo te crece el vientre y también los senos.

-Tengo frío, Alec. -y se estremeció. Alec se desvistió rápidamente y arrojó todas sus prendas al piso, hecho inusual en él, pues tenía el hábito de ordenar prolija- mente todas sus pertenencias. Se metió bajo las mantas y trajo a Genny consigo. Le besó la frente y con el tono de voz más suave que tenía, le dijo: -Ahora, señorita Eugenia, penetraré en ti. ¿Te gusta eso?

A su cuerpo le habría agradado sobremanera, pero a ella, Eugenia Paxton Carrick, no. Alec había dicho que era un hombre razonable. Bien, probaría por ese lado. Se apartó lo suficiente para mirarle el rostro. -Alec, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué me tratas así? No te he hecho ningún daño. Todo lo que hice fue tratar de ayudarte, de estar contigo, de no hacerte sentir tan solo.

Alec no respondió. De pronto, estuvo sobre ella, separándole las piernas con una mano. Se acomodó entre ellas y Genny sintió su fuerza, su ardor.

-Eres mía. Si alguna vez vuelves a decir una estupidez semejante, juro que te encerraré bajo llave.

Ella lo miró fijamente, muda.

-Nunca me dejarás, Genny. -Le levantó las caderas con ambas manos y penetró lo más profundo que pudo. Genny estaba húmeda y ardiente para él, quien sonrió. Era una sonrisa de triunfo y Genny, al verla, sintió deseos de matarlo y una gran excitación a la vez. Levantó más las caderas para brindarle un mejor acceso. Sintió que el abdomen de Alec se presionaba contra el de ella. Sus emociones se centraban allí abajo, profundamente. Lo deseaba con todo su ser. El dolor provocado por sus palabras y acciones colisionaron contra las intensas vivencias que le hacía experimentar. Era demasiado. Alec conocía tan bien su cuerpo. Genny también había creído que la conocía a ella, pero se había equivocado rotundamente. A pesar de que se había entristecido con esa conclusión, Genny siguió gritando y arqueándose, aferrándose a él, mientras Alec empujaba una y otra vez. De pronto, Genny tembló y todo su cuerpo expresó convulsiones. Sus piernas se tensaron y entonces un cuerpo ya no podía distinguirse del otro. Ella formaba parte de él y así lo aceptó, por el momento.

-Eres mío -le murmuró-. Te amo y eres mío. Alec escuchó esas palabras en el momento en que llegaba al orgasmo, experimentando emociones que no quería que termina- sen jamás.

-Sí -dijo él, besándole los pechos-. Sí. Ella se estremeció y lo abrazó con más fuerza. Pero sólo cinco minutos después, Genny estaba mirándolo con cierto rencor.

24

-Hablo en serio, Genny. Da tus 'instrucciones a la señora MacGraff. Es tu derecho y tu responsabilidad, pero desentiéndete. No sabemos quién está involucrado en esta situación. Podría haber mucho peligro y no quiero que tú te veas envuelta en esto.

Alec aún estaba dentro de ella, todavía formaba parte de su cuerpo y le acababa de decir que nunca la dejaría. Jamás. Fue mentira. Sólo palabras de un hombre víctima de las llamas de la pasión. Mentiras.

Genny se quedó callada durante unos cuantos minutos, mirando por encima del hombro de Alec.

-¿No puedes ser feliz siendo mi esposa, simplemente? La voz suave de Alec sólo tendía a embaucarla. Era la voz de un hombre razonable dirigida a su esposa irracional.

-¿Firmarías ahora la cesión de derechos de propiedad del astillero en mi favor?

Alec se quedó rígido. Genny sintió que salía de su cuerpo y giraba sobre el de él, para acostarse mirando el cielo raso. Tenía las piernas pegajosas. No dijo ni una palabra más. Después de todo, ¿qué más podía decir?

-¿Por qué ahora? Según recuerdo, tú me dijiste que no lo hiciera... Es más, insististe en ello. Tuviste confianza en mí y entonces, yo ni siquiera era un hombre entero. Sólo un tonto con la mente en blanco. Ahora vuelvo a ser el hombre a quien te has vinculado y ya no confías en que te cuide adecuadamente.

-El astillero me pertenece. Quiero que esté a mi nombre. No quiero depender de tus... caprichos como mi guardián.

Se puso de costado y de pronto expresó un gesto de ira. -¡Después del accidente, sin duda pasé a depender de tus buenos gestos, de tus arbitrarios caprichos femeninos!

-Muy cierto. Y no te he decepcionado, ¿verdad? Me mantuve muy cerca de ti y te brindé todo lo que estuvo a mi alcance. Confié en ti y mira lo que he ganado por mis esfuerzos: otro hombre que desaprueba aun más cosas que las que me negaba el hombre con quien me casé originalmente.

-Yo no diría que el hecho de que yo desapruebe tu ridícula imitación al sexo opuesto no tiene nada que ver con tu falta de confianza en mí. No me he acostado con otras mujeres. No te he golpeado. No te he dado motivo alguno para que dudes de mi honor ni me acuses de desligar mis responsabilidades hacia tu persona. Ahora, mi señora esposa, te lo diré por última vez. No firmaré ninguna cesión de derechos propietarios en tu favor. Ninguna. Tendrás que aprender a confiar en mí y punto.

Genny se sentó y le pegó un puñetazo en el hombro. -¡Es mío! Y te exijo que me lo devuelvas. Es lo justo.

Alec le tomó la muñeca y se la mantuvo firme a un costado. -Soy yo quien determina lo que es justo y lo que no lo es. Ahora, te daré de comer. No quiero que mi hijo se muera de hambre.

-¡Es una maldita niña! -No -dijo él lentamente y corrió las mantas para mirar- le el vientre-. Es un varón. Lo sé. No sé cómo, pero puedo decirte que es cierto. ¿Te agradaría cenar aquí arriba? No, no contestes. A mí sí.

Alec se levantó, bello y desnudo y jaló del cordón de la campanilla. Encendió el fuego. Mientras tanto, Genny contemplaba el juego de los músculos de sus hombros, de su espalda y piernas. Marcados y fuertes. Entonces se estiró, consciente de que ella es- taba observándolo, su cuerpo dibujado contra la luminosidad do- rada de las llamas. Finalmente, se puso una bata de cama, confeccionada en un grueso terciopelo negro con puños dorados, del mismo material. Se veía magnífico. Genny lo vio caminar hacia la puerta de la habitación, abrirla y dar órdenes a los criados para la cena.

Genny se sentía muy confundida. ¿Por qué se había casado con él? Ella sabía que Alec no aprobaba su manera de pensar. Los dos últimos meses habían sido totalmente ajenos a la realidad, a todo lo predecible. Esos meses habían pasado ya, como si jamás hubieran existido.

Y este Alec era distinto. Más estridente, más exigente en sus opiniones, que el Alec con quien Genny se había casado. Era como si tuviera miedo de cederle un centímetro, miedo de perderla, a ella o a sí mismo otra vez.

No importaba y Genny simplemente estaba inventándole excusas. Dijo pausadamente: -Fui una tonta en confiar en ti. Debí haberte hecho firmar la cesión de derechos de inmediato. Entonces estabas dispuesto a hacerlo. Quizá no recordaras nada, pero eras razonable y generoso. Bueno, fui yo la culpable porque en ese momento insistí en que no lo hicieras. Ahora no tengo ni un centavo. No tengo nada.

-Te daré una generosa mensualidad. Genny se quedó callada. Ante su silencio, Alec le preguntó con cierta aspereza: -¿No quieres saber cuánto te asignaré?

Genny cerró el puño sobre la falda, pero Alec no la vio.

, Sólo miró la cabeza gacha de su esposa y se dio cuenta de que ella había hablado más para sí que para él. Después de todo, ¿qué había hecho Genny? Se había entregado a él por completo, trató de evitarle todo el dolor y lo reconfortó lo mejor que pudo. Y él la había molestado. Pero ella era una mujer, su esposa...

"No se parece en nada a Nesta." No se parecía en nada a ninguna de las mujeres que había conocido. Suspiró y abrió la puerta de la alcoba para que entraran los dos criados que traían la cena. Se quedó callado mientras los miraba colocar una mesita baja frente al fuego y hacer los preparativos correspondientes para la cena. Cuando terminaron de acomodar las sillas, miraron a su amo para recibir más instrucciones.

Alec les agradeció y asintió con la cabeza para que se retirasen.

-¿Quieres un camisón o prefieres quedarte desnuda? Genny suspiró y alzó el mentón. Bajó del entarimado y caminó lánguidamente hacia la mesa, ya puesta. Tomó asiento y sintió que el calor del fuego la abrigaba.

Alec la miró y sonrió. No había esperado eso. A su esposa le agradaban los desafíos. Qué extraño que su comportamiento amable y delicado hubiera disimulado su verdadera personalidad. Se quitó su bata y, desnudo, ocupó su lugar a la mesa.

Se deleitaron con liebre asada, salsa y jalea de grosellas. El segundo plato consistió en filetes de carne vacuna, con salsa de os- tras. Las zanahorias y pastinacas eran bien frescas; las cebollas españolas, bien condimentadas en su cocción. Alec le sirvió una copa de vino dulce francés.

-Me gustaría decir algo, Alec. -¿Deseas ir a trabajar a algún astillero de Liverpool? ¿Una señora embarazada trepándose a las obencaduras?

-No. -Es muy difícil prestar atención a tus palabras cuando tus senos me distraen tanto. Pero, por favor, continúa, esposa.

-No se trata de nuestra situación, me refiero a nuestra situación personal. Quiero decir algo respecto del asesinato de tu administrador. Empiezo a creer que no fue ninguno de los varios terratenientes que tienes aquí, plebe asesina, según me parece que dijiste que sir Edward los llamó, los villanos de esta historia. Me inclino a pensar que debemos investigar a tu administrador.

-Mi administrador está muerto. No creo que haya sido él quien escogiera ese final para sí mismo.

-Si he comprendido bien, la teoría de todos es que Arnold Cruisk descubrió la deshonestidad de varios terratenientes y amenazó con enviarlos a otra parte, por lo que ellos lo mataron. Y a mí me parece que la respuesta se orienta en dirección a la deshonestidad del señor Cruisk.

- Yo mismo lo contraté hace unos cinco años y medio. Siempre me enviaba informes muy detallados de todo el manejo de las cosas. Siempre procuraba que yo estuviera bien enterado de todas las operaciones. Hacía depósitos trimestrales religiosamente en mi cuenta

bancaria. Antes de trabajar conmigo, fue administrador de sir William Wolverton. Sir William me envió una carta recomendándomelo como un hombre excelente y de máxima confianza.

-¿Dónde está sir William ahora? -Por Dios, Genny. ¿Por qué quieres saber eso? Bien, vive en Dorset, cerca de Chipping Marsh, si es que aún vive. Mi administrador dejó de trabajar para ellos porque su hijo había ocupado el cargo.

-Creo que tendríamos que escribirle. Tal vez, sólo tal vez, el señor Cruisk falsificó la carta de sir William Wolverton. Tú nunca lo conociste personalmente, ¿no?

Alec la contempló un momento y luego dijo: -Pensé que te había dicho que no quiero que juegues al detective. No es algo que quiero que hagas.

Genny lo ignoró y continuó: -Por eso esta tarde me puse a revisar los papeles de su oficina. Debe de haber algo que demuestre que era un sinvergüenza. Los papeles que te enviaba podrían haber sido una invención suya. He tenido largas charlas con la señora MacGraff, con Smythe y con Giles. También hay unos cuantos terratenientes exaltados, pero, ¿mal intencionados? ¿Asesinos? No lo creen así. Por otra parte, el señor Cruisk no era uno de sus favoritos. Según Smythe, Cruisk fanfarroneaba. Hablaba de Grange como si hubiera sido de su propiedad, no tuya.

Smythe le había hecho el mismo comentario en varias oportunidades, así como le había expresado repetidamente lo feliz que estaba porque finalmente hubiera regresado a casa.

-Por supuesto que esas suposiciones no pueden tomarse como evidencia. También hablé con una de las criadas de arriba. Se llama Margie.

Alec ubicó mentalmente a la preciosa y joven mucama de arriba. Mientras masticaba sus pastinacas, pensaba. Las tragó y dijo: -¿Y?

-No puedo estar totalmente segura. La sorprendí llorando como si se le hubiera roto el corazón. Parecía muy desencajada, pero en realidad no dijo nada. Sin embargo, fue su aire de desesperación ante ciertas preguntas que le formulé, lo que me hizo dudar. Eso y lo que ella no dijo. Creo... no, estoy segura de que sabe algo que teme decirnos.

Alec jugueteó con su tenedor. Era pesado, de oro macizo y llevaba el sello de su familia tallado elegantemente: consistía en la cabeza de un águila, detrás de un escudo de oro. Una marta cibelina alada sostenía ese escudo en ambos extremos y alrededor del cuello llevaba un collar con una gema. El lema de los Carrick debajo del escudo, decía: *Fidei Tenax,* ("Fiel a mis principios").

. Eso le recordaba que había algo que él no podía captar en su esposa: confianza. Era sorprendente cómo la línea de pensamientos de Genny seguía a la perfección la de Alec, aunque él todavía no había pensado en escribir a sir William. Ahora lo haría. Alec conocía a todos y cada uno de sus terratenientes desde la infancia. Había un par de bravucones, varios ambiciosos, pero la mayoría eran gente honesta y muy trabajadora. Ni siquiera los bravucones serían capaces de matar. Además, se había preguntado muchas veces qué clase de deshonestidad podían haber tenido. ¿Habrían robado algún arado de reja para vender lo? Si se la examinaba detenida- mente, era una teoría descabellada.

Pero no sabía nada respecto de la mucama de arriba. Levantó la vista y notó que Genny estaba mirándolo. Su boca, específicamente. Alec le sonrió, con un gesto tan masculino. Era agradable sentir que su esposa lo deseaba. Muy agradable. Escribiría la maldita carta al día siguiente.

Quería a su esposa ya. La tomó con toda la intensidad que guardaba en su interior y Genny le perteneció durante un largo rato. Pero al mismo tiempo, pensó, casi dormido ya, que ella lo había capturado, completa e irrevocablemente. Escuchó un sonido y giró la cabeza en dirección a ella. Otra vez el mismo sonido. Era un sollozo. Se quedó paralizado. Levantó la mano para acariciarle el hombro, pero la dejó caer, lentamente.

¿Por qué no podía ser como él quería? ¿Era demasiado pedirle?

Los sollozos terminaron. Alec escuchó que la respiración se le normalizaba, hasta que se quedó dormida.

Se quedó mirando la oscuridad durante un rato. Después, decidió que Genny no lo aburría nunca. Lo hacía enfadar, lo ponía furioso, pero nunca lo aburría. Desde el principio había sido un misterio para él y siempre lo sería.

Recordó sus palabras tan crueles para con ella. Que la había desposado porque era tan patética.

Era un tonto y un cobarde. Se había casado con ella porque no concebía la vida sin su presencia. Y esa era la pura verdad. Una verdad que tenía que decirse. Quizá la confianza se ganaba a través de la completa aceptación del ser amado. Y del respeto. Genny le merecía ambas cosas y había llegado el momento de confesárselo.

La mañana siguiente, muy tarde, Alec olvidó su juramento de decir toda la verdad a Genny: que la amaba y la respetaba. Ella estaba revisando otra vez la oficina del administrador. No tenía ropa de hombre porque Alec le había roto todas y cada una de aquellas prendas. Llevaba un vestido que Alec le había comprado en Londres, de seda, en color durazno pálido. Y lo había arruinado con la suciedad de aquel cuarto.

-No he encontrado nada -dijo ella cuando notó que Alec estaba observándola. Si notó la severa expresión de su rostro, la ignoró por completo. Sacudió cenizas y papeles quemados de un panfleto y luego lo arrojó a un costado-. Nada. Es de lo más deprimente no poder demostrar mis propias teorías. ¿Has escrito esa carta a tu sir William?

-Sí. La envié por un mensajero especial. Con suerte, tendremos la respuesta en unos tres días.

-La señora MacGraff me dijo que sir Edward vendrá a cenar con nosotros esta noche.

-Sí. Confío en que te cambiarás el vestido. Me desagradaría mucho que sir Edward pensara que tengo a mi esposa como a una mendiga.

-Mendiga -repitió Genny sonriendo-. Yo no hubiera usado esa expresión. Supongo que es muy de ustedes, los ingleses.

Ella lo sobraba. Alec apretó los labios. -¿ Y qué dicen los norteamericanos cuando quieren expresar que no son para nada avaros con sus esposas?

-Quizá les dicen que las aman y con eso basta.

Se la quedó mirando. Recordó su juramento y advirtió el brillo esperanzado en los ojos de su esposa. Como se quedó calla- do, vio que ese brillo se apagaba lentamente y que un profundo dolor y cansancio ocupaban su lugar. Genny esperaba que él le hablase y que, al hacerlo, la hiriese.

-Maldición -dijo en voz baja. Avanzó hacia ella y la tomó entre sus brazos-. Perdóname -le dijo, contra el cabello-. Perdóname, Genny. Soy una bestia del diablo y lo siento.

Genny se quedó muy tensa. Alec notó que todo ese dolor que él le había causado se acumulaba en ella gratuitamente. -Perdóname -le repitió.

-Milord... ¡Oh! Perdóneme, por favor, pero...

Alec lentamente soltó a su esposa y giró. -No hay cuidado, señora MacGraff. ¿Qué pasa?

-Yo, ah, es que... Deseo hablar con la señora, pero...

Alec notó que la respiración de Genny se agitaba. Dijo sumisamente: -En este momento, Su Alteza apenas puede respirar. Pero la verá en quince minutos. .

-No, no -dijo Genny, apareciendo rápidamente detrás de su esposo-. ¿De qué se trata, señora MacGraff?

-No estoy segura, milady. Es esta muchacha, Margie. Llora y llora todo el tiempo y me suplica que le permita verla. No lo en- tiendo.

Genny no quería dejar a Alec, no todavía, cuando él parecía estar... Pero no había esperanzas. -Lleve a Margie a la salita amarilla. Yo iré enseguida.

Alec estaba con el entrecejo fruncido. Estuvo muy a punto de estallar en palabras, sentimientos, juramentos, disculpas y declaraciones. Pero no era el momento. -¿No puedo ir contigo? -preguntó.

A Genny no le pareció buena idea. -Espera aquí, Alec. Allí en las sombras. Traeré a Margie conmigo. Ya he hablado con ella hoy más temprano. La presioné lo más que pude. Estoy segura de que es por lo que ella sabe del asesinato del señor Cruisk.

En cinco minutos, Genny regresó, con Margie detrás. Fue evidente que la muchacha no deseaba en absoluto entrar a esa oficina, pero Genny insistió y cerró lo que quedaba de la puerta.

Alec se quedó parado en silencio, sin que nadie lo viera y observó a su esposa. Fue suave, pero firme. Vio que Margie rompía en lágrimas y que Genny la calmaba. Pero una y otra vez la llevaba al tema en cuestión. Y Alec escuchó boquiabierto, cuando Margie declaró:

-Él me violó, milady. Mi Dios, ¡me obligó! Y me dijo que si alguna vez se me ocurría contarle una sola palabra a la señora MacGraff o a Smythe, se aseguraría que yo, mi madre y mis hermanas nos muriésemos de hambre en una zanja. Dijo que él podía hacer lo que quisiera aquí, cuando el amo no estaba, que él era el amo y podía hacer lo que se le antojara, tanto conmigo como con todos los demás.

Genny abrazó a la muchacha y le hizo apoyar la cabeza en su hombro para acariciar la, a pesar de que la muchacha era mucho más alta que ella. -Oh, Margie, lo siento tanto. De verdad, lo siento mucho, pero todo ha terminado ya. Ya no hay nada por qué puedas temer. El barón de Sherard es un hombre justo. Lo comprenderá, te lo prometo. Todo lo que tienes que decir es la verdad. No tienes nada que temer, en serio.

Margie retrocedió. Tenía sus ojos oscuros llenos de lágrimas y los labios, de confesiones: -¡Usté' no entiende, milady! Trató de violarme otra vez, aquí, en su oficina. Forcejeé con él. Cogí el candelabro y lo golpeé con él. Las velas salieron volando por todas partes y las cortinas se incendiaron. Y yo traté de evitarlo, de verdá'. Pero no pude parar el fuego y salí corriendo. Fue horrible... ¡Espantoso! -Ya sé, ya sé. Alec quería salir, pero aguardó, pues sabía que Genny manejaría bien la situación. -y entonces vino sir Edward y sentiste más miedo, ¿no?

-Ay, Dios, ¡nunca tuve má' miedo en toda mi vida!

-Lo sé. Has hecho bien en contarme todo, Margie. Hablaré con Su Alteza y con sir Edward. Actuaste en defensa propia. Ya todo está bien. Ahora, ¿por qué no subes a tu cuarto y duermes un poco? Te ves cansada, ¿no?

La muchacha estaba exhausta. Asintió con la cabeza. Después que se fue, Genny se volvió en dirección a su esposo, que salió de las sombras.

-Canalla -dijo él-. Ninguno de nosotros se dio cuenta, ni sospechó nada...

-Qué extraño, ¿verdad? ¿Qué diremos a sir Edward?

-La verdad, no -dijo Alec, pensativo-. Tiene una mentalidad inflexible. Creerá que la muchacha es una provocadora, sin duda y querrá deportarla. No, inventaré algo para contarle. Margie tiene que estar segura ahora.

Y así lo hizo, durante la cena, esa noche. Fue una historia maravillosa sobre la deshonestidad del señor Cruisk, de su miedo a que Alec descubriera su perfidia y lo enviara a Newgate. Según Alec, Cruisk, en un intento por huir, se golpeó la cabeza accidentalmente con un candelabro y murió después, a consecuencia del incendio.

Sir Edward, que no era ningún tonto, quiso aplaudir la melodramática representación de Alec, pero acababa de terminar su tercera copa de un oporto excelente y ya no le importó si

la historia de Alec coincidía o no con la realidad. No serviría de nada, pensó y asintió con un gesto benigno.

La mañana siguiente, los sirvientes informaron a Alec que la última vez que habían visto a la baronesa, había sido cuando se dirigía a los establos. Hacía frío, el cielo estaba muy gris y en cualquier momento comenzaría a nevar. Alec aceleró su marcha. Se detuvo frente a las caballerizas de techos de pizarra. Algunas de ellas estaban flojas, otras, faltaban. La parte más vieja del edificio estaba hundida. La madera parecía podrida y algunas ventanas quedaban colgando de sus marcos, precariamente. Alec frunció el entrecejo. Había mucho que hacer en Carrick Grange. Entró al cuarto de arneses, en la parte posterior de los establos.

-Hola -saludó a Genny-. Sir Edward estuvo a verme nueva- mente, ya con la cabeza despejada de los efectos de mi excelente oporto. Sin dudas no estaba seguro de lo que había escuchado anoche, de modo que quería volver a ver mi actuación, a plena luz del día. Le relaté nuevamente la historia, como actor nato que soy y ya se marchó, feliz, espero, porque ha dejado satisfecho al barón de Sherard.

Genny bajó el estropajo con el que estaba limpiando la silla de montar de Alec. Lo miró y recordó las palabras que le había dicho el día anterior. Esa noche, finalmente, se había quedado dormida esperándolo. Sir Edward lo había entretenido hasta muy tarde y Alec no la despertó al acostarse.

-Formamos un equipo bastante decente, creo -dijo Alec, cerrando la puerta del cuarto de arneses. Olía a cuero, linaza y a caballos.

-Quizás.

Alec arqueó una ceja.

-Manejaste muy bien a Margie. Lograste que te dijera la verdad. Estoy realmente orgulloso de ti. -.

Genny le miró la corbata. -¿De verdad? -Su tono fue cansado, a la defensiva.

Alec frunció el entrecejo, al ver a qué había conducido a su esposa. Cómo había deseado que sir Edward se marchara enseguida la noche anterior, pero el hombre insistió con vehemencia en jugar a los naipes. De modo que Alec perdió terreno de esa manera. -Ven aquí -le dijo y la tomó entre sus brazos-. Ahora, ¿por dónde iba? Ah, sí, recuerdo que estaba esperando como un mártir, implorando intervención divina. ¿Me perdonarás?

Miró la expresión de su esposa. -¿Que te perdone qué, exactamente?

Alec sonrió y sintió que el corazón de Genny daba un vuelco. Probablemente ella le perdonaría cualquier cosa, pues él la hacía sentir muy vulnerable.

Con la yema del dedo le delineó un pómulo, la nariz y un pequeño hoyuelo que tenía en el mentón. -El prohibirte el placer de jugar al detective, el prohibirte tus ropas de hombre... -¡Ya las has destruido todas!

-Te compraré veinte pantalones. ¿Botas? Al menos diez pares, de cuero, blancas, con... - Genny le dio un suave puñetazo en el brazo. -Basta, por favor. -Bajó la cabeza y tenía la voz constreñida.

-Pero, principalmente, quiero que me perdones por prohibirte ser tú misma. Esa mujer que eres y que me hizo enamorarme, profundamente, Genny. Me agrada esa criatura dulce y sumisa en la que te convertiste cuando perdí la memoria, pero yo me casé con la bruja avinagrada. Ella me lleva de su mano al loquero, pero también al éxtasis. Me enfurece y me transporta al más pacífico de los oasis. Me provoca quejas por su obcecación y gemidos de placer. Di que perdonas a este hombre estúpido, Genny. Sé mi amor, mi esposa y compañera.

Ella lo miró, muda.

-¿Por qué he cambiado tan repentinamente? Noto que quieres preguntar, pero he hecho que te cansaras tanto de mí, ¿no? ¿Qué puedo esperar? La verdad es que acabo de descubrir lo tonto que he sido contigo. Pero, Genny, para ser justos, me llevó menos de veinticuatro horas

entrar en razones. Es un progreso. ¿Qué dices? Me he dado cuenta de que entre nosotros no puede existir dolor, desconfianza ni ira, al menos no, por un lapso mayor a diez minutos. Este matrimonio ha unido a dos personas muy obcecadas, de carácter muy fuerte. No dudo que gritaremos y que haremos que la gente tiemble a nuestro alrededor, pero será para nuestra diversión, Genny, porque nuestro destino es estar juntos y lo sabes. Para siempre. Estoy más que dispuesto a aceptarlo. Quiero que lo aceptes tú también, que me creas, que me tengas confianza y que hagas lo imposible por perdonarme. ¿Qué dices?

-¿No tratarás de convertirte en un tirano doméstico? Alec le sonrió. -¿Eso fui? No estoy seguro de entender. ¿Te refieres a que sólo porque te decía qué hacer, te daba órdenes y descartaba todas tus ideas y opiniones, me crees un tirano doméstico? Por Dios, qué concepto tan degradante. Sí, probablemente lo intentaré. Supongo que es mi máscara de macho. ¿Y tú? ¿Tú no tratarás de gobernarme? ¿Reconvertirme en tu perrito faldero?

-Es muy factible. Me encantaría verte echado a mis pies, con un huesito carnoso entre los dientes. -La sonrisa se desvaneció en sus labios y meneó la cabeza.- No sé qué debemos hacer, Alec. Es una situación difícil.

-¿No es espléndido? Me encantan las dificultades, me excitan como al mismo demonio. De hecho, ¿sabes lo que me gustaría hacer en este mismo momento? Bueno, me encantaría hacerlo no bien me confieses que me amas más que a esa silla que estás limpiando.

-Te amo más que a todas las sillas del mundo, sin importar su origen.

- y yo a ti, Genny. Yo a ti. Alec se dirigió a la puerta para echarle cerrojo. Se volvió y sonrió a su esposa, levantando una mano.

-¿Podemos empezar de nuevo? Ella sonrió y colocó una mano sobre la de él. -Sí -le dijo-. Me encantará.

EPÍLOGO

Carrick Grange, Northumberland, Inglaterra Julio, 1820

Alec nunca había estado más asustado en su vida. Sabía que jamás olvidaría aquel día mientras viviera. Ahora se estaba relajando, se sentía exhausto, aunque maravillosamente feliz, pues todo había llegado a su fin. Genny estaba a salvo y su pequeño hijo, vivo, saludable, sin dejar de llorar. Si se detenía a escuchar, podía oírlo a través de la puerta de la habitación contigua. De pronto, silencio. Alec sonrió. Indudablemente, el pequeño estaba mamando el pecho húmedo de su nodriza.

Se sentó en una silla junto a la cama y se reclinó contra el respaldo. Cerró los ojos. Por Dios, en cuántos embrollos se metía uno. El y Genny habían decidido pasar un día de campo la mañana anterior. Habían cargado, en un carruaje liviano, una inmensa canasta llena de delicias que cocinero imaginó y se dirigieron a Mortimer's Glen, un hermoso sitio, algo primitivo y bastante privado, poblado de robles, una copiosa pradera y hasta una corriente fría de agua de montañas.

Había logrado que Genny olvidara sus dolores de espalda y su inmenso vientre por un rato. Le había contado historias graciosas para hacerla reír a más no poder. La pasaron muy bien hasta que se desató aquella maldita lluvia, sin previo aviso, de modo que el valle estrecho se transformó en un lodazal.

Además, se rompió una rueda del carruaje y, como consecuencia, se volcó. Genny entró en trabajo de parto una semana antes de lo debido, estando a kilómetros de Grange.

Alec abrió los ojos y miró a su esposa que dormía, como si hubiera temido que en realidad no estuviera allí, que se hubiera muerto, como Nesta, que él le hubiera fallado y se hubiese queda- do solo. Pero sus mejillas estaban rosadas y respiraba tranquila- mente. Tenía

el cabello brillante y muy bien cepillado. Al verla así, en ese momento, a Alec le resultó imposible creer que veinticuatro horas antes, hubiera estado agonizando.

Hizo una mueca y los músculos se le tensaron con sólo pensar en ello. Nadie tendría que soportar semejante dolor. Nunca antes había presenciado un parto. No estaba permitido. Los caballeros tenían que desaparecer. Aunque él había escuchado los gritos de Nesta, no le habían atravesado el alma porque estaba demasiado lejos de ella.

Pero Genny lo había mirado a los ojos, con una expresión cargada de agonía. Le había tomado la mano y la había apretado con todas sus fuerzas, cuando ya no pudo soportarlo más. Alec pensaba ahora que había sido un tonto detestable, muerto de miedo, hasta que descubrió que lo que el médico mahometano le había enseñado, ya no era sólo un ejercicio intelectual. Él recibiría a su propio hijo. Salvaría la vida de su es- posa. Después de todo, no había nadie más allí que pudiera hacerlo.

Gracias a Dios que, a menos de un kilómetro, aún existía aquella cabañita medio abandonada, que Alec recordaba. La había llevado desde el valle hasta allí, abrazándola muy fuerte cada vez que una contracción la angustiaba. Le quitó entonces toda la ropa, encendió el fuego y comenzó a actuar como un hombre que sabía lo que hacía.

Genny gritaba y gritaba, con un dolor que le nacía en lo más profundo de su ser y Alec le presionó el abdomen. Introdujo luego la mano en su interior, para ayudar al bebé a colocarse en el canal vaginal. Así, su hijo se albergó entre sus manos y Alec se quedó contemplándolo por un momento, sin poder creer realmente el milagro que tenía frente a los ojos. -Genny -murmuró, mirando el rostro pálido de su esposa-. Tenemos un hijo, amor. Todo ha terminado ya y me has dado un hijo.

Genny, casi inconsciente por la fatiga, se quejó, con voz quebradiza. -No, Alec. Debe de ser una hija. Te has equivocado. Yo te prometí una hija.

Alec se echó a reír y cortó el cordón umbilical. Luego envolvió al bebé en su camisa, que ya se le había secado.

-Hallie estará muy feliz y tú, mi señora esposa, también. Bien, ahora limpiemos todo esto.

Alec, Genny y el pequeño bebé, fueron hallados unas tres horas después, por un contingente de criados que Smythe había enviado a buscarlos, justo cuando el sol comenzaba a ponerse.

Alec se quedó dormido. No supo cuánto tiempo durmió, pero cuando despertó, vio a su pequeña hija mirándolo, con una expresión muy seria, de preocupación. .

-¿Papá? ¿Estás despierto? ¿Genny está bien? ¿Mi hermano también? Su niñera me trata como si fuera una pequeñita y no me cuenta nada. Me escurrí aquí dentro, cuando me aseguré que nadie me vería.

-Sí a todo, calabacita. -Alec sentó a su hija sobre la falda. ,-

Todo está maravillosamente bien.

-Mamá se ve terriblemente cansada, papá-. Alec pensó que él también lo estaría si hubiera tenido que pasar por todo lo que ella había pasado, pero no lo expresó en voz alta. -Estará muy bien en un par de días.

-¿Cómo se llama?

-Tu madre y yo aún no lo hemos decidido. ¿Qué opinas tú, Hallie?

-Ernest o Clarence.

-¿Por qué esos nombres tan beatos?

-La niñera dijo que es tan hermoso que será un terror cuando crezca. Entonces, hay que mantenerlo por el buen camino, enseñarle religión y un montón de cosas buenas que le harán bien a su su carácter. Entonces, pensé que un nombre tonto sería una buena ayuda.

-Por Dios, y yo que pensé que parecía un monito. Como tú cuando eras así de chiquita.

-¡Papá! ¡No soy hermosa!

-No -dijo Alec secamente, mirando el rostro de su hija- en absoluto. Apenas eres pasable. Sin, duda serás una solterona y te quedarás en casa para cuidar de mí y de tu madre cuando seamos viejecitos. ¿Qué te parece una vida con cosas buenas para ti?

-Papá, tenemos que encontrar un nombre para el bebé. No se sentirá bien si no lo hacemos.

De pronto, Alec recordó que habían transcurrido varios días antes de que Hallie recibiera su nombre. El ni siquiera había querido pensar en ello, él... Meneó la cabeza. -De acuerdo, le preguntaremos a Genny cuando despierte.

-Creo que lo estoy.

-Mamá, ¿te sientes bien? -Hallie se bajó rápidamente de la falda de su padre y corrió junto a la cama de Genny, para acariciarle la mejilla con su manita pequeña.

-Estoy bien, cariño. Ahora... tu padre ya ha escogido el nombre del niño. Lo discutimos completamente mientras yo daba a luz en la cabaña. Dile, Alec.

-Devenish Nicholas St. John Carrick-. Hallie se quedó mirando.

Genny rió y tomó la mano de la niña. -Ya crecerá lo suficiente para que ese nombre tan largo le quede bien, Hallie. Y tu padre es inflexible. Creo que lo llamaremos simplemente Dev.

-Dev -repitió Hallie lentamente-. Me gusta. ¿Puedo ir a verlo, ahora?

-Por supuesto que sí -dijo Alec-. Pero si me amas, no lo despiertes. Tiene unos pulmones demasiado poderosos para mi estado de salud actual.

Una vez a solas, Alec se acomodó en la cama, junto a su esposa. -Ya desapareció tu panzota -le dijo él, pensativamente.

-Gracias a Dios -dijo Genny, bostezando.-¿Lo sientes?

-Sí, eres el hombre apropiado para tener al alcance de la mano. Especialmente cuando se trata de dar a luz.

Vio que Alec tenía la garganta apretada.

-Estaba muerto de miedo, tanto que me salí de mis cabales. De los pocos que me quedaban.

-Sólo fue temporal. La señora MacGraff me dijo que Burke y Arielle llegarán en un par de días.

-Sí, Arielle quería llegar a tiempo para estar presente en es- tos momentos.

Genny rió, o eso intentó, aunque lo que surgió de su garganta fue un quejido quebradizo.

-Shh, señora. -Se cubrió con una manta y abrazó a Genny.- Es mejor que tomemos una siesta. El buen Señor sabe que lo merezco. Y como tú no eres más que una débil mujer, también entenderá por qué te has dormido, sin razón.

-Eres encantador, Alec, aun hasta cuando quiero romperte la cabeza.

-Lo sé. -Le besó la mejilla.

-El último trimestre he hecho bastante dinero. Mi diseño para el clíper es maravilloso. Me haré rica.

Alec sonrió contra su sien.

-¿A qué viene eso?

-A que quería recordarte lo excelente mujer de negocios que soy. Y ahora, también soy madre. He aquí una muy talentosa...

-Mujer atrevida. Muy atrevida y sumisa... por lo menos, solías serio. ¿Crees que serás así otra vez?

Genny quería reírse, pero estaba demasiado cansada. Se sentía abrigada, cómoda y principalmente, feliz. La vida era dulce.

-Probablemente -le dijo contra el hombro-. Muy probablemente.

-Estaré contando los días -dijo Alec-. Pero no me quejaré. Cuidaré de mis hijos, me encargaré de que los trabajos de los establos se terminen y hasta aprenderé a cabalgar mejor, aunque jamás seré tan buen jinete como Knight o Burke.

-No, vayamos de viaje, Alec. Tomemos al *Bailarina Nocturna* y salgamos a navegar. Quiero ver los monos de Gibraltar. Y conocer al gobernador. ¿Cómo se llamaba?

Alec sentía que la sangre le hervía mientras ella le hablaba. El mar. Sí. Quería sentir la cubierta mecerse bajo sus pies en alta mar. No soportaba los malditos monos, pero si Genny quería verlos, bueno...

Genny se había dormido. Le besó la sien y cerró los ojos. Se imaginó a los cuatro a bordo del bergantín. Rumbo a Gibraltar. Y podría mostrarle a Genny Italia y el norte de África. Quizá podrían llegar hasta Grecia. Ah, Santorini en verano; no había sitio más hermoso en la faz de la Tierra...